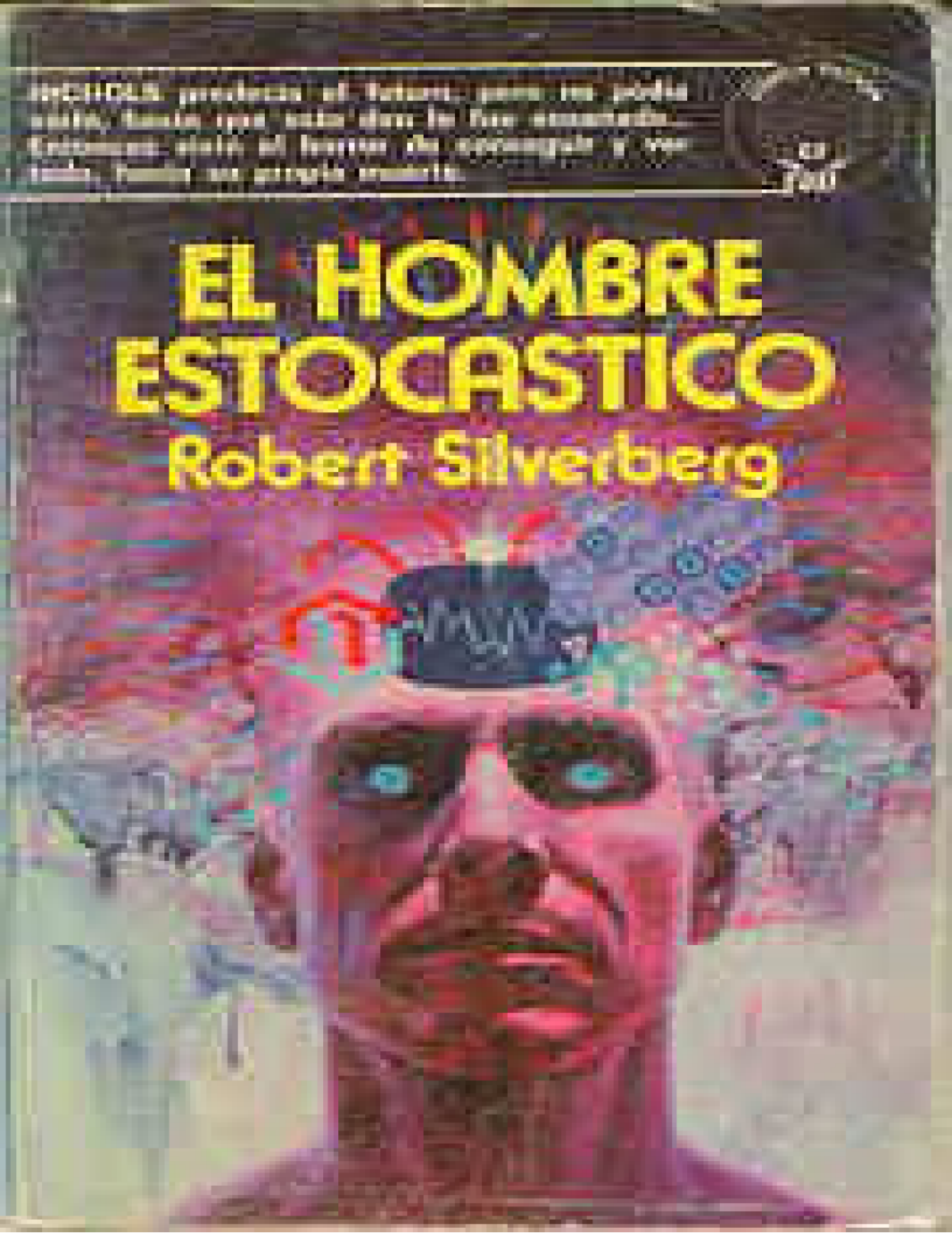
INCICLO predecía el futuro, pero no podía saber, hasta que estaba dentro de él, lo que encontraría. Entonces, podía ir al horror de encontrarse y ver todo, hasta su propia muerte.

EL HOMBRE ESTOCASTICO

Robert Silverberg



SHOUT
SHARE
IT

Annotation

Lew Nichols se dedica a formular predicciones estocásticas, una mezcla de análisis sumamente perfeccionado y de conjeturas basadas en informaciones sólidas. Estas predicciones son el enfoque más aproximado a la predicción del futuro que el ser humano es capaz de realizar a finales del siglo XX. En manos de Nichols, constituyen un instrumento de asombrosa exactitud, y su notable capacidad le gana un importante puesto en el equipo de Paul Quinn, el ambicioso y carismático alcalde de la prácticamente ingobernable ciudad de Nueva York, cuyas ambiciones se cifran en alcanzar la presidencia de Estados Unidos en 2004.

A pesar de su efectividad, las predicciones estocásticas no tienen nada de paranormal. Nichols adivina el futuro, pero no puede “verlo” realmente. Ese es el extraordinario don que se ofrece a enseñarle el misterioso Martin Carvajal, el de un conocimiento totalmente clarividente del futuro. Obsesionado por ayudar a Quinn a llegar a la Casa Blanca, Nichols no puede desperdiciar la oportunidad, a pesar de sobrecogerse al observar el efecto que causa en Carvajal el conocimiento de todos y cada uno de los actos de su propia vida, incluyendo el de su muerte.

“El hombre estocástico” constituye una exploración a fodo y enormemente satisfactoria de uno de los conceptos básicos de la ciencia ficción. La trama, de gran perfección, muestra a su autor, Robert Silverberg, en una de sus más brillantes facetas.

- Robert Silverberg
  - 1
  - 2
  - 3
  - 4
  - 5
  - 6
  - 7
  - 8
  - 9
  - 10
  - 11
  - 12
  - 13
  - 14
  - 15
  - 16

- 17
- 18
- 19
- 20
- 21
- 22
- 23
- 24
- 25
- 26
- 27
- 28
- 29
- 30
- 31
- 32
- 33
- 34
- 35
- 36
- 37
- 38
- 39
- 40
- 41
- 42
- 43
- 44

- notes
  - 1
  - 2
  - 3
  - 4
  - 5
  - 6
  - 7

Robert Silverberg
El hombre estocástico

«Es muy significativo que una ciencia que comenzó con el estudio de los juegos de azar haya llegado a convertirse en el objetivo más importante del conocimiento humano… En su mayor parte, las cuestiones más trascendentales de la vida no son en realidad sino problemas de probabilidad.»

LAPLACE, Théorie Analityque des Probabilités

«En cuanto un ser humano aprende a ver, se encuentra solo en el mundo, rodeado únicamente de locura.»

CASTAÑEDA, A Separate Reality

1

Nacemos por accidente en un universo puramente casual. Nuestras vidas están determinadas por combinaciones totalmente fortuitas de genes. Cualquier cosa que ocurre, ocurre por casualidad. Los conceptos de causa y efecto no son sino falacias. Existen sólo causas *exteriores* que conducen a efectos *aparentes*. Como en realidad ninguna cosa se deriva de otra, nadamos todos los días en los mares del caos, y no se puede predecir nada, ni siquiera lo que va a ocurrir el instante inmediato.

¿Piensa usted de esa forma?

En ese caso, le compadezco, pues su vida debe resultar lúgubre, aterradora e incómoda.

Creo que, en una determinada etapa de mi vida, yo pensaba así; cuando tenía unos diecisiete años y el mundo me parecía hostil e incomprensible. Creo que pensaba que el universo es como un gigantesco juego de dados, sin sentido ni pautas, en el que nosotros, necios mortales, introducimos la tranquilizante noción de causalidad con el fin de apoyar en ella nuestra frágil y precaria cordura. Creo que pensaba que, en este cosmos aleatorio y caprichoso, podemos considerarnos afortunados si conseguimos sobrevivir de una hora a otra, cuanto más si lo logramos de año en año, pues, en cualquier momento, sin aviso ni razón, el sol puede pasar al estado de nova o la tierra convertirse en una enorme burbuja de petróleo. La fe y las buenas obras son insuficientes, de hecho irrelevantes; a uno le puede acaecer cualquier cosa en cualquier momento; vive, pues, al día y no le prestes ninguna atención al mañana, ya que él tampoco te la presta a ti.

Una filosofía que suena mucho a cínica y también a adolescente. El cinismo adolescente es fundamentalmente una defensa contra el miedo. Supongo que, según he ido creciendo, fui encontrando el mundo menos aterrador, pues me hice menos cínico. Recobré algo de la inocencia de la infancia y acepté, como lo acepta cualquier niño, el concepto de causalidad. Si empujas al bebé se caerá. Causa y efecto. Si dejas la begonia una semana sin regar empezará a marchitarse. Causa y efecto. Dale una fuerte patada a la pelota y volará rauda por el aire. Causa y efecto, causa y efecto. Admitía que el universo podía carecer de objetivo, pero ciertamente no de pautas. Di así los primeros pasos por el camino que habría de conducirme a mi profesión, y de ahí a la política, y de ahí a las enseñanzas del omnividente Martín Carvajal, aquel hombre sombrío y atormentado que descansa ahora en la paz que tanto temía. Fue Carvajal quien me trajo al lugar en el espacio y el tiempo que ocupo actualmente.

2

Me llamo Lew Nichols. Tengo el pelo claro, de color arena, los ojos oscuros, ninguna cicatriz identificativa, y mido exactamente dos metros. Estuve casado —grupo de dos— con Sundara Shastri. No tuvimos niños, y ahora estamos separados, aunque no legalmente. Mi edad actual no llega a los treinta y cinco años. Nací en Nueva York el 1 de enero de 1966 a las 02.16 horas. Aquella misma tarde, algo más temprano, ocurrieron en Nueva York dos acontecimientos simultáneos de magnitud histórica: la toma de posesión del atractivo y famoso alcalde John Lindsay y el inicio de la primera y catastrófica primera huelga del Metro de Nueva York. ¿Cree usted en la simultaneidad? Yo sí. No puede haber estocasticidad sin simultaneidad, ni tampoco cordura. Si intentamos ver el universo como una simple suma de acontecimientos no relacionados entre sí, como un brillante e insustancial lienzo de no causalidades, estaremos perdidos.

Mi madre debería haberme dado a luz a mediados de enero, pero llegué dos semanas antes de tiempo, lo que causó grandes trastornos a mis padres, quienes tuvieron que desplazarse hasta el hospital en la madrugada del Año Nuevo neoyorquino, en una ciudad privada súbitamente de transportes públicos. Si sus técnicas predictivas hubiesen sido algo más exactas, podrían haber pensado en alquilar un coche aquella tarde. Si el alcalde Lindsay hubiera utilizado mejores técnicas predictivas, supongo que el pobre diablo habría dimitido por su propia voluntad, ahorrándose años de dolores de cabeza.

3

El principio de causalidad es un principio decente y honorable, pero no contiene todas las respuestas. Si deseamos extraer el sentido de las cosas, debemos dejarle atrás. Tenemos que reconocer que numerosos fenómenos de gran importancia se niegan a dejarse encasillar en ordenados casilleros causales y que pueden interpretarse sólo mediante métodos estocásticos.

Un sistema en el que los acontecimientos se producen de acuerdo con alguna ley de probabilidad, pero no se determinan individualmente según el principio de causalidad, constituye un sistema estocástico. La salida diaria del sol no es un acontecimiento estocástico; se encuentra inflexible e invariablemente determinada por las posiciones relativas de la Tierra y el Sol en los espacios y, una vez que comprendemos el mecanismo causal, no existe el menor riesgo en predecir que el sol saldrá mañana, pasado mañana y al siguiente. Podemos incluso predecir el momento exacto en que lo hará, y no es que lo *adivinemos*, es que lo *sabemos de antemano*. La tendencia del agua a bajar de las cumbres no es tampoco un acontecimiento estocástico, sino que está en función de la fuerza de gravedad, que consideramos como algo constante. Pero existen numerosos campos en los que la causalidad nos falla y en los que la estocasticidad debe acudir en nuestro rescate.

Somos, por ejemplo, incapaces de predecir los desplazamientos de cualquier molécula dada en un litro de oxígeno, aunque con algunos conocimientos de teoría cinética podemos predecir con bastante exactitud el comportamiento de todo un litro. No tenemos forma de pronosticar cuándo un determinado átomo de uranio va a experimentar un declive radiactivo, pero podemos calcular con bastante exactitud cuántos átomos de un bloque de Uranio-235 se desintegrarán en los próximos diez mil años. No sabemos cuál será la siguiente posición de la flecha de la ruleta, pero la dirección del casino se hace una idea bastante aproximada de cómo se comportará en el transcurso de una larga noche. Por imprevisible que puedan parecer cuando se las considera sobre una base de minuto a minuto o de caso a caso, las técnicas estocásticas permiten predecir todo tipo de procesos.

Estocástica. Según el Diccionario de inglés de la universidad de Oxford, el término se acuñó en 1662 y resulta actualmente *raro* u *obsoleto*. No lo crea. Lo que se halla obsoleto es el referido Diccionario, no la estocástica, que lo está cada vez menos. Procede del griego, su significado original era el de «objetivo» o «punto de mira», y de ahí extrajeron los griegos una palabra que significaba «apuntar a algo» y,

por ampliación metafórica, «reflexionar, pensar». En el inglés apareció inicialmente como una forma divertida de referirse a algo «relativo a la adivinación», como en la observación de Whitefoot acerca de Sir Thomas Browne, fechada en 1712: «Aunque no era ningún profeta… sobresalía en la facultad que más se aproxima a ello; es decir, en la estocástica, en que rara vez se equivocaba, en lo referente a los acontecimientos futuros».

En las palabras inmortales de Ralph Cudworth (1617-1688): «Existe necesidad y empleo de este enjuiciamiento y opinión estocásticos en relación con la verdad y la falsedad en la vida humana». Aquellos cuya forma de vida se rige verdaderamente por la filosofía estocástica se muestran prudentes y juiciosos, y tienden a no generalizar jamás basándose en ejemplos traídos por los pelos. Tal como demostró Jacques Bernoulli a comienzos del siglo XVIII, un hecho aislado no es presagio de nada; pero cuanto mayor sea su muestra más probabilidades tendrá de adivinar la verdadera distribución de los fenómenos en el seno de la misma.

Esto en cuanto a la teoría de la probabilidad. Rápida, aunque algo incómodamente, paso por alto las distribuciones de Poisson, el teorema del Límite Central, los axiomas de Kolmogorov, los juegos de Ehrenhaft, las cadenas de Markov, el triángulo de Pascal y muchas más cosas. Deseo ahorrarles retorcimientos matemáticos tales como: «Si *p* es la probabilidad de que, en una prueba aislada, se produzca un determinado hecho, y *s* el número de veces que se observa dicho acontecimiento en *n* pruebas…» Lo único que quiero que quede claro es que el estocástico puro se enseña a sí mismo a observar lo que en el Centro de Procesos Estocásticos hemos decidido denominar Intervalo de Bernoulli, esa pausa en la que nos preguntamos a nosotros mismos: «¿*Tengo realmente datos suficientes como para extraer una conclusión válida*?»

Soy secretario ejecutivo del Centro, que se fundó hace cuatro meses, en agosto del año 2000. Nuestros gastos se pagan con dinero de Carvajal. De momento ocupamos una casa de cinco habitaciones en una zona rural del norte de New Jersey, y no deseo mostrarme más específico acerca de su ubicación. Nuestra meta consiste en encontrar medios para reducir el Intervalo Bernoulli a cero; es decir, formular predicciones de exactitud cada vez mayor sobre la base de una muestra estadística cada vez menor; o, por decirlo de otra forma, pasar de la predicción probabilista a la predicción absoluta; o, en una nueva formulación, sustituir el trabajo de adivinar por la clarividencia.

Trabajamos, pues, en pro de la consecución de habilidades estocásticas. Lo que me enseñó Carvajal es que la estocasticidad no constituye el final del camino, sino simplemente una fase, que pasará

pronto, en nuestros esfuerzos por una plena revelación del futuro, en nuestra lucha por liberarnos de la tiranía de la casualidad. En el universo absoluto puede considerarse a todos los acontecimientos como absolutamente deterministas; y si no somos capaces de percibir las estructuras mayores es porque nuestra visión es defectuosa. Si tuviésemos una auténtica comprensión de la causalidad, hasta el nivel molecular, no necesitaríamos apoyarnos en aproximaciones matemáticas, en estadísticas y probabilidades para formular nuestras predicciones. Si nuestras percepciones de causa y efecto fuesen lo suficientemente buenas seríamos capaces de alcanzar un conocimiento pleno de lo que va a ocurrir. Nos haríamos omnividentes. Esto es lo que nos decía Carvajal. Creo que tenía razón. Usted probablemente no lo cree. Tiende a mostrarse escéptico en relación con estos temas, ¿no? Está bien. Cambiará de opinión. Estoy seguro de que lo hará.

4

Carvajal está ahora muerto; murió exactamente cuándo y cómo sabía que moriría. Yo estoy aún aquí, y creo que sé también cómo moriré, pero no estoy del todo seguro, y, en cualquier caso, no parece importarme tanto como a él. Nunca tuvo la fuerza que era necesaria para sustentar sus visiones. Se trataba de un hombrecillo gastado, con ojos cansados y una sonrisa escurridiza, poseedor de un don demasiado grande para su alma y que, más que cualquier otra cosa, fue quien le mató. Si yo lo he heredado verdaderamente, espero conseguir convivir con él mucho mejor de lo que él lo hizo.

Carvajal está muerto, pero yo estoy vivo y lo estaré todavía durante algún tiempo. A mi alrededor se agitan las indefinidas torres del Nueva York de dentro de veinte años, centelleantes en la pálida luz de mañanas todavía sin nacer. Miro el mate recipiente de porcelana del cielo invernal y veo imágenes de mi propio rostro, considerablemente avejentado. Así pues, no estoy a punto de desaparecer. Me queda bastante futuro. Sé que el futuro es un lugar tan fijo, intransitorio y accesible como el pasado. Porque lo sé he abandonado a la esposa que amaba, renunciado a la profesión que me estaba convirtiendo en rico y ganado la inquina de Paul Quinn, en potencia el hombre más poderoso del mundo, quien, dentro de cuatro años, será elegido presidente de Estados Unidos. No temo a Quinn personalmente. No será capaz de perjudicarme. Puede perjudicar a la democracia y a la libre expresión, pero no a mí. Me siento culpable, porque habré contribuido a llevar a Quinn a la Casa Blanca, pero al menos comparto esa culpabilidad con usted, con usted y con usted, con sus ciegos e insensatos votos que llegarán a desear no haber emitido nunca. No se preocupen. Podemos sobrevivir a Quinn. Les enseñaré mi forma de expiación. Puedo salvarles a todos del caos, incluso ahora, incluso con Quinn resplandeciente en el horizonte y haciéndose más y más gigantesco cada día.

5

Antes de oír hablar de Martín Carvajal me había dedicado profesionalmente al estudio de las probabilidades durante siete años. A partir de la primavera de 1992 me consagré a las proyecciones. Puedo mirar una bellota y ver la pila de leña para el fuego; es un don que poseo. A cambio de unos honorarios, puedo decirle si creo que el negocio de las patatas fritas va a seguir siendo una industria en crecimiento, si es una buena idea abrir un salón de tatuajes en Topeka, si la moda de los cráneos desnudos va a durar lo suficiente como para que le merezca a usted la pena ampliar su fábrica de productos depilatorios de San José. Y hay todas las probabilidades de que tenga razón.

Mi padre solía decir: «Una persona no elige su vida. Su vida la elige a ella».

Puede ser. Nunca creí que fuera a dedicarme a las profecías. En realidad nunca creí que fuera a dedicarme a nada. Mi padre temía que me convirtiese en un inútil. Eso es verdaderamente lo que parecía cuando me gradué (Nueva York, 1986). Pasé mis tres años de universidad sin saber en absoluto qué iba a hacer en la vida, salvo que tenía que ser algo comunicativo, creador, lucrativo y razonablemente útil para la sociedad. No quería ser novelista, profesor, actor, abogado, agente de Bolsa, general, ni sacerdote. No me atraían ni la industria ni las finanzas, la medicina escapaba a mis capacidades, la política me parecía vulgar y vocinglera. Conocía mis habilidades, que son primordialmente de carácter verbal y conceptual, y conocía mis necesidades, que se orientan fundamentalmente hacia la seguridad y la intimidad. Era, y soy, inteligente, decidido, vivo, enérgico, dispuesto a trabajar duro, e ingenuamente oportunista, aunque espero que no oportunistamente ingenuo. Pero cuando abandoné la universidad me faltaba un foco, un centro, un punto de definición.

La vida de una persona la elige a ella. Yo siempre tuve una extraña habilidad para los barruntos misteriosos; mediante fáciles etapas la fui transformando en mi forma de vida. Como trabajo veraniego realicé algunas encuestas; cierto día, en la oficina, formulé algunos astutos comentarios sobre las pautas que revelaban los datos en bruto, y mi jefe me pidió que preparase un modelo de muestreo aproximativo para la siguiente encuesta. Equivale a un programa que te dice qué tipo de preguntas debes formular para obtener las respuestas que necesitas. El trabajo resultaba estimulante y el hecho de hacerlo bien gratificaba mi ego. Cuando uno de los clientes más importantes de mi patrón me pidió que le dejase y me dedicase al trabajo de asesoría por cuenta propia, corrí ese riesgo. De ahí a tener

mi propia empresa de asesoría fue sólo cuestión de meses.

Cuando me dedicaba al negocio de proyección mucha gente desinformada creía que yo era una especie de encuestador. No. Los encuestadores trabajaban *para mí*, todo un pelotón de *gallups*[1], contratados. Eran para mí como los molineros para el panadero: separaban el trigo de la paja, mientras yo fabricaba los elaborados pasteles. Mi trabajo representaba un paso gigantesco más allá de las encuestas. Empleando muestras de datos recopilados mediante los acostumbrados métodos pseudocientíficos, yo extraía predicciones a largo plazo, daba saltos intuitivos; en resumen, adivinaba, y lo hacía muy bien. Todo ello reportaba dinero, pero también una especie de éxtasis. Cuando me enfrentaba con un montón de muestras en bruto, de las que tenía que extraer una proyección de importancia, me sentía como el que se zambulle desde una elevada roca en un deslumbrante mar azul en busca de un resplandeciente doblón de oro enterrado en la blanca arena muy por debajo de las olas; el corazón me latía fuertemente, mi cuerpo y mi espíritu se elevaban desde una excitación de puro quantum a un estado de energía superior y más intenso. El éxtasis.

Lo que yo hacía era sumamente sofisticado y técnico, pero tenía al mismo tiempo algo de brujería. Me encenagaba en medios armónicos, sesgos positivos, valores modales y parámetros de dispersión. Mi despacho era como un laberinto de pantallas exhibidoras y gráficos. Tenía toda una batería de ordenadores «Jumbo» funcionando a todas las horas del día, y lo que parecía un reloj de pulsera en mi muñeca izquierda era en realidad una terminal de datos que rara vez tenía tiempo de enfriarse. Pero las pesadas matemáticas y la refinada tecnología hollywoodense no eran sino aspectos preliminares de mi trabajo, la etapa de «entrada». Cuando había que efectuar proyecciones de verdad, IBM no me servía de nada. Tenía que hacerlo sirviéndome únicamente de mi mente desnuda. Permanecía en el borde de la roca, inmerso en una pavorosa soledad, y aunque el «sonar» podía haberme indicado la configuración del fondo del océano, aunque los mecanismos más refinados podían haber registrado la velocidad de la corriente, la temperatura del agua y su índice de turbiedad, en el momento crucial del salto me encontraba totalmente solo. Escudriñaba el agua con los ojos entrecerrados, flexionando las rodillas, haciendo oscilar los brazos, llenándome de aire los pulmones, esperando hasta que *veía*, hasta que realmente *veía*; y cuando sentía aquel hermoso y confiado vértigo detrás de las cejas, me lanzaba de cabeza al embravecido mar en búsqueda de aquel doblón; me arrojaba desnudo, sin protección e infalible hacia mi objetivo.

6

Entre septiembre de 1997 y marzo del 2000, hace nueve meses, estuve obsesionado con la idea de convertir a Paul Quinn en presidente de los Estados Unidos.

Obsesionado. Resulta un término algo fuerte.

Huele a Sacher-Masoch, Krafft-Ebing, el lavado ritual de manos, la ropa interior de goma. Creo, sin embargo, que describe con exactitud cómo me encontraba involucrado con Quinn y sus ambiciones.

Me lo presentó Haig Mardikian en el verano de 1995. Haig y yo asistimos juntos a un colegio privado, el Dalton, alrededor de 1980-1982; allí habíamos jugado mucho al baloncesto, manteniéndonos en contacto desde entonces. Se trata de un pulcro abogado con ojos de lince y de unos tres metros de altura que, entre otras muchas cosas, desea ser el primer fiscal general de Estados Unidos de ascendencia armenia, y que probablemente lo conseguirá.

(¿*Probablemente*? ¿Cómo puedo dudarlo?) Una sofocante tarde de agosto me telefoneo para decirme:

—Sarkisian va a celebrar una gran fiesta esta noche. Estás invitado. Te garantizo que sacarás algo bueno.

Sarkisian es un agente de terrenos y fincas que, al parecer, posee las dos orillas del río Hudson a lo largo de unos seis o siete kilómetros.

—¿Quién va a ir? —pregunté—, aparte de Ephrikian, Missakian, Hagopian, Manoogian, Garabedian y Boghosian.

—Berberian y Khatisian —me respondió—. También —y Mardikian soltó una brillante y deslumbrante retahíla de personajes célebres en los mundos de las finanzas, la política, la industria, la ciencia y el arte, que terminaba con—… y Paul Quinn —puso un significativo énfasis en aquel último nombre.

—¿Debería conocerle, Haig?

—Deberías, pero ahora probablemente no le conoces. De momento es el presidente de la asamblea de Riverdale. Ocupará puestos importantes en la vida pública.

No me interesaba de forma especial pasarme la noche del sábado oyendo a un joven y ambicioso político irlandés explicar sus planes para reordenar la galaxia; pero, por otro lado, yo ya había efectuado algunos trabajos de lanzamiento de políticos y se sacaba dinero, y Mardikian probablemente sabía lo que era bueno para mí. Además, la lista de invitados era irresistible. Para colmo, mi esposa estaba pasando el mes de agosto en Oregón, con un grupo de seis, y supongo que yo albergaba la esperanzadora fantasía de poder volver aquella noche a mi casa con alguna opulenta dama armenia de cabellos

negros.

—¿A qué hora? —pregunté.

—A las nueve —respondió Mardikian.

Así pues, a casa de Sarkisian: un ático *triplex* en lo alto de una torre circular de noventa pisos, construida de alabastro y ónice sobre una plataforma alejada de la orilla del Lower East Side. Unos guardianes de rostros impasibles, que podían haber sido robots de metal y plástico, comprobaron mi identidad, me escudriñaron atentamente para ver si llevaba armas y me dejaron pasar. Dentro el aire era como una neblina azulada. El agrio y fuerte olor a huesos en polvo lo inundaba todo, aquel año nos había dado por fumar calcio con drogas. Todo el apartamento estaba rodeado por ventanas ovaladas de cristal, a modo de gigantescas troneras. En las habitaciones que daban al este la vista quedaba bloqueada por las monolíticas moles del World Trade Center, pero el resto de la casa de Sarkisian proporcionaba un aceptable panorama de 270 grados del puerto de Nueva York, New Jersey, la autopista del West Side, y puede que de un trocito de Pennsylvania. Las troneras sólo estaban cubiertas en una de las gigantescas habitaciones en forma de cuña, y cuando entré en la de al lado y miré por el afilado ángulo descubrí por qué: aquel lado de la torre daba al pedestal todavía sin demoler de la Estatua de la Libertad, y, al parecer, Sarkisian no quería que aquella deprimente vista enfriase los ánimos de sus invitados. (Recuerden que todo esto ocurría en el verano de 1995, que fue uno de los años más violentos de aquella década, y que las bombas tenían aún sobresaltado a todo el mundo.)

¡Los invitados! Eran, como se me había prometido, un espectacular enjambre de contraltos y astronautas, de militares y miembros de consejos de administración. Los trajes oscilaban entre la etiqueta y la extravagancia, con la previsible exhibición de pechos y órganos genitales, pero también con los primeros indicios, procedentes de la vanguardia, del amor por el recato de *fin-de-siécle* que ha logrado ya imponerse, de los cuellos altos y los apretados *bandeaux*. Media docena de hombres y unas cuantas mujeres pretendían ir vestidos de clérigos y debía haber como unos quince pseudogenerales cubiertos con suficientes medallas y condecoraciones como para avergonzar a un dictador africano. Yo iba vestido con bastante sencillez, creía, con un conjunto inarrugable color verde radiación y un collar de cuentas de tres vueltas. Aunque las habitaciones estaban a rebosar, la circulación de los invitados distaba de ser informe, pues ví unos ocho o diez hombres resueltos, altos y morenos, vestidos con ropas discretas, los miembros clave de la ubicua mafia armenia de Haig Mardikian, distribuidos equidistantemente por el salón principal como si fuesen flechas indicadoras, carteles, postes, ocupando cada uno de

ellos una posición fija asignada de antemano, ofreciendo eficientemente cigarrillos y bebidas, efectuando presentaciones, encauzando a las personas en dirección de otras a las que les convenía conocer. Fui conducido con facilidad por esta sutil criba. Me destrozó la mano de un apretón Ara Garabedian, o Jason Komurjian, o quizá George Missakian, y me encontré insertado en una órbita en curso de colisión con una mujer rubia de rostro bronceado, llamada Autumn, que no era armenia y con la que, de hecho, me fui a casa algunas horas después.

Pero mucho antes de que Autumn y yo llegásemos a eso, me ví suavemente conducido a codazos por una larga rotación de interlocutores, en el transcurso de la cual…

…me encontré hablando con una persona de sexo femenino, de raza negra, ingeniosa, de apariencia asombrosa y medio metro más alta que yo, a la que identifiqué, sin equivocarme, como Ilene Mulamba, directora de la Cuarta Cadena, encuentro que me sirvió para conseguir un extraño contrato *consulting* para el diseño de sus programas de zona étnica con señal segregada…

…rechazando amablemente los juguetones avances del concejal Ronald Holbrecht, el autosuficiente portavoz de la Comunidad Gay, y el primero en haber ganado unas elecciones fuera de California con el apoyo del Partido Homófilo…

…envuelto en una conversación entre dos hombres de elevada estatura y blancos cabellos, que parecían banqueros, y que resultaron ser especialistas en bioenergética de los hospitales Bellevue y Presbiteriano de Columbia, dedicados al intercambio de chismes acerca de sus trabajos en sonopuntura, que implicaban un tratamiento ultrasónico de enfermedades óseas en estado avanzado…

…escuchando a un ejecutivo de los laboratorios CBS explicándole a un joven de ojos saltones su recién creado dispositivo de *biofeedback* en bucle para aumentar el carisma…

…enterándome de que el joven de ojos saltones era Lamont Friedman, de la siniestra y tentacular empresa inversora Asgard Equities…

…intercambiando chismorreos banales con Noel Maclver, de la expedición Ganymedes; con Claude Parks, de la Patrulla Antidroga (quien se había llevado su saxo molecular y no necesitó que le insistieran mucho para tocarlo); con tres estrellas del baloncesto y un resplandeciente centrocampista; un organizador del recién creado Sindicato de prostitutas; un inspector municipal de burdeles, y toda una variedad de funcionarios municipales de funciones menos definidas, así como con el responsable de la sección de artes perecederas del Museo de Brooklyn, Meiling Pulvermacher…

…tuve mi primer encuentro con una procuradora de la religión

del Tránsito, la diminuta pero vigorosa señora Catalina Yarber, recién llegada de San Francisco, y cuyos intentos por convertirme allí mismo rehusé con discretas excusas…

…y conocí a Paul Quinn.

Sí, Quinn. Algunas veces me despierto tembloroso y cubierto de sudor por la repetición en sueños de aquella fiesta, en la que me veo arrastrado por una corriente irresistible a través de un mar de estruendosas celebridades hacia la dorada y sonriente figura de Paul Quinn, quien me espera como Caribdis, con los ojos brillantes y las fauces abiertas. Quinn contaba entonces treinta y cuatro años, cinco más que yo, y era un tipo no alto pero sí robusto, rubio, de hombros anchos, ojos azules muy abiertos, cálida sonrisa y ropas convencionales, que te daba un rudo y masculino apretón de manos cogiéndote no sólo de ésta sino también de la parte interior de los bíceps, efectuando un contacto de miradas con un chasquido casi audible y estableciendo una relación inmediata. Todo ello no era sino técnica política estándar, y lo había visto ya muchas veces antes, pero nunca con aquel grado de intensidad y potencia. Quinn conseguía salvar el abismo entre una persona y otra tan rápida y confiadamente que empecé a sospechar que debía llevar en el lóbulo de la oreja uno de aquellos mecanismos de la CBS para reforzar el propio carisma. Mardikian le dijo mi nombre e, inmediatamente, se volcó en mí:

—Eres una de las personas que más interés tenía en encontrar aquí esta noche. Llámame Paul. Vámonos a un sitio algo más tranquilo, Lew.

Yo sabía que estaba siendo manejado expertamente, pero me dejaba atrapar a pesar de mí mismo.

Me llevó a un saloncito algunas habitaciones al noroeste del salón principal. Figuras de arcilla precolombinas, máscaras africanas, pantallas pulsares, juegos acuáticos, una agradable mezcla de viejas y nuevas ideas de decoración. La pared estaba empapelada con ejemplares del *New York Times*, cosecha de 1980 o así. «Qué fiesta», dijo Quinn, sonriendo. Repasó rápidamente la lista de invitados, compartiendo conmigo un espanto algo infantil por encontrarse entre tantas celebridades.

Luego centró su foco de atención, pasándolo a mí.

Le habían informado a la perfección. Lo sabía todo acerca de mí: dónde había estudiado, qué título había alcanzado, qué tipo de trabajo realizaba, dónde estaba mi despacho. Me preguntó si había ido con mi esposa:

—Sundara, ¿no se llama así? —me preguntó—. ¿Es de origen asiático?

—Su familia procede de la India —le dije.

—Dicen que es muy bella.

—Está pasando el mes en Oregón.

—Espero tener la oportunidad de conocerla. Quizá, la próxima vez que pase por vía Richmond les haga una visita, ¿está bien? ¿Le gusta vivir en Staten Island?

Conocía todo esto de antes, el tratamiento completo, la mente computada de un político en funcionamiento; era como si un diminuto microcircuito estuviese en marcha, *clíck-clíck-clíck*, proporcionando todos los datos que hacían falta, y, por un momento, sospeché que podía ser como una especie de robot. Pero Quinn era demasiado bueno como para no ser real. A un determinado nivel se limitaba a soltar todo lo que le habían contado de mí, y a efectuar una impresionante exhibición de esos conocimientos; pero a otro nivel me estaba comunicando su propia diversión ante la ofensiva amplitud de su propio trabajo, como si me estuviese guiñando el ojo interiormente, y diciéndome: *No tengo más remedio que acumular esta información, Lew; así es como se supone que debo jugar este estúpido juego*. Al tiempo parecía estar percibiendo y reflexionando sobre el hecho de que yo también me mostraba divertido y espantado por su capacidad. Era hábil, aterradoramente hábil. Mi mente se lanzó a una proyección automática y me suministró toda una serie de titulares del *New York Times,* que decían más o menos lo siguiente:

EL RESPONSABLE DE LA ASAMBLEA DEL BRONX, QUINN, ATACA LOS RETRASOS EN LA DEMOLICIÓN DE «SLUMS»

EL ALCALDE QUINN PIDE UNA REFORMA DE LA CARTA MUNICIPAL

EL SENADOR QUINN DICE QUE ASPIRA A LA CASA BLANCA

QUINN CONDUCE A LOS NUEVOS DEMÓCRATAS A UN AVANCE A ESCALA NACIONAL

EVALUACIÓN DEL PRIMER MANDATO DEL PRESIDENTE QUINN

Siguió hablando, sonriendo todo el tiempo, manteniendo el contacto de las miradas, haciendo que me sintiera inmovilizado. Me interrogó acerca de mi profesión, rastreó en busca de mis creencias políticas, reiteró las suyas propias.

—Dicen que posees el índice de fiabilidad más elevado de todos los profesionales del nordeste… Apuesto, sin embargo, a que no previste el asesinato Gottfried… No hay que ser profeta para sentir lástima por el pobre diablo de DiLaurenzio, intentando llevar la alcaldía en unos tiempos como éstos… A esta ciudad no se la puede gobernar, hay que hacerle trampas… ¿Le repele tanto como a mí ese último pedante Decreto Vecinal?… ¿Qué opina del proyecto de fusión de la calle Veintitrés de Con Ed?… Tendría que ver los organigramas que encontraron en la caja fuerte del despacho de Gottfried…

Exploró con destreza en búsqueda de bases comunes de filosofía política, aunque debía ser perfectamente consciente de que compartía

la mayor parte de sus puntos de vista, pues si sabía tantas cosas sobre mí, debía estar al tanto de que me había inscrito en el partido de los Nuevos Demócratas, de que había formulado los vaticinios para el «Manifiesto del siglo XXI» y para su compañero, el libro *Hacia una verdadera humanidad*, de que pensaba lo mismo que él con respecto a las prioridades y reformas necesarias y a la inútil idea puritana de intentar legislar la moralidad. Cuanto más hablábamos más atraído me sentía por él.

Comencé a efectuar para mí algunas perturbadoras comparaciones entre Quinn y algunos de los grandes políticos del pasado: F.D. Roosevelt, Rockefeller, Johnson, el primer Kennedy. Todos ellos compartían aquella agradable y atractiva habilidad dual de ser capaces de desempeñar los rituales de la conquista política y de indicar simultáneamente a sus víctimas más inteligentes que no estaban engañando a nadie, de decirles: todos sabemos que se trata de un ritual, pero ¿verdad que lo hago bien? Incluso entonces, incluso aquella noche, cuando no era nada más que un responsable de asamblea desconocido fuera de su propio distrito, le ví entrando en la historia política al lado de figuras como Roosevelt y J.F. Kennedy. Luego empecé a formular comparaciones todavía más grandiosas, entre Quinn y Napoleón, Alejandro Magno e incluso Jesucristo; y si esta forma de hablar les hace arrugar el entrecejo, recuerden que soy maestro en las artes estocásticas y que mi visión es más clara y aguda que la de ustedes.

Quinn no me dijo nada de aspirar a un cargo superior. Se limitó a decirme, mientras nos reincorporábamos a la fiesta:

—Es todavía muy pronto para ir formando mi equipo; pero cuando lo haga quiero contar contigo. Haig mantendrá el contacto.

—¿Qué piensas de él? —me preguntó Mardikian cinco minutos más tarde.

—Será alcalde de Nueva York en 1998.

—¿Y luego?

—Si quieres saber más, ponte en contacto con mi oficina y pide una cita. Cincuenta a la hora y te leo todo lo que quieras en la bola de cristal.

Me apretó levemente el brazo y se marchó riendo.

Diez minutos después estaba compartiendo una pipa con la dama de dorados cabellos llamada Autumn. Era Autumn Hawkes, la aclamada nueva soprano del Metropolitan Opera House. Rápidamente, sólo con los ojos, con el silencioso lenguaje del cuerpo, negociamos un acuerdo para el resto de la noche. Me dijo que había ido a la fiesta con Víctor Schott, un alto y delgado joven, de tipo prusiano, vestido con un sombrío uniforme militar cargado de medallas, quien habría de dirigirla en *Lulú* la temporada de invierno; pero, al parecer, Schott se

había puesto de acuerdo con el concejal Holbrecht para irse con él a su casa, dejando a Autumn abandonada a su suerte. No me dejé engañar sobre cuáles eran sus auténticas preferencias, pues la ví mirando ávidamente a Paul Quinn, quien se encontraba en el otro extremo del salón, y sus ojos brillaban. Quinn estaba allí en plan de negocios, no podía cazarlo ninguna mujer (¡tampoco ningún hombre!).

—Me pregunto si canta —dijo Autumn, pensativamente.

—¿Te gustaría cantar algún dúo con él?

—Ser Isolda y él Tristán; Turandot y él Calaf; Aida y él Radamés.

—¿Salomé y él San Juan? —sugerí.

—No bromees.

—¿Admiras sus ideas políticas?

—Las admiraría si supiese cuáles son.

—Es liberal y sensato —dije.

—En ese caso admiro sus ideas políticas. También creo que es abrumadoramente masculino y enormemente hermoso.

—Se dice que los políticos en proceso de fabricación resultan amantes inadecuados.

—Lo que se dice por ahí no me impresiona nunca. Puedo mirar a un hombre, me basta una mirada, y sé al instante si es o no adecuado —dijo encogiéndose de hombros.

—Muchas gracias —dije.

—Ahórrate los cumplidos. Por supuesto, algunas veces me equivoco —respondió con venenosa dulzura—. No siempre, pero sí algunas veces.

—Yo también, algunas veces.

—¿Con las mujeres?

—Con cualquier cosa. Tengo una segunda visión, ¿sabes? El futuro es para mí como un libro abierto.

—Lo dices como si fuese verdad —dijo.

—Sí. Así es como me gano la vida. Con vaticinios.

—¿Qué ves en mi futuro? —preguntó ella, medio en broma, medio en serio.

—¿A corto o a largo plazo?

—Cualquiera de los dos.

—A corto plazo —dije—, una noche de francachela y un tranquilo paseo mañanero bajo una ligera llovizna. A largo plazo, triunfo tras triunfo, la fama, una villa en Mallorca, dos divorcios, la felicidad al final de la vida.

—¿Eres un echaventuras gitano, pues?

—Simplemente un técnico estocástico, *milady* —dije, negando con la cabeza.

Miró en dirección a Quinn.

—¿Qué ves en el futuro para él?

—¿Para él? Va a ser presidente. Como mínimo.

7

Por la mañana, cuando dimos un paseo cogidos de la mano por los jardines entre neblinas del Security Channel Six, llovía ligeramente. Un éxito fácil; como todo el mundo, escucho las predicciones meteorológicas. Comenzaban los primeros ensayos del otoño, el verano agonizaba, Sundara llegó a casa agotada y feliz desde Oregón, nuevos clientes recurrieron a los servicios de mi cerebro a cambio de cuantiosos honorarios, y la vida siguió su rumbo.

No hubo ninguna secuela inmediata a mi encuentro con Paul Quinn, pero tampoco esperaba que la hubiese. Justo en aquellos momentos, la vida política de Nueva York estaba en estado de gran conmoción. Unas cuantas semanas antes de la fiesta de Sarkisian, un desgalichado parado se había aproximado al alcalde Gottfried durante un banquete del Partido Liberal y, tras quitar el pomelo a medio comer del plato del atónito alcalde, había colocado en su lugar un gramo de «Ascenseur», el nuevo explosivo político francés. Adiós a su excelencia, al asesino, a cuatro presidentes de distrito y a un camarero, que desaparecieron en una gloriosa explosión. Esta creó un vacío de poder en la ciudad, pues todo el mundo había dado por sentado que el estupendo alcalde que era Gottfried saldría reelegido otros cuatro o cinco mandatos, pues se encontraba en el segundo; y, de repente, el invencible Gottfried se había esfumado, y era como si Dios se hubiese muerto una mañana de domingo justo cuando el cardenal estaba empezando a servir el pan y el vino. El nuevo alcalde, el anterior presidente del Consejo Municipal, DiLaurenzio, era una nulidad; como cualquier dictador de verdad, Gottfried gustaba rodearse de figuras que no pudiesen hacerle sombra. Se dio por sentado que DiLaurenzio era una figura interina a la que un candidato razonablemente vigoroso podría dejar a un lado en las elecciones municipales de 1997. Y Quinn esperaba que le llegase el turno.

No tuve noticias suyas ni oí nada de él durante todo el otoño. La legislatura estaba reunida, y Quinn se encontraba en su despacho de Albany, lo que, para cualquier habitante de Nueva York, es como encontrarse en Marte. En la ciudad el enloquecido circo habitual continuaba a todo vapor, sólo que mucho más de lo acostumbrado, ahora que había desaparecido de la escena la potente fuerza freudiana que había representado el alcalde Gottfried, el todopoderoso Padre Urbano, de ceño oscuro y nariz larga, el guardián de los débiles y castrador de los revoltosos. La Milicia de la Calle 125, una nueva organización negra partidaria de la autodeterminación, que llevaba meses jactándose de que compraba tanques a Siria, no sólo presentó tres de sus monstruos armados en una ruidosa conferencia de prensa,

sino que procedió a enviarlos a través de Columbus Avenue en una misión de búsqueda y destrucción en el Manhattan español, que dejó tras de sí cuatro edificios en llamas y docenas de muertos. En octubre, mientras los negros estaban celebrando el Día de Marcus Garvey, los puertorriqueños llevaron a cabo una operación de represalia con un ataque de comandos contra Harlem, dirigido personalmente por dos de sus tres coroneles israelíes. (Los muchachos del «barrio»[2] habían contratado a los israelíes para entrenar a sus tropas en 1994, después de la ratificación de la alianza de «defensa mutua» antinegra efectuada por los puertorriqueños y lo que quedaba de la población judía de la ciudad.) Los comandos, en un golpe relámpago en lo alto de la Lenox Avenue, no sólo volaron el garaje de tanques y los tres tanques, sino que asaltaron tres almacenes de licores y el centro de ordenadores, mientras que una fuerza de diversión se deslizaba hacia el oeste para lanzar bombas incendiarias contra el Apollo Theater.

Algunas semanas más tarde, en los locales de la Planta de Fusión de la Calle veintitrés Oeste, se produjo un tiroteo entre el grupo profusión, «Mantengamos nuestras ciudades brillantes», y los anti-fusionistas, el grupo «Ciudadanos preocupados contra la tecnología incontrolable». Cuatro hombres del equipo de seguridad de la Edison Company fueron linchados, produciéndose treinta y dos bajas entre los manifestantes, veintiuna entre los «Mantengamos nuestras ciudades brillantes», y once entre los «Ciudadanos preocupados contra la tecnología incontrolable», incluyendo unas cuantas madres políticamente comprometidas de ambos bandos e incluso unos cuantos bebés que llevaban en brazos; esto provocó gran horror e indignación (aun en Nueva York se puede provocar una gran conmoción, disparando contra bebés durante una manifestación), y el alcalde DiLaurenzio consideró conveniente crear un grupo de estudio que reexaminase todo lo referente a la construcción de plantas de fusión dentro de los límites de la ciudad. Como esta medida equivalía a una victoria de los Ciudadanos preocupados contra la tecnología incontrolable, un piquete de huelga de los Mantengamos nuestras ciudades brillantes, bloqueó el edificio del Ayuntamiento y comenzó a colocar minas de protesta entre los arbustos, pero fue expulsado por un helicóptero de la policía a costa de nueve vidas más. El *New York Times* incluyó un reportaje al respecto en la página 27.

El alcalde DiLaurenzio, hablando desde su sucursal de Ayuntamiento de algún lugar del East Bronx —había creado siete despachos en barrios de las afueras, todos ellos en zonas italianas, pero cuya ubicación exacta constituía un secreto celosamente guardado—, lanzó nuevas súplicas en favor de la ley y el orden. No obstante, en la ciudad nadie hizo mucho caso al alcalde, en parte porque era una nulidad y en parte como reacción compensadora a la

desaparición de la cavilosa, siniestra y abrumadora presencia de Gottfried, el *Gauleiter*. DiLaurenzio había llenado su administración, desde el responsable de la policía hasta el último perrero y administrador de aire limpio, de compinches suyos italianos, lo que supongo resultaba bastante sensato, ya que en toda la ciudad los italianos eran los únicos que le mostraban algo de respeto, y eso simplemente porque eran todos primos o sobrinos suyos, lo cual significaba que el único apoyo político del alcalde provenía de una minoría étnica cada vez más pequeña. (Incluso «Pequeña Italia» se había quedado reducida a cuatro bloques de Mulberry Street, con enjambres de chinos a ambos lados de la calle, mientras que la nueva generación de «paisanos» se refugiaba en la seguridad de Patchogue y New Rochelle). Un editorial del *Wall Street Journal* sugería la suspensión de las inminentes elecciones municipales, el sometimiento de Nueva York a una administración militar, con un *cordón sanitaire* que impidiese que el infeccioso neoyorquismo contaminara al resto del país.

—Creo que sería mejor idea una fuerza de paz de las Naciones Unidas —dijo Sundara. Esto ocurría a comienzos de diciembre, la noche de la primera ventisca de la estación—. Esto no es una ciudad, es un escenario para todas las hostilidades raciales y étnicas acumuladas durante los tres mil últimos años.

—No es así —le respondí—. Los antiguos pleitos no pintan aquí un pimiento. Los hindúes duermen en Nueva York con los paquistaníes, los turcos y los armenios se hacen socios y abren restaurantes. En esta ciudad nos inventamos *nuevas* hostilidades étnicas. Nueva York no es nada sino vanguardia. Lo comprenderías si, como yo, hubieses vivido aquí toda tu vida.

—Me siento como si la hubiese vivido.

—Seis años no te convierten en nativa.

—Seis años en medio de una guerra constante de guerrillas parecen más que treinta en cualquier otra parte —me respondió.

Ah, ah. Su voz sonaba juguetona, pero sus oscuros ojos contenían un brillo malicioso. Me estaba desafiando al quite, a la contradicción, al reto. Sentí que a mi alrededor el aire se recalentaba enfebrecidamente. Nos encontrábamos de repente en la pendiente de la conversación «odio Nueva York», que provocaba siempre grietas entre nosotros, y muy pronto estaríamos peleándonos en serio. Un nativo puede odiar a Nueva York con amor; pero un forastero, y mi Sundara siempre lo será aquí, extrae una energía tensa y cargada de su repudio de este sitio lunático que ha elegido para vivir, y se vuelve irascible y asesino, lleno de injustificada furia.

Esquivando el problema, dije:

—Está bien, trasladémonos a Arizona.

—¡Bien! ¡Por ahí voy yo!

—Lo siento. Debo haberme equivocado de clave.

La tensión había desaparecido.

—Esta es una ciudad horrible, Lew.

—Probemos Tucson entonces. Los inviernos son mucho mejores. ¿Quieres fumar, encanto?

—Sí, pero no ese polvo de huesos otra vez.

—¿Una sencilla droga prehistórica?

—Sí, por favor —dijo. Saqué la caja.

Entre nosotros el aire era transparente y cargado de amor. Habíamos vivido juntos cuatro años y, a pesar de algunas disonancias, seguíamos siendo el mejor amigo uno para el otro. Mientras yo liaba los cigarrillos, ella daba masaje a los músculos de mi cuello, golpeando con habilidad los puntos de presión y haciendo que el siglo XX se fuese deslizando fuera de mis ligamentos y vértebras. Sus padres eran de Bombay, pero ella había nacido en Los Ángeles. No obstante, sus flexibles dedos jugaban al Radha con mi Krishna como si fuese una *padmini* de la aurora hindú, una mujer-loto perfectamente versada en las *shastras* eróticas y en las *sutras* de la carne, lo que era en realidad, a pesar de haberlo aprendido ella sola y de no haberse graduado en las academias secretas de Benarés.

Los terrores y traumas de Nueva York parecían increíblemente remotos mientras permanecíamos de pie junto a nuestra larga ventana de cristal, muy cerca el uno del otro, contemplando la noche invernal iluminada por la luna y viendo únicamente nuestras propias imágenes reflejadas: un hombre alto y rubio y una grácil mujer de cabellos oscuros, uno junto al otro, uno junto al otro, aliados contra la oscuridad.

De hecho, ninguno de los dos encontrábamos la vida en la ciudad realmente molesta. Como miembros de la minoría rica, estábamos aislados de toda aquella locura, refugiados en nuestra mansión de alta seguridad en lo alto de la colina, protegidos por laberintos de pantallas y filtros cuando tomábamos las cápsulas conmutadoras que nos transportaban hasta Manhattan, y guardados en nuestras oficinas por más o menos los mismos dispositivos. Cuando anhelábamos una confrontación directa, a pie y con los ojos bien abiertos, con la realidad urbana, podíamos disfrutarla, e incluso en esos casos había atentos servocircuitos que nos preservaban de cualquier daño.

Nos pasamos el cigarrillo el uno al otro, dejando lánguidamente que los dedos se acariciasen a cada intercambio. Por aquel entonces ella me parecía perfecta, mi esposa, mi amor, mi otro yo, divertida y graciosa, misteriosa y exótica, con su frente elevada, sus cabellos negro-azulados, un rostro como una luna llena, pero una luna en eclipse, una luna espurpurada de sombras; la perfecta mujer-loto de

que hablan los *sutras,* piel suave y delicada; ojos tan brillantes y hermosos como los de una gacela, bien dibujados y ligeramente rojos en las comisuras; pechos duros, plenos y firmes; cuello elegante; nariz recta y graciosa. Su *yoni* era como un capullo abierto de loto, su voz tan suave y melodiosa como la de un pájaro *kokila*, mi recompensa, mi amor, mi compañera, mi esposa extranjera. Sólo dentro de doce horas emprendería el camino que me habría de llevar a perderla, quizá por eso la estudiaba con tal intensidad en aquella noche de nieve, y, sin embargo, todavía no sabía nada de lo que iba a ocurrir, nada, absolutamente nada. Y debería haberlo sabido.

Delirantemente drogados, nos tendimos cómodamente en el sofá amarillo y rojo, de grueso cuero, que había enfrente del gran ventanal. La luna estaba llena, y era como un gran faro gélidamente blanco que inundaba la ciudad de una luz pura como el hielo. Los copos de nieve centelleaban bellamente mientras caían fuera en forma de remolinos. La vista de que disfrutábamos era la de los brillantes rascacielos del centro de Brooklyn, justo al otro lado del puerto. A lo lejos, el exótico Brooklyn, el oscuro Brooklyn, Brooklyn rojo de dientes y garras. ¿Qué estaría ocurriendo aquella noche allí, en la jungla de sombrías callejuelas que se apiñaban detrás de la resplandeciente fachada de altos rascacielos? ¿Cuántas mutilaciones, cuántos estrangulamientos, cuántos disparos, cuántas ganancias y cuántas pérdidas? Mientras acunábamos nuestras cabezas en aquella cálida y feliz intimidad, los menos privilegiados estaban viviendo el auténtico Nueva York en aquel sombrío y melancólico distrito. Pandillas de merodeadores de siete años arrostraban la fiera nieve para acosar a cansinas viudas que se dirigían a su casa por la Flatbush Avenue, y muchachos armados con fusiles de haz lumínico estaban cortando alborozadamente las barras de las jaulas de leones del Zoo de Prospect Park, mientras que bandas rivales de prostitutas apenas núbiles, con los muslos desnudos, sus vistosas ropas termales y sus bonetes de aluminio, mantenían sus terribles luchas territoriales nocturnas en la Grand Army Plaza. Aquí lo tienen, el viejo Nueva York. Aquí lo tiene, alcalde DiLaurenzio, su benigno e inesperado dirigente. Y aquí lo tienes, Sundara, mi amor. Este es también el auténtico Nueva York, el de los ricos atractivos y jóvenes a buen recaudo en sus cálidas torres, el de los creadores, los diseñadores y marcadores de pautas, los favoritos de los dioses. Si no estuviésemos nosotros no sería Nueva York, sino sólo un gigantesco y malévolo campamento de pobres sufrientes y marginados, de víctimas del holocausto urbano; los crímenes y la mugre no bastan para hacer un Nueva York. Tiene que haber también *glamour*, y, para bien o para mal, Sundara y yo formábamos parte de él.

Júpiter lanzaba sonoros puñados de granizo contra nuestro hermético ventanal. Nos reíamos. Mis manos se deslizaron sobre los

pechos perfectos de Sundara, suaves y pequeños, con los pezones erectos, y, mientras, con los dedos del pie, puse en marcha el magnetófono; de los altavoces surgió su voz profunda y musical. Se trataba de una grabación leída del *Kama-Sutra*. «Capítulo siete. Diversas formas de golpear a la mujer y los sonidos que las acompañan. El intercambio sexual puede compararse con una pelea de amantes, debido a las pequeñas molestias tan fácilmente provocadas por el amor y a la tendencia por parte de dos individuos apasionados a pasar casi insensiblemente del amor a la ira. En la intensidad de la pasión uno golpea con frecuencia el cuerpo de la amante, y las partes del cuerpo en las que deberían descargarse estos golpes de amor son: los hombros, el espacio entre los pechos, la cabeza, la espalda —*la jaghana*— y los costados. Existen también cuatro formas de golpear al ser amado: con el dorso de la mano, con los dedos ligeramente contraídos, con el puño, con la palma de la mano. Estos golpes son dolorosos y la persona castigada emite con frecuencia gritos de dolor. Existen ocho sonidos de placentera aflicción que corresponden a los diferentes tipos de golpes. Los sonidos son los siguientes: *hinn-phoutt-phatt-soutt-platt*.»

Según rozaba su piel, y según la suya iba rozando la mía, sonreía y susurraba al unísono con su propia voz grabada, sólo que con un tono algo más profundo: «*Hinn…, phoutt…, soutt…, platt…*»

8

A la mañana siguiente me encontraba en mi despacho a las ocho y media, y Haig Mardikian telefoneó exactamente a las nueve.

—¿De verdad cobras cincuenta a la hora? —me preguntó.

—Lo intento.

—Tengo un trabajo interesante para ti, pero la otra parte no puede pagar cincuenta.

—¿Quién es? ¿En qué consiste el trabajo?

—Paul Quinn. Necesita un director de muestreo de datos que trace también la estrategia de su campaña.

—¿Quinn se presenta para Alcalde?

—Cree que resultará fácil eliminar a DiLaurenzio en las primarias, y los republicanos no tienen a nadie, así que es el momento adecuado para lanzarse.

—Seguro que sí —dije—. ¿El trabajo es de jornada completa?

—De media jornada la mayor parte del año, y de jornada completa desde el otoño de 1996 hasta el día de la elección en 1997. ¿Nos podrías explicar cuáles son tus planes a largo plazo?

—Este no es un simple trabajo de asesoría, Haig. Significa meterse en política.

—¿Y bien?

—¿Para qué lo necesito?

—Nadie necesita nada salvo un poco de comida y agua de cuando en cuando. Lo demás son preferencias.

—Odio la política, Haig, especialmente la local. La conozco de sobra sólo por mis vaticinios como *free lance*. Tienes que tragarte muchos sapos. Tienes que comprometerte de mil formas sucias. Tienes que estar dispuesto a arriesgarte mucho…

—No te estamos pidiendo que te presentes como candidato, muchacho. Sólo que ayudes a planificar la campaña.

—¡Sólo! ¡Me pides un año entero de mi vida y…!

—¿Qué te hace pensar que Quinn te va a necesitar sólo un año?

—Lo presentas como algo terriblemente tentador.

Haig dijo al cabo de un rato:

—Hay grandes posibilidades en todo esto.

—Puede ser.

—No puede ser. Seguro.

—Sé lo que quieres decir. Pero el poder no lo es todo.

—¿Estás disponible, Lew?

Le dejé un momento en suspenso; o me dejó él a mí. Finalmente, dije:

—Para ti, el precio es de cuarenta.

—Quinn puede llegar ahora hasta los veinticinco, y hasta los treinta y cinco una vez que empiecen a llegar los donativos.

—¿Y luego los treinta y cinco con efectos retroactivos para mí?

—Veinticinco ahora y treinta y cinco cuando podamos pagarlos —dijo Mardikian—, sin efectos retroactivos.

—¿Por qué debería aceptar una reducción de honorarios? ¿Menos dinero por un trabajo más sucio?

—Por Quinn. Por esta maldita ciudad, Lew. El es el único que puede…

—Seguro. Pero ¿soy yo el único capaz de ayudarle a hacerlo?

—Eres el mejor que se puede encontrar. No, eso no suena bien. Eres el mejor, Lew. Punto. No es broma.

—¿Cómo va a ser el equipo?

—Todo el control se centrará en cinco figuras claves. Tú serías una. Yo otra.

—¿Como *manager* de la campaña?

—Justo. Missakian es el coordinador de relaciones con los medios de comunicación de masas, y Ephrikian, el enlace con los distritos.

—¿Qué significa eso?

—El enlace con los patrocinadores. Y el coordinador financiero es un tipo llamado Bob Lombroso, muy importante ahora en Wall Street, quien…

—¿Lombroso? ¿Es un nombre italiano? No. Espera. ¡Qué toque de genio! ¡Habéis logrado encontrar un puertorriqueño metido en Wall Street que se encargue del problema económico!

—Es judío —dijo Mardikian con una risita seca—. Dice que Lombroso es un antiguo nombre judío. Tenemos un equipo fenomenal: Lombroso, Ephrikian, Missakian, Mardikian, y Nichols. Tú eres nuestra mascota WASP[3].

—¿Cómo sabes que voy a unirme a vosotros, Haig?

—Nunca lo he dudado?

—Pero ¿cómo lo sabes?

—¿Crees que eres el único capaz de ver el futuro?

9

Así pues, a comienzos de 1996 instalamos nuestro cuartel general en el noveno piso de un viejo rascacielos de Park Avenue, gastado por las inclemencias del tiempo, pero dotado de una vista realmente espectacular de la abultada sección media del Edificio Pan Am; y nos lanzamos a la tarea de convertir a Paul Quinn en alcalde de esta ciudad absurda. No parecía difícil. Todo lo que teníamos que hacer era conseguir el número adecuado de peticiones cualificadas —está tirado, a los neoyorquinos puede hacérseles firmar cualquier cosa—, y pasear a nuestro hombre por toda la ciudad para darle a conocer en los cinco grandes distritos antes de las primarias. El candidato era atractivo, inteligente, tenaz, ambicioso, evidentemente capacitado; no teníamos, pues, que crear ninguna imagen ni hacer trabajos de cosmética con un hombre de plástico.

La ciudad había sido desahuciada tantas veces, y tantas veces mostrado nuevos arranques de indudable vitalidad, que había pasado finalmente de moda el viejo tópico de Nueva York como metrópoli moribunda. Los únicos que sacaban el tema a colación eran ya los idiotas o los demagogos. En teoría, Nueva York debía haber perecido hace una generación, cuando los sindicatos de funcionarios civiles se apoderaron de la ciudad y comenzaron a exprimirla como un limón. Pero el zanquilargo y animoso Lindsay consiguió su resurrección y la convirtió en la Ciudad de la Alegría, sólo para que luego la alegría se convirtiese en una pesadilla, cuando de cada armario celosamente cerrado comenzaron a salir esqueletos armados con granadas[4]. Fue entonces cuando Nueva York se dio cuenta de cómo era en realidad una ciudad moribunda; el anterior período de decadencia comenzó a parecer una era dorada. La clase media de raza blanca emprendió un éxodo aterrorizado; los impuestos se elevaron hasta niveles de represión para poder mantener el funcionamiento de servicios esenciales en una ciudad donde la mitad de sus habitantes eran demasiado pobres como para poder sufragar los gastos de mantenimiento; las grandes empresas respondieron trasladando presurosamente sus sedes a las frondosas afueras, erosionando todavía más la base tributaria. En cada barriada estallaron bizantinas rivalidades étnicas. Detrás de cada poste de luz se ocultaba un atracador. ¿Cómo podía sobrevivir una ciudad asolada por tantas plagas? El clima era odioso, la población maligna, el aire ponzoñoso, la arquitectura un desastre, y toda una serie de procesos autoacelerativos había cercenado alarmantemente la base económica sobre la que se asentaba.

Pero la ciudad sobrevivía, e incluso florecía. Contaba con el

puerto, con el río, con la afortunada situación geográfica que hacía de Nueva York un nexo neural indispensable para toda la costa Este, una especie de ganglio o nudo de comunicaciones al que no se podía renunciar. Además, en su disparatado y sudoroso hacinamiento, la ciudad había alcanzado una especie de masa crítica, un nivel de actividad cultural que la convertía en realimentador del espíritu, en algo que se autoenriquecía y autopotenciaba, pues, incluso en un Nueva York moribundo, ocurrían tantas cosas y había tantos acontecimientos de toda índole, que la ciudad simplemente no se podía morir, que debía seguir palpitando y vomitando las fibras de la vida, reavivándose y renovándose inagotablemente. En el corazón de aquella ciudad seguía latiendo una irreprimible energía lunática, y así ocurriría siempre.

Así pues, no estaba moribunda, pero sí aquejada de graves problemas.

Se podía contrarrestar el aire contaminado con máscaras y filtros. El tema del crimen se podía abordar como las ventiscas o los calores veraniegos, negativamente evitándolos, y positivamente mediante un contraataque técnico: o bien no llevaba uno encima nada de valor, se movía ágilmente por las calles, y se encerraba en su casa echando tantas cadenas y cerrojos como le era posible, o se equipaba uno con sistemas de alarma espacio-positivos, bastones de autodefensa y conos de seguridad que irradiaban de un circuito inserto en las costuras de la ropa, y se arriesgaba a desafiar a los posibles asaltantes. Todo se podía contrarrestar. Pero la clase media blanca se había marchado, probablemente para siempre, y eso provocaba dificultades que los muchachos de la electrónica no podían resolver. Para 1990 la ciudad se componía fundamentalmente de negros y puertorriqueños, y estaba moteada por dos tipos de enclaves, uno que mermaba o decaía (las «bolsas» de judíos viejos y de italianos e irlandeses), y otro, cuyas dimensiones y poder crecían constantemente (los deslumbrantes islotes de los ricos, de los estamentos directivos y creativos). Una ciudad poblada únicamente de ricos y pobres experimenta ciertos molestos trastornos espirituales, y tendrá que transcurrir todavía algún tiempo antes de que la naciente burguesía no blanca se convierta en una fuerza real que favorezca la estabilidad social. Gran parte de Nueva York brilla con luz propia como sólo brillaron en el pasado Atenas, Constantinopla, Roma, Babilonia y Persépolis; el resto es una jungla, literalmente una jungla pobre y depauperada, en la que la única ley es la de la fuerza. No es tanto una ciudad moribunda como una ciudad ingobernable de siete millones de almas desplazándose en siete millones de órbitas y sometidas a espectaculares presiones centrífugas que amenazan con convertirnos a todos nosotros en hipérboles en cualquier momento.

Bienvenido al Ayuntamiento, alcalde Quinn.

¿Quién puede gobernar lo ingobernable? Siempre hay alguien dispuesto a hacerlo, Dios le ayude. De nuestros más o menos cien alcaldes, algunos han sido honrados y otros unos pillos, y aproximadamente unos siete, administradores competentes y eficaces. Dos de ellos eran unos pillos, pero ¿para qué fijarse en su moralidad si supieron hacer que la ciudad funcionase tan bien como el mejor? Algunos eran «estrellas», otros desastres y, en suma, todos ellos contribuyeron a empujar a la ciudad hacia su definitiva debacle entrópica. Y ahora Quinn. Promete una etapa de grandeza combinando al parecer la fuerza y vigor de Gottfried, el encanto de Lindsay y la humanidad y compasión de LaGuardia.

Le situamos, pues, en las primarias de los Nuevos Demócratas contra el feble y desamparado DiLaurenzio. Bob Lombroso ordenó millones a los bancos, George Missakian coordinó toda una serie de directos *spots* televisivos en los que aparecían muchas de las celebridades que habían asistido a aquella fiesta, Ara Ephrikian efectuó trueques a nivel de club para conseguir apoyos, y yo me dejaba caer de cuando en cuando por el cuartel general con sencillísimos informes de proyecciones o vaticinios que no decían nunca nada más profundo que:

Actúa con cautela.
Sigue adelante.
Tenemos que hacerlo.

Todo el mundo esperaba que Quinn avanzara arrolladoramente y, de hecho, ganó las primarias por mayoría absoluta en una lista de siete candidatos. Los republicanos encontraron un banquero llamado Burgess que aceptó su nominación. Era un desconocido, un novicio en política, y me pregunto si es que buscaban deliberadamente el fracaso o adoptaban simplemente una postura realista. Una encuesta celebrada un mes antes de las elecciones concedía a Quinn un 83 por 100 de los votos; pero el 17 por 100 restante le preocupaba e incomodaba. Deseaba todos los votos y juró llevar su campaña hasta el pueblo. En los últimos veinte años ningún candidato se había dejado arrastrar por la rutina de las caravanas y los apretones de manos, pero insistió en hacerlo a pesar de que Mardikian estaba aterrado ante la posibilidad de un asesinato.

—¿Qué probabilidades hay de que disparen contra mí si me doy un paseo por Times Square? —me preguntó Quinn.

No me ocupaba de sus riesgos de fallecimiento, y así se lo comuniqué.

También le dije:

—Pero preferiría que no lo hicieses, Paul. Yo no soy infalible ni tú eres inmortal.

—Si Nueva York no ofrece la seguridad necesaria para que un candidato se encuentre con sus votantes —replicó Quinn—, lo mejor que podíamos hacer es utilizarla como campo de pruebas para una bomba.

—Hace sólo dos años que asesinaron aquí a un alcalde.

—Todo el mundo odiaba a Gottfried. Era el mayor fascista que se haya conocido. ¿Por qué tendría nadie que albergar esos sentimientos contra mí, Lew? Voy a hacerlo.

Quinn siguió adelante y se salió con la suya. Puede que le ayudase. Alcanzó la mayor victoria electoral de toda la historia de Nueva York, una aplastante mayoría del 88 por 100. El 1 de enero de 1998, un día increíblemente templado, casi como de Florida, Haig Mardikian, Bob Lombroso y todos los demás nos apiñábamos en un estrecho círculo al pie de los escalones del Ayuntamiento para ver cómo nuestro hombre prestaba juramento en su toma de posesión. Una vaga inquietud me corroía por dentro. ¿Qué es lo que temía? No podría decirlo. Puede que una bomba. Sí, una bomba redonda, negra y brillante, como de *comic*, con una mecha encendida silbando por el aire para volarnos a todos nosotros en pedacitos. Pero no se arrojó bomba alguna. ¿Por qué este pájaro de mal agüero, Nichols? ¡Goza del triunfo! Me mantuve impasible. Manotazos en la espalda, besos en las mejillas. Paul Quinn era alcalde de Nueva York, ¡feliz 1998 a todo el mundo!

10

—Si Quinn gana —me había dicho Sundara una noche de finales del verano de 1997—, ¿te ofrecerá un puesto en su administración?

—Probablemente.

—¿Lo aceptarás?

—Ni por asomo —le dije—. Llevar una campaña es divertido. La administración municipal día a día debe ser mortalmente aburrida. Tan pronto terminen las elecciones volveré con mis clientes de siempre.

Tres días después de las elecciones, Quinn me mandó llamar y me ofreció el puesto de ayudante administrativo especial, que acepté sin la menor vacilación, sin pensar ni un solo instante en mis clientes, mis empleados o mi resplandeciente oficina llena de equipos de proceso de datos.

¿Le había mentido a Sundara aquella noche de verano? No, el único engañado era yo mismo. Mi vaticinio había sido incorrecto debido a la imperfección de mi conocimiento de mí mismo. Entre agosto y noviembre pude aprender que la proximidad del poder es como una droga que crea hábito. Durante más de un año había estado extrayendo vitalidad de Paul Quinn. Cuando pasa uno tanto tiempo tan cerca de un poder tan enorme, se queda prendido de ese flujo de energía, y se convierte en una especie de adicto. Uno no se aleja de buena gana de la dinamo que le ha estado alimentando. Una vez elegido alcalde, Quinn me contrató, me dijo que me necesitaba, y me lo creí, pero lo cierto era que yo le necesitaba a él. Quinn estaba destinado a dar un gigantesco salto, a convertirse en un brillante cometa que atravesaría la sombría noche de la política norteamericana, y yo anhelaba subirme a aquel tren, recibir parte de su fuego y sentirme calentado por él. Era así de sencillo y así de humillante. Podía intentar creerme que sirviendo a Quinn estaba prestando un servicio a la humanidad, participando en una grandiosa y arrebatadora cruzada para salvar la mayor de nuestras ciudades, contribuyendo a sacar a la civilización urbana moderna del abismo en que había caído y a dotarla de sentido y viabilidad. Podía ser incluso cierto. Pero lo que me atraía hacia Quinn era el vértigo del poder, del poder en abstracto, del poder por el poder, del poder para moldear, conformar y transformar. Salvar Nueva York era algo accidental; lo que yo ansiaba era ejercer mi dominio sobre las fuerzas dominantes.

La totalidad del equipo de la campaña entró a formar parte de la nueva administración municipal. Quinn nombró a Mardikian alcalde suplente y a Bob Lombroso administrador financiero. George Missakian se convirtió en coordinador de los medios de comunicación

de masas y Ara Ephrikian obtuvo el nombramiento de director de la Comisión de Planificación Municipal. Luego, los cinco nos reunimos con Quinn y repartimos los restantes cargos. Ephrikian fue quien propuso la mayor parte de los nombres; Missakian, Lombroso y Mardikian evaluaron sus cualificaciones; yo efectué valoraciones intuitivas, y Quinn formulaba el dictamen final. De este modo encontramos el acostumbrado surtido de negros, puertorriqueños, chinos, italianos, irlandeses, judíos, etc., encargados de dirigir los departamentos de Recursos Humanos, de Vivienda y Remodelación, de Protección del Medio Ambiente, de Recursos Culturales, y todos los demás cargos importantes. Luego, discretamente, colocamos a muchos de nuestros amigos, incluyendo un elevado número de armenios, judíos sefarditas y otros grupos exóticos en los puestos más altos de los escalones inferiores. Mantuvimos a las personas más competentes de la administración DiLaurenzio, pues no había tantas, y resucitamos a algunos de los entrometidos pero bien preparados subordinados de Gottfried. Era una sensación maravillosa estar eligiendo un gobierno para Nueva York, expulsar a los inútiles y haraganes y reemplazarlos por hombres y mujeres creativos y aventurados que, por casualidad, sólo *por casualidad*, correspondían también a la combinación étnica y geográfica que debía tener el gabinete del alcalde de Nueva York.

Mi propio trabajo era amorfo, evanescente. Yo era algo así como el consejero privado, el adivino, el que despejaba los problemas, la eminencia gris que se ocultaba tras el trono. Se suponía que debía utilizar mis facultades intuitivas para mantener a Quinn siempre dos pasos por delante del cataclismo, y todo ello en una ciudad en la que, si el Departamento de Meteorología permite que caiga sobre ella una tormenta de nieve, los lobos se arrojan de inmediato sobre el alcalde. Acepté una reducción de honorarios que ascendía a casi la mitad del dinero que habría ganado como asesor privado. Pero mi salario municipal seguía siendo superior al que realmente necesitaba. Y contaba con otro premio recompensa: saber que si Paul Quinn subía, yo subiría con él.

Derechos hasta la Casa Blanca.

Yo había presentido la inminencia de la presidencia de Quinn por primera vez en 1995, en aquella fiesta en casa de Sarkisian, y Haig Mardikian la había barruntado mucho antes. Los italianos tienen una palabra, *papabile*, para describir a un cardenal con grandes posibilidades de llegar a ser Papa. Quinn era presidencialmente *papabile*. Era joven, con personalidad, enérgico, independiente, una clásica figura kennediana, y, a lo largo de cuarenta años, los tipos como Kennedy habían conservado una cierta aureola mística para el electorado. Es cierto que fuera de Nueva York era un desconocido, pero eso apenas importaba, con todas las crisis urbanas un 250 por

100 más intensas que hacía una generación, cualquiera que se mostrase capaz de gobernar una ciudad de las dimensiones de Nueva York se convierte automáticamente en un presidente en potencia, y si Nueva York no vencía a Quinn como había vencido a Lindsay en los años sesenta, en un año o dos disfrutaría de una reputación a escala nacional. Y entonces…

Y entonces…

Ya a comienzos del otoño de 1997, con la Alcaldía prácticamente ganada, me encontré preocupándome cada vez más, de un modo que pronto descubrí como obsesivo, por las posibilidades de Quinn de ser nominado para la presidencia. Le *sentía* presidente, si no en el año 2000, sí cuatro años más tarde. Pero no bastaba con formular la predicción. Jugaba con la idea de la llegada a la presidencia de Quinn, como un niño pequeño juega consigo mismo, excitándome con ella, extrayendo placer personal, exaltándome.

Todo ello en privado, en secreto, pues me sentía avergonzado de estos planes prematuros; no quería que tipos tan fríos como Mardikian y Lombroso supiesen que me encontraba ya enfangado en turbias fantasías masturbatorias acerca del resplandeciente futuro de nuestro héroe, aunque supongo que por aquel entonces ellos debían albergar ya ideas semejantes. Elaboré interminables listas de políticos a los que merecía la pena «trabajar» en lugares tales como California, Florida y Texas; representé gráficamente la dinámica de los bloques electorales nacionales; maquiné intrincados esquemas que representaban los vértices de poder de una convención nacional para la nominación, y me inventé una infinidad de escenarios simulados para la propia elección. Todo esto, tal como he dicho, tenía una naturaleza obsesiva, lo que significa que volvía una y otra vez, ávidamente, con impaciencia, sin poderlo evitar, en cualquier momento libre, a mis análisis y vaticinios.

Todo el mundo tiene alguna obsesión que le domina, alguna fijación que se transforma en una armadura que rodea al edificio de su vida: es de este modo como nos convertimos en coleccionistas de sellos, jardineros, ciclistas, corredores de maratón, drogadictos o fornicadores. Todos nosotros llevamos dentro idéntico vacío, y cada uno lo rellena esencialmente del mismo modo, cualquiera que sea el relleno que elijamos. Quiero decir que elegimos la cura que más nos gusta, pero que todos nosotros estamos aquejados de la misma enfermedad.

Así pues, soñaba con el presidente Quinn. Creía que merecía el puesto, y ello por una razón: no sólo era un líder carismático, sino también humano, sincero y sensible a las necesidades de la gente —es decir, que su filosofía política era muy parecida a la mía—. Pero me encontraba también abocado a prestarme al avance de las carreras de

otras personas, a ascender de forma vicaria, a poner discretamente mis habilidades estocásticas al servicio de otros. Todo ello hacía que me dominase una emoción subterránea, nacida de una compleja hambre de poder unida al deseo de autoborrarme, de no figurar, una sensación de que era tanto más invulnerable cuanto menos visible. Yo no podía llegar a ser presidente; no estaba dispuesto a exponerme a la turbulencia, el agotamiento, el peligro y el feroz y gratuito odio con que la masa tan fácilmente cubre a los que buscan su favor. Pero, esforzándome por convertir a Paul Quinn en presidente de los Estados Unidos, podía colarme de algún modo en la Casa Blanca, aunque fuese por la puerta de atrás, sin tener que exponerme desnudo, sin correr los verdaderos riesgos. Aquí está, al descubierto, la raíz de mi obsesión. Pretendía servirme de Paul Quinn y hacerle creer que era él quien se estaba sirviendo de mí. Me había identificado con él *au fond*; era para mí como mi otro yo, mi máscara, mi pata de conejo, mi marioneta, mi hombre de paja. Yo deseaba mandar. Deseaba el poder. Deseaba convertirme en Presidente, Rey, Emperador, Papa, Dalai-Lama. A través de Quinn llegaría adonde me proponía de la única forma que me era factible. Llevaría las riendas del hombre que llevaba las riendas; y, de este modo, me transformaría en mi propio padre y también en papaíto de todos los demás.

11

Aquel gélido día de finales de marzo de 1999 comenzó como la mayoría de todos los demás desde que empecé a trabajar para Paul Quinn; pero, antes de que llegase la tarde, emprendió un derrotero insólito. Como era habitual, a las siete y cuarto yo ya estaba en pie. Sundara y yo nos duchábamos juntos con el pretexto de ahorrar agua y energía, pero la razón real era que ambos adorábamos el jabón y que nos encantaba enjabonarnos mutuamente hasta resultar tan resbaladizos como focas. Un desayuno rápido y a las ocho y media ya estaba fuera de casa, trasladándome hasta Manhattan en la cápsula conmutadora. Mi primera parada fue en mi despacho de la parte alta de la ciudad, mi antigua oficina, Lew Nichols Associates, que seguía manteniendo, aunque con personal reducido, mientras cobraba de la nómina municipal. En ella me ocupé de unos cuantos rutinarios análisis proyectivos relacionados con asuntos administrativos de poca monta: la ubicación de una nueva escuela, la clausura de un viejo hospital, la reordenación de las zonas de un distrito residencial que permitiese la creación de un nuevo asilo para drogadictos con el cerebro dañado; todos ellos asuntos triviales, pero potencialmente explosivos en una ciudad en la que los nervios de cada habitante están en constante tensión, sin esperanza de relajamiento, y en la que los pequeños desengaños adoptan pronto la apariencia de insoportables desaires. Luego, hacia mediodía, me dirigí al centro de la ciudad, al Edificio Municipal, para entrevistarme y comer con Bob Lombroso.

—El señor Lombroso tiene una visita en su despacho —me dijo la recepcionista—, pero quiere que pase usted de todas formas.

El despacho de Lombroso constituía el marco adecuado para él. Se trata de un hombre alto y apuesto, de algo menos de cuarenta años, de apariencia ligeramente teatral, una figura poderosa de cabellos negros y rizados algo plateados en las sienes, una ruda barba negra muy corta, una sonrisa centelleante y las maneras enérgicas e intensas propias de un comerciante de alfombras con éxito. Su despacho, anteriormente el de un gris funcionario municipal, había sido redecorado personalmente por él de su propio bolsillo, y parecía un barroco escondrijo levantino, fragante y acogedor; las paredes estaban forradas con cuero oscuro y brillante, el suelo cubierto por espesas alfombras, las cortinas eran de un pesado terciopelo marrón, y las lámparas de bronce español, perforado por mil agujeros; su resplandeciente mesa de trabajo era de diversos tipos de oscuras maderas en las que se incrustaban placas de elaborada marroquinería; sobre ella había porcelanas chinas en forma de urnas, y en una barroca vitrina de cristal, su apreciada colección de objetos judaicos

medievales: cascos de plata, petos, pergaminos de las Tablas de la Ley, bordadas cortinas del *Torah* de las sinagogas de Túnez e Irán, lámparas afiligranadas del *Sabbath*, portavelas, cajas de especias, candelabros. En aquel perfumado y cerrado santuario, Lombroso reinaba sobre los ingresos municipales como un príncipe de Sión: ¡Y ay del necio gentil que desdeñase sus consejos!

Su visitante era un hombrecillo de apariencia gastada, de unos cincuenta y cinco o sesenta años, un tipo gris e insignificante con una estrecha cabeza ovalada apenas cubierta por un ralo y corto pelo gris. Iba vestido muy vulgarmente, con un sobado traje marrón de la era de Eisenhower, que hacía que el bien cortado traje de Lombroso pareciese de una exagerada jactancia, propia de un pavo real, y que incluso me hizo sentirme a mí como un dandi con mi esclavina color castaño con hilos de cobre, que tenía ya cinco años. Estaba sentado en silencio, cabizbajo, con las manos entrelazadas. Resultaba anónimo, casi invisible, uno de tantos individuos innatamente amorfos, y su piel era de un matiz tan plomizo, la carne de sus mejillas de un fofo tan espectacular, que reflejaban un agotamiento no sólo físico, sino también espiritual. El paso del tiempo había ido despojando a aquel pobre hombre de cualquier vigor que pudiese haber poseído.

—Te presento a Martín Carvajal, Lew —dijo Lombroso.

Carvajal se incorporó y me estrechó la mano. La suya estaba fría.

—Me alegra mucho conocerle por fin, señor Nichols —dijo con una voz suave y apagada que parecía llegarme desde el otro extremo del universo.

La extraña cortesía de su saludo me pareció fuera de lugar. Me pregunté qué hacía allí. Parecía un ser sin sustancia, alguien que podía haber acudido a solicitar algún miserable empleo burocrático, o, más plausiblemente, algún tío pobre de Lombroso, que se hubiese presentado a recoger su estipendio mensual; pero en la lujosa madriguera del administrador de finanzas Lombroso sólo eran recibidos los muy poderosos.

Pero Carvajal no era el infeliz que yo había supuesto. Ya en el momento de nuestro apretón de manos pareció sacudido por un improbable golpe de energía; se mantuvo erecto, las arrugas de su rostro se tensaron y un cierto color mediterráneo iluminó su piel. Sólo sus ojos, apagados y sin vida, seguían denunciando la existencia de algún vacío vital en su interior.

Sentenciosamente, Lombroso me dijo:

—El señor Carvajal fue uno de los donantes más generosos en la campaña para la Alcaldía —dirigiéndome una suave mirada fenicia con la que me indicaba: *Trátale con amabilidad, Lew, queremos sacarle más dinero*.

Me sorprendió profundamente que aquel extraño, zarrapastroso y

grisáceo personaje, fuese un acaudalado benefactor, una persona a la que había que halagar, bailar el agua y recibir en el *sancta santorum* de un atareado funcionario de tan alta categoría, pues rara vez me había equivocado tanto al juzgar a un desconocido. No obstante, conseguí esbozar una desganada sonrisa y preguntar:

—¿A qué se dedica usted, señor Carvajal?

—A inversiones.

—Se trata de uno de los especuladores privados más osado y de mayor éxito de los que haya conocido en toda mi vida —matizó Lombroso.

Carvajal asintió complacido con la cabeza.

—¿Se gana la vida solamente jugando a la Bolsa?. —pregunté.

—Sí, sólo.

—No creía que alguien fuese realmente capaz de conseguirlo.

—Sí, sí, puede hacerse —dijo Carvajal. Su tono de voz era débil y ronco, como un murmullo que saliese de una tumba—. Todo lo que se necesita es una buena comprensión de las tendencias y algo de valor. ¿No ha jugado nunca a la Bolsa, Mr. Nichols?

—Un poco. Sólo de cuando en cuando.

—¿Le ha ido bien?

—Sí, bastante. Yo también entiendo algo de tendencias. Pero no me encuentro a gusto cuando empiezan las fluctuaciones realmente fuertes. Sube veinte, baja treinta; no, no, muchas gracias. Supongo que es que me gustan las cosas más seguras.

—También a mí —replicó Carvajal, poniendo en su declaración un ligero matiz compulsivo, insinuando un sentido que desbordaba al de la frase en sí, lo que me hizo sentirme confuso e incómodo.

Justo en ese momento sonó suavemente una campanilla en el despacho interior de Lombroso, que se encontraba al final de un pequeño pasillo a la izquierda de su mesa. Sabía que significaba que le llamaba el alcalde, pues cuando Lombroso tenía visita la recepcionista siempre le pasaba sus llamadas a su despacho. Lombroso se disculpó y, con rápidos y fuertes pasos que hicieron retumbar el alfombrado suelo, se dirigió a atender la llamada. El encontrarme a solas con Carvajal me resultó de repente abrumadoramente molesto; sentí hormigueos en la piel y una opresión en la garganta, como si, tan pronto había desaparecido la protectora presencia neutral de Lombroso, alguna potente emanación psíquica fluyese de él hacia mí. Me sentí incapaz de quedarme. Disculpándome también, seguí apresuradamente a Lombroso a la otra habitación, una estrecha caverna en forma de L, llena de libros desde el techo hasta el suelo, de abigarrados tomos que podían ser *Talmuds* o los anuarios Moody de Bolsa, y que probablemente eran una mezcla de ambos. Lombroso, sorprendido y molesto por mi intromisión, señaló airadamente con el

dedo a la pantalla de su teléfono, en la que pude contemplar la imagen de la cabeza y hombros del alcalde Quinn. Pero, en lugar de salirme, le ofrecí una pantomima de petición de disculpas, un disparatado conjunto de meneos y oscilaciones, de encogimientos de hombros y gestos idiotas, que hizo que Lombroso le pidiese al alcalde que interrumpiese la comunicación un momento. La pantalla se oscureció.

Lombroso me miró ceñudamente.

—¿Bien? —preguntó—. ¿Qué pasa?

—Nada. Lo siento. No sé. Pero no podía quedarme allí. ¿Quién es, Bob?

—Ya te lo he dicho. Un ricachón. Ha apoyado mucho a Quinn. Tenemos que mostrarnos amables con él. Mira, estoy hablando por teléfono. El alcalde tiene que saber…

—No quiero quedarme allí a solas con él. Es como un muerto viviente. Me da escalofríos.

—¿Cómo?

—Lo digo en serio. Es como si de él emanase una fría fuerza letal, Bob. Hace que me pique todo. Emite vibraciones aterradoras.

—¡Por favor, Lew!

—No puedo evitarlo. Ya sabes cómo son mis presentimientos.

—Es sólo un inofensivo tipo con suerte que ha ganado mucho dinero en la Bolsa y a quien le cae bien Quinn. Eso es todo.

—¿A qué ha venido?

—Para conocerte —dijo Lombroso.

—¿Sólo a eso? ¿Sólo para conocerme?

—Tiene mucho interés en hablarte. Dijo que para él era muy importante entrar en contacto contigo.

—¿Y qué es lo que quiere de mí?

—Ya te he dicho que eso es todo lo que sé, Lew.

—¿Y tengo que venderme a cualquiera que haya donado cinco dólares para la campaña de Quinn?

Lombroso suspiró.

—Si te dijese cuanto ha dado Carvajal no te lo creerías; y, en cualquier caso, sí, creo que deberías poder dedicarle algo de tu tiempo.

—Pero…

—Mira, Lew, si deseas saber más cosas tendrás que preguntárselas a Carvajal. Vuelve con él. Sé bueno y déjame hablar con el alcalde. Anda. Carvajal no te va a hacer nada. Se trata sólo de un tipejo canijo.

Lombroso se alejó de mí y volvió a poner en funcionamiento el teléfono. El alcalde reapareció en la pantalla telefónica. Lombroso dijo:

—Lo siento, Paul. Lew ha sufrido una especie de pequeño ataque

nervioso, pero creo que ya se está recuperando. Ahora…

Volví con Carvajal. Estaba sentado inmóvil, con la cabeza gacha, los brazos inermes; como si, mientras yo estuve fuera de la habitación, pasara por ella una ráfaga helada que le hubiese dejado seco y marchito. Lentamente, con evidentes dificultades, se recuperó, volvió a apoyarse en el respaldo de su asiento y llenó los pulmones de aire, fingiendo una animación que sus ojos desmentían, aquellos ojos vacuos y aterradores. Sí, era como un muerto viviente.

—¿Se queda a almorzar con nosotros? —le pregunté.

—No, no. No deseo imponerles mi presencia. Sólo quería intercambiar unas palabras con usted, señor Nichols.

—Estoy a su entera disposición.

—¿Sí? ¡Qué generoso! —esbozó una débil sonrisa—. He oído hablar mucho de usted, ¿sabe? Incluso antes de que se metiese en política. En cierto sentido nos hemos dedicado al mismo tipo de trabajo.

—¿Se refiere a la Bolsa? —le dije, confundido.

Su sonrisa se hizo más amplia e inquietante.

—A las predicciones —respondió. En mi caso con respecto a la Bolsa, en el suyo como asesor financiero y político. Ambos nos hemos ganado la vida con nuestra imaginación y con nuestra buena comprensión de las tendencias.

Me sentía totalmente incapaz de descifrarle. Era opaco, un misterio, un enigma.

—Así que usted —dijo— se mantiene al lado del alcalde indicándole cuál es el camino que se abre ante él. Admiro a las personas dotadas de una visión tan clara. Dígame, ¿qué tipo de carrera prevé para el alcalde Quinn?

—Una carrera espléndida —repliqué.

—La de buen alcalde, pues.

—Será uno de los mejores que haya tenido jamás esta ciudad.

Lombroso regresó a la habitación.

—¿Y luego? —preguntó Carvajal.

Miré desconcertadamente a Lombroso, pero sus ojos permanecieron mudos. Estaba abandonado a mis propios recursos.

—¿Después de su mandato como alcalde? —pregunté.

—Sí.

—Todavía es joven, señor Carvajal. Quizá consiga tres o cuatro mandatos como alcalde. Yo tampoco puedo proporcionarle ningún vaticinio válido de aquí a un plazo de doce años.

—¿Doce años en el Ayuntamiento? ¿Cree que se conformará con quedarse aquí todo ese tiempo?

Carvajal estaba jugando conmigo como el gato con el ratón. Me di cuenta de que me había visto arrastrado a una especie de desafío. Le

miré largamente y percibí algo terrorífico e imposible de determinar, algo poderoso e inaprensible, algo que me hizo dar un primer paso defensivo.

—¿Y usted qué piensa, señor Carvajal? —dije.

Un destello de vida cruzó sus ojos por un instante. Estaba disfrutando con aquel juego.

—El alcalde Quinn está destinado a un cargo más elevado —dijo suavemente.

—¿De gobernador?

—Más elevado.

No respondí de inmediato, y luego me sentí incapaz de hacerlo, pues de las paredes cubiertas de cuero fluía un inmenso silencio que nos embargaba completamente, y me dio miedo ser el primero en quebrarlo. «Ojalá que el teléfono suene otra vez», pensé, pero todo permaneció en silencio, como el aire en una noche de helada, hasta que Lombroso rompió el silencio, diciendo:

—Nosotros también creemos que tiene grandes posibilidades.

—Tenemos grandes planes para él —proferí.

—Lo sé —dijo Carvajal—. Por eso he venido. Deseo ofrecer mi apoyo.

—Su ayuda financiera nos ha sido enormemente útil todo el tiempo, y… —le respondió Lombroso.

—Lo que tengo en mente no es sólo algo financiero.

Ahora fue Lombroso quien recurrió a mí con la vista en busca de ayuda. Pero yo estaba desconcertado.

—Creo que no le entendemos bien, señor Carvajal —dije.

—Si pudiese quedarme un momento a solas con usted…

Lancé una ojeada a Lombroso. Si le molestaba verse expulsado de su propio despacho, no lo demostró en absoluto. Con la gracia que le caracterizaba, hizo una inclinación de cabeza y se marchó a la habitación de atrás. Me encontré de nuevo a solas con Carvajal y, una vez más, me sentí incómodo, desconcertado por los extraños hilos de acero invulnerable que parecían sujetar su alma marchita y debilitada. En un tono nuevo, insinuante y confidencial, Carvajal me dijo:

—Tal como le comenté, usted y yo nos dedicamos al mismo tipo de trabajo. Pero creo que nuestros métodos difieren bastante, señor Nichols. Su técnica es intuitiva y probabilista, mientras que la mía… Bueno, la mía es muy distinta. Creo que quizá algunas de mis intuiciones puedan complementarse con las suyas, eso es lo que estoy intentando decirle.

—¿Intuiciones predictivas?

—Exactamente. No deseo entrometerme en su campo de responsabilidades. Pero podría formularle una sugerencia o dos que creo le resultarían útiles.

Di un respingo. De repente el enigma quedó al descubierto, y lo que revelaba era algo completamente vulgar y de sentido común. Carvajal no era sino un rico *amateur* en política que, creyéndose que el dinero le daba derecho a considerarse experto en todo, se moría por meter la nariz en las actividades de los de arriba. No hacía sino practicar un *hobby*. No era sino un político de pacotilla. ¡Dios mío! Bien, mostrémonos amables con él, había dicho Lombroso. Me mostraría amable. Acumulando la mayor cantidad de tacto posible, le dije secamente:

—Por supuesto, el señor Quinn y todo su personal se alegran siempre de recibir sugerencias útiles.

Los ojos de Carvajal buscaron los míos, pero yo los esquivé.

—Gracias —musitó—. He anotado algunas cosas para empezar — me ofreció una hoja doblada de papel blanco. Su mano temblaba ligeramente. La tomé sin mirarla. De repente parecieron abandonarle todas sus fuerzas, como si hubiese llegado al final de sus recursos. Su rostro palideció aún más, se desmadejó visiblemente—. Gracias — susurró de nuevo—. Muchas gracias. Creo que nos veremos pronto — y, de repente, se marchó, inclinando la cabeza en la puerta, como un embajador oriental.

En mi trabajo uno conoce a la gente más rara. Meneando la cabeza, desplegué la hoja de papel. Contenía tres frases, escritas con trazos como de araña:

Vigilar a Gilmartin.

Congelación obligatoria del petróleo a escala nacional, preocuparse pronto de ello.

Socorro[5] *en lugar de Leydecker antes del verano. Ponerse inmediatamente en contacto con él.*

Las leí un par de veces sin encontrarles ni pies ni cabeza; esperé el habitual ramalazo clarificador de intuición, pero tampoco me vino. El tal Carvajal parecía disminuir y anular mis facultades. Aquella sonrisa espectral, aquellos ojos gastados, aquellas anotaciones crípticas…, todo en él me dejaba confuso y trastornado.

—Se ha ido —le dije a Lombroso, quien emergió de inmediato de su despacho interior.

—¿Y bien?

—No sé. No sé nada de nada. Me dio esto —dije, y le pasé la nota.

—Gilmartin. Congelación. Leydecker —Lombroso arrugó el entrecejo—. Está bien, brujo. ¿Qué significa todo eso?

Gilmartin debía ser el interventor del Estado. Anthony Gilmartin, quien había chocado con Quinn un par de veces en relación con la política fiscal municipal, pero de quien no se tenía noticias desde

hacía meses.

—Carvajal cree que tendremos más problemas con Albany en relación con el dinero —me aventuré—. Tú deberías saberlo mejor que yo. ¿Está Gilmartin quejándose otra vez de los gastos municipales?

—No ha dicho ni una palabra.

—¿Estamos preparando algún paquete de nuevos impuestos que le caigan mal?

—Si fuese así, ya te habríamos informado, Lew.

—Así pues, ¿no se está gestando ningún conflicto en potencia entre Quinn y el departamento de Gilmartin?

—No veo ninguno en un futuro visible —dijo Lombroso—. ¿Y tú?

—Nada. En cuanto a la congelación obligatoria del petróleo…

—Estamos discutiendo la conveniencia de aprobar una ley local muy estricta —me dijo—. En el puerto de Nueva York no entraría ningún petrolero que transportase petróleo sin congelar. Quinn no está seguro de que sea una idea tan buena como parece, y estábamos a punto de pedirte que nos formulases un vaticinio. Pero ¿congelación del petróleo a escala nacional? Quinn apenas se ha manifestado con respecto a problemas de política nacional.

—Todavía no.

—No, todavía no. Puede que sea ya el momento de hacerlo. Puede que Carvajal intuya algo aquí. Y el tercer punto…

—Leydecker —dije. Leydecker, seguramente se trataba del gobernador Richard Leydecker, de California, uno de los hombres más poderosos del Nuevo Partido Demócrata y el más destacado candidato a la nominación presidencial del año 2000—. *Socorro* significa en español «auxilio», ¿no, Bob? Nos dice que ayudemos a Leydecker, quien no necesita ayuda alguna. ¿Por qué? En cualquier caso, ¿cómo puede ayudar Paul Quinn a Leydecker? ¿Apoyándole en su aspiración a la presidencia? Aparte de ganarse la amistad de Leydecker, no sé de qué le serviría eso a Quinn, y tampoco le va a aportar a Leydecker nada que no tenga ya en su bolsillo, así que…

—Socorro es el subgobernador de California —dijo Lombroso amablemente—. Carlos Socorro. Es un apellido, Lew.

—Carlos Socorro —cerré los ojos—. Por supuesto.

Mis mejillas enrojecieron. Tanto confeccionar listas, tanto recopilar frenéticamente los centros de poder del Nuevo Partido Demócrata, tantos enfebrecidos esfuerzos durante el último año y medio, y me había olvidado sin embargo del nombre de la mano derecha de Leydecker. ¡No era «socorro» lo que decía, sino Socorro, grandísimo imbécil!

—¿Qué insinúa entonces? —dije—. ¿Que Leydecker va a dimitir para poder ser nominado, dejando a Socorro de gobernador? Muy bien. Eso concuerda. Pero que nos pongamos pronto en contacto con

él. ¿Con quién? —balbucí—. ¿Con Socorro? ¿Con Leydecker? Resulta todo bastante confuso, Bob. No estoy efectuando ninguna lectura que tenga pies ni cabeza.

—¿Y qué lectura haces de Carvajal?

—Un chiflado —dije—. Un chiflado rico. Un tipejo extraño con el cerebro gravemente infectado de política —deposité la nota en mi cartera. La cabeza estaba a punto de estallarme—. Olvídate de él. Le complací porque me dijiste que debía hacerlo. Hoy me he portado como un buen chico, ¿no, Bob? Pero no se me puede exigir que me tome todo esto en serio, y me niego a intentarlo. Ahora vámonos a comer y a fumarnos un buen hueso, a tomarnos unos cuantos martinis y a charlar de negocios.

Lombroso me dispensó su sonrisa más radiante, me dio unos consoladores golpecitos en el hombro y me condujo a la salida de su despacho. Conjuré a Carvajal de mi pensamiento. Pero sentí una especie de escalofrío, como si hubiese empezado una nueva estación y no fuese la primavera, y aquel escalofrío perduraba aún mucho después de haber finalizado el almuerzo.

12

En los meses siguientes nos dedicamos seriamente a la tarea de planificar el ascenso de Paul Quinn, y el nuestro propio, hasta la Casa Blanca. Ya no tenía que mostrarme cauto en relación con mi deseo, que rozaba con la compulsión, de convertirle en presidente; todos los miembros de su círculo íntimo reconocían ya abiertamente el mismo fervor que yo había encontrado tan embarazoso hacía sólo año y medio. Actuábamos todos a cara descubierta.

El proceso de fabricación de un presidente no ha variado mucho desde mediados del siglo XIX, aunque las técnicas empleadas son algo distintas en esta época de redes de datos, vaticinios estocásticos y saturación intensiva del ego a través de los medios de comunicación de masas. El punto de partida lo constituye por supuesto un candidato fuerte, preferentemente con su base de poder en un estado densamente poblado. El hombre debe resultar plausiblemente presidenciable; debe parecer y hablar como un presidente. Si su estilo natural no es ése, habrá que entrenarle para crear a su alrededor un aura de plausibilidad. Los candidatos óptimos la poseen ya de entrada. McKinley, Lyndon Johnson, Franklin D. Roosevelt y Wilson poseían todos esa dramática apariencia presidencial. Lo mismo ocurría con Harding. Nadie había parecido jamás más presidente que Harding; era su única cualificación para el cargo, pero había bastado para conducirle al mismo. Dewey, Al Smith, Mc-Govern y Humphrey carecían de ella, y perdieron. Stevenson y Willkie la poseían, pero tuvieron que enfrentarse con hombres cuya aura presidencial era todavía mayor. John F. Kennedy no se ajustaba al ideal imperante en 1960 de cómo debía parecer un presidente: es decir, sabio y paternal, pero poseía otras cualidades que le favorecían, y al ganar alteró en cierta medida el modelo, beneficiando, entre otros, a Paul Quinn, que resultaba presidencialmente plausible debido precisamente a su aire kennediano. También es importante *hablar* como un presidente. El aspirante a candidato debe resultar firme, serio y enérgico, pero al mismo tiempo caritativo y flexible, con un tono de voz que logre transmitir el calor humano y la sabiduría de Lincoln, el valor de Truman, la serenidad de Franklin D. Roosevelt, el ingenio de John F. Kennedy… Y Quinn reunía todas aquellas cualidades.

Pero el hombre que desee alcanzar la presidencia debe contar con el siguiente equipo: alguien que allegue fondos (Lombroso), alguien que seduzca a los medios de comunicación de masas (Missakian), alguien que analice las tendencias y sugiera las medidas más adecuadas (yo), alguien que coordine una alianza a escala nacional de jerifaltes políticos (Ephrikian), y alguien que dirija y coordine la

estrategia (Mardikian). El equipo sigue entonces adelante con el producto, realiza las necesarias conexiones con los mundos de la política, el periodismo y las finanzas, y va imbuyendo en las mentes de la gran masa la idea de que se trata del Hombre Justo para el Cargo. Para cuando se celebre la Convención de Nominación, o Primarias, habrá que, mediante promesas manifiestas o encubiertas, haber alcanzado el número suficiente de delegados como para que el candidato salga en la primera votación o, en el peor de los casos, en la tercera; si para entonces no has conseguido que sea nominado, las alianzas se derrumban y comienzan a hacer su aparición los nombres inesperados. Una vez nominado, eliges un vicepresidente que, en filosofía política, apariencia y origen geográfico, sea lo más distinto del candidato que pueda ser una persona, sin por ello dejar de hablarse, y te lanzas luego a la tarea de hacer morder el polvo al candidato del otro gran partido.

A comienzos de abril de 1999 celebramos nuestra primera gran reunión formal de carácter estratégico en el despacho de alcalde delegado de Mardikian, que se encontraba en el ala oeste del edificio del Ayuntamiento. Estábamos Haig Mardikian, Bob Lombroso, George Missakian, Ara Ephrikian, y yo. Quinn no; se encontraba en Nueva York luchando con el Departamento de Sanidad. Educación y Bienestar para obtener mayores recursos financieros con destino a la ciudad, según lo dispuesto en el Decreto sobre Estabilidad Emocional. Reinaba en la sala una crepitación eléctrica que no tenía nada que ver con el mecanismo de purificación mediante ozono. Era la crepitación del poder, real y potencial. Nos habíamos reunido para poner manos a la tarea de conformar la Historia.

La mesa era redonda, pero me sentí como si ocupase un lugar en el centro del grupo. Los cuatro, mucho más versados que yo en los manejos del poder y de las influencias, recurrían a mí en busca de orientación y directrices, pues el futuro aparecía envuelto en densas nieblas y ellos sólo podían intentar adivinar a través de los enigmas de los días todavía por venir, mientras que creían que yo *veía*, que *sabía*. No estaba dispuesto a explicar la diferencia que existe entre *ver* y ser capaz de formular conjeturas. Saboreaba aquella sensación de dominio. Sí, a cualquier nivel que lo alcancemos, el poder crea un hábito, como las drogas. Allí estaba yo sentado entre millonarios, dos abogados, un agente de Bolsa y un magnate de las redes de datos; tres de ellos atezados armenios y el otro un atezado judío español, y todos tan ansiosos como yo por experimentar el resonante triunfo de alcanzar la presidencia, por compartir una gloria delegada, todos soñando con construirse imperios propios con el disfrute del poder, y todos esperando a que les dijera lo que había que hacer para llegar a la, tomado al pie de la letra, conquista de los Estados Unidos de

América.

—Empecemos por tu interpretación, Lew —dijo Mardikian—. ¿Cuáles crees que son las posibilidades reales de que Quinn consiga ser nominado el año que viene?

Efectué la pausa propia de un vidente, levanté la mirada como si estuviera buscando la inspiración de un tótem estocástico, la dejé fija en el espacio, escrutando hasta las motas de polvo en busca de augurios, adopté el aire más pomposo posible; en una palabra, les regalé una representación completa, y al cabo de unos instantes respondí solemnemente:

—Para la nominación puede que una probabilidad entre ocho. Para la elección, una entre cincuenta.

—No es muy buena.

—No.

—No lo es en absoluto —dijo Lombroso.

Mardikian se desanimó, comenzó a dar tirones a la punta de su carnosa e imperial nariz, y dijo:

—¿Nos estás diciendo que debemos abandonar totalmente la idea? ¿Es ésa tu valoración?

—Para el año que viene, sí. Olvidémonos de lo de la presidencia.

—¿Renunciamos así, sin más? —dijo Ephrikian—. ¿Nos limitamos a seguir en el Ayuntamiento y a olvidarnos de todo?

—Espera —le musitó Mardikian. Me miró nuevamente—. ¿Y en el 2004, Lew?

—Mejor, mucho mejor.

Ephrikian, un hombre robusto, de barba negra y cráneo afeitado a la moda, adoptó un aire impaciente y molesto. Arrugó el ceño, y dijo:

—Los medios de comunicación están explayándose justo ahora acerca de lo alcanzado por Quinn en su primer año como alcalde. Creo que es el momento de subir el otro peldaño, Lew.

—Estoy de acuerdo —dije amistosamente.

—Pero nos estás diciendo que en el 2000 será derrotado.

—Digo que será derrotado cualquier candidato que presenten los Nuevos Demócratas —repliqué—. Cualquiera. Quinn, Leydecker, Keats, Kane, Pownell, cualquiera de ellos. Este es el momento de que Quinn se lance, correcto, pero el siguiente escalón no es necesariamente el más alto de todos.

Missakian, rechoncho, afectado, de finos labios, el experto en medios de comunicación, el hombre de la visión clara, dijo:

—¿No puedes concretar algo más, Lew?

—Sí —dije, y me lancé a ello.

Formulé mi nada arriesgada predicción de que cualquiera que se presentase contra el presidente Mortonson en el 2000, Leydecker era el más probable, saldría derrotado. Los presidentes en ejercicio de este

país no pierden jamás las elecciones a menos que su primer mandato haya sido un desastre de las proporciones del de Hoover, y Mortonson había realizado su tarea al estilo limpio, agradable, gris y razonablemente cachazudo tan del agrado de los norteamericanos. Leydecker representaría un desafío bastante sólido, pero no existían temas realmente controvertidos y, a pesar de tratarse de un candidato de evidente calibre presidencial, saldría derrotado, incluso por un margen muy amplio. Razoné que lo mejor sería mantenerse al margen de Leydecker. Dejarle correr solo. En cualquier caso, un intento por parte de Quinn de arrebatarle la nominación al año siguiente estaría probablemente abocado al fracaso, y convertiría a Quinn en enemigo de Leydecker, lo que no resultaba en absoluto conveniente. Mejor dejar que fuese Leydecker quien corriera el riesgo, que fuese él quien se estrellase intentando derrotar al invencible Mortonson. Esperaríamos para proponer a Quinn, todavía joven, sin la mácula de ninguna derrota, en el 2004, cuando la Constitución impidiese que Mortonson se presentase de nuevo.

—¿Así que Quinn se muestra a favor de Leydecker en el 2000 y luego se queda sin hacer nada? —preguntó Ephrikian.

—Más que eso —repliqué. Miré a Bob Lombroso. El y yo habíamos discutido ya la estrategia a seguir, llegando a un acuerdo, y ahora, adelantando sus poderosos hombros, barriendo el lado armenio de la mesa con una elegante mirada, Lombroso comenzó a delinear nuestro plan.

Quinn intentaría alcanzar prominencia nacional durante los próximos meses, con el punto álgido a comienzos del verano de 1999, momento en el que realizaría un *tour* por todo el país y pronunciaría discursos importantes en Memphis, Chicago, Denver y San Francisco. Respaldado por algunos sólidos logros en la ciudad de Nueva York, que atraerían la atención sobre él (reordenación de enclaves, *degottfriedización* de las fuerzas policiales, y otros), comenzaría a hablar sobre temas de mayor trascendencia, como la política de intercambio regional de energía proveniente de la fusión, readopción de las abolidas leyes sobre Intimidad de 1982 y, ¿por qué no?, congelación obligatoria del petróleo. Hacia el otoño iniciaría un ataque directo a los Republicanos, no tanto al propio Mortonson como a miembros cuidadosamente elegidos de su gabinete (especialmente el secretario de Energía, Hospers; el de Información, Theiss, y el de Medio Ambiente, Perlman). De este modo se introduciría en la contienda, transformándose en una figura a escala nacional, en un imparable líder joven, en un hombre con el que había que contar. La gente empezaría a hablar de sus posibilidades presidenciales; aunque las encuestas y sondeos de opinión le situarían muy por debajo de Leydecker como favorito para la nominación, ya nos ocuparíamos de

eso, y no se pronunciaría nunca candidato a las Primarias. Haría entender a los medios de comunicación de masas que prefería a Leydecker a cualquiera de los restantes candidatos, pero tendría enorme cuidado de no respaldarle abiertamente. En la Convención de los Nuevos Demócratas, que se celebraría en San Francisco en el 2000, una vez que Leydecker hubiese sido nominado y pronunciado el acostumbrado discurso renunciando a designar su vicepresidente, Quinn lanzaría una dramática oferta de aceptar su nominación para la vicepresidencia, que sería en último extremo derrotada. ¿Por qué para la vicepresidencia? Porque la lucha en la Convención haría que hablasen ampliamente de él todos los medios de comunicación sin exponerle, a diferencia de la oferta para la presidencia, a las acusaciones de ambición prematura, y sin provocar la irritación del poderoso Leydecker. ¿Por qué derrotada? Porque, en cualquier caso, Leydecker iba a perder las elecciones frente a Mortonson, y Quinn no tenía nada que ganar compartiendo con él la derrota en calidad de aspirante a la vicepresidencia. Mejor verse desestimado por la Convención, creándose así la imagen de brillante recién llegado, de gran promesa frustrada por zancadillas políticas, que resultar derrotado en las elecciones.

—Nuestro modelo —concluyó Lombroso— es John F. Kennedy, descartado así para la vicepresidencia en 1956, y candidato a la presidencia en 1960. Lew ha trazado diversas simulaciones que muestran el solapamiento de los vectores dinámicos, uno a uno, y podemos mostraros los perfiles.

—Muy bien —dijo Ephrikian—. ¿Cuándo debe producirse el magnicidio, en el 2003?

—Por favor, seamos serios —dijo Lombroso amablemente.

—Muy bien —dijo Ephrikian—. Hablaré, pues, en serio. ¿Qué pasará si Leydecker decide presentarse también en el 2004?

—Entonces tendrá sesenta y un años —replicó Lombroso—, y contará en su historial con una derrota. Quinn tendrá cuarenta y tres y no habrá sido vencido nunca. Uno se encontrará en decadencia y el otro en auge, y el partido estará deseoso de ganar después de ocho años alejado del poder.

Se produjo una larga pausa.

—Me gusta —anunció Missakian finalmente.

—¿Y a ti, Haig? —pregunté.

Mardikian se había mantenido un buen rato en silencio. Ahora asintió:

—Quinn no está preparado para hacerse cargo del país en el 2000. Eso será en el 2004.

—Y el país estará preparado para Quinn —dijo Missakian.

13

Alguien ha dicho de la política que provoca extraños compañeros de cama. No obstante, por la política, Sundara y yo no nos hubiésemos arriesgado nunca al grupo de cuatro que formamos aquella primavera con Catalina Yarber, la apoderado del Credo del Tránsito, y Lamont Friedman, el joven genio financiero rebosante de energía. Pero, de no ser por Catalina Yarber, Sundara no se habría convertido a la fe del Tránsito, y, de no ser por su conversión, es muy probable que siguiese siendo mi esposa. Y así sucesivamente, una y otra vez, los hilos de la causalidad haciendo que todo se remonte a un momento determinado.

Lo que ocurrió es que, como miembro del equipo de Paul Quinn, recibí dos entradas gratis para la cena a 500 dólares el cubierto que el Nuevo Partido Demócrata de Nueva York celebra todos los años en honor de Nicholas Roswell. Se trata no sólo de un homenaje a la memoria del gobernador asesinado, sino también, y de hecho primordialmente, de una actividad destinada a allegar fondos y a servir de caja de resonancia a la *superstar* del Partido en cada momento. Por supuesto, en esta ocasión el orador principal era Quinn.

—Ya era hora de que yo fuese a una de vuestras cenas políticas —dijo Sundara.

—Son pura formalidad.

—No importa.

—Te parecerá odiosa, querida.

—¿Tú vas a ir? —preguntó.

—No tengo más remedio.

—Entonces creo que utilizaré la otra invitación. Si me quedo dormida, dame un codazo cuando vaya a hablar el alcalde. Me excita.

Así, una templada y lluviosa noche, Sundara y yo nos capsulizamos hasta el Harbor Hilton, esa enorme pirámide resplandeciente sobre su plataforma plegable alejado como medio kilómetro de la punta sur de Manhattan, y nos mezclamos con la flor y la nata del *establishment* liberal del Este en el deslumbrante salón del último piso, desde el que disfruté de la vista de, entre otras cosas, la torre de Sarkisian al otro lado de la bahía, en la que, hacía ya casi cuatro años, había conocido a Paul Quinn. Muchos de los asistentes a aquella variopinta fiesta asistirían también a la cena de esta noche. Sundara y yo ocupamos nuestros puestos en la misma mesa que dos de ellos, Friedman y la señora Yarber.

Durante la sesión preliminar de cócteles y cigarrillos de polvo de hueso, Sundara llamó más la atención que ninguno de los senadores, gobernadores y alcaldes presentes, incluyendo a Quinn. Esto se debió en parte a la curiosidad, pues en el mundillo político de Nueva York

todo el mundo había oído hablar de mi exótica esposa, pero muy pocos la conocían, y en parte a que era, con toda seguridad, la mujer más hermosa que se encontraba en el salón. Sundara no se mostró sorprendida ni molesta. Después de todo, ha sido bella toda su vida, y ha tenido tiempo de acostumbrarse a los efectos de su presencia. Tampoco se vistió como alguien que no desea ser mirado. Había elegido un vestido propio de un harén, oscuro, suelto y flotante, que cubría su cuerpo de la garganta a los pies; bajo él no llevaba nada; y cuando pasaba cerca de algún punto de luz el efecto era realmente devastador: resplandecía como una rutilante mariposa en medio del gigantesco salón, grácil y elegante, melancólica y misteriosa, con su centelleante pelo de ébano y los semivelados pechos y muslos que ponían los dientes largos a quienes la miraban. ¡Se lo estaba pasando en grande! Quinn se acercó a saludarnos, y Sundara transformó el casto beso de saludo en la mejilla por un elaborado *pas de deux* de carisma erótico, que hizo que alguno de nuestros hombres de Estado de mayor edad tragasen saliva, se ruborizasen y tuviesen que aflojarse el nudo de la corbata. Incluso la esposa de Quinn, Laraine, famosa por su sonrisa de Gioconda, pareció ligeramente contrariada, a pesar de estar casada con el político más firme y seguro de cuantos conozco. (O, ¿puede ser que el ardor de Quinn simplemente la sorprendiera? ¡Aquella sonrisa indescifrable!)

Cuando nos sentamos, Sundara seguía todavía emanando puro *Kama-Sutra*. Lamont Friedman, sentado justo enfrente de ella en la mesa redonda que nos habían asignado, se movió inquieto y tembló cuando los ojos de Sundara cayeron sobre los suyos, y la miró con una feroz intensidad, mientras que los músculos de su largo y estrecho cuello se contraían nerviosamente. Mientras tanto, de forma algo más discreta, pero no menos intensa, la señora Yarber, la compañera de Friedman de aquella velada, la observaba también fijamente.

Friedman. Tenía unos veintinueve años, era increíblemente delgado y medía alrededor de 2,30 metros. Poseía una prominente nuez y ojos saltones y un poco locos; una densa masa de ensortijados cabellos castaños se desbordaba sobre su cabeza, como una extraña criatura de otro planeta que estuviese atacándole. Había salido de Harvard con fama de brujo en temas monetarios y, tras establecerse en Wall Street cuando contaba sólo diecinueve años, se había convertido en el mago jefe de un grupo de financieros llamado Asgard Equities, que, mediante una serie de golpes relámpago: bombeo de opciones, ofertas falsas, operaciones dobles con opción de compra y venta, y otras muchas técnicas que apenas logro entender, había alcanzado en cinco años el control de un imperio de corporaciones de más de un billón de dólares, con extensas propiedades en todos los continentes, salvo la Antártida. (Y no me sorprendería saber que Asgard se

encargaba del cobro de impuestos para McMurdo Sound).

La señora Yarber era una mujercita rubia, de unos treinta años más o menos, esbelta y con un rostro juguetón y resuelto, de rasgos enérgicos, ojos vivos y labios finos. Sus cabellos, cortos como los de un muchacho, caían en forma de grandes mechones sueltos sobre su alta e inquisitiva frente. Apenas llevaba maquillaje, sólo una casi imperceptible línea azul alrededor de los labios, y sus ropas eran austeras: una especie de jubón color paja y una falda recta y sencilla que le llegaba hasta las rodillas. El efecto que causaba era discreto e incluso ascético, pero, mientras nos sentábamos, me di cuenta de que había logrado equilibrar bastante su imagen esencialmente asexuada con un toque sorprendentemente erótico: la falda era completamente abierta desde las caderas hasta el borde inferior, en un ancho de quizá unos veinte centímetros, pero sólo por el lado izquierdo; y, cuando se movía, dejaba entrever una pierna suavemente musculosa, un muslo liso y moreno, y parte del trasero. A medio muslo, sujeto por medio de una cadenilla, llevaba el pequeño y abstracto medallón del Credo del Tránsito.

Y comenzó la cena. Consistía en el menú habitual: ensalada de frutas, consomé, un filete «Protosoy», con guarnición de guisantes y zanahorias, botellas de Borgoña californiano, pescado de Alaska, todo ello servido con el máximo de estruendo y el mínimo de gracia por miembros de impasibles rostros pertenecientes a las oprimidas minorías raciales. Ni los alimentos ni la decoración tenían el menor buen gusto, pero a nadie le importaba. Estábamos todos tan drogados, que el menú parecía ambrosia y el hotel el Walhalla. Mientras comíamos y charlábamos, toda una serie de politiquillos fueron desfilando de mesa en mesa, dando golpecitos en las espaldas y apretones de manos, y tuvimos también que soportar toda una procesión de autosuficientes viudas de políticos, casi todas sesentonas, regordetas y grotescamente ataviadas al último grito, dando vueltas y disfrutando de su proximidad a los poderosos y a los famosos. El nivel sonoro debía ser de veinte decibelios por encima del de las cataratas del Niágara. De diversas mesas surgían borbotones de chillonas risas cuando algún jurista de plateados cabellos o algún venerado legislador contaba su chiste escabroso favorito sobre un político/republicano/maricón/negro/puertorriqueño/judío/irlandés/italiano/médico/abogado/rabino/sacerdote/mujer o mañoso, en el más rancio estilo 1965. Como me ocurría siempre en aquellos acontecimientos, me sentía como un visitante procedente de Mongolia arrastrado sin un manual de instrucciones a algún desconocido rito tribal norteamericano. Podría haber resultado inaguantable de no haber seguido circulando cigarrillos de polvo de hueso de la mejor calidad; el Nuevo Partido Demócrata de Nueva York puede mostrarse algo

tacaño con los vinos, pero sabe cómo comprar la droga.

Para cuando empezaron los discursos, hacia las nueve y media, en el seno de aquel rito se desarrollaba otro distinto: Friedman enviaba señales casi desesperadas de deseo a Sundara, y Catalina Yarber, aunque claramente atraída también por ella, se me estaba ofreciendo a mí sin palabras, de forma fría y carente de emoción.

Mientras que el maestro de ceremonias, Lombroso, que consiguió resultar elegante y rudo al mismo tiempo, desempeñaba su rutinaria función, alternando burlescos ataques a los más distinguidos miembros del partido presentes en el salón con los obligados gorigoris a los mártires tradicionales: Roosevelt, Kennedy, King, Roswell, y Gottfried.

Sundara se inclinó hacia mí, y susurró:

—¿Te has fijado en Friedman?

—Diría que me quiere poner los cuernos.

—Creí que los genios serían algo más sutiles.

—Quizá piensa que la forma más sutil de insinuarse es precisamente la menos sutil —sugerí.

—Bien, pero me parece que se está comportando como un adolescente.

—En ese caso, peor para él.

—¡Oh, no! —dijo Sundara—. Le encuentro atractivo. Raro, pero no repulsivo, ¿entiendes? Casi fascinante.

—Entonces parece que el método directo le está dando resultado. ¿Lo ves? Es un genio.

Sundara se rió.

—La Yarber anda detrás de ti. ¿Es un genio también?

—Creo, amor, que es a ti a quien desea. Se llama el método indirecto.

—¿Qué te parece que hagamos?

Me encogí de hombros.

—Decídelo tú.

—A mí me apetece. ¿Qué te parece a ti la Yarber?

—Apuesto a que posee mucha energía.

—Yo también. Entonces, ¿un grupo de cuatro para esta noche?

—¿Por qué no? —respondí mientras que, en su presentación de Paul Quinn, Lombroso lograba que el público lanzara una ensordecedora carcajada con un climax poliétnico refinadamente elaborado.

Obsequiamos al alcalde con una gran ovación en pie, perfectamente coreografiada por Haig Mardikian desde el estrado. Al sentarme, hice llegar hasta Catalina Yarber un telegrama de lenguaje corporal que puso manchas de color en sus pálidas mejillas. Sonrió levemente. Dientes regulares, pequeños y afilados, muy juntos.

Mensaje recibido. Estaba hecho. Sundara y yo tendríamos una aventura con aquellos dos esa noche. Éramos más monógamos que la mayoría de las parejas, de ahí que nos atuviésemos al sistema básico de grupo de dos, pues no se habían hecho para nosotros los vocingleros hogares con varios padres de familia, las disputas en relación con la propiedad privada, el cuidado comunal de los niños. Pero la monogamia es una cosa y la castidad otra muy distinta, y si la primera aún subsiste, aunque muy metamorfoseada por las evoluciones de la era, la segunda se esfumó en la noche de los tiempos. Me agradó la perspectiva de pasar por la piedra con la pequeña y enérgica señora Yarber. Y, sin embargo, me encontré envidiando a Friedman, como siempre he envidiado a la pareja de Sundara en aquellas veladas, pues disfrutaría de una mujer única, que seguía siendo para mí la más apetecible del mundo, mientras que yo debía conformarme con alguien a quien deseaba, pero siempre menos que a ella. Una medida de amor, supongo, pues de eso se trataba, de amor en el contexto de la exofidelidad. ¡Qué suerte la de Friedman! ¡Dormir con Sundara por primera vez es algo irrepetible!

Quinn habló. No es ningún histrión y pronunció sólo algunos chistes, casi por obligación, a los que sus oyentes, con gran tacto, reaccionaron exageradamente; luego pasó a los temas serios, el futuro de la ciudad de Nueva York; el futuro de los Estados Unidos, el futuro de la Humanidad en el próximo siglo. El año 2000, nos dijo, posee un enorme sentido simbólico; se trata, literalmente, de la llegada de un nuevo milenio. Cuando cambie la cifra, borremos la pizarra y comencemos de nuevo, recordando, pero no repitiendo, los errores del pasado. Durante todo el siglo XX, afirmó, hemos estado sometidos a la prueba del fuego, soportado grandes transformaciones, trastornos y daños; nos hemos encontrado en diversas ocasiones muy cerca de la destrucción de toda vida sobre el planeta Tierra; nos hemos enfrentado con la posibilidad de una plaga de hambre universal y de pobreza universal; nos hemos entregado neciamente a décadas de inestabilidad política que podían haber sido evitadas; hemos sido víctimas de nuestra propia codicia, de nuestro propio miedo, odio e ignorancia; pero ahora, con la energía de la reacción solar bajo nuestro control, con una población estabilizada, con un razonable equilibrio entre la expansión económica y la protección del medio ambiente, ha llegado el momento de edificar la sociedad definitiva, un mundo en el que prevalezca la razón y triunfe la justicia, un mundo en el que pueda producirse el pleno florecimiento de las potencialidades humanas.

Y así sucesivamente, nos fue mostrando una espléndida visión de la era que se abría ante nosotros. Con noble retórica, especialmente para un alcalde de Nueva York, tradicionalmente más preocupado por

los problemas del sistema escolar y la agitación de los sindicatos de funcionarios civiles que por el destino de la humanidad. Habría resultado fácil desechar el discurso como meramente bello y ampuloso; pero no, era imposible, pues encerraba un significado que desbordaba al de su propio tema, pues lo que estábamos oyendo era el primer clarinazo que presagiaba la aparición de un líder mundial. Allí seguía, pareciendo medio metro más alto de lo que realmente era, con el rostro sonrojado, los ojos brillantes, los brazos cruzados en aquella pose tan característica, reveladora de una energía en reposo, golpeándonos con aquellas frases como clarines:

«…cuando cambie la cifra, borremos la pizarra…»

«…hemos estado sometidos a la prueba del fuego…»

«…ha llegado el momento de edificar la sociedad definitiva…»

La Sociedad Definitiva. Pude escuchar el clíck y el zumbido, pero el sonido no procedía tanto del cambio de cifra como de la aparición de un nuevo *slogan* político, y no se necesitaba grandes dotes estocásticas para adivinar que todos nosotros oiríamos hablar más, mucho más, de la Sociedad Definitiva antes de que Paul Quinn hubiese acabado con nosotros.

Pero, ¡maldita sea, resultaba tan arrollador! Estaba deseoso de marcharme y vivir lo que aquella noche me reservaba; y, sin embargo, allí permanecía inmóvil, absorto, al igual que toda su audiencia de políticos borrachos y famosos drogados, e incluso los camareros interrumpieron su eterno ruido de bandejas mientras la espléndida voz de Quinn tronaba por el salón. Desde aquella primera noche en casa de Sarkisian le había venido viendo hacerse cada vez más fuerte, más sólido, como si su carrera ascendente le hubiese confirmado su valoración de sí mismo y eliminado cualquier resto de timidez que hubiese podido quedarle. Ahora, resplandeciente bajo los focos, parecía un vehículo para la transmisión de energías cósmicas; contenía y emanaba de él un poder tan irresistible que me sentí profundamente conturbado. ¿Un nuevo Roosevelt? ¿Un nuevo Kennedy? Temblé. Un nuevo Carlomagno, un nuevo Mahoma, puede que un nuevo Gengis-Khan.

Terminó con una fioritura verbal y todos nos pusimos en pie, aclamándole. No hubo ya necesidad de que Mardikian coreografiase la escena, la gente de los medios de comunicación corrían a reclamar las cintas grabadas del discurso, mientras que los endurecidos hombres de club aplaudían frenéticamente, las mujeres lloraban, y Quinn, sudoroso, con los brazos extendidos, aceptaba nuestro homenaje con tranquila satisfacción, y yo experimentaba ya cuáles serían las primeras reacciones ante aquella conmoción en todos los Estados Unidos.

Pasó una hora antes de que Sundara, Friedman, Catalina y yo

pudiésemos salir del hotel. A la cápsula y rápidamente a casa. En el trayecto, un embarazoso silencio; los cuatro estábamos deseando poner manos a la obra, pero las convenciones sociales prevalecieron momentáneamente, y fingimos cierta frialdad; aparte de ello, Quinn nos había abrumado. Estábamos todavía demasiado llenos de él, de sus resonantes frases, de su presencia vital, que permanecimos mudos, como fuera de nosotros mismos, todavía atónitos. En casa, ninguno daba el primer paso. Charlamos. Coñac, polvo de huesos, un recorrido por el apartamento; Sundara y yo les mostramos los cuadros, las esculturas, los artefactos primitivos, la vista sobre el horizonte de Brooklyn; nos fuimos sintiendo menos incómodos unos con otros, pero seguía sin haber tensión sexual alguna; aquel estado de ánimo de anticipación erótica que se había ido desarrollando tan excitadamente tres horas antes se desintegró totalmente por el impacto del discurso de Quinn. ¿Era Hitler una experiencia orgásmica? ¿Lo era Julio César? Nos tendimos sobre la gruesa alfombra blanca. Más coñac. Más polvo de huesos. Quinn, Quinn, Quinn: en lugar de dedicarnos al sexo hablábamos de política. Finalmente, de la forma más espontánea, Friedman puso la mano sobre el tobillo de Sundara y luego la fue subiendo hasta llegar hasta la pantorrilla. Era como una señal. Intensificamos la intensidad.

—Tiene que presentarse el año que viene —dijo Catalina Yarber, maniobrando ostensiblemente, de forma que la raja de la falda se le abriese al máximo, y mostrando el liso bajo vientre, cubierto de rubios rizos.

—Leydecker tiene ya ganada la nominación —opinó Friedman, mostrándose cada vez más osado, acariciando los pechos de Sundara.

Pulso el conmutador de la luz, poniendo en marcha el reostato de luz alterada, y la habitación adquiere una brillante textura psicodélica. Los fuegos de aquelarre giran, se enroscan y danzan continuamente. La Yarber nos ofrece un nuevo cigarrillo de polvo de huesos.

—Es de Sikkim —afirmó—. Lo mejor que hay —a Friedman, le responde—: Sé que Leydecker lleva ventaja, pero Quinn le puede echar a la cuneta si se lo propone. No podemos esperarle otros cuatro años.

Aspiro profundamente el cigarrillo y la droga de Sikkim provoca una reacción realimentadora en mi cerebro:

—El año que viene es demasiado pronto —les digo—. Quinn ha estado fantástico esta noche, pero no tenemos tiempo suficiente como para darle a conocer en todo el país hasta noviembre del año que viene. En cualquier caso, Mortonson tiene la reelección tirada. Dejemos que Leydecker se gaste el año que viene y que Quinn se presente en el 2004.

Hubiese seguido contándoles toda la falsa estrategia de oferta

para la vicepresidencia, pero Sundara y Friedman se desvanecieron en las sombras y a Catalina había dejado de interesarle la política.

Nos despojamos de las ropas. Tenía un cuerpo esbelto, atlético, casi tan liso y musculado como el de un muchacho. Los pechos eran mayores de lo que yo había pensado y las caderas más estrechas. Se mantuvo todo el tiempo con el emblema del Credo del Tránsito encadenado al muslo. Sus ojos brillaban, pero su piel estaba fría y reseca y sus pezones no se habían levantado; sintiera lo que sintiera, desde luego no era un irresistible deseo físico de Lew Nichols. Lo que yo sentía hacia ella era curiosidad y una cierta predisposición remota a fornicar; indudablemente, ella no sentía mucho más hacia mí. Nuestros cuerpos se entrelazaron, nos acariciamos la piel, unimos nuestras bocas y retozamos con las lenguas. Era todo tan impersonal que temí que no se me levantara nunca, pero actuaron los reflejos habituales, los familiares y fiables mecanismos hidráulicos comenzaron a bombear sangre hacia mis ijares y sentí la palpitación adecuada, el endurecimiento apropiado.

—Ven —dijo ella—, nace para mí ahora.

Una frase extraña. Posteriormente me enteré de que formaba parte del Credo del Tránsito. Me situé encima de ella, sus muslos esbeltos y fuertes me atenazaron, y la penetré.

Nuestros cuerpos se movieron arriba y abajo, adelante y atrás. Adoptamos distintas posiciones, repitiendo sin mucho entusiasmo el repertorio habitual. Poseía grandes habilidades, pero su forma de hacerlo se caracterizaba por una frialdad contagiosa que me transformaba en una simple máquina de joder, en un frenético pistón que penetraba inacabablemente en su cilindro, por lo que yo copulaba sin placer y casi sin sentir sensación alguna. ¿Qué podía estar sacando ella de todo aquello? No mucho, supuse. Es porque a ella quien le interesaba realmente es Sundara, y me soporta simplemente para tener una oportunidad con ella. Tenía razón y, al mismo tiempo, estaba equivocado, pues más adelante me enteraría de que la fría y desapasionada técnica de la señora Yarber no se debía tanto a falta de interés por mí como a las enseñanzas del Tránsito. Según los buenos ministros de dicha fe, la sexualidad le atrapa a uno en el aquí y el ahora y aplaza las transiciones, cuando la transición lo es todo: el único estado inalterable es el de la muerte. Por tanto, debe realizarse el coito sólo si no hay más remedio o si permite alcanzar un objetivo más elevado, pero si uno no desea encenagarse en la condición intransitiva, no debe dejarse arrebatar por ninguna sensación de éxtasis.

Así pues, continuamos con nuestras gélidas contorsiones durante un tiempo que me pareció eterno hasta que, finalmente, se corrió, o aparentó correrse, con un temblor rápido y silencioso, y yo, con

callado alivio, procedí a cruzar la frontera que ponía fin al acto. Nos apartamos el uno del otro, con la respiración apenas entrecortada.

—Me gustaría algo más de coñac —dijo al cabo de un rato.

Me levanté para cogerlo.

Desde lejos llegaban los suspiros y gemidos de un placer más ortodoxo. El de Sundara y Friedman.

—Eres muy competente —dijo Catalina.

—Gracias —respondí algo inseguro. Hasta entonces nadie me había dicho nada parecido; me pregunté cómo debía responder y decidí no hacer ningún intento de reciprocidad. Coñac para los dos. Se sentó, cruzó las piernas, se alisó el pelo y sorbió el licor. Parecía no haber sudado, no haberse agitado, de hecho, no haber jodido. Y, por raro que parezca, resplandecía de energía sexual; parecía auténticamente satisfecha con lo que habíamos hecho y genuinamente satisfecha conmigo.

—Lo digo de veras —dijo—. Eres estupendo. Lo haces con vigor y distanciamiento.

—¿Distanciamiento?

—Sin apego, diría yo. Nosotros lo valoramos mucho. Es lo que buscamos en el Tránsito, no apegarnos a las cosas. Todos los procesos del Tránsito favorecen la creación de fluidez, de un cambio en constante evolución, y si no evitamos sentir apego por algún aspecto del aquí y ahora, si nos dejamos atrapar por el placer erótico, por las riquezas, por cualquier aspecto del ego que nos una a estados intransitivos…

—Catalina…

—¿Sí?

—Estoy cansado. No es mi momento para lecciones de Teología.

Sonrió.

—El mayor disparate de todos —dijo— es sentir apego por el no apego. Tendré piedad. Ni una palabra más sobre el Tránsito.

—Te estoy muy agradecido.

—¿En algún otro momento, quizá? Tú y Sundara, los dos juntos. Me encantaría poder explicaros nuestras enseñanzas…

—Por supuesto —repliqué—. Pero no ahora.

Bebimos, fumamos y, eventualmente, nos encontramos fornicando de nuevo; para mí era como una forma de defenderme de su ímpetu proselitista. En esta ocasión sus doctrinas debían ocupar un lugar algo menos de primera línea en su consciencia, pues nuestro intercambio tuvo algo menos de copulación y mucho más de hacer el amor. Hacia el amanecer, aparecieron Sundara y Friedman, ella suave y resplandeciente, él huesudo, exhausto e incluso un poquitín aturdido. Ella me envió un beso desde una distancia de doce metros, un beso con el gesto: «Hola, amor —parecía decir—, te quiero más que a

nadie». Me dirigí a ella, se apretó fuertemente a mí cuerpo, yo acaricié el lóbulo de su oreja, y le pregunte:

—¿Te has divertido? —ella asintió con la cabeza, como en sueños. Friedman debía contar también con ciertas habilidades, y no todas financieras—. ¿Te ha hablado también del Tránsito? —Sundara negó con la cabeza—. Friedman no pertenece todavía al Tránsito —susurró —, aunque Catalina le había estado trabajando.

—También me está trabajando a mí —dije.

Friedman estaba hundido en el sofá, con la mirada empañada, contemplando cansinamente el amanecer sobre Brooklyn. Con su dominio de la erotología clásica hindú, Sundara era un plato fuerte para cualquier hombre.

«*… cuando una mujer se aferra a su amante como una serpiente se enrosca alrededor de un árbol, atrae su cabeza hacia sus anhelantes labios; cuando luego le besa emitiendo un sonido ligeramente silbante y le mira prolongada y tiernamente, con las pupilas dilatadas por el deseo, está practicando la postura conocida como A brazo de la Serpiente…*»

—¿Quién quiere desayunar? —pregunté. Catalina sonrió evasivamente; Sundara se limitó a inclinar la cabeza, y Friedman no reflejó el menor entusiasmo.

—Luego —dijo, con voz apenas más audible que un susurro. No era nada más que un desecho agotado de hombre.

«*… cuando una mujer pone un pie sobre el de su amante, y el otro alrededor de su muslo; cuando coloca un brazo alrededor de su cuello y el otro alrededor de su costado, y le susurra suavemente su deseo, como si desease trepar por el firme tronco de su cuerpo y robarle un beso, está practicando la postura conocida como Trepar al Árbol…*»

Los dejé repartidos por diversas zonas del salón y me dirigí a darme una ducha. No había dormido nada, pero mi cerebro estaba activo y despierto. Una noche extraña, una noche de plenitud. Me sentí más vivo que en bastante tiempo, y experimenté un cosquilleo estocástico, una vibración de clarividencia, que me advirtió que me estaba aproximando al umbral de una nueva transformación. Tomé la ducha al máximo de su potencia, buscando el mayor estímulo vibratorio posible, recibiendo ondas ultrasónicas que penetraban en mi palpitante sistema nervioso, que se desperezaba; y salí de ella buscando nuevos mundos que conquistar.

En el salón sólo estaba Friedman, todavía desnudo, todavía con los ojos vidriosos, todavía en posición supina sobre el sofá.

—¿Dónde han ido? —pregunté.

Señaló lánguidamente con el dedo el dormitorio principal. Así pues, Catalina había logrado marcar su gol después de todo.

¿Se esperaba de mí ahora que me mostrase igualmente hospitalario para con Friedman? Mi coeficiente de bisexualidad no es

muy elevado y, justo en aquel momento, no me inspiraba la menor inclinación *gay*. Pero no, Sundara había agotado su libido; no daba señales de nada, salvo de agotamiento.

—Eres un hombre de suerte —susurró al cabo de un rato—. ¡Qué mujer tan maravillosa!… ¡Qué… mujer tan… —creí que se había quedado dormido—…maravillosa…! ¿Está a la venta?

—*¿A la venta*?

Parecía decirlo casi en serio.

—Me estoy refiriendo a tu esclava oriental.

—¿Mi esposa?

—La compraste en el mercado de esclavos de Bagdad. Te doy quinientos dinares por ella, Nichols.

—Ni hablar.

—Mil. —No la vendo ni por dos imperios —dije.

Se rió.

—¿Dónde la encontraste?

—En California.

—¿Hay muchas más como ella allí?

—Es única —le respondí—. Al igual que yo, que tú, que Catalina. La gente no se fabrica en modelos estándar, Friedman. ¿Quieres desayunar ya?

Bostezó.

—Si deseamos nacer de nuevo al nivel adecuado tenemos que aprender a purificarnos de las necesidades de la carne. Eso dice el Tránsito. Mortificaré mi carne renunciando de entrada a desayunar — cerró los ojos y se quedó traspuesto.

Desayuné solo, contemplando cómo, a través del Atlántico, llegaba el día hasta nosotros. Cogí el *New York Times* matutino del casillero de la puerta y me alegró ver que el discurso de Quinn merecía los honores de la primera página, con una foto a dos columnas, el alcalde pide una plena potenciación humana. Ese era el titular, algo por debajo del nivel de concisión propio del *Times*. El reportaje empleaba su *slogan* de «La Sociedad Definitiva» como muletilla, y, en las primeras veinte líneas, citaba media docena de sus frases más afortunadas. El reportaje pasaba luego a la página 21, en la que reproducía el texto completo del discurso. Me puse a leerlo y, según avanzaba, me encontré preguntándome a mí mismo por qué me había conmocionado tanto, ya que, en letra impresa, el discurso parecía carecer del menor contenido real; era un objeto puramente verbal, una recopilación de frases con gancho que no contenían programa alguno, que no formulaban sugerencias concretas. Y a mí, anoche, me había parecido como el borrador de la Utopía. Sentí un escalofrío. Quinn no nos había ofrecido nada más que una simple armadura; yo mismo le había colgado los adornos y galones, todas mis

vagas fantasías de reforma social y transformación del milenio. La actuación de Quinn no pasó de ser un carisma en acción, una fuerza elemental que nos había arrollado desde el estrado. Así ocurre con todos los grandes líderes, la mercancía que venden es su propia personalidad. Las ideas sin más pueden reservarse para hombres de menor calibre.

El teléfono sonó poco después de las ocho. Mardikian deseaba distribuir mil videotapes del discurso a las organizaciones del Nuevo Partido demócrata de todo el país, ¿qué opinaba yo? Lombroso le había comunicado que, como consecuencia del discurso, tenía ya ofertas de hasta medio millón con destino al todavía inexistente fondo para la campaña de Quinn a la presidencia. Missakian… Ephrikian… Sarkissian…

Cuando me dejaron por fin tranquilo, entré en el salón y me encontré a Catalina Yarber, en blusa y todavía con la cadenilla al muslo, intentando despertar a Lamont Friedman. Me dirigió una sonrisa gatuna.

—Sé que nos vamos a ver mucho —dijo ronroneando.

Se marcharon. Sundara siguió durmiendo. No hubo más llamadas telefónicas. El discurso de Quinn estaba creando una enorme conmoción en todas partes. Finalmente apareció, desnuda, deliciosa, adormilada, pero perfecta en su asombrosa belleza; ni tan siquiera tenía ojeras.

—Creo que me interesa aprender algo más sobre el Tránsito —dijo.

14

Tres días después llegué a casa y me quedé sorprendido al encontrar a Sundara y Catalina, ambas desnudas, arrodilladas una al lado de la otra sobre la alfombra de la sala de estar. ¡Qué hermosas resultaban! El blanco cuerpo junto al de color chocolate, el cabello corto y rubio junto a la negra y larga cascada, los pezones oscuros y sonrosados. Pero no se trataba del preludio de una orgía *pasha*. El aire estaba cargado de incienso y recitaban letanías: «Todo pasa», musitaba la Yarber, y Sundara repetía: «Todo pasa». La oscura seda del muslo izquierdo de mi esposa, rodeada por una cadena de oro, de la que colgaba el medallón del Credo del Tránsito.

Tanto ella como Catalina mostraron hacia mí una actitud cortés y de «no nos molestes», y siguieron con lo que estaban haciendo, que era evidentemente una especie de catequización. Creí que, en algún momento, se levantarían y desaparecerían en el dormitorio, pero no, la desnudez era una cuestión puramente ritual y, cuando hubieron acabado con sus letanías, se vistieron, hicieron té y cotillearon como viejas amigas. Aquella noche, cuando me aproximé a Sundara, me dijo con toda gentileza que justo en aquel momento no podía hacer el amor. No es que *no le apeteciera* o que *no quisiera,* sino que *no podía.* Era como si hubiese entrado en un estado de pureza que, de momento, no debía verse degradado por el deseo carnal.

Así comenzó la travesía de Sundara hacia el Tránsito. En un principio hubo únicamente la meditación matutina, diez minutos de silencio; luego las lecturas vespertinas de misteriosos libros pobremente editados en papel barato; a la segunda semana me comunicó que todos los martes por la noche habría una reunión en la ciudad, ¿podía apañarme sin ella? Las noches de los martes se convirtieron también en noches de abstinencia sexual para nosotros; a ese respecto se mostró apologética, pero firme. Parecía distante, preocupada, absorta por su conversión. Dejó de importarle incluso la galería de arte que dirigía tan competentemente. Sospeché que, durante el día, se reunía frecuentemente con Catalina en el centro de la ciudad; y no me equivocaba, aunque, llevado por mi forma de pensar, materialista y occidental, me imaginaba que se limitaban a disfrutar de un *affaire* amoroso, a verse en habitaciones de hotel para celebrar sus apasionados encuentros de lenguas y cuerpos, cuando, de hecho, lo que había sido seducido era mucho más el alma de Catalina que su cuerpo. Viejos amigos me habían prevenido hacía ya mucho tiempo: cásate con una hindú y te pasarás el día rezando desde la mañana a la noche, te convertirás en vegetariano y te tendrá todo el tiempo cantando himnos a Krishna. Me reí de ellos. Sundara era

norteamericana, occidental, terrenal. Pero ahora veía cómo sus genes sánscritos se tomaban la revancha.

Por supuesto, el Tránsito no era una religión hindú, sino más bien una mezcla de budismo y fascismo, un estofado compuesto de zen, tantra, platonismo y teoría del Gestalt, y sazonado por teorías económicas poundianas, y entre sus creencias no figuraban ni Krishna, ni Alá, ni Jehová, ni ninguna otra divinidad. Naturalmente, había surgido en California hacía seis o siete años, y era un producto típico de los salvajes años noventa, que habían seguido a los alicaídos ochenta, y a los terribles setenta, y, diligentemente propagado por una horda cada vez mayor de devotos ministros, se difundió rápidamente por zonas menos favorecidas, como el este de Estados Unidos. Hasta la conversión de Sundara le había prestado poca o ninguna atención; no me resultaba repulsivo, sino más bien indiferente. Pero, según iba absorbiendo cada vez más y más energías de mi esposa, comencé a estudiarlo más atentamente.

La noche que nos acostamos juntos, Catalina Yarber había podido expresar en cinco minutos la mayoría de sus creencias o dogmas. Este mundo carece de importancia, afirman los seguidores del Tránsito, y nuestro paso por él es como un viaje breve, rápido e insignificante. Lo atravesamos, renacemos, volvemos a atravesarlo, seguimos haciéndolo una y otra vez hasta que, al fin, nos vemos liberados de la rueda del karma y pasamos al feliz aniquilamiento del nirvana, en el que nos convertimos en parte del cosmos. Lo que nos ata a la rueda es el apego al ego; nos aferramos a las cosas, a las necesidades y a los placeres, a la autogratificación, y, mientras conservamos un yo que exija gratificación, renaceremos una y otra vez en esta sombría bola de barro carente de sentido. Si deseamos elevarnos a un plano superior y, en último extremo, alcanzar el más elevado de todos, debemos refinar nuestras almas en el crisol de la renuncia.

Todo esto no pasa de ser teología oriental bastante ortodoxa. La gracia especial del Tránsito radica en su énfasis, en la volatilidad y la mutabilidad. La transición lo es todo; el cambio esencial; el estatismo mata; la estabilidad rígida constituye la vía que conduce a indeseables renacimientos. Los procesos del Tránsito presionan en favor de una evolución constante, en favor del flujo perpetuo y mercurial del espíritu, y estimulan un comportamiento difícilmente previsible e incluso excéntrico. En eso consiste su atractivo: en la santificación de la locura. Sus ministros afirman que el universo está en evolución constante; no podemos bañarnos dos veces en el mismo río; debemos fluir y entregarnos; debemos ser flexibles, proteicos, caleidoscópicos, mercuriales; debemos aceptar el conocimiento de que la permanencia equivale a un feo espejismo y de que todas las cosas, incluidos nosotros, se encuentran en un estado de transición constante y

vertiginosa. Pero, aunque el universo es fluido y evolutivo, no estamos condenados a dejarnos llevar al azar de sus vientos. No, nos dicen los ministros del Tránsito, *porque* nada es determinista, *porque* nada está irremediablemente ordenado de antemano, *porque* todo está bajo nuestro control individual. Somos los que conformamos existencialmente nuestros destinos, y gozamos de libertad para comprender la Verdad y actuar de acuerdo con ella. ¿En qué consiste la Verdad? En que debemos elegir libremente no ser nosotros mismos, desechar las imágenes rígidamente concebidas de nosotros mismos, pues sólo a través del flujo incontenible de los procesos del Tránsito podremos abolir las inclinaciones al compromiso del ego que nos atan a estados intransitivos de rango inferior.

Estas teorías representaban para mí una amenaza. No me siento cómodo en el caos. Creo en el orden y en la predecibilidad. Mi don o segunda visión, mi estocasticidad innata, se basa en la idea de que existen pautas o módulos, de que las probabilidades son algo real. Prefiero creer que, aunque no es absolutamente cierto que el té puesto al fuego hierva o que una piedra arrojada al aire caerá antes o después, estos acontecimientos son extremadamente probables. Me parecía que los creyentes en la fe del Tránsito luchaban por abolir dicha probabilidad, que su objetivo era el de que el té puesto sobre el fuego se congelase en vez de hervir.

Volver a casa era ahora toda una aventura.

Un día había cambiado la disposición de los muebles. *Toda*. Todos nuestros efectos, tan cuidadosamente calculados, habían quedado destruidos. Tres días después me encontraba los muebles dispuestos de manera distinta, todavía más loca. No hice comentario alguno ni una sola vez y, al cabo de una semana, Sundara volvió a colocarlo todo exactamente igual que al principio.

Sundara se tiñó el pelo de rojo. El resultado era espantoso.

Durante seis días tuvo en casa un gato blanco y bizco.

Me rogó que la acompañase a una de las sesiones de los martes por la noche, pero cuando le dije que estaba de acuerdo, canceló mi cita una hora antes de la prevista para salir, y se marchó sola, sin darme ninguna explicación.

Estaba en manos de los apóstoles del caos. El amor engendra paciencia, de forma que me mostré paciente con ella. Me mostré paciente con todas las locuras que elegía para combatir el estatismo. Esto es sólo una fase, me dije. Sólo una fase.

15

El 9 de mayo de 1999, entre las cuatro y las cinco de la madrugada, soñé que el gobernador del Estado, Gilmartin, estaba siendo ejecutado por un pelotón de fusilamiento.

No puedo ser más exacto acerca de la fecha y momento, ya que fue un sueño tan vivido, tan parecido a las noticias de las once revividas en mi cerebro, que hizo que me despertase y que dictase una nota al respecto al magnetófono que había siempre sobre mi mesilla de noche. Desde hace mucho tiempo procuro dejar constancia de sueños de tal intensidad, ya que muchas veces se convierten en premoniciones. La verdad se aparece también en sueños. El faraón de la historia de José soñó que se encontraba a la orilla de un río del que surgieron siete vacas gordas y siete vacas flacas, catorce presagios. Calpurnia vio la estatua de su marido, César, arrojando sangre la noche anterior a los idus de marzo. Abraham Lincoln soñó que oía el llanto apagado de plañideros invisibles, se vio a sí mismo bajando las escaleras para encontrarse con un catafalco en el Salón Este de la Casa Blanca, con una guardia de honor compuesta por soldados y un cadáver vestido con ropas funerarias reposando en un féretro, alrededor del cual lloraba una multitud de ciudadanos. ¿Quién ha muerto en la Casa Blanca?, pregunta el presidente en sueños, y le responden que el muerto es el presidente, caído a manos de un asesino. Mucho antes de que Carvajal se introdujese en mi vida, yo ya sabía que las amarras del futuro son débiles, que los bloques de hielo del tiempo se rompen y flotan por el inmenso mar hasta llegar a nuestros cerebros sumergidos en el sueño. Tomé, pues, muy en cuenta mi sueño con relación a Gilmartin.

Le ví, grueso, sudoroso, un hombre alto, de rostro redondo y ojos azules, siendo conducido por la fuerza a un patio desnudo y polvoriento, un lugar de fiero sol y duras y marcadas sombras. Le llevaba un pelotón de ceñudos soldados vestidos con uniformes negros. Le ví luchando con sus ligaduras, aspirando aire, retorciéndose, suplicando, gritando su inocencia. Ví a los soldados hombro con hombro, levantando los rifles, el inacabable momento en que apuntaban silenciosamente. A Gilmartin gimiendo, rezando, llorando, encontrando en el último momento un resto de dignidad, que le permitió ponerse derecho, cuadrar los hombros, mirar de frente a sus ejecutores, incluso desafiantemente. La orden de disparar, el sonido de los disparos, el cuerpo retorciéndose y agitándose horriblemente, derrumbándose sostenido únicamente por las ligaduras…

Pero ¿qué significaba todo aquello? ¿Un aviso de problemas para

Gilmartin, quien había puesto en dificultades financieras a la Administración de Quinn, y no me caía en absoluto bien, o simplemente la esperanza de tales problemas? ¿Una señal de que iba a ser asesinado, quizá? Los asesinatos habían sido muy frecuentes en los noventa, más incluso que durante la sangrienta era Kennedy, pero me parecía que estaban ya un poco pasados de moda. En cualquier caso, ¿a quién le iba a interesar el asesinato de un pobre diablo como Gilmartin? Quizá lo que percibía era una premonición del fallecimiento de Gilmartin por causas naturales. Pero Gilmartin presumía de buena salud. ¿Un accidente, entonces? ¿O puede que se tratase únicamente de una muerte metafórica, de una querella legal, una disputa política, un escándalo, un *impeachment*? No sabía cómo interpretar mi sueño ni qué hacer con él, y, en último extremo, decidí no hacer nada. Y de este modo perdimos el tren del escándalo Gilmartin, que era de hecho lo que yo percibía: lo que el destino le reservaba no era el pelotón de ejecución ni el asesinato, sino la vergüenza, la dimisión, la cárcel. Quinn podía haberlo capitalizado en gran medida, de haber contado con investigadores municipales que hubiesen denunciado las manipulaciones de Gilmartin, si el alcalde hubiese montado en justiciera cólera e informado a la ciudad de que estaba siendo estafada y se hacía necesaria una investigación. Pero no fui capaz de percibir el mensaje principal, y tuvo que ser un contable del Estado, no ninguno de los nuestros, quien finalmente reveló todo el escándalo: cómo Gilmartin había estado desviando sistemáticamente millones de dólares de los fondos estatales destinados a la ciudad de Nueva York y enviándolos a los departamentos de Hacienda de unas cuantas ciudades del norte del Estado, de donde pasaban luego a su propio bolsillo y a los de un par de funcionarios locales. Me di cuenta demasiado tarde de que había tenido *dos* ocasiones para hacer morder el polvo a Gilmartin, desperdiciando ambas. Un mes antes de mi sueño, Carvajal me hizo entrega de aquella misteriosa nota. Vigilar a Gilmartin, había sugerido. Gilmartin, congelación del petróleo, Leydecker, ¿y bien?

—Cuéntame cosas de Carvajal —le dije a Lombroso.

—¿Qué quieres saber?

—¿Hasta qué punto le ha ido realmente bien jugando a la Bolsa?

—No está muy claro. Por lo que yo sé, desde 1993 habrá sacado unos nueve o diez millones en limpio. Puede que mucho más. Estoy convencido de que trabaja a través de varios agentes de bolsa, de que emplea cuentas numeradas, hombres de paja y todo tipo de trucos para ocultar lo que ha estado realmente ganando en Wall Street.

—¿Y lo gana todo simplemente jugando?

—Todo. Compra, hace que suban unas acciones, vende. En mi oficina hubo gente que ganó fortunas limitándose a imitar lo que él

hacía.

—¿Es posible —pregunté— que alguien adivine las tendencias de la Bolsa sin equivocarse, y durante tantos años?

Lombroso se encogió de hombros.

—Supongo que unos cuantos lo han conseguido. Tenemos leyendas sobre grandes especuladores que se remontan al comienzo del capitalismo. Pero nadie se ha mantenido tan seguro y firme como Carvajal.

—¿Cuenta con información interna?

—No puede. No de todas empresas distintas. Tiene que tratarse de pura intuición. Simplemente compra y vende, compra y vende, y recoge sus beneficios. Apareció un día, de repente, abrió una cuenta bancaria, sin referencia de ningún banco, sin la menor conexión con Wall Street. Siempre hace transacciones en metálico. Nunca deposita fondos. Actúa como un espectro.

—Sí —dije.

—Es un hombrecillo tranquilo. Se sienta mirando las pizarras, efectúa sus operaciones sin ruidos, sin parloteo, sin excitarse.

—¿Se ha equivocado alguna vez?

—Sí, ha experimentado algunas pérdidas. Siempre pequeñas. Pérdidas pequeñas y grandes ganancias.

—Me pregunto por qué.

—¿Por qué, qué? —dijo Lombroso.

—Por qué pérdidas, aunque sean pequeñas.

—Incluso Carvajal puede equivocarse. No es infalible.

—¿De veras? —respondí—. Puede ser que pierda deliberadamente por razones estratégicas. Que se trate de fallos calculados, destinados a hacer que la gente crea que es humano; o a impedir que los demás se limiten a copiarle automáticamente y distorsionen las fluctuaciones.

—¿No crees que es humano, Lew?

—Sí, creo que lo es.

—¿Entonces?

—Pero con un don muy especial.

—Para elegir las acciones que van a subir. Muy especial.

—Más que eso.

—¿Más? ¿En qué sentido?

—No puedo decirlo todavía.

—¿Por qué le temes, Lew? —preguntó Lombroso.

—¿He dicho que le temiese? ¿Cuándo?

—El día que vino aquí me dijiste que te hacía temblar, que te infundía miedo. ¿Recuerdas?

—Supongo que lo diría.

—¿Crees que practica la brujería? ¿Que es como una especie de mago?

—Conozco la teoría de la probabilidad, Bob. Si hay algo que conozco bien es la teoría de la probabilidad. Carvajal ha hecho un par de cosas muy alejadas de las curvas normales de probabilidad. Una es su actuación en la Bolsa, la otra tiene que ver con este asunto de Gilmartin.

—A lo mejor es que recibe los periódicos con un mes de adelanto —dijo Lombroso.

Se rió. Yo no.

—No tengo ninguna hipótesis —dije—. Sólo sé que Carvajal y yo nos dedicamos al mismo tipo de trabajo, y que me supera hasta tal punto que no cabe ni comparación. Lo que te estoy diciendo es que me siento confundido y un poco asustado.

Tranquilo hasta el punto de parecer paternalista, Lombroso se desplazó ágilmente por su majestuoso despacho y miró fijamente un instante su vitrina repleta de tesoros medievales. Finalmente, dándome todavía la espalda, dijo:

—Melodramatizas demasiado, Lew. El mundo está lleno de gente que formula con frecuencia vaticinios acertados, y tú eres uno de ellos. Está claro que él acierta más que la mayoría, pero eso no significa que pueda ver el futuro.

—Está bien, Bob.

—¿De veras? Cuando acudes a mí y me dices que las probabilidades de respuesta pública desfavorable a tal o cual ley son éstas o aquéllas, ¿estás viendo el futuro o, simplemente, formulando un vaticinio? No te he oído nunca presumir de ser clarividente, Lew. Y Carvajal…

—¡*Está bien*!

—Tranquilo, hombre, tranquilo.

—Lo siento.

—¿Quieres que te traiga algo de beber?

—Me gustaría cambiar de tema —dije.

—¿De qué te gustaría hablar ahora?

—De la política a seguir con respecto a la congelación del petróleo.

Asintió con suavidad.

—El Ayuntamiento —dijo— ha estado estudiando durante toda la primavera un decreto que exige la congelación de todo el petróleo a bordo de los petroleros que arriben al puerto de Nueva York. Los defensores del medio ambiente están por supuesto a favor, y, como es lógico, las empresas petroleras en contra. Los grupos de consumidores no lo ven con muy buenos ojos, ya que el decreto comporta un aumento de los costes de refinado y, por tanto, de los precios de venta. Y…

—¿No están dotados ya los petroleros de un equipo de

congelación?

—Sí, lo llevan según una disposición federal que se remonta a 1983, más o menos. Desde el año en que empezaron el bombeo pesado en las orillas del Atlántico. Cuando un petrolero sufre un accidente que provoca la rotura de su estructura, y hay posibilidades de que se derrame el petróleo, un sistema de mangueras rocía el crudo de la sección dañada con productos congelantes que convierten el petróleo en una masa sólida. Esto hace que permanezca dentro del tanque y, aun en caso de que el buque se hunda, el petróleo congelado flota en grandes bloques muy fáciles de recuperar. Luego lo único que hay que hacer es calentar los bloques hasta, ¿son unos ciento treinta grados Fahrenheit?, y vuelve a convertirse en petróleo. Pero para rociar todo el contenido de uno de esos gigantescos depósitos son precisas tres o cuatro horas y otras siete u ocho para que el petróleo se congele, por lo que nos encontramos con un período de unas doce horas a partir del comienzo del proceso de congelación, en que el petróleo sigue en estado fluido; y, en doce horas, puede derramarse una enorme cantidad de crudo. El concejal Ladrone ha ideado un plan que exige que, en el transporte por mar hasta las refinerías, el petróleo vaya siempre congelado, y no simplemente como medida de emergencia en caso de accidente. Pero los problemas políticos que esto representa son…

—Hazlo —dije.

—Tengo todo un montón de documentos a favor y en contra que me gustaría que vieses antes de…

—Olvídate de ellos y hazlo, Bob. Consigue que el decreto sea aprobado por el comité y transformado en ley esta misma semana. Que entre en vigor el primero de junio. Deja que las compañías petrolíferas chillen todo lo que quieran. Haz que se promulgue el decreto y que Quinn lo firme con una rúbrica bien visible.

—El problema grave —dijo Lombroso— es que si Nueva York promulga una ley como ésa y los demás puertos de la costa este no, Nueva York dejará simplemente de ser puerto de entrada para los crudos que se dirigen a las grandes refinerías del área metropolitana, y los ingresos que perderemos ascenderán a…

—No te preocupes por eso. Los pioneros tienen que arriesgarse siempre algo. Consigue hacer pasar el decreto, y una vez que Quinn lo haya firmado, que exija al presidente Mortonson la presentación de un decreto parecido al Congreso. Que Quinn ponga de relieve que la ciudad de Nueva York va a proteger sus playas y costas por encima de todo, pero que espera que el resto del país no se quede atrás. ¿Lo has entendido?

—¿No irás demasiado rápido en este asunto, Lew? No es normal en ti pontificar ex cátedra, así de este modo, cuando ni tan siquiera

has estudiado el tema…

—A lo mejor es que yo también puedo leer el futuro —dije.

Me reí. El no.

Aunque algo molesto por mi insistencia en la urgencia del asunto, Lombroso adoptó todas las medidas necesarias. Hablamos con Mardikian, éste habló con Quinn, y Quinn con el Ayuntamiento de la ciudad. El proyecto de ley fue aprobado. El mismo día que Quinn debía firmarlo, apareció en su despacho una delegación de abogados de las empresas petrolíferas, amenazándole cortésmente con una terrorífica lucha legal ante los tribunales si no lo vetaba personalmente. Quinn me hizo llamar y mantuvimos una breve discusión de no más de dos minutos.

—¿Debo aprobar esta ley? —me preguntó.

—Sí, de verdad —le respondí, lo que le bastó para expulsar a los abogados de su despacho.

En el momento de estampar su firma lanzó un discurso improvisado, pero lleno de fuerza, de unos diez minutos de duración en favor de la obligatoriedad de la congelación a escala nacional.

Aquél fue un día sin grandes noticias, y el núcleo del discurso de Quinn, un expresivo fragmento de unos dos minutos y medio acerca de la degradación del medio ambiente y la determinación de las personas de no aceptarla pasivamente, fue reproducido en los noticiarios de la noche de costa a costa.

El momento elegido fue el perfecto. Dos días después, el superpetrolero japonés *Exxon Maru* encalló en las costas de California y se rompió de forma realmente espectacular; el sistema congelador funcionó mal, y millones de barriles de crudo mancharon toda la costa desde Mendocino hasta Big Sur. Aquella misma noche, un petrolero venezolano con rumbo a Port Arthur, en Texas, sufrió un extraño accidente en el golfo de México, arrojando una enorme masa de petróleo sin congelar contra las costas del parque natural de grullas cercano a Corpus Christi. Al día siguiente se produjo una grave marea negra cerca de Alaska, y como si aquellas tres mareas negras hubiesen sido las primeras que habían asolado el planeta, en el Congreso todo el mundo se puso de repente a condenar la contaminación y a exigir la obligatoriedad de la congelación. La recién aprobada legislación de Paul Quinn para la ciudad de Nueva York se vio repetidamente citada como prototipo de la ley federal propuesta.

Gilmartin.

Congelación.

Quedaba sólo un punto: *Socorro en lugar de Leydecker antes del verano. Ponerse inmediatamente en contacto con él*.

Críptico y oscuro, como la mayoría de los augurios de los oráculos. Ninguna de las técnicas estocásticas a mi disposición me

servía para extraer un vaticinio útil. Bosquejé una docena de hipótesis, pero todas ellas me parecieron disparatadas y sin sentido. ¿Qué tipo de profeta profesional era yo, cuando me regalaban tres sólidas claves para descifrar hechos del futuro y sólo era capaz de sacarle partido a una de ellas?

Empecé a pensar que debía hacerle una visita a Carvajal.

No obstante, antes de que pudiera hacer nada, una asombrosa noticia llegó del Oeste. Richard Leydecker, gobernador de California, líder del Nuevo Partido Demócrata, candidato destacado para la próxima nominación a la presidencia, había fallecido repentinamente en un campo de golf de Palm Spring en el Memorial Day a la edad de cincuenta y siete años, heredando su cargo y prerrogativas el subgobernador Carlos Socorro, quien, en virtud de su control sobre el estado más rico e influyente de la nación, se convirtió en una poderosa fuerza política del país.

Socorro, quien encabezaría ahora la nutrida delegación de California en la convención nacional de los Nuevos Demócratas a celebrar el año siguiente, comenzó a expresar sus grandilocuentes opiniones ya en su primera conferencia de prensa, que tuvo lugar dos días después de la muerte de Leydecker. Sin que viniera a cuento, sugirió que el candidato más adecuado para la nominación por los Nuevos Demócratas era el Senador Elli Kane, de Illinois, desencadenando así instantáneamente el *boom* de Kane para presidente, que habría de hacerse abrumador en las semanas siguientes.

Yo mismo me había fijado ya en Kane. Cuando recibí la noticia de la muerte de Leydecker, mi cálculo inmediato fue que Quinn debería ahora intentar ser nominado para la presidencia en lugar de la vicepresidencia —¿por qué no aprovechar la publicidad extra, ahora que no teníamos por qué temer una lucha a muerte contra el omnipotente Leydecker?—; pero también pensé que debíamos seguir amañando las cosas de tal forma que, en la Convención, Quinn perdiese frente a un candidato de mayor edad y con menos encanto, quien se enfrentaría al presidente Mortonson en noviembre. De este modo, Quinn heredaría los restos de un partido a reconstruir de cara al año 2004. Alguien como Kane, un político fiel a la línea del partido, de aspecto distinguido, pero insustancial, resultaba el tipo ideal para el papel de «malo» que arrebata la nominación al meteórico joven alcalde.

No obstante, para que Quinn pudiese presentar un frente serio contra Kane, necesitábamos el apoyo de Socorro. En gran parte del país, Quinn seguía siendo una figura poco conocida, mientras que Kane era famoso y querido en el vasto centro del país. El respaldo de California, que haría que, si no con mucho más, Quinn contase al

menos con los delegados de los dos estados de mayores dimensiones, le permitiría perder honrosamente frente a Kane. Me había imaginado que, obedeciendo a los dictados del buen gusto, se respetaría un intervalo de, como mínimo, una semana, y que luego podríamos intentar aproximarnos al gobernador Socorro. Pero el apoyo inmediato de Socorro a Kane lo modificó todo de la noche a la mañana, y dejó a Quinn «vendido». Nos encontramos de repente con un *tour* del senador Kane por toda California, flanqueado por el nuevo gobernador, y formulando alabanzas a las capacidades administrativas de Socorro.

El arreglo estaba hecho, y Quinn se quedaba fuera de él. Era evidente que se encontraba en marcha la formación de una candidatura Kane-Socorro, y que en la Convención del año siguiente saldrían vencedores incontestables a la primera votación. Si intentaba intrigar contra ellos en la Convención, Quinn parecería simplemente quijotesco e ingenuo o, lo que es peor, todo lo contrario. A pesar de la sugerencia de Carvajal, no nos habíamos puesto a tiempo en contacto con Socorro, perdiendo Quinn la ocasión de ganarse un poderoso aliado. Eso no representaba un inconveniente irremediable para las posibilidades presidenciales de Quinn en el 2004, pero, en cualquier caso, nuestro retraso resultó sumamente costoso.

¡Oh, qué mortificación, qué vergüenza, qué infamia! ¡Qué amargos remordimientos, Nichols! Aquí, dice el raro hombrecillo, tiene usted una hoja de papel en la que van escritos tres fragmentos de futuro. Adopte las medidas que le aconsejen sus propias capacidades proféticas. Muy bien, muchísimas gracias, le dices, y tus capacidades proféticas no te dicen nada, y no haces nada. Y el futuro va deslizándose alrededor de ti hasta convertirse en presente; entonces te das claramente cuenta de lo que debías haber hecho, y te pareces a ti mismo un idiota sin remedio.

Me sentí humilde. Me sentí un inútil.

Me sentí como si hubiese fracasado en algún tipo de test o prueba.

Necesitaba que me aconsejaran. Recurrí a Carvajal.

16

¿Puede ser aquí donde viva un millonario dotado de segunda visión? ¿Un piso pequeño y mugriento en un ruinoso bloque de apartamentos de más de noventa años, al final de la Flatbush Avenue, en el más perdido Brooklyn? Dirigirse allí constituyó toda una aventura. Sabía, como todo el mundo que lleva trabajando algún tiempo en la administración municipal, qué zonas de la ciudad habían sido condenadas como carentes de toda esperanza de redención, como fuera del imperio de la ley, y ésta era una de ellas. Bajó el velo del paso del tiempo y la decadencia, se podían adivinar allí los restos de una antigua respetabilidad propia de barrio residencial; había sido en otros tiempos un distrito de baja clase media judía, una barriada de carniceros *kosher* y abogados sin éxito; luego a ser de baja clase media negra, y luego un gueto negro, probablemente con enclaves puertorriqueños, y ahora no pasaba de ser una especie de jungla, una corroída tierra de nadie formada por casitas unifamiliares de ladrillo rojo en ruina y bloques de apartamentos de seis plantas, habitados por vagabundos, drogadictos, jugadores, espectrales manadas de gatos, *gangs* de muchachos todavía de pantalón corto, ratas como elefantes…, y Martín Carvajal. «¿*Allí*?», proferí, cuando, tras sugerir un encuentro con él, me dijo que podíamos celebrarlo en su casa. Supongo que no mostré mucho tacto asombrándome de ese modo del lugar en que vivía. Me replicó con amabilidad que no me pasaría nada malo. «De todas formas, iré con una escolta policial», le dije, y el se rió y me respondió que ésa era la forma más segura de suscitar problemas, y, una vez más, me repitió con firmeza que no tuviese miedo, que no correría ningún peligro yendo solo.

La voz interior, a cuyos dictámenes siempre me atengo, me dijo que tuviese fe, así que fui a casa de Carvajal sin escolta policial, aunque no sin miedo.

Los taxis no se aventuraban por aquella parte de Brooklyn y, por supuesto, el servicio de cápsulas no llega a lugares como aquél. Tomé un coche sin distintivo del garaje municipal y, no atreviéndome a poner en peligro la vida de un chofer, lo conduje yo mismo. Como la mayoría de los neoyorquinos, conduzco poco y mal, y el propio desplazamiento estuvo ya de por sí lleno de peligros. Pero, sin graves contratiempos, aunque sí amedrentado, llegué a la hora fijada a la calle de Carvajal. Es cierto que había pensado en encontrar suciedad, montones de basura en putrefacción en la calle, y también los solares llenos de cascotes de los edificios demolidos como mellas en una dentadura machacada a puñetazos, pero no los negros y resecos cadáveres de animales tirados por el asfalto —¿perros, cabras, cerdos?

— ni la maleza surgiendo entre las grietas del pavimento como si se tratase de una ciudad fantasma, ni tampoco el vaho de excrementos y orina humanos, ni los remolinos de arena que llegaban a la altura del tobillo. Cuando salí del coche refrigerado, tímidamente y lleno de aprensión, me hirió una bofetada de asfixiante calor. Aunque estábamos sólo a principios de junio, una ola de calor, más propia de finales de agosto, recocía aquellas sórdidas ruinas. ¿Era aquello Nueva York? Podría haberse tratado de un puesto avanzado en el desierto mexicano de hacía un siglo.

Dejé el coche en posición de plena alarma. Yo llevaba un bastón de seguridad personal de la máxima potencia y un cono protector, sujeto a las caderas, cuyo fabricante garantizaba que derribaba cualquier malhechor a unos doce metros de distancia. A pesar de ello, y mientras cruzaba la lúgubre calzada, me sentí horriblemente indefenso, sabiendo que carecía de defensa contra cualquier francotirador apostado en los pisos de arriba. Pero, aunque algunos pálidos habitantes de aquella espantosa zona me miraron con acritud desde la oscuridad de sus ventanas resquebrajadas y melladas, y aunque algunos *cowboys* callejeros de estrechas caderas me dirigieron largas y amenazadoras miradas, nadie se me aproximó, nadie me dirigió la palabra, no recibí ninguna ráfaga de disparos desde un cuarto piso. Cuando entré en el ruinoso edificio en que moraba Carvajal, me sentí casi aliviado y tranquilo; puede que se calumniase a aquellos barrios, puede que su negra reputación no fuera sino consecuencia de la paranoia de la clase media. Posteriormente, me enteré de que, de no ser porque Carvajal había dado órdenes con respecto a mí seguridad, no hubiese durado ni sesenta segundos fuera de mi automóvil. Disfrutaba de una enorme autoridad sobre aquella horrible jungla; para sus fieros vecinos era una especie de brujo, un tótem sagrado, un santón iluminado, respetado, temido y obedecido. No cabe duda de que, utilizada juiciosamente y con enorme impacto, su capacidad visionaria le había convertido en invulnerable —en la selva nadie anda con bromas con los hechiceros—, y de que aquel día había extendido su manto protector sobre mí.

Su apartamento se encontraba en el quinto piso. No había ascensor. Cada piso de escaleras representó toda una aventura. Pude escuchar el deslizarse de gigantescas ratas, aquellos fétidos olores desconocidos me hacían sentir ahogos y náuseas, me imaginé a asesinos de siete años acechándome desde cada sombra. Pero llegué a su puerta sin contratiempos. Me abrió antes de que tocara el timbre. Aun en aquella tórrida atmósfera, llevaba una camisa blanca con el cuello abrochado, una chaqueta gris de *tweed* y una corbata marrón. Parecía un maestro de escuela esperando a que le recitase mis declinaciones y conjugaciones en latín.

—¿Lo ve? —me dijo—. Sano y salvo. Lo sabía. Ni el más mínimo daño.

Carvajal vivía en tres habitaciones: un dormitorio, una sala de estar y una cocina. Los techos eran bajos, la pintura estaba resquebrajada, las paredes, de un pálido verde, parecían haber sido pintadas por última vez en los días del «Tricky Dick» Nixon. Los muebles eran aún más antiguos, con un cierto aire de la era Truman, hinchados y lacios, con fundas de flores y robustas patas como de rinoceronte. No había aire acondicionado y la atmósfera era asfixiante; la iluminación era todavía incandescente y poco potente; el televisor, un arcaico modelo de mesa; el fregadero de la cocina tenía aún agua corriente, y no un sistema ultrasónico. Cuando yo era todavía un niño, a mediados de los setenta, uno de mis mejores amigos era un muchacho cuyo padre había muerto en Vietnam. Vivía con sus abuelos, y su casa era exactamente como ésta. El apartamento de Carvajal reproducía fantasmagóricamente el ambiente de la Norteamérica de mediados de siglo; era como el decorado de una película, o como la habitación amueblada de un museo.

Con una hospitalidad remota y abstraída, me invitó a sentarme en el gastado sofá de la sala de estar y se disculpó por no poder ofrecerme ni bebida ni droga. El no las consumía, explicó, y en aquel barrio no había mucho que comprar.

—No importa —le dije indulgentemente—. Con un vaso de agua me conformo.

El agua estaba tibia y ligeramente turbia. No pasa nada, me dije a mí mismo. Estaba sentado en una postura poco natural, demasiado derecho, con la columna rígida y las piernas tensas. Carvajal, encaramado sobre el cojín de un sillón a mi derecha, observó:

—No parece sentirse cómodo, señor Nichols.

—Me relajaré dentro de un par de minutos. El desplazamiento hasta aquí…

—Sí, claro.

—Pero no me ha molestado nadie en la calle. Debo confesar que esperaba problemas, pero que…

—Ya le dije que no le pasaría nada.

—Sin embargo…

—Si ya le advertí —dijo con suavidad—. ¿O no me creyó? Debería usted creerme, señor Nichols. Ya lo sabe.

—Supongo que tiene razón —dije mientras pensaba: *Gilmartin*, *congelación*, *Leydecker*. Carvajal me ofreció más agua. Sonreí mecánicamente y decliné con la cabeza. Se produjo un embarazoso silencio. Al cabo de un rato, dije:

—Es raro que una persona como usted haya elegido vivir en una zona como ésta.

—¿Raro? ¿Por qué?

—Una persona de sus recursos podría vivir donde quisiera.

—Ya lo sé.

—¿Por qué aquí entonces?

—Siempre he vivido aquí —me dijo suavemente—. Este es el único hogar que he conocido. Estos muebles pertenecieron a mi madre, y algunos a la de *ella*. En estas habitaciones puedo percibir el eco de voces familiares, señor Nichols. Siento la presencia viva del pasado. ¿Le parece tan raro seguir viviendo donde uno lo ha hecho siempre?

—No, pero la barriada…

—Sí, se ha deteriorado mucho. En sesenta años se producen grandes cambios; pero esos cambios no resultaron perceptibles de manera molesta. Se ha tratado de una lenta decadencia, de una decadencia de año en año, últimamente quizá algo más acusada, pero yo me voy acomodando, me voy ajustando. Me acostumbro a las cosas nuevas y las convierto en parte del pasado. Y a mí me resulta todo tan familiar, señor Nichols: los nombres escritos en el cemento fresco cuando se colocó el pavimento, hace ya tanto tiempo; el gran ailanto en el patio del colegio, las gárgolas carcomidas por el tiempo sobre la puerta del edificio de enfrente. ¿Entiende lo que quiero decir? ¿Por qué abandonar todas estas cosas por una lujosa mansión en Staten Island?

—El peligro es una razón.

—No hay peligro. No para mí. Esta gente me considera como el hombrecillo que ha vivido siempre aquí, como un símbolo de estabilidad, como una constante en este universo en perpetuo cambio. Poseo para ellos un valor de ritual. Represento quizá algo así como un amuleto de la suerte. En cualquier caso, nunca me ha molestado nadie de los que viven por aquí. Ni nadie lo hará.

—¿Puede estar seguro de ello?

—Sí —dijo con seguridad monolítica, mirándome directamente a los ojos, y sentí de nuevo un escalofrío, aquella sensación de encontrarme al borde de un abismo aterrador. Se produjo otro prolongado silencio. Emanaba de él una gran fuerza, un poder que contrastaba enormemente con su raída apariencia, con sus suaves maneras, con su expresión ausente y agotada, y aquella fuerza me inmovilizaba. Pude haber estado sentado así, como congelado, hasta una hora. Finalmente, dijo—: Usted quería hacerme algunas preguntas, señor Nichols. Asentí con el gesto. Tras una profunda inspiración, lo solté:

—Usted sabía que Leydecker iba a morir esta primavera, ¿no? Quiero decir que lo sabía, no que se limitó a adivinarlo. Usted lo sabía.

—Sí —aquel mismo «sí» resolutorio e incontestable.

—Usted sabia que Gilmartin se iba a meter en problemas. Usted sabía que los petroleros iban a derramar petróleo sin congelar.

—Sí. Sí.

—Usted sabe lo que va a pasar en la Bolsa mañana y pasado mañana, y ha ganado millones de dólares empleando ese conocimiento.

—Eso también es cierto.

—Es por tanto correcto afirmar que usted lee los hechos futuros con extraordinaria claridad, con una claridad sobrenatural, señor Carvajal.

—Al igual que usted.

—Se equivoca —le respondí—. Yo no leo el futuro en absoluto, carezco de la menor capacidad para adivinar lo que va a ocurrir. Sencillamente, soy muy bueno formulando vaticinios, sopesando las distintas probabilidades y ajustándolas a la pauta más verosímil, pero en realidad no leo el futuro. Ni tan siquiera puedo estar seguro de no equivocarme, sólo razonablemente confiado. Todo lo que hago es formular conjeturas. Usted en cambio lee el futuro. Casi me lo confesó cuando nos vimos en el despacho de Bob Lombroso. Yo adivino, usted lee el futuro. El futuro es como una película que se proyectase en el interior de su mente. ¿Tengo o no tengo razón?

—Sabe usted que la tiene, señor Nichols.

—Sí. Sé que la tengo. No cabe duda. Soy perfectamente consciente de lo que se puede lograr aplicando métodos estocásticos, y que lo que usted hace escapa a las posibilidades de dichos métodos. Yo quizá hubiese podido predecir la probabilidad de un par de accidentes de petroleros, pero no que Leydecker se iba a morir o que cogerían a Gilmartin por *chorizo*. Podría haber adivinado que esta primavera moriría *alguna* figura política clave, pero no exactamente cuál. Podría haber adivinado que iban a echar a patadas a algún político del Estado, pero no su nombre. Sus predicciones eran sumamente exactas y específicas. Y eso no son vaticinios estocásticos. Se parece más a brujería, señor Carvajal. El futuro es por definición indescifrable. Pero usted parece saber mucho acerca de él.

—Del futuro inmediato, sí. Lo sé, señor Nichols.

—¿Sólo del futuro inmediato?

Se rió.

—¿Cree que mi mente penetra en la totalidad del espacio y del tiempo?

—En este momento no tengo ni idea de hasta dónde puede llegar su cerebro. Ya me gustaría a mí saberlo. Ya me gustaría tener alguna idea de cómo funciona y de cuáles son sus límites.

—Funciona tal como usted ha descrito —replicó Carvajal—.

Cuando deseo ver el futuro, lo *veo*. En mi interior se proyecta una visión de las cosas, como si fuese una película —lo decía sin darle la menor importancia. Parecía casi aburrido—. ¿Es a eso a lo único que ha venido?

—¿No lo sabe? Seguro que ha visto ya la película de esta conversación.

—Por supuesto que sí.

—Pero se ha olvidado de alguno de sus detalles.

—Rara vez me olvido de algo —dijo Carvajal con un suspiro.

—Entonces debe saber ya lo que le voy a preguntar ahora.

—Sí —reconoció.

—Y aun así, no me contestará a menos que le formule la pregunta.

—Sí —reconoció.

—Suponga que lo hago —dije—. Suponga que me marcho ahora mismo, sin plantear lo que se espera vengo a plantear.

—Eso no sería posible —dijo Carvajal tranquilamente—. Recuerdo cómo se debe desarrollar esta conversación, y que usted no se marcha antes de formular su próxima pregunta. Las cosas ocurren sólo de una manera. Usted no tiene más remedio que decir y hacer las cosas que yo *ví* que diría y haría.

—¿Acaso es usted un Dios que decreta cómo se ha de desarrollar mi vida?

Sonrió apagadamente y negó con la cabeza.

—Muy, muy mortal, señor Nichols. Y no decreto nada, aunque sí le digo que el futuro es inmutable; o lo que usted considera como futuro. Somos ambos actores de un guión que no se puede reescribir. Venga, representemos nuestro guión. Pregúnteme…

—No. Voy a romper el modelo que ha establecido y me voy a marchar de aquí.

—… sobre el futuro de Paul Quinn —terminó.

Estaba ya en el umbral de la puerta. Pero cuando pronunció el nombre de Quinn me detuve con la mandíbula laxa, atónito, y me di la vuelta. Esa era por supuesto la pregunta que iba a formularle, la pregunta que había venido a plantear, la pregunta que había decidido no formularle cuando comencé a jugar con mi propio destino inamovible. ¡Qué mal lo había hecho yo! ¡Con cuánta suavidad me acababa de manejar Carvajal! Me había dejado indefenso, derrotado, inmovilizado. Acaso alguien crea que todavía era libre de marcharme; pero no, no después de que él hubiese invocado el nombre de Quinn, no después de haberme sobornado con la promesa del tan anhelado conocimiento, no ahora que Carvajal había demostrado una vez más, de forma aplastante y definitiva, la precisión de un don para los augurios.

—Es usted quien lo dice —musité—. Es usted quien formula la pregunta.

Suspiró.

—Si usted quiere.

—Insisto.

—Usted desea preguntarme si Paul Quinn va a llegar a la presidencia.

—Exactamente —respondí con voz cavernosa.

—La respuesta es que creo que sí.

—¿Que *cree*? ¿Es todo cuanto puede decirme? ¿Que cree que sí?

—No lo sé.

— ¡Usted lo sabe todo!

—No —dijo Carvajal—. No todo. Existen ciertos límites, y su pregunta los desborda. La única respuesta que puedo darle es una simple conjetura, basada en el mismo tipo de datos que tomaría en consideración cualquier persona interesada en política. Tomando en cuenta esos factores, creo que es probable que Quinn llegue a ser presidente.

—Pero no lo sabe seguro. No puede *verle* llegando a ser presidente.

—Exacto.

—¿Escapa a su alcance? ¿No va a ocurrir en un futuro inmediato?

—Sí, está fuera de mi alcance.

—Me está diciendo en ese caso que Quinn no resultará elegido en el 2000; pero que usted cree que es una buena apuesta para el 2004, aunque no es capaz de *ver* tan lejos como para llegar al 2004.

—¿Creyó alguna vez que Quinn podría salir elegido en el 2000? —preguntó Carvajal.

—Nunca. Mortonson es invencible; es decir, salvo que Mortonson se muera de repente, como le ha ocurrido a Leydecker, en cuyo caso puede salir elegido cualquiera, y Quinn… —hice una pausa—. ¿Qué prevé para Mortonson? ¿Va a estar viviendo hasta las elecciones del 2000?

—No lo sé —dijo Carvajal tranquilamente.

—¿Tampoco sabe eso? Faltan sólo diecisiete meses para las elecciones. El alcance de su clarividencia no llega a los diecisiete meses, ¿no?

—Así es, por el momento.

—¿Ha sido alguna vez mayor que eso?

—Oh, sí —respondió—. Mucho mayor. A veces he leído el futuro con treinta o cuarenta años de antelación, pero no ahora.

Intuí que Carvajal estaba jugando conmigo nuevamente. Exasperado, le dije:

—¿Existe alguna posibilidad de que recupere su visión a largo

plazo, que me dé su visión para las elecciones del 2004? ¿O aunque sea sólo para las del 2000?

El sudor me resbalaba por todo el cuerpo.

—Ayúdeme. Para mí es de la mayor importancia saber si Quinn va a conseguir llegar a la Casa Blanca.

—¿Porqué?

—Bien, porque… —me detuve, asombrado, al comprobar que, salvo la simple curiosidad, no existía ninguna otra razón. Me había comprometido a trabajar en pro de la elección de Quinn; probablemente mi compromiso no dependía de que supiera si lo iba a conseguir o no. Sin embargo, en aquellos momentos en los que creía que Carvajal podía darme la respuesta, estaba absolutamente desesperado por saberlo. Respondí torpemente—. Bien, porque, porque estoy profundamente involucrado en su carrera, y me sentiría mejor si conociese el rumbo que va a adoptar, especialmente si supiese que no estábamos desperdiciando todos nuestros esfuerzos en favor de él. Y… —me detuve, sintiéndome como un imbécil.

—Le he dado la mejor respuesta que podía. Mi vaticinio es que su hombre llegará a ser presidente —dijo Carvajal.

—¿El año que viene o en el 2004?

—A menos que a Mortonson le pase algo, me parece que Quinn no tiene la menor oportunidad antes del 2004.

—Pero ¿no sabe si a Mortonson le va a pasar algo? —insistí.

—Ya se lo he dicho. No tengo forma de saberlo. Por favor, créame cuando le digo que no puedo ver en un plazo tan largo como el de las próximas elecciones. Y, como usted mismo señaló hace sólo unos minutos, las técnicas probabilísticas no sirven en absoluto para predecir la fecha de la muerte de ninguna persona. Y las probabilidades no son mi fuerte. Mis conjeturas son incluso peor que las suyas. En temas estocásticos, señor Nichols, el experto es usted, no yo.

—¿Me está diciendo que su apoyo a Quinn no se basa en un conocimiento absoluto, sino sólo en una intuición?

—¿Qué apoyo a Quinn?

Su pregunta, formulada con tono inocente, me dejó perplejo.

—Usted creyó que seria un buen alcalde. Y desea que llegue a ser presidente —dije.

—¿Que yo creí? ¿Que yo deseo?

—Cuando se presentó a las elecciones a alcalde, usted donó cuantiosas sumas. ¿O no es eso un apoyo? En marzo, usted se presentó en el despacho de uno de sus principales estrategas y ofreció hacer cuanto estuviese en su poder para ayudar a Quinn a escalar un puesto superior. ¿O no es eso un apoyo?

—No me preocupa lo más mínimo si Quinn alcanza alguna vez un

puesto superior o no —replicó Carvajal.

—¿De veras?

—Su carrera no significa nada para mí. Nunca lo ha significado.

—Entonces, ¿por qué ofrece voluntariamente unas sumas tan elevadas al fondo para su campaña? ¿Por qué ofrece voluntariamente informaciones sobre su futuro a los responsables de dicha campaña? ¿Por qué siempre voluntariamente…?

—¿*Voluntariamente*?

—Voluntariamente, sí. ¿O he elegido mal la palabra?

—La voluntad no tiene nada que ver con todo esto, señor Nichols.

—Cuanto más hablo con usted menos le comprendo.

—El término «voluntad» implica elección, libertad, volición. En mi vida no existen esos conceptos. Apoyo a Quinn porque sé que debo hacerlo, no porque le prefiera a otros políticos. Fui al despacho de Lombroso en el mes de marzo porque, meses antes, me *había visto* yendo allí, y sabía que, pasara lo que pasara, tenía que ir allí aquel día. Vivo en este barrio ruinoso porque no me ha sido concedida nunca la visión de mí mismo viviendo en alguna otra parte, y sé por tanto que debo permanecer aquí. Le estoy contando todo esto hoy, porque esta conversación me resulta ya tan familiar como una película que hubiese visto cincuenta veces, y en consecuencia sé que debo contarle a usted cosas que no he contado jamás a ningún otro ser humano. Nunca me pregunto por qué. Mi vida carece de sorpresas, señor Nichols, carece también de decisiones y de volición. Hago lo que sé que tengo que hacer, y sé que debo hacerlo porque me he visto ya a mí mismo haciéndolo.

Sus apacibles palabras me aterrorizaron mucho más que cualquiera de los horrores reales o imaginarios de la oscura escalera de afuera. Antes de entonces no me había asomado nunca a un universo del que estuviesen excluidos la libre elección, la casualidad, lo imprevisto, lo fortuito. Ví a Carvajal como un hombre arrastrado a través del presente, impotente pero sin quejarse, por su inflexible visión del inmutable futuro. Me horripilé, pero, al cabo de un instante, aquel mareante terror se esfumó para no volver nunca más; pues tras la primera visión desconsoladora de Carvajal como una trágica víctima, tuve otra, más estimulante, de Carvajal como alguien con un don que no era sino el mío propio elevado a la perfección, como alguien que ha dejado atrás los caprichos de la casualidad para adentrarse en el reino de la total previsibilidad. Aquella intuición me hizo sentirme irremisiblemente atraído por él. Sentí cómo nuestras almas se fundían, y supe que no me vería libre de él nunca más. Era como si aquella fría fuerza que emanaba de él, aquella helada radiación que nacía de su extraña naturaleza y que le había hecho tan repulsivo para mí, hubiese cambiado ahora de signo y me empujase

irresistiblemente hacia él.

—¿Siempre interpreta las escenas que *ve*?—dije.

—Siempre.

—¿No intenta nunca cambiar el guión?

—Nunca.

—¿Por qué le da miedo lo que podría ocurrir si lo hiciese?

Negó con la cabeza.

—¿Cómo voy a tener miedo de nada? Tememos a lo desconocido, ¿no? No, recito obedientemente mis frases del guión porque sé que no hay otra alternativa. Lo que a usted le parece el futuro es para mí más bien como el pasado, como algo ya vivido, algo que resultaría inútil intentar cambiar. Hago donaciones de dinero a Quinn *porque ya lo he hecho* y porque me he visto a mí mismo haciéndolo. ¿Cómo podría *verme* a mí mismo habiendo dado dinero si, en el momento en que mi visión coincide con el momento del «presente», no lo hago realmente?

—¿No le inquieta nunca la idea de olvidarse del guión y de no hacer lo que tiene que hacer cuando llega el momento?

Carvajal se rió entre dientes.

—Si durante un solo instante pudiese *ver* como yo, se daría cuenta de la futilidad de su pregunta. No existe posibilidad alguna de no hacer lo que hay que hacer, sino sólo de hacer lo que hay que hacer, lo que sucede, lo real. Percibo lo que va a ocurrir, y luego simplemente ocurre; soy actor en un drama que no permite improvisaciones, exactamente igual que usted, que todos los demás.

—¿Y no ha intentando ni una sola vez reescribir el guión? ¿Ni un pequeño detalle? ¿Ni siquiera una sola vez?

—Claro que sí, y más de una vez, señor Nichols, y no sólo pequeños detalles. Cuando era joven, mucho más joven, antes de comprender. Entonces, si tenía la visión de alguna calamidad, como por ejemplo de un camión atropellando a un niño o de fuego en una casa, decidía intentar ser Dios e impedir que ocurriese.

—¿Y?

—No servia de nada. Planease lo que planease, cuando llegaba el momento la desgracia ocurría indefectiblemente, tal como yo la había *visto*. He intentado muchas veces cambiar el curso predestinado de los acontecimientos, no lo he conseguido jamás y he dejado por tanto de hacerlo. Desde hace mucho tiempo me limito a interpretar mi papel, a decir mis frases como ya sé que debo recitarlas.

—¿Y lo acepta totalmente? —pregunté. Di unos pasos por la habitación, inquieto, agitado, abrumado de calor—. ¿Para usted el libro de la vida está ya escrito, sellado e inamovible? ¿Acepta su destino y ya está?

—Acepto mi destino y ya está —respondió.

—¿No le parece una filosofía bastante desesperada?

Pareció ligeramente divertido.

—No se trata de una filosofía, señor Nichols, sino de un simple acomodarse a la naturaleza de la realidad. Escuche, ¿«acepta» usted el presente?

—¿Cómo?

—¿Cuando le ocurren cosas, las reconoce como hechos válidos, o las ve como algo condicional y mutable, tiene la sensación de que podría modificarlas en el momento de producirse?

—Por supuesto que no. ¿Cómo podría nadie cambiar…?

—Exactamente. Uno puede intentar modificar su propio futuro, o incluso ordenar y reconstruir las memorias de su pasado, pero no puede hacer nada con respecto al instante del presente en el momento en que comienza a ser y a asumir su existencia.

—¿Entonces?

—A los demás el futuro les parece inalterable porque les resulta inaccesible. Uno tiene la ilusión de ser capaz de crear su propio futuro, de esculpirlo en la matriz de un tiempo todavía por venir. Pero lo que percibo cuando *veo* —dijo— es el «futuro» únicamente en términos de mi posición transitoria dentro del flujo del tiempo. En realidad es sólo el «presente», el presente inmediato e inalterable, o a mí mismo en una posición distinta dentro del flujo del tiempo; o quizá en la misma posición dentro de un flujo de tiempo distinto. ¡Ah, tengo muchas teorías refinadas, señor Nichols! Pero todas llegan a la misma conclusión: de que lo que percibo no es un futuro hipotético y condicional, sujeto a modificación por medio de una nueva ordenación de los factores antecedentes, sino más bien un acontecimiento real e inalterable, tan fijo e inmutable como el presente o el pasado. No puedo modificarlo, al igual que no se puede cambiar la película que está uno viendo en el cine. Hace mucho tiempo que lo comprendí. Y lo acepté. Lo acepté…

—¿Durante cuánto tiempo ha tenido esa capacidad de visión?

Encogiéndose de hombros, Carvajal replicó:

—Supongo que durante toda mi vida. Cuando era niño no podía entenderlo; era como una fiebre que me embargaba, como un vivido sueño, un delirio. No sabía qué estaba experimentando, ¿podríamos llamarlo «destellos de futuro»? Pero luego me encontré viviendo episodios que ya había «soñado» antes. Esa sensación de *déjà vu*, que estoy seguro usted ha experimentado de cuando en cuando, me acompañaba a diario. Había momentos en que me sentía como una marioneta tirada por hilos, en cuya boca alguien de arriba ponía las palabras. Fui descubriendo gradualmente que nadie experimentaba aquella sensación de *déjà vu* con la frecuencia e intensidad que yo. Creo que, hasta los veinte años, no comprendí plenamente de qué se trataba y que, hasta poco antes de los treinta, no me acostumbré

realmente a la idea. Por supuesto, nunca se lo he revelado a nadie, de hecho no lo he revelado hasta hoy en día.

—¿Porque no había nadie de quien se fiara?

—Porque no estaba en el guión —respondió con enloquecedor convencimiento.

—¿No se ha casado nunca?

—No.

—¿No ha querido?

—¿Cómo podía quererlo? ¿Cómo podía querer algo que evidentemente no había querido? Nunca me ví junto a una esposa.

—Y, en consecuencia, no estuvo nunca destinado a casarse.

—¿Que no estuve nunca destinado? —sus ojos cobraron un extraño fulgor—. No me gusta esa frase, señor Nichols. Implica que el universo está dotado de algún designio consciente, que existe un autor para el guión. Y no creo que sea así. No hay necesidad de introducir esa complicación. El guión se va escribiendo solo, momento a momento, y en él yo vivía solo. No hay por qué decir que estaba destinado a ser soltero. Basta con decir que me *ví* a mí mismo soltero y que, por tanto, *permanecería* soltero, *permanecí* soltero y *permanezco* soltero.

—En un caso como el suyo los verbos carecen de los tiempos adecuados —dije.

—Pero ¿entiende lo que digo?

—Creo que sí. ¿Seria correcto afirmar que el «futuro» y el «presente» no son sino nombres distintos para los mismos acontecimientos contemplados desde diferentes puntos de vista?

—No está mal —respondió Carvajal—. Pero prefiero creer que todos los acontecimientos se producen simultáneamente y que lo que está en movimiento es nuestra percepción de los mismos, que lo móvil es ese punto de vista, no los propios acontecimientos.

—Y, algunas veces, alguien goza del don de percibir los acontecimientos desde varios puntos de vista al mismo tiempo, ¿no es eso?

—Tengo muchas teorías —dijo vagamente—. Quizá una de ellas sea correcta. Lo importante es la capacidad de visión en mí, no su explicación. Y yo poseo esa capacidad.

—Podría haberla utilizado para ganar millones y millones —dije, señalando el ruin apartamento.

—Eso he hecho.

—No. Me refiero a una fortuna realmente gigantesca: Rockefeller, más Getty, más Creso, un imperio financiero a una escala jamás vista. El poder. El lujo llevado al máximo. Los placeres. Mujeres. El control sobre continentes enteros.

—No figuraba en el guión —respondió Carvajal.

—Y usted acepta el guión.

—El guión no admite nada que no sea aceptación. Creí que lo había comprendido.

—Así que ha ganado dinero, montones de dinero, aunque no todo el que podría haber ganado. ¿Todo eso no significa nada para usted? ¿Se limita a dejar que se vaya acumulando, como las hojas que caen en el otoño?

—No tenía la menor necesidad de él. Mis necesidades son parcas y mis gustos sencillos. Lo he ido acumulando simplemente porque me ví a mí mismo jugando a la Bolsa y haciéndome rico. Lo que veo lo hago, y ya está.

—Ajustándose al guión. Sin preguntarse por qué.

—Sin preguntas.

—Millones y millones de dólares. ¿Qué ha hecho con ellos?

—Los he ido utilizando tal como me ví haciéndolo. Donando algunos de ellos a obras de caridad, a universidades, a políticos.

—¿Según sus propias preferencias o de acuerdo con los designios que *veía*?

—No tengo preferencias —dijo tranquilamente.

—¿Y el resto del dinero?

—Lo he ido guardando. En bancos. ¿Qué otra cosa iba a hacer con él? Para mí no ha tenido nunca la menor importancia. Un millón de dólares, cinco millones, diez millones… son sólo palabras, carecen de sentido —en su voz se insinuó una extraña nota de ansiedad—. Pero ¿qué tiene sentido? ¿Qué significa la palabra «sentido»? Nos limitamos a interpretar el guión que nos ha caído en suerte, señor Nichols. ¿Quiere otro vaso de agua?

—Sí, gracias —dije, y el millonario llenó nuevamente mi vaso.

La cabeza me daba vueltas. Había venido en busca de respuestas y las estaba obteniendo a montones. No obstante, cada una de ellas suscitaba una avalancha de nuevas preguntas, que él estaba evidentemente dispuesto a contestar, pero sólo por haberse visto ya respondiéndolas en sus visiones para aquel día. Mientras hablaba con Carvajal me encontré deslizándome entre los tiempos verbales del pasado y del futuro, perdido en un laberinto gramatical de tiempos confundidos y secuencias desordenadas. Y él permanecía completamente impasible, sentado en una inmovilidad casi total, con una voz plana y en ocasiones casi audible, sin otra expresión en su rostro que aquel peculiar aspecto suyo de *destrucción*. Sí, he dicho destrucción. Podía tratarse de un *zombie*, o quizá de un robot. Vivía una vida totalmente programada y ordenada de antemano, sin preguntarse jamás por los motivos de cualquiera de sus acciones, limitándose a seguir adelante, como una marioneta, atrapado por su propio futuro irremisible, flotando en una especie de pasividad

existencial determinista que yo encontraba desconcertante y extraña. Por un momento sentí compasión de él. Luego me pregunté si aquel sentimiento no estaría completamente fuera de lugar. Me sentí tentado por aquella pasividad existencial, y la tentación era muy poderosa. ¡Qué reconfortante debe ser —pensé— vivir en un mundo desprovisto de la menor incertidumbre!

De repente, dijo:

—Creo que debería marcharse ya. No estoy acostumbrado a conversaciones tan largas, y me temo que ésta me ha fatigado mucho.

—Lo siento. No tenía previsto quedarme tanto rato.

—No tiene por qué disculparse. Todo lo que nos ha ocurrido hoy ha sido como ví que sería. Así que está todo bien.

—Le agradezco que me haya hablado voluntariamente y con tanta franqueza sobre sí mismo —le dije.

—¿Voluntariamente? —respondió riendo—. ¿Otra vez el *voluntario*?

—¿No existe esa palabra en su vocabulario de trabajo?

—No. Y espero borrarla del suyo —se dirigió hacia la puerta con gesto de despedida—. Volveremos a vernos pronto.

—Eso espero.

—Siento no haberle podido ayudar en la medida que usted deseaba. Lamento mucho no poder responder a su pregunta sobre adonde llegará Paul Quinn. La respuesta se encuentra fuera de mi alcance y no puedo darle información alguna. Percibo únicamente aquello que voy a percibir, ¿se da cuenta? ¿Lo comprende? Percibo únicamente mis propias percepciones futuras; es como si mirase al futuro a través de un periscopio, y mi periscopio no me muestra nada relativo a las elecciones del año que viene. Sí de muchos de los acontecimientos que conducen a dichas elecciones. Pero no el resultado en sí. Lo siento.

Estrechó mi mano un momento. Sentí que fluía entre nosotros una especie de corriente, un río de conexión diferenciado y casi tangible. Percibí en él una enorme tensión, no simplemente la provocada por nuestra conversación, sino algo más profundo, como un combate por mantener y ampliar el contacto entre nosotros, por llegar a algún nivel profundo de mi ser. La sensación me inquietó y trastornó. Duró sólo un instante; luego se esfumó, y volví a caer en mi soledad, experimentando en ese momento el impacto perceptible de la separación. Sonrió, me obsequió con una leve inclinación de cabeza, me deseó una vuelta a casa sano y salvo y me señaló el sombrío y húmedo corredor de salida.

Sólo cuando, algunos minutos más tarde, estaba subiendo al coche encajaron todas las piezas del rompecabezas en mi cerebro y comprendí lo que Carvajal me había querido decir mientras nos

despedíamos en la puerta de su casa. Sólo entonces comprendí la naturaleza del límite último impuesto a su visión, del límite que le había convertido en la marioneta pasiva que era, que había desprovisto a todas sus acciones del menor sentido o significado: Carvajal había *visto* el momento de su propia muerte. A eso se debía que fuese incapaz de predecir quién iba a ser el próximo presidente; pero las repercusiones de dicho conocimiento iban mucho más lejos. Ello explicaba por qué se dejaba arrastrar por la vida de aquella forma despreocupada y abúlica. Carvajal debía haber vivido durante décadas y décadas sabiendo cómo, dónde y cuándo iba a morir, con un conocimiento absoluto e indubitable de todo ello; y aquel conocimiento espantoso había paralizado su voluntad hasta un punto que a la gente normal y corriente le resultaba difícil comprender. Eso era la interpretación intuitiva que yo hacía de su situación; y siempre confío en mis intuiciones. Estaba claro que su muerte se iba a producir en un plazo de tiempo inferior a diecisiete meses, y se dejaba arrastrar inánimemente hacia ella, aceptándola, interpretando el papel que le había tocado en el guión, no preocupándose, no preocupándose lo más mínimo.

17

La cabeza me daba vueltas mientras regresaba en coche a casa, y me siguió dando vueltas durante días y días. Me sentía como drogado, borracho, intoxicado de la sensación de contar con posibilidades infinitas, con inacabables oportunidades. Era como si estuviese a punto de abrirme a alguna increíble fuente de energía a la que, sin saberlo, había estado aproximándome durante toda mi vida.

Esa fuente de energía era la capacidad visionaria de Carvajal.

Acudí a él sospechando que era lo que era, y me lo había confirmado: yendo incluso mucho más lejos. Una vez superados los primeros momentos de juego y pruebas, me había contado su historia tan fácil y espontáneamente que casi parecía estar intentando atraerme a algún tipo de relación basada en aquel don para las corazonadas que, aunque muy desigualmente, compartíamos. Después de todo, se trataba de un hombre que durante décadas había vivido de manera secreta y furtiva, de un recluso dedicado a apilar silenciosamente millones de dólares; célibe, sin amigos; y era él quien se había preocupado por conocerme, presentándose para ello en el despacho de Lombroso; era él quien me había tendido una trampa con sus tres pistas enigmáticas e hipnotizantes, quien me había acechado y atraído a su madriguera, quien había respondido voluntariamente a mis preguntas, quien había expresado la esperanza de que volveríamos a vernos.

¿Qué quería Carvajal de mí? ¿Qué papel me tenía asignado? ¿El de amigo? ¿El de oyente atento? ¿El de compañero? ¿E! de discípulo?

¿El de *heredero*?

Se me ocurrieron todas estas posibilidades. Me sentí mareado por esta catarata de opciones. Pero había también la posibilidad de que estuviese totalmente equivocado, de que Carvajal no me tuviese asignado ningún papel en absoluto. Los papeles los crea un autor, y Carvajal era actor, no autor. Se limitaba a tomar el pie que le daban y a ajustarse al texto. Y puede que para Carvajal yo no fuese nada más que un nuevo personaje que había irrumpido en escena para conversar con él, que había hecho aparición en la obra por razones para él desconocidas e irrelevantes; por razones que, de importar a alguien, le importarían únicamente al autor invisible y quizá inexistente del gran drama del universo.

Este era un aspecto de Carvajal que me conturbaba profundamente, en el mismo sentido que me han conturbado siempre los borrachos. Un alcohólico, un drogadicto, un «fumador», o lo que se quiera es, en el sentido más literal de la expresión: una persona «fuera de sí». Lo que significa que uno no puede tomar sus palabras o sus

actos en serio. Puede decirte que te ama, que te odia, que admira tu trabajo, respeta tu integridad o comparte tus ideas, y nunca podrás saber en qué medida es sincero, pues puede ser que lo que le hace pronunciar esas palabras es sólo el alcohol o la droga. Si te propone un trato o negocio, no sabrás nunca hasta qué punto se acordará de él cuando vuelva a tener la cabeza sobre los hombros. De forma que la transacción que acuerdes con él mientras esté bajo la influencia de esos tóxicos es fundamentalmente vacía e irreal. Soy una persona ordenada y racional, y cuando trato con alguien me gusta tener la sensación de que mantengo dicha interacción mientras que la otra persona está simplemente diciendo lo primero que le pasa por su cabeza, alterada por la química.

Con Carvajal me sentía igualmente inseguro. Nada de lo que decía era necesariamente razonable. Nada necesariamente sensato. No actuaba empujado por lo que yo considero motivos racionales, tales como el interés propio o el interés por el bienestar de la humanidad; todo, incluyendo su propia supervivencia, le parece irrelevante. Sus actos hacían, pues, caso omiso tanto de la estocasticidad como del mismo sentido común; resultaba impredecible porque no se ajustaba a pautas discernibles, sino sólo al texto, al texto sagrado e inalterable, que le era relevado en explosiones de corazonadas sin la menor lógica ni orden. «Hago lo que me veo haciendo», había dicho. Sin preguntarse jamás por qué. Muy bien. Se ve a sí mismo dando todo su dinero a los pobres, y se lo da. Se ve a sí mismo cruzando el puente de George Washington en zancos, y lo cruza en zancos. Se ve a sí mismo vertiendo H_2SO_4 en el vaso de agua de su invitado y, sin la menor vacilación, vierte en él el viejo ácido sulfúrico. Responde a las preguntas con respuestas ordenadas de antemano, sin preocuparse de si tienen o no sentido. Y así en todo. Habiéndose rendido totalmente a los dictados del futuro que le ha sido revelado, no tiene ninguna necesidad de examinar sus motivos ni sus consecuencias. De hecho, peor que un borrador. Por débiles que sean, un alcohólico conserva al menos unos mínimos restos de conciencia racional operando en el fondo de su cerebro. Me encontraba, pues, ante una paradoja. Desde el punto de vista de Carvajal, todas y cada una de sus acciones se guiaban por criterios rígidamente deterministas; pero, desde el de los que le rodeaban, su conducta resultaba tan irresponsablemente aleatoria y fortuita como la de cualquier lunático (o la de cualquier seguidor fanatizado de las teorías del Credo del Tránsito). A sus propios ojos se limitaba a obedecer la suprema inflexibilidad del curso de los acontecimientos, mientras que, visto desde fuera, parecía moverse como una veleta, según la dirección del viento. Haciendo lo que *veía*, planteaba también incómodas preguntas sobre los motivos de sus acciones, parecidas a las de ¿qué fue antes, la gallina o el huevo?

Pero ¿existían realmente motivos que justificasen sus acciones? ¿No serian sus visiones profecías autogeneradoras, totalmente divorciadas de la causalidad, completamente desprovistas de razón y lógica? El próximo 4 de julio se *ve* a sí mismo cruzando el puente sobre unos zancos; en consecuencia, cuando llega el 4 de julio lo cruza en zancos, única y exclusivamente porque se ha *visto* haciéndolo. ¿Para qué sirve realmente su acción de cruzar el puente, salvo para cerrar limpiamente su circuito de visión? Todo esto me hizo considerar que el problema de Carvajal era como el de una pescadilla que se muerde la cola, sin pies ni cabeza. ¿Cómo podía uno tratar con un tipo así? Era como una hoja arrastrada por el viento del tiempo.

Pero quizá estaba siendo demasiado duro y estricto. Puede que existiesen pautas que yo no alcanzaba a ver. Era posible que el interés de Carvajal por mi fuese real, que en su vida solitaria yo pudiera servirle realmente de algo; que pretendiese convertirse en mi guía, en un sustituto de padre; que aspirase a transmitirme todos los conocimientos que pudiese impartir en los pocos meses de vida que le quedaban.

En cualquier caso, él a mí sí me servía de algo. Iba a hacer que me ayudase a convertir a Paul Quinn en presidente.

El hecho de que Carvajal no pudiese *ver* hasta las elecciones del año siguiente representaba un inconveniente, pero no necesariamente importante. Acontecimientos tan trascendentes como una sucesión presidencial tienen siempre raíces profundas; las decisiones adoptadas ahora determinarían los cambios y convulsiones políticos de los próximos años. Carvajal podría estar ya en posesión de un número suficiente de datos sobre el año siguiente como para permitir a Quinn construir alianzas que le facilitasen la nominación el año 2004. Mi obsesión era ya de tal calibre que me planteaba manipular a Carvajal en beneficio de Quinn. Adoptando un método astuto de preguntas y respuestas, podría extraer de aquel hombrecillo informaciones de vital importancia.

18

Fue una semana llena de problemas. Por el lado político, todas las noticias fueron malas. En todas partes, los nuevos demócratas se apresuraban a prestar su apoyo al senador Kane, y éste, en lugar de dejar abiertas sus opciones al cargo de la vicepresidencia, como hacen la mayoría de los políticos expertos, informó alegremente en una rueda de prensa que le gustaría que Socorro fuese su acompañante en la candidatura. Quinn, quien tras el asunto de la congelación del petróleo empezó a conseguir cierto renombre nacional, dejó repentinamente de interesar a todos los dirigentes del partido al oeste del río Hudson. Dejaron de llegar invitaciones a pronunciar discursos, las peticiones de fotos firmadas descendieron al mínimo; señales triviales si se quiere, pero significativas. Quinn era consciente de lo que estaba ocurriendo, y no le hacía nada feliz.

—¿Cómo ha ocurrido tan rápido todo esto de la alianza Kane-Socorro? —preguntó—. Un día soy la gran esperanza blanca del partido y al siguiente todo el mundo me da con la puerta en las narices —nos dirigió la famosa mirada Quinn, con los ojos saltando de uno a otro, buscando quién era el que le había fallado. Su presencia resultaba tan impresionante como siempre; la sensación de desencanto que transmitía, casi intolerablemente penosa.

Mardikian carecía de respuesta. Tampoco la tenía Lombroso. ¿Qué podía decir yo? ¿Que había tenido en mi poder las claves del asunto y las había desperdiciado? Me refugié en un encogimiento de hombros y en un «así es la política». Me pagaban por obtener intuiciones razonables, no por adivinarlo todo.

—Espera —le prometí—. Están formándose nuevas pautas. Dame un mes y te lo podré delinear todo.

—Te concedo hasta seis semanas —me respondió Quinn ásperamente.

Su malhumor disminuyó tras un par de días cargados de tensión. Estaba demasiado ocupado con problemas locales, de los que se produjo repentinamente una verdadera avalancha —el tradicional malestar social que, como una nube de mosquitos, cae sobre Nueva York todos los veranos, como para obsesionarse durante mucho tiempo con una nominación que realmente no había pretendido ganar.

Fue también una semana llena de problemas domésticos. El cada vez más profundo compromiso de Sundara con el Credo del Tránsito estaba empezando a sacarme de quicio. Su comportamiento resultaba ya tan disparatado, impredecible y carente de motivos como el de Carvajal; pero ambos llegaban a su enloquecida fortuidad desde direcciones distintas; la conducta de Carvajal estaba regida por una

ciega obediencia a una revelación inexplicable, mientras que la de Sundara, por su deseo de romper con toda pauta y estructura.

Reinaban el capricho y la extravagancia. El día que fui a ver a Carvajal, ella, sin decirme nada, se fue a solicitar un permiso para ejercer la prostitución al Edificio Municipal. Le llevó la mayor parte de la tarde, debido al examen médico, la entrevista sindical, las fotografías y las huellas digitales, y todas las demás complicaciones burocráticas. Cuando llegué a casa, pensando únicamente en Carvajal, me mostró triunfante la tarjetita laminada que la autorizaba a vender legalmente su cuerpo en cualquiera de los cinco grandes distritos.

—¡Dios mío! —exclamé.

—¿He hecho algo malo?

—¿Has esperado allí, en la cola, como cualquier puta de veinticinco dólares de Las Vegas?

—¿Debería haber utilizado tus influencias políticas para conseguir mi tarjeta?

—¿Qué pasaría si te hubiese visto allí algún periodista?

—¿Y qué?

—La esposa de Lew Nichols, ayudante administrativo especial del alcalde Quinn, afiliándose al sindicato de prostitutas.

—¿Crees que soy la única casada del sindicato?

—No me refiero a eso. Estoy pensando en el posible escándalo, Sundara.

—La prostitución es una actividad legal, y se considera que la prostitución regulada produce beneficios sociales que…

—Es legal en la ciudad de Nueva York —dije—. Pero no en Kankakee o en Tallahassee. Ni tampoco en Sioux City. Uno de estos días Quinn va a intentar obtener votos en todos esos sitios y en otros parecidos, y puede que cualquier listillo consiga la información de que uno de los consejeros más próximos a Quinn está casado con una mujer que vende su cuerpo en un burdel público, y eso…

—¿Y se supone que voy a tener que ajustar mi vida a la necesidad de Quinn de respetar la moralidad de los votantes de los pueblos? —me preguntó, con los negros ojos fulgurantes y las mejillas encendidas bajo el color oscuro de su piel.

—Pero ¿quieres ser realmente una puta, Sundara?

—*Prostituta* es el término que la dirección del sindicato prefiere.

—Prostituta no es mejor que puta. ¿No estás satisfecha con el tipo de arreglos que hemos venido haciendo? ¿Por qué quieres venderte?

—Lo que deseo —me respondió glacialmente— es convertirme en un ser humano libre, liberado de todas las limitadoras ataduras al ego.

—¿Y lo vas a conseguir a través de la prostitución?

—Las prostitutas aprenden a desmantelar sus egos. Existen sólo para servir a las necesidades de los demás. Una semana o dos en un

burdel municipal me enseñará a subordinar las demandas de mi ego a las necesidades de los que acudan a mí.

—Podrías hacerte enfermera. Podrías hacerte masajista. Podrías…

—Hago lo que quiero.

—¿Y qué es lo que vas a hacer? ¿Pasarte una o dos semanas en un burdel municipal?

—Probablemente.

—¿Te lo ha sugerido Catalina Yarber?

—Se me ha ocurrido a mí sola —dijo Sundara solemnemente. Sus ojos echaban fuego. Estábamos al borde de la peor pelea de toda nuestra vida juntos, del típico choque de «te lo prohíbo tajantemente / no me des órdenes». Me puse a temblar. Me imaginé a Sundara, frágil y elegante, a la Sundara deseada por todos los hombres y por muchas mujeres, fichando a la entrada de uno de aquellos sombríos cubículos municipales; a Sundara junto a un lavabo enjabonándose el vientre con lociones antisépticas; a Sundara en su estrecho camastro, con las rodillas apoyadas en los senos, satisfaciendo a algún gaznápiro con cara de bruto y oliendo a sudor, mientras que, con los *tickets* en la mano, una cola inacabable esperaba a su puerta. No. No podía aceptarlo. Un grupo de cuatro, de seis, de diez, el tipo de sexualidad en grupo que prefiriese, pero nunca un grupo indefinido, nunca que ofreciese su maravilloso y tierno cuerpo al primer miserable rufián de Nueva York que pudiese pagar la entrada. Por un instante me sentí tentado de montar en la anticuada cólera marital y decirle que se dejase de todas aquellas tonterías, o de lo contrario… Pero, por supuesto, era imposible. Por tanto, no dije nada, mientras que un abismo se abría entre nosotros. Nos encontrábamos en islas distintas en medio de un mar tormentoso, alejados el uno del otro por poderosas corrientes turbulentas, y yo era incapaz incluso de gritarle a través del estrecho cada vez mayor que nos separaba, incapaz incluso de tender hacia ella mis manos en fútil gesto. ¿Adonde había ido a parar la identificación que nos uniera durante todos aquellos años? ¿Por qué se agrandaba cada vez más el estrecho entre nosotros?

—Vete pues a tu casa de putas —musité, y salí del apartamento sumido en un loco ataque, en absoluto estocástico, de ira y miedo.

No obstante, en lugar de inscribirse en un burdel, Sundara se desplazó al aeropuerto J. F. Kennedy y cogió un *rocket* con destino a la India. Se bañó en el Ganges en uno de los muelles de Benarés, perdió una hora buscando en vano el barrio ancestral de su familia en Bombay, comió *curry* en el Green's Hotel y cogió el siguiente *rocket* de vuelta a casa. Su peregrinación había durado en total cuarenta y ocho horas, costándole exactamente cuarenta dólares por hora, simetría que no consiguió aliviar mi deprimido estado de ánimo. Tuve el suficiente sentido común como para no hacer de todo ello un motivo de disputa.

En cualquier caso, hubiese sido inútil; Sundara era un ser libre, y cada día más; tenía derecho a gastarse su propio dinero en lo que prefiriese, aunque fuesen disparatadas excursiones de menos de dos días a la India. Tuve mucho cuidado de, en los días que siguieron a su vuelta, no preguntarle si se proponía realmente utilizar su nueva licencia para ejercer la prostitución. Quizá ya lo estaba haciendo, pero yo prefería ignorarlo.

19

Una semana después de mi visita a Carvajal, me telefoneó para preguntarme si me gustaría comer con él al día siguiente. Así pues, y por sugerencia suya, me reuní con él en el Merchants and Shippers Club, ubicado en el distrito financiero.

Aquello me sorprendió. El Merchante and Shippers Club es uno de esos venerables agujeros de Wall Street a los que tienen acceso exclusivamente banqueros y financieros del escalón más elevado, y sólo en calidad de miembros, y cuando digo «exclusivamente», me refiero a que incluso Bob Lombroso, norteamericano desde hace diez generaciones y muy poderoso en Wall Street, se ve tácitamente excluido de él por su judaísmo, y prefiere no plantearse la posibilidad de entrar. Como en todas las instituciones de ese tipo, la riqueza no basta para abrirte las puertas, tienes que ser aceptable para el club, una persona honorable y decorosa, procedente de una familia de rancio abolengo, que ha estudiado en los mejores centros y pertenece a la firma adecuada. Por lo que yo sabía, Carvajal no reunía ninguna de aquellas condiciones. Era un nuevo rico y, por naturaleza, un extraño sin ninguna de las necesarias relaciones universitarias y en las grandes corporaciones. ¿Cómo había conseguido hacerse con una tarjeta de miembro?

—La heredé —me contó afectadamente mientras nos instalábamos en unos cómodos, elásticos y bien tapizados sillones al lado de una ventana sesenta pisos por encima de la turbulenta calle—. Uno de mis antepasados fue miembro fundador, en mil ochocientos veintitrés. Los estatutos indican que las once tarjetas fundadoras pasan automáticamente del hijo mayor al hijo mayor ininterrumpidamente. Debido a esa cláusula algunos tipos poco recomendables han conseguido empañar la santidad de la organización —dijo, dirigiéndome una sonrisa fugaz y sorprendentemente traviesa—. Vengo por aquí de cinco en cinco años. Se dará cuenta de que me he puesto mi mejor traje.

Y era cierto: llevaba un conjunto, algo arrugado, de color dorado y verde, con probablemente más de diez años encima, pero mejor conservado y con más brillo que el resto de su sombrío y rancio guardarropa. De hecho, Carvajal parecía hoy notablemente transformado, más animado y vigoroso, incluso juguetón, claramente más joven que el individuo apagado y ceniciento que yo conocía.

—No se me había ocurrido que tuviese usted antecesores —dije.

—En el Nuevo Mundo había ya Carvajales mucho antes de que el *Mayflower* saliese de Plymouth. Éramos muy importantes en Florida a comienzos del siglo dieciocho. Cuando los ingleses se anexionaron

Florida en mil setecientos sesenta y tres, una rama de mi familia se trasladó a Nueva York, y creo que hubo una época en que llegó a ser propietaria de la mitad de los muelles y de la mayor parte del Upper West Side. Pero nos vimos desplazados por la crisis económica de mil ochocientos treinta y siete; y, desde hace siglo y medio, soy el primer miembro de la familia que ha logrado salir de la semipobreza. Pero incluso en los peores tiempos, conservamos nuestra pertenencia hereditaria al club —señaló con un gesto las espléndidas paredes recubiertas de paneles de madera rojiza, las deslumbrantes ventanas con los bordes de cromo, la discreta iluminación. A nuestro alrededor se sentaban titanes de la industria y las finanzas haciendo y deshaciendo imperios entre bebida y bebida. Carvajal continuó—: No olvidaré nunca la primera vez que mi padre me trajo aquí a un cóctel. Yo tendría alrededor de dieciocho años; debió ser, por tanto, en mil novecientos cincuenta y siete. El club no se había trasladado aún a este edificio, seguía en Broad Street, en un caserón del siglo diecinueve. Cuando entramos mi padre y yo, con nuestros trajes de veinte dólares y nuestras corbatas de lana, todo el mundo me pareció senadores, incluyendo a los camareros, pero nadie se burló de nosotros ni se nos trató con paternalismo. Disfruté de mi primer martini y de mi primer filete *mignon*, y fue como una excursión al Valhalla, ya sabe, o a Versalles, a Xanadú. Una visita a un mundo extraño y deslumbrante en el que todo el mundo era rico, poderoso y magnífico. Y según estaba sentado a la gigantesca mesa de roble, enfrente de mi padre, tuve una visión, comencé a *ver*, me ví a mí mismo de viejo, tal como soy ahora, agotado, con unos cuantos cabellos grises aquí y allá, este ser viejo que he llegado a ser y en el que me reconozco, y ese viejo ser estaba sentado en un salón verdaderamente opulento, en un salón de gráciles líneas y brillante e imaginativamente dispuesto; de hecho, en este mismo salón en que nos encontramos ahora, compartiendo una mesa con un hombre mucho más joven, un hombre alto y fuerte, de cabellos oscuros, que se inclinaba hacia adelante, mirándome de manera tensa e insegura, bebiéndose mis palabras como si estuviese intentando aprendérselas de memoria. Luego la visión pasó y me encontré de nuevo con mi padre, que me preguntaba si estaba todo bien; yo intenté aparentar que era todo consecuencia del martini, que era la bebida lo que había empañado mis ojos y empalidecido mi cara, pues incluso entonces no era nada bebedor. Y me pregunté si lo que había visto no era una especie de contraimagen de mi padre y mía en el club; es decir, si lo que había *visto* no era yo mismo de viejo con mi propio hijo en el Merchants and Shippers Club de un distante futuro. Durante varios años intenté averiguar quién iba a ser mi esposa y cómo sería mi hijo, y luego me di cuenta de que no iba a tener nunca mujer ni hijo. Y los

años fueron pasando, y aquí estamos, usted sentado frente a mí, inclinándose hacia adelante, mirándome de una manera tensa e insegura…

Un escalofrío recorrió mi columna vertebral.

—¿Usted me vio aquí en su compañía hace más de cuarenta años?

Asintió tranquilamente con la cabeza y, con el mismo gesto, llamó a un camarero, hiriendo el aire con su dedo índice con la misma autoridad como si fuese J. P. Morgan. El camarero se apresuró a acudir y le saludó ceremoniosamente, llamándole por su nombre. Carvajal pidió un martini para mí, quizá porque lo había visto ya hacía tanto tiempo, y para él un jerez seco.

—Le tratan muy cortésmente aquí —observé.

—Para ellos es un honor tratar a todo el mundo como si fuese primo del zar —replicó Carvajal—. Probablemente lo que dicen de mí en privado no sea tan halagador. Mi calidad de miembro desaparecerá cuando muera, y me imagino que el club se sentirá muy feliz de saber que ningún pequeño y zarrapastroso Carvajal más va a hollar su suelo.

Las bebidas llegaron casi de inmediato. Entrechocamos solemnemente los vasos en una especie de brindis formal.

—Por el futuro —dijo Carvajal—; por el futuro radiante y prometedor —y prorrumpió en una ronca risa.

—Está usted muy animado hoy.

—Sí, hacía muchos años que no me sentía tan bien. Una segunda ronda para el vejete, ¿no? ¡Camarero! ¡*Camarero*!

El camarero acudió una vez más con gran presteza. Para mi asombro, Carvajal pidió ahora puros, eligiendo dos de los más costosos de la bandeja que le trajo la muchacha del tabaco. Y una vez más, la traviesa sonrisa.

—Se supone que estas cosas hay que reservárselas para después de la comida, pero creo que me voy a fumar el mío ahora mismo —dijo.

—Adelante. ¿Quién se lo va a impedir?

Encendió su puro, y yo le imité. Su exuberancia resultaba desconcertante y casi aterradora. En nuestros dos encuentros anteriores, Carvajal había parecido estar extrayendo fuerzas de unas reservas desde hacía tiempo agotadas; pero hoy aparecía vivaz, frenético, rebosante de una feroz energía extraída de alguna fuente maligna. Me dediqué a especular acerca de drogas misteriosas, transfusiones de sangre de toro, trasplantes ilícitos de órganos arrancados a renuentes víctimas jóvenes.

—Dígame, Lew —me dijo de repente—, ¿ha tenido en alguna ocasión momentos de segunda visión?

—Creo que sí. Por supuesto, nunca tan vividos como los que debe experimentar usted. Pero creo que muchas de mis intuiciones se basan

en ráfagas de auténtica visión, ráfagas subliminales que vienen y se van tan rápido que no puedo ni reconocerlas.

—Muy probable.

—Y sueños —dije—. Muchas veces, en los sueños tengo premoniciones y presentimientos que resultan ser correctos. Es como si el futuro viniese flotando hacia mí, llamando a las puertas de mi adormecida consciencia.

—Sí, la mente dormida es más receptiva a ese tipo de cosas.

—Pero lo que percibo en sueños me llega de forma simbólica, más como una metáfora que como una sucesión de imágenes o una película. Justo antes de que cogieran a Gilmartin soñé que estaba siendo arrastrado enfrente de un pelotón de ejecución. Era como si me estuviese llegando la información correcta, pero no en términos literales y equivalentes.

—No —replicó Carvajal—. El mensaje le fue transmitido de forma correcta y literal, pero su mente lo revolvió y lo codificó, pues usted estaba dormido y era incapaz de operar sus receptores de forma adecuada. Sólo la mente racional despierta puede procesar y asimilar tales mensajes de manera fiable. Pero la mayor parte de las personas despiertas rechazan totalmente los mensajes, y cuando están dormidas sus mentes trastocan todo lo que les llega.

—¿Usted cree que mucha gente recibe mensajes desde el futuro?

—Creo que todo el mundo —dijo Carvajal con vehemencia—. El futuro no es el reino inaccesible e intangible que se cree. Pero muy pocos admiten su existencia, salvo como concepto abstracto. ¡Y por eso les llegan tan pocos mensajes! —su expresión se caracterizaba ahora por una intensidad sobrenatural. Bajó la voz y me dijo—: El futuro no es una simple construcción verbal. Es un lugar con una existencia propia. Justo ahora, según estamos sentados aquí, nos encontramos también *allí*, *en allí más uno*, *en allí más dos*, *en allí más n*, en una infinidad de *allís*, todos ellos simultáneos, anteriores y posteriores al mismo tiempo a nuestra actual posición en la línea del tiempo. Esas otras posiciones no son ni más ni menos reales que ésta. Se encuentran simplemente en un lugar que no es aquel en que se ubica de momento la sede de nuestras percepciones.

—Pero, de cuando en cuando, nuestras percepciones…

—Dan el salto —dijo Carvajal—. Se desvían hacia otros segmentos de la línea del tiempo. Recogen acontecimientos, estados de ánimo o fragmentos de conversación que no pertenecen al «ahora».

—Pero ¿son nuestras percepciones las que se desvían —pregunté —, o son los propios acontecimientos los que están mal anclados en su propio «ahora».

Se encogió de hombros.

—¿Qué importa eso? No hay forma de averiguarlo.

—¿No le preocupa saber cómo funciona? ¡Toda su vida dominada por ello, y usted ni siquiera…!

—Ya le dije —me respondió Carvajal— que tengo muchas teorías. Tantas, de hecho, que se contrarrestan y anulan unas a otras. Lew, Lew, ¿cómo puede pensar que no me preocupa? He consagrado toda mi vida a intentar comprender en qué consiste mi don, mi poder, y puedo responder a cualquiera de sus preguntas con una docena de respuestas, cada una de ellas tan plausible como la anterior. La teoría de las dos líneas de tiempo, por ejemplo. ¿Se la he contado ya?

—No.

—Bien, entonces… —sacó fríamente una pluma y trazó dos firmes líneas paralelas en el mantel. Señaló los extremos de una línea X e Y y los de la otra X' e Y'—. La línea que va desde X a Y es el curso de la historia tal como lo conocemos. Comienza con la creación del universo en X y termina con el equilibrio termodinámico en Y, ¿correcto? Y éstas son algunas de las fechas significativas a lo largo del tiempo —con pequeños trazos nerviosos, fue cruzando las dos líneas, comenzando por el lado de la mesa más próximo a él y avanzando hacia mí—. Esta es la era del hombre de Neanderthal. Esta es la época de Jesucristo. Esto es mil novecientos treinta y nueve, el inicio de la Segunda Guerra Mundial. Dicho sea de pasada, también el comienzo de Martín Carvajal. ¿Cuándo nació usted? ¿Hacia mil novecientos setenta?

—En mil novecientos sesenta y seis.

—Mil novecientos sesenta y seis. Está bien. Y aquí está usted, en mil novecientos sesenta y seis. Y éste es el año en curso, mil novecientos noventa y nueve. Digamos que usted va a llegar a los noventa. Este es, pues, el año de su muerte, dos mil cincuenta y seis. Esto por lo que se refiere a la línea X–Y. Pasemos ahora a la otra, a la línea X'–Y', que representa también el transcurso de la historia en este universo, exactamente el mismo transcurso de la historia que en la otra línea. *Sólo que en sentido contrario*.

—¿Cómo?

—¿Por qué no? Supongamos que existen muchos universos, cada uno de ellos independientes de todos los demás, conteniendo su propio juego de soles y planetas y de acontecimientos que ocurren sólo para dicho universo. Una infinidad de universos, Lew. ¿Hay alguna razón lógica por la que el tiempo tenga que fluir en el mismo sentido en todos ellos?

—Entropía —musité—. Las leyes de la termodinámica. La flecha del tiempo. El principio de causa y efecto.

—No voy a refutar ninguna de esas teorías. Por lo que sé, son todas válidas dentro de un sistema cerrado —dijo Carvajal—. Pero un sistema cerrado no tiene responsabilidades entrópicas con respecto a

otro sistema cerrado, ¿no? El tiempo puede transcurrir desde A a Z en un universo y desde Z a A en otro, pero sólo un observador ajeno a ambos podrá darse cuenta de ello siempre que, dentro de cada universo, el flujo de las cosas vaya de causa a efecto y no en sentido contrario. ¿Reconoce que todo esto es perfectamente lógico?

Cerré mis ojos un instante, y dije:

—Está bien. Tenemos una infinidad de universos, separados todos ellos entre sí, y la dirección del flujo del tiempo en cualquiera de ellos puede parecer disparatada en relación con la de todos los demás. ¿Y qué?

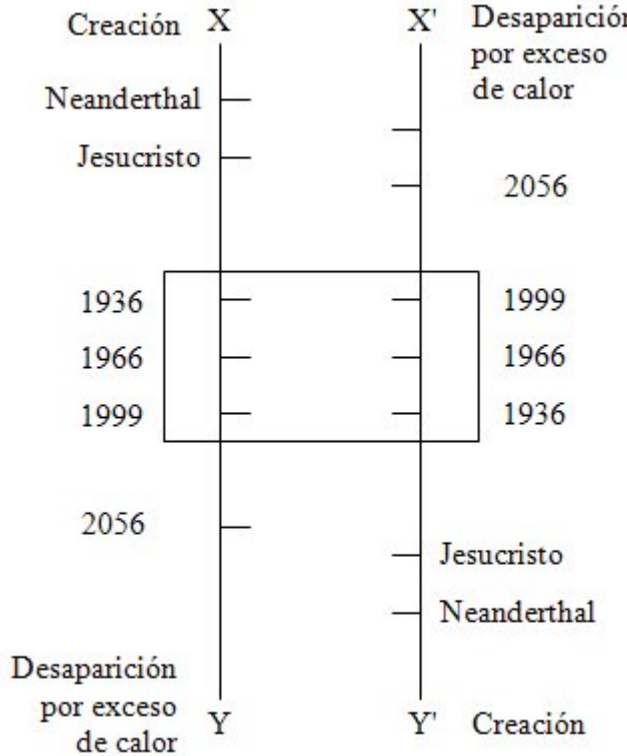
—En una infinidad de cualquier cosa se dan todos los casos posibles, ¿no?

—Sí. Por definición.

—Pero, entonces, estará también de acuerdo —continuó Carvajal — en que en esa infinidad de universos no conexionados entre sí puede haber uno idéntico al nuestro en todos los sentidos, salvo en la dirección o sentido de su flujo de tiempo en relación con el de aquí.

—No estoy seguro de comprenderle.

—Mire —dijo con impaciencia, señalando la línea trazada en el mantel que iba de X' a Y'—. Aquí tenemos otro universo, codo a codo con el nuestro. Todo lo que ocurra en él va a ocurrir también en el nuestro, hasta en los menores detalles. Pero en éste, la creación se encuentra en Y’ en lugar de en X, y la desaparición del universo por exceso de calor en X' en lugar de en Y. Y aquí abajo… —trazó una línea muy cerca del extremo de la mesa próximo a mí—…se encuentra la era del hombre de Neanderthal. Aquí la Crucifixión. Aquí mil novecientos treinta y nueve, mil novecientos sesenta y seis, mil novecientos noventa y nueve, dos mil cincuenta y seis. Los mismos acontecimientos, las mismas fechas clave, pero yendo de adelante hacia atrás. Es decir, que si vives en este universo y consigues atisbar al otro, te parecen ir de adelante hacia atrás. Allí, por supuesto, todo parece transcurrir en la dirección correcta —Carvajal prolongó los trazos correspondientes a 1939 y 1999 en la línea X–Y hasta que se encontraron en la línea X'–Y', y luego hizo lo mismo con los trazos correspondientes a 1999 y 1939 de la segunda línea. Después unió ambos juegos de trazos, formando así un dibujo como éste:



Un camarero que pasaba miró lo que estaba haciendo Carvajal con el mantel, y tras unas ligeras tosecitas se marchó sin decir nada, con las facciones rígidas. Carvajal no pareció darse ni cuenta. Continuó:

—Supongamos ahora que una persona nacida en el universo de X a Y puede, no se sabe por qué, atisbar de cuando en cuando en el universo X'–Yə. Ese soy yo. Aquí me tiene, yendo desde mil novecientos treinta y nueve a mil novecientos noventa y nueve en X-Y y echando de cuando en cuando un vistazo a X'–Y' y observando los acontecimientos de los años de mil novecientos treinta y nueve a mil novecientos noventa y nueve, que son exactamente idénticos a los de aquí, con la única diferencia de que fluyen en sentido contrario, de forma que en el momento de mi nacimiento toda mi vida en el tiempo X-Y ha transcurrido ya en X'–Y'. Cuando mi consciencia conecta con la de mi otro yo en ese otro universo, le encuentro recordando su pasado que, da la casualidad, es mi futuro.

—Perfecto.

—Sí. La persona normal y corriente confinada en un solo universo puede vagar por su memoria a voluntad, recorrer libremente su propio pasado. Pero yo tengo acceso a la memoria de alguien que vive en la dirección opuesta, lo que me permite «recordar» tanto el futuro como el pasado. Es decir, siempre que la teoría de las dos líneas de tiempo

sea correcta.

—¿Y lo es?

—¿Cómo voy a saberlo? —preguntó Carvajal—. Se trata sólo de una hipótesis operacional plausible para explicar qué ocurre cuando *veo*. Pero ¿cómo podría confirmarla?

Al cabo de un rato, dije:

—Las cosas que *ve*, ¿le llegan en un orden cronológico inverso? ¿Como si el futuro se desplegase en una cinta continua, o algo parecido?

—No. Nunca. Pero su memoria tampoco equivale a una cinta continua. Me llegan destellos inciertos, fragmentos de escenas, algunas veces pasajes prolongados que tienen una duración aparente de diez, quince minutos o más, pero siempre en una mezcla aleatoria, nunca como secuencia lineal, nunca como algo mínimamente consecutivo. Tuve que aprender yo mismo a encontrar las pautas, a recordar las distintas secuencias y a dotarlas de un orden probable. Era como aprender a leer la poesía babilónica descifrando sus inscripciones cuneiformes en ladrillos rotos y diseminados. Poco a poco fui encontrando claves que me guiasen en mis reconstrucciones del futuro; ésta será mi cara cuando cumpla los cuarenta, los cincuenta, los sesenta; éstas son las ropas que llevé entre mil novecientos sesenta y cinco y mil novecientos setenta y tres, éste el período en el que me dejé bigote, cuando tenía el pelo negro, ¡ah, sí!, todo un montón de pequeñas referencias, asociaciones y notas que, a la larga, llegaron a resultarme tan familiares que podía *ver* cualquier escena, incluso la más breve, y situarla en el tiempo acertando en las semanas e incluso en los días. Al principio no resultó fácil, pero he alcanzado ya algo así como una segunda naturaleza.

—Y, ¿está usted *viendo* justo ahora?

—No —respondió—. Se necesita tiempo para ponerse en situación. Es algo parecido a un trance —de repente, sus rasgos se ensombrecieron—. En sus momentos de mayor intensidad es como una especie de doble visión, en la que un mundo se superpone al otro, de forma que no puedo estar totalmente seguro de en qué mundo estoy viviendo y cuál es el que estoy *viendo*. Aun después de todos estos años, no he logrado ajustarme plenamente a esa desorientación, a esa confusión —puede que en ese momento temblara—. Normalmente no es tan intensa, lo cual agradezco enormemente.

—¿Podría mostrarme cómo es?

—¿Aquí? ¿Ahora?

—Si está usted dispuesto…

Me miró fijamente durante un buen rato. Se humedeció los labios, los apretó, frunció el ceño y se quedó pensativo. Luego, de repente, su expresión cambió, sus ojos se vidriaron y se quedaron fijos, como si

estuviese viendo una película desde la última fila de un cine de grandes dimensiones, o más bien como si se adentrara en un estado de profunda meditación. Sus pupilas se dilataron, y la dilatación se mantuvo inalterable a pesar de las fluctuaciones de la luz según la gente pasaba enfrente de nuestra mesa. Su rostro denotaba un gran esfuerzo y tensión. Su respiración se hizo lenta, ronca y regular. Permaneció sentado, absolutamente inmóvil; parecía totalmente ausente. Transcurrió quizá un minuto, que a mí me pareció un siglo. Luego su rigidez cedió como un bloque de hielo que se cuartea. Se relajó, sus hombros cayeron hacia adelante; el color volvió a sus mejillas en una rápida oleada; sus ojos se humedecieron y recuperaron su expresión habitual; con mano temblorosa, cogió su vaso de agua y se lo bebió de un trago. No decía nada, y yo no me atrevía a hablar.

Finalmente, Carvajal habló:

—¿Cuánto tiempo he estado ausente?

—Sólo unos instantes. Pareció mucho más largo de lo que duró realmente.

—Para mí una media hora. Como mínimo.

—¿Y qué ha *visto*?

Se encogió de hombros.

—Nada que no hubiese visto anteriormente. Se repiten las mismas escenas, ¿sabe?, cinco, diez, veinte veces. Lo mismo que ocurre con la memoria. Pero la memoria altera las cosas, mientras que las escenas que yo veo no varían nunca.

—¿No quiere hablarme de ello?

—No era nada —dijo, quitándole importancia—. Algo que va a ocurrir la primavera próxima. Estaba usted allí. Pero eso no es sorprendente, ¿no? En los meses próximos, usted y yo vamos a pasar mucho tiempo juntos.

—¿Y qué hacía yo?

—Miraba.

—Miraba, ¿el qué?

—Me miraba a mí —dijo Carvajal. Sonrió, y fue una sonrisa espectral, una sonrisa terriblemente sombría que equivalía a todas sus sonrisas de aquel primer día en el despacho de Lombroso. Le había abandonado toda aquella imprevista vivacidad de hacía veinte minutos. Deseé no haberle pedido la demostración; me sentí como si hubiese convencido a un moribundo para que bailase. Pero al cabo de un breve intervalo de embarazoso silencio, pareció recuperarse. Le dio una larga chupada a su puro, terminó su copa de jerez, y volvió a sentarse derecho.

—Así está mejor —dijo—. A veces puede resultar agotador. ¿Y si pedimos ya la carta?

—¿De veras se encuentra ya bien?

—Perfectamente.

—Siento haberle pedido…

—No se preocupe por eso —respondió—. No ha sido tan malo como debe haberle parecido a usted.

—¿Lo que *vio*, era algo aterrador?

—¿Aterrador? No, no. Ya se lo he dicho, no era nada que no hubiese visto ya *antes*. Se lo contaré un día de éstos —llamó al camarero—. Creo que ha llegado la hora de comer —dijo.

Mi carta carecía de precios o de cualquier otra señal indicativa. La lista de platos era increíble: salmón ahumado, langosta de Maine, solomillo asado, filetes de lenguado… Nada de esos funestos productos elaborados a base de soja y algas. Cualquier restaurante de Nueva York de primera categoría podía ofrecer un plato de pescado fresco y algún tipo de carne, pero encontrar en el mismo menú nueve o diez platos así representaba un testimonio abrumador del poder y la riqueza de los miembros del Merchants and Shippers Club y de las altas conexiones de su *chef*. No me hubiese sorprendido mucho más de haber encontrado en la carta filete de unicornio y chuleta de esfinge a la parrilla. Al no tener ni idea de lo que costaba cada cosa, pedí alegremente almejas y solomillo. Carvajal optó por el cóctel de gambas y el salmón. Rehusó el vino, pero me instó a pedir media botella para mí. La lista de vinos carecía igualmente de precios; elegí un Latour del noventa y uno, que debía valer como mínimo veinticinco pavos. No tenía sentido mostrarme ruin para favorecer a Carvajal. Era mi anfitrión y podía permitírselo.

Carvajal me observaba atentamente. Me resultaba más desconcertante que nunca. Estaba claro que quería algo de mí, y también que yo le servía de algo. Parecía estar casi cortejándome con su estilo distante, incoherente y secreto. Pero no proporcionaba la menor señal o indicación. Me sentí como alguien que juega al póquer con los ojos vendados contra un oponente que puede verle el juego. La demostración de su capacidad de visión que conseguí extraerle había interrumpido nuestra conversación de un modo tan doloroso que dudé sobre si volver o no al tema, y durante un buen rato hablamos amistosa y erráticamente de vinos, comida, la Bolsa, la economía nacional, la política y similares temas neutrales. Llegamos inevitablemente al tema de Paul Quinn, y entonces el aire pareció hacerse imperceptiblemente más cargado.

—Quinn parece estar haciéndolo bien, ¿no? —me dijo.

—Creo que sí.

—Debe ser el alcalde más popular de la ciudad desde hace muchas décadas. Tiene encanto, ¿no? Y una energía tremenda. Más de la debida en ocasiones, ¿no? Muchas veces parece demasiado impaciente, contrario a pasar por los canales políticos habituales para

hacer las cosas.

—Sí, supongo —dije—. Es algo impetuoso. Un defecto de juventud. Recuerde que no ha cumplido todavía los cuarenta.

—Debería ir más despacio. Hay momentos en los que su impaciencia le hace parecer prepotente. El alcalde Gottfried era también prepotente, y ya sabe lo que le pasó.

—Gottfried era un dictador de cabo a rabo. Intentó convertir Nueva York en un estado policial…, y —me detuve, espantado—. Un segundo, ¿está usted indicando que Quinn corre verdadero peligro de ser asesinado?

—No mucho. No más que cualquier otra figura política importante.

—¿Ha visto usted algo que…?

—No. Nada.

—Tengo que saberlo. Si posee usted cualquier tipo de dato en relación con un intento de asesinar al alcalde, no juegue con él. Quiero que me lo cuente.

Carvajal pareció divertido.

—No me ha comprendido usted. Quinn no corre ningún riesgo personal del que yo sea consciente, y si usted ha entendido lo contrario, es que me he expresado mal. Lo que quiero decir es que las tácticas de Gottfried le estaban ganando enemigos. De no haber caído asesinado podría haberse encontrado con problemas para salir reelegido. Quinn también se está ganando enemigos en los últimos tiempos. Al ir eclipsando y relegando cada vez más al resto del Ayuntamiento, está molestando a ciertos bloques de votantes.

—Sí, a los negros, pero…

—No sólo a los negros. Los judíos en particular empiezan a no estar muy contentos con él…

—No lo sabía. Las encuestas no…

—No, todavía no. Pero empezará a salir a la luz dentro de unos meses. Su postura en relación con la instrucción religiosa en las escuelas, por ejemplo, le ha perjudicado ya en las barriadas judías. Y sus comentarios sobre Israel en la inauguración del nuevo Banco de Kuwait en Lexington Avenue…

—¡Pero esa inauguración no va a tener lugar hasta dentro de tres semanas! —le indiqué. Carvajal se echó a reír.

—¿Ah, no? ¡Ya lo he mezclado todo otra vez! Pero yo he visto ya su discurso en la televisión, o eso creí; aunque quizá…

—Usted lo ha *visto ya.*

—Sin duda. Sin duda.

—¿Y qué va a decir sobre Israel?

—Sólo unas cuantas pullas ligeras. Pero los judíos de aquí son extremadamente sensibles a ese tipo de observaciones, y la reacción

no fue…, no va a ser buena. Ya sabe que los judíos de Nueva York desconfían por tradición de los políticos irlandeses. Especialmente de los alcaldes irlandeses; pero, antes de ser asesinados, ni los Kennedy les caían demasiado bien.

—Quinn no es más irlandés que usted español —dije.

—Para un judío, cualquiera que se llame Quinn es irlandés, y sus descendientes hasta la cincuentava generación lo serán también, y yo sí soy español. No les gusta la agresividad de Quinn. Pronto empezarán a pensar que no tiene ideas correctas sobre Israel. Y comenzarán a quejarse en voz alta.

—¿Cuándo?

—Hacia el otoño. El *New York Times* publicará un artículo en primera página sobre el malestar del electorado judío.

—No —dije—. Mandaré a Lombroso a la inauguración del Banco de Kuwait en lugar de Quinn. Eso protegerá a Quinn y servirá también para recordar a todo el mundo que tenemos un judío en el escalafón más elevado de la administración municipal.

—¡Oh, no! No puede hacer eso —dijo Carvajal.

—¿Por qué no?

—Porque es Quinn el que va a hablar allí. Ya le he *visto*.

—¿Y qué pasará si me las arreglo para que Quinn esté en Alaska toda esa semana?

—Por favor, Lew. Créame; es imposible que Quinn no esté el día de la inauguración en el edificio del Banco de Kuwait. Imposible.

—Y me imagino que es también imposible evitar que formule esas observaciones acerca de Israel, aunque se le advierta.

—Sí.

—No lo creo. Creo que no irá si, mañana mismo, me dirijo a él y le digo: «Hola, Paul, te advierto que los votantes judíos están empezando a impacientarse, así que mejor olvídate de lo del Banco de Kuwait». O, al menos, pondrá sordina a sus observaciones.

—Irá —dijo Carvajal tranquilamente.

—¿Haga lo que haga o diga lo que diga?

—Haga lo que haga o diga lo que diga, Lew.

Negué con la cabeza.

—El futuro no es tan inflexible como usted cree. Nosotros tenemos algo que decir sobre los acontecimientos por venir. Hablaré con Quinn sobre esa ceremonia.

—Por favor, no lo haga.

—¿Por qué no? —pregunté con brusquedad—. ¿Porque tiene usted necesidad de que el futuro sea como tiene que ser?

Este comentario pareció herirle. Amablemente, respondió:

—Porque sé que el futuro siempre es como tiene que ser. ¿Insiste en comprobarlo?

—Los intereses de Quinn son también los míos. Si le ha *visto* haciendo algo que va en contra de esos intereses, ¿cómo cree que me voy a quedar quieto y dejarle que siga adelante y lo haga?

—No hay otra posibilidad.

—Eso no lo sé todavía.

Carvajal suspiró.

—Si le plantea al alcalde el tema de la ceremonia del Banco de Kuwait —dijo gravemente—, habrá tenido acceso por última vez a las cosas que yo *veo*.

—¿Es una amenaza?

—La descripción de un hecho.

—Una descripción que tiende a que se cumpla su profecía. Usted sabe que necesito su ayuda, sella mis labios con su amenaza y, por supuesto, la ceremonia sale tal como usted la *vio*. Pero ¿de qué sirve contarme cosas si no puedo hacer nada al respecto? ¿Por qué no se arriesga a concederme libertad total? ¿Se siente tan inseguro de la fuerza de sus visiones que tiene que actuar así para garantizar que se van a cumplir?

—Muy bien —dijo Carvajal suavemente, sin malicia—. Tiene libertad total. Haga lo que mejor le parezca. Ya veremos qué ocurre.

—Y si le hablo a Quinn, ¿significará eso una ruptura entre usted y yo?

—Ya veremos qué ocurre —repitió.

Me tenía cogido. Una vez más me había ganado la mano; pues ¿cómo podía arriesgarme a perder el acceso a sus visiones, y cómo podía predecir cuál iba a ser su reacción a mi traición? Tendría que dejar que Quinn se ganase la enemistad de los judíos y confiar en poder reparar más tarde el daño hecho. Eso o encontrar alguna forma de esquivar la insistencia de Carvajal en el silencio. Quizá debía discutir el tema con Lombroso.

—¿Hasta qué punto se van a sentir decepcionados con él los votantes judíos? —dije.

—Lo suficiente como para hacerle perder un montón de votos. Se plantea la reelección en el dos mil uno, ¿no?

—Si no le eligen presidente el año que viene.

—No le elegirán —dijo Carvajal—. Los dos lo sabemos. Ni tan siquiera se presentará. Pero si aspira a la Casa Blanca para tres años después, tendrá que salir reelegido alcalde en el dos mil uno.

—Es evidente.

—En ese caso no debería enemistarse con los votantes judíos de Nueva York. Eso es todo cuanto puedo decirle.

Tomé mentalmente nota de que debía aconsejar a Quinn que comenzara a estrechar sus lazos con los judíos de la ciudad: visitar algunas tiendas de *Delikatessen kosher*, dejarse caer por unas cuantas

sinagogas el viernes por la noche…

—¿Está usted enfadado conmigo por lo que le dije hace un rato? —pregunté.

—Yo nunca me enfado —respondió Carvajal.

—Herido entonces. Pareció herido cuando le dije que necesitaba hacer que el futuro fuese como debe ser.

—Sí, supongo que sí. Porque eso demuestra que poco ha entendido acerca de mí, Lew. Como si creyese realmente que padezco una compulsión neurótica de que se cumplan mis propias visiones. Como si pensara que empleo un chantaje psicológico para impedirle que trastoque las pautas que yo señalo. No, Lew. No cabe trastocar esas pautas, y hasta que lo acepte no podrá existir la menor afinidad de pensamiento entre nosotros, no podremos compartir ninguna capacidad de visión. Sus palabras me entristecieron porque me revelaron hasta qué punto está todavía realmente lejos de mí. Pero no, no. No estoy enfadado con usted. ¿Está bueno el solomillo?

—Magnífico —contesté, y sonrió.

Terminamos la comida sin cruzar prácticamente más palabras, y nos marchamos sin esperar la cuenta. Supuse que el club se la cargaría. Debía ascender a más de ciento cincuenta dólares.

Ya fuera, en el momento de despedirnos, Carvajal dijo:

—Algún día, cuando vea por sí mismo, comprenderá por qué Quinn tiene que decir lo que sé que va a decir en la inauguración del Banco de Kuwait.

—¿Cuando *vea* yo por mí mismo?

—Lo hará.

—No poseo ese don.

—Todo el mundo lo posee —dijo—. Pero muy pocos saben cómo utilizarlo. —Me dio un rápido apretón en el antebrazo y desapareció entre la multitud de Wall Street.

20

No llamé de inmediato a Quinn, aunque estuve a punto de hacerlo. Tan pronto como Carvajal se perdió de vista, me encontré preguntándome por qué vacilaba. Los pronósticos de Carvajal sobre las cosas que iban a ocurrir demostraron ser exactos; me había dado una información relativa a la carrera de Quinn, y mi responsabilidad para con él anulaba todas las demás consideraciones. Además, el concepto que tenía Carvajal del futuro como algo inflexible e inmodificable seguía pareciéndome totalmente absurdo. Todo lo que no había ocurrido aún era susceptible de modificación; podía modificarlo, y lo haría en bien de Quinn.

Pero no le llamé.

Carvajal me había pedido, ordenado, amenazado, prevenido que no debía intervenir en este asunto. Si Quinn renunciaba a su compromiso con los kuwaitíes, Carvajal sabría el porqué, y eso podría representar el final de mi frágil y absorbente relación con aquel poderoso hombrecillo. Pero, aun en el caso de que yo interviniese, ¿podía Quinn zafarse de aquel compromiso? Según Carvajal, era imposible. Pero, por otro lado, quizá Carvajal estaba llevando un doble juego, y lo que realmente preveía era un futuro en el que Quinn no asistía a la inauguración del banco kuwaití. En ese caso, el guión o texto podía exigirme que fuese el agente que provocase el cambio, el que advirtiese a Quinn que no debía asistir a su cita, y Carvajal estaría contando conmigo justo para todo lo contrario de lo que decía, aunque, en cualquier caso, para que las cosas ocurrieran como debían ocurrir. No parecía muy plausible, pero debía contar con esa posibilidad. Me encontraba perdido y desorientado en medio de un laberinto de callejones sin salida. Mi sentido de estocasticidad no me servía de nada. Dejé de saber qué pensaba sobre el futuro e incluso sobre el presente, y el mismo pasado comenzó a parecerme incierto. Creo que aquella comida con Carvajal fue el inicio de mi proceso de pérdida de lo que anteriormente había considerado como cordura.

Medité durante un par de días. Luego me dirigí al despacho de Bob Lombroso y le planteé a él toda la cuestión.

—Tengo un problema de táctica política —dije.

—¿Y por qué recurres a mí en lugar de a Haig Mardikian? El es el estratega.

—Porque mi problema comprende el tener que ocultar una información confidencial acerca de Quinn. Sé algo que a Quinn le gustaría conocer, pero no estoy capacitado para contárselo. Mardikian es hasta tal punto un peón de Quinn que es probable que, con la promesa de mantener el secreto, me sonsaque la historia y luego vaya

a contársela a él directamente.

—Yo también soy un peón de Quinn —dijo Lombroso—. *Y tú también.*

—Sí —respondí—. Pero tú no lo eres hasta el punto de quebrantar la confianza de un amigo por servir a Quinn.

—¿Y crees que Haig sí?

—Podría.

—Haig se sentiría molesto si supiese que tienes esa opinión de él.

—Pero sé que no le vas a contar nada de esto —dije—. Estoy seguro de que no.

Lombroso no respondió nada, se limitó a permanecer de pie contra el esplendoroso fondo de su colección de tesoros medievales, hundiendo los dedos en su espesa barba negra, y estudiándome con mirada inquisitiva. Se produjo un prolongado y tenso silencio. Pero yo estaba seguro de haber hecho bien acudiendo a él en lugar de a Mardikian. De todo el equipo de Quinn, Lombroso era el miembro más razonable y digno de confianza, un tipo espléndidamente cuerdo, equilibrado e incorruptible, con una forma de pensar caracterizada por la independencia y el rigor. Pero si me equivocaba respecto a él, podía darme por perdido.

—¿Aceptas el trato? —dije finalmente—. ¿Mantendrás en secreto lo que te voy a contar?

—Depende.

—¿De qué?

—De si estoy o no de acuerdo contigo en que lo mejor es ocultar lo que deseas ocultar.

—¿Te lo cuento y tú decides?

—Sí.

—Pero no puedo hacer eso, Bob.

—Eso significa que tampoco confías en mí, ¿no?

Lo pensé durante un instante, y mi intuición me animó a contárselo todo, aunque la cautela me advirtió que había al menos una oportunidad de que pasara por encima de mí y le fuese con la historia a Quinn.

—Está bien —dije—. Te lo voy a contar. Espero que todo lo que diga quede entre tú y yo.

—Adelante —dijo Lombroso.

Respiré profundamente.

—Comí con Carvajal hace unos días. Me dijo que Quinn va a decir algunas impertinencias sobre Israel en su discurso de inauguración del Banco de Kuwait a comienzos del mes que viene, y que esas impertinencias van a ofender a un montón de votantes judíos de aquí, agravando la situación de enemistad de los judíos locales hacia Quinn, que yo no sabía que existiera, pero que Carvajal considera ya seria y

con posibilidades de empeorar.

Lombroso me miró asombrado.

—¿Te has vuelto loco, Lew?

—Puede ser. ¿Por qué?

—¿Crees de verdad que Carvajal puede ver el futuro?

—Juega a la Bolsa como si pudiese leer los periódicos del mes que viene, Bob. Nos advirtió que Leydecker iba a morir y que Socorro le sustituiría. También nos informó sobre Gilmartin. Y…

—Sí, lo de la congelación del petróleo. Tiene intuición, formula buenos vaticinios. Pero creo que ya hemos mantenido esta misma conversación por lo menos una vez.

—El no se limita a formular vaticinios como yo. El ve.

Lombroso me miró fijamente. Intentaba parecer paciente y tolerante, pero parecía preocupado y molesto. Por encima de todo, era un hombre de razón, y yo le estaba contando locuras.

—¿Crees que puede predecir el contenido de un discurso improvisado para el que todavía faltan tres semanas?

—Sí.

—¿Y cómo es posible algo así? Pensé en el diagrama que había trazado Carvajal sobre el mantel, en las dos corrientes del tiempo que fluían en direcciones contrarias. Pero no podía intentar convencer a Lombroso de todo aquello.

—No lo sé —dije—. No tengo la menor idea. Lo acepto por fe. Me ha dado tantas pruebas que estoy convencido de que puede hacerlo, Bob. Lombroso no pareció nada convencido.

—Es la primera vez que oigo que Quinn tenga problemas con los votantes judíos —dijo—. ¿Qué pruebas hay de ello? ¿Qué demuestran las encuestas?

—Nada. Todavía.

—¿Todavía? ¿Y cuándo empezará a notarse?

—Dentro de unos cuantos meses, Bob. Carvajal dice que el *New York Times* publicará este otoño un artículo sobre cómo Quinn pierde el apoyo judío.

—¿No crees que me enteraría antes que nadie si Quinn tuviese problemas con los judíos, Lew? Pero por lo que llega a mis oídos, es el alcalde más popular entre ellos desde tiempos de Beame, o puede que de LaGuardia.

—Eres millonario. Al igual que tus amigos —respondí—. Y moviéndote entre millonarios no puedes extraer una muestra representativa de cuál es la opinión popular. Ni tan siquiera eres representativo como judío, Bob. Tú mismo lo has dicho, eres un sefardita, eres latino, y los sefarditas constituyen una élite, una minoría dentro de una minoría, una pequeña casta aristocrática que tiene muy poco que ver con la señora Goldstein y el señor Rosenblum.

Quinn puede estar perdiendo el respaldo de cien Rosemblums por día y vuestro pequeño grupo de Spinozas y Cardozos no se enterará hasta que lo leáis en el *Times*. ¿O no tengo razón?

Encogiéndose de hombros, Lombroso dijo:

—Admito que hay cierta verdad en ello. Pero nos estamos saliendo del tema, ¿no? ¿Cuál es tu problema real, Lew?

—Deseo prevenir a Quinn de que no pronuncie ese discurso o, al menos, convencerle para que renuncie a las impertinencias. Pero Carvajal no me deja que le diga ni una palabra.

—¿Que no te *deja*?

—Dice que el discurso tiene que ocurrir tal como él lo ha percibido, e insiste en que permita que tenga lugar. Si hago cualquier cosa para impedir que Quinn actúe como lo exige el guión de ese día, Carvajal amenaza con romper sus relaciones conmigo. Con aspecto preocupado y sombrío, Lombroso caminó en lentos círculos por su despacho.

—No sé qué es más disparatado —dijo finalmente—, si creer que Carvajal puede ver el futuro o temer que romperá contigo si le transmites tu intuición a Quinn.

—No es una simple intuición. Es una auténtica visión.

—Eso es lo que tú dices.

—Bob, por encima de todo deseo que Paul Quinn llegue al cargo más alto de este país. No tengo derecho a ocultarle ningún dato, especialmente cuando he encontrado una fuente única como Carvajal.

—Carvajal puede ser simplemente un…

—¡Tengo una fe absoluta en él —dije, con una pasión que me sorprendió incluso a mí, pues, hasta aquel mismo momento, había mantenido algunas reticencias acerca del poder de Carvajal, y ahora estaba plenamente convencido de él—. ¡Por eso es por lo que no puedo arriesgarme a una ruptura con él!

—En ese caso, informa a Quinn sobre el discurso. Si Quinn no lo pronuncia, ¿cómo sabrá Carvajal que el responsable eres tú?

—Lo sabrá.

—Podemos declarar que Quinn está enfermo. Podemos incluso ingresarle en el Bellevue todo el día y someterle a un chequeo médico completo. Podemos…

—Lo sabrá.

—Podemos indicarle a Quinn que debería moderar cualquier observación que pueda interpretarse como antiisraelita.

—Carvajal sabrá que fui yo quien lo hizo —dijo.

—¿Te tiene realmente cogido, no?

—¿Qué puedo hacer, Bob? —supliqué—. Pienses lo que pienses ahora, Carvajal nos va a ser enormemente útil en el futuro. Si no quieres correr el riesgo de estropearlo todo con él…

—Bien, en ese caso no hagamos nada. Dejemos que el discurso ocurra como está previsto, si tanto te preocupa la posibilidad de ofender a Carvajal. Un par de impertinencias no van a causar un daño irreparable, ¿no?

—Serán muy negativas.

—No harán tanto daño. Tenemos dos años por delante antes de que Quinn tenga que presentarse de nuevo ante los electores. Si es necesario, en ese plazo de tiempo puede hacer cinco peregrinaciones a Tel-Aviv —Lombroso se acercó y puso su mano sobre mi hombro. A esa distancia, el impacto de su fuerte y vibrante personalidad resultaba abrumador. Con gran calor e intensidad, dijo—: ¿Te encuentras bien estos días, Lew?

—¿Qué quieres decir?

—Me tienes preocupado. Toda esa locura sobre la capacidad de ver el futuro. Y tanto follón por un discurso de nada. Puede que necesites descansar. Sé que en los últimos tiempos has estado sometido a una gran tensión, y…

—¿Tensión?

—Sundara —dijo—. No tenemos por qué fingir que no sé lo que está ocurriendo.

—No, no estoy muy contento con Sundara. Pero si crees que las actividades pseudorreligiosas de mi mujer han afectado a mi juicio, a mi equilibrio mental, a mi capacidad para funcionar como miembro del equipo del alcalde…

—Me limito a sugerir que estás muy cansado. Las personas cansadas encuentran muchos motivos de preocupación, no todos ellos reales, y el continuo preocuparse las cansa aún más. Rompe ese círculo vicioso, Lew. Lárgate a Canadá un par de semanas, por ejemplo. Un tiempo cazando y pescando y te sentirás como nuevo. Tengo un amigo que posee una finca cerca de Banff, mil agradables hectáreas repartidas entre las montañas, y…

—Gracias, pero estoy en mejor forma de lo que crees —respondí —. Siento haberte hecho perder el tiempo esta mañana.

—No me lo has hecho perder, Lew. Es muy importante que compartamos nuestros problemas. Según los datos que tengo, Carvajal *ve* el futuro. Pero es una idea difícil de aceptar para un hombre racional como yo.

—Supón que es verdad. ¿Qué aconsejarías?

—Suponiendo que fuera verdad, creo que lo mejor sería que no hicieses nada que pudiera molestar a Carvajal. Pero sólo suponiendo que lo sea. En ese caso nos interesaría exprimirle toda la información que tenga, y no deberías arriesgarte a una ruptura por las consecuencias de algo tan poco importante como este discurso.

Asentí con la cabeza.

—Yo también lo creo. Así pues, ¿no le dirás lo más mínimo a Quinn sobre lo que debería decir o no en esa inauguración bancaria?

—Por supuesto que no.

Comenzó a acompañarme hacia la puerta. Estaba temblando y sudando, y supongo que con los ojos fuera de las órbitas.

Tampoco me lo pude callar.

—¿Y no le dirás a la gente que me estoy derrumbando, Bob? Porque no es así. Puede que esté al borde de alcanzar un nuevo umbral de consciencia, pero no me estoy volviendo loco. De verdad que no me estoy volviendo loco —lo dije con tanta vehemencia, que me sonó poco convincente incluso a mí mismo.

—Creo que te vendrían bien unas breves vacaciones. Pero no. No voy a difundir ningún rumor de que estás a punto de que te pongan la camisa de fuerza.

—Gracias, Bob.

—Gracias por venir a verme.

—No podía recurrir a nadie más.

—Todo irá bien —me dijo suavemente—. No te preocupes por Quinn. Empezaré a averiguar si de verdad puede tener problemas con la señora Goldstein y el señor Rosenblum. Por tu parte, podrías encargarle una encuesta a tu departamento —me estrechó la mano—. Y descansa algo, Lew, descansa.

21

Y de este modo contribuí a que se cumpliera la profecía, a pesar de haber estado en mi mano la posibilidad de que no fuese así. ¿O no lo había estado? Había renunciado a poner a prueba el determinismo frío e inflexible de Carvajal. Como se decía en los juegos de mi niñez, me había dejado colar la pelota. Quinn pronunciaría su discurso de inauguración. Incluiría en él sus necias bromas acerca de Israel. La señora Goldstein refunfuñaría, el señor Rosenblum le maldeciría. El alcalde se ganaría enemigos innecesarios; el *New York Times* se encontraría con una sabrosa historia entre las manos; luego nosotros tendríamos que poner en marcha el proceso de reparación del daño político causado; una vez más, Carvajal demostraría haber tenido razón. Alguien puede señalar que hubiese resultado muy fácil intervenir. ¿Por qué no poner el sistema a prueba? ¿Por, qué no pensar que Carvajal era un *bluff*, verificar su afirmación de que, una vez atisbado, el futuro es tan inamovible como si estuviese grabado en pizarra? Pero yo no lo hice. Había tenido mi oportunidad, pero sentí miedo de aprovecharla, como si, de un modo secreto, supiese que, en caso de hacerlo, las estrellas se habrían salido de sus órbitas y chocado unas con otras. Así pues, me había rendido a la supuesta inevitabilidad sin apenas oponer resistencia. Pero ¿había cedido realmente con tanta facilidad? Había sido jamás verdaderamente libre para actuar? ¿No formaría quizá mi rendición parte del guión eterno e inamovible?

22

Todo el mundo posee el don, me había dicho Carvajal. *Pero pocos saben cómo utilizarlo.* Y se había referido a un tiempo en el que yo sería capaz de ver por mí mismo.

¿Se estaría planteando despertar en mí la capacidad de ver el futuro?

La idea me aterrorizó y fascinó al mismo tiempo. Poder ver el futuro, librarse de los zarándeos de lo fortuito y lo imprevisto, superar las vaporosas imprecisiones del método estocástico y alcanzar la certeza absoluta… ¡Sí, sí, sí, maravilloso, pero al mismo tiempo espeluznante! Traspasar el umbral de la oscura puerta, contemplar el transcurso del tiempo y las maravillas y los misterios todavía por venir…

> Un minero salía de su casa camino del trabajo.
> Cuando oyó gritar a su hija pequeña.
> Se dirigió al lado de su camita,
> Y ella le dijo: Papá, he tenido un sueño horrible.

Espeluznante, porque sabía que podía *ver* algo que habría preferido no ver, y que podría vencerme y destrozarme del mismo modo en el que, al parecer, Carvajal se había visto vencido y destrozado por el conocimiento de su muerte. Maravilloso porque *ver* equivalía a liberarse del caos de lo desconocido, significaba alcanzar por fin esa vida plenamente estructurada y determinada que había anhelado desde mi abandono del nihilismo adolescente para abrazar la filosofía de la causalidad.

> Por favor, papá, no vayas hoy a la mina,
> Pues los sueños se hacen muchas veces realidad.
> Papá, papaíto, no te marches,
> Pues no podría vivir jamás sin ti.

Pero si Carvajal podía realmente dotarme de la capacidad de visión, prometí que la utilizaría de manera diferente, no permitiendo que me convirtiese en un recluso marchito, no sometiéndome pasivamente a los derechos de algún guión invisible, no aceptando convertirme en una marioneta como había hecho Carvajal. No, yo emplearía el don de forma activa, lo utilizaría para conformar y dirigir el flujo de la Historia. Me aprovecharía de aquel conocimiento

especial para, en la medida de lo posible, guiar y alterar la pauta de los acontecimientos humanos.

> Soñé que las minas estaban todas envueltas en llamas,
> Y que todos los hombres luchaban por salvar la vida.
> Luego la escena cambió, y la boca de la mina.
> Estaba rodeada de novias y esposas.

Según Carvajal, lo que yo me proponía era imposible. Imposible para él, quizá; pero ¿me vería yo también atado de pies y manos por sus mismas limitaciones? Aun en el caso de que el futuro fuese fijo e inmutable, ¿no cabía utilizar el hecho de conocerlo por anticipado para amortiguar los golpes, para desviar las energías, para crear nuevas pautas de conducta del naufragio de las viejas? Estaba decidido a intentarlo. ¡Enséñame a *ver*, Carvajal, y déjame probar!

> Oh, papá, no trabajes hoy en la mina,
> pues los sueños se hacen muchas veces realidad.
> Papá, papaíto, no te marches,
> Pues no podría vivir jamás sin ti.

23

Sundara se esfumó hacia finales de junio, sin dejar ningún mensaje, y estuvo sin aparecer cinco días. No me puse en contacto con la policía. Cuando volvió, sin dar la menor explicación, no le pregunté dónde había estado. Otra vez en Bombay, en Tierra del Fuego, en Ciudad del Cabo o Bangkok, a mí me daba lo mismo. Me estaba convirtiendo en un buen marido del Tránsito. Quizá se había pasado los cinco días haciendo reverencias ante el altar de un templo del Tránsito de la ciudad, en caso de que haya en ellos altares, o quizá se había dedicado a recuperar el tiempo perdido en algún burdel del Bronx. Ni lo sabía ni deseaba preocuparme de ello. En aquellos momentos habíamos perdido ya todo contacto; era como si patináramos el uno junto al otro sobre una delgada capa de hielo, sin mirarnos nunca, sin intercambiar ni una sola palabra, limitándonos a deslizamos silenciosamente hacia algún destino desconocido y peligroso. Los procesos del Tránsito ocupaban todas sus energías día y noche, noche y día. Deseaba preguntarle qué sacaba de todo aquello, qué significaba para ella. Pero no lo hice. Una calurosa noche de julio volvió a casa de hacer lo que sólo Dios sabría, llevando nada más que un sari color turquesa pegado a su húmeda piel con una lascivia que, en la puritana Nueva Delhi, le habría costado una condena de diez años de cárcel por escándalo público. Se acercó a mí, puso los brazos sobre mis hombros, y suspiró mientras se apoyaba contra mí haciéndome sentir el calor de su cuerpo, que me hizo temblar; sus ojos buscaron los míos y había en las brillantes y negras pupilas una mirada de dolor, de pérdida y arrepentimiento, una terrible mirada de incontenible pena. Y como si pudiese leer sus pensamientos, pude oír claramente que decía: «Di una sola palabra, Lew, una sola palabra, y les dejo y todo volverá a ser como antes». Sé que eso es lo que me estaban diciendo sus ojos. Pero no pronuncié la palabra que esperaba de mí. ¿Por qué me quedé callado? Por qué sospeché que Sundara se limitaba a realizar otro estúpido ejercicio del Tránsito a costa mía, a jugar al «¿De verdad creías que iba en serio?» ¿O más bien porque en el fondo de mi ser no deseaba realmente apartarla del camino que había elegido?

24

Quinn me mandó llamar justo el día antes de la ceremonia en el edificio del Banco de Kuwait.

Cuando entré se encontraba de pie en medio de su despacho. Se trataba de una estancia gris, monótonamente funcional, en nada parecida al impresionante sanctasanctórum de Lombroso —muebles municipales de color oscuro, retratos de los anteriores alcaldes—. No obstante, aquel día la estancia tenía un fulgor especial. La luz del sol que entraba por la ventana de detrás de Quinn le bañaba en un deslumbrante nimbo dorado, y él parecía irradiar fuerza y decisión, era como si emitiese una luz más intensa que la que recibía. El año y medio que llevaba como alcalde de Nueva York había dejado en él su impronta: la red de finas arrugas que rodeaba sus ojos era más profunda que el día en que tomó posesión del cargo; los rubios cabellos habían perdido algo de su anterior brillo; sus corpulentos hombros parecían algo cargados, como si se encorvaran bajo un terrible peso. Durante casi todo aquel pesado y húmedo verano había aparecido cansado e irritable, y hubo momentos en los que representaba más años de los treinta y nueve que realmente tenía. Pero ahora todo aquello había desaparecido. Había recobrado su antiguo vigor. Su presencia parecía llenar la estancia.

Nada más entrar, me dijo:

—¿Recuerdas que hace aproximadamente un mes me dijiste que se estaban iniciando nuevas tendencias y que podrías darme pronto un pronóstico para el año que viene?

—Sí, claro. Pero…

—Espera. Existen nuevos factores, pero tú no tienes todavía acceso a todos ellos. Quiero contártelos para que puedas incluirlos en tu síntesis, Lew.

—¿Qué tipo de factores?

—Mis planes para presentarme como candidato a la presidencia.

Tras una larga y embarazosa pausa, conseguí decir:

—¿Te refieres a presentarte el año que viene?

—El año que viene no tengo la menor oportunidad —replicó plácidamente—. ¿No estás de acuerdo?

—Sí, pero…

—Nada de peros. La candidatura para el 2000 es la de Kane y Socorro. Para darme cuenta de eso no necesito recurrir a tus habilidades. Tienen ya suficientes delegados en el bolsillo como para salir nominados en la primera votación. Luego, en noviembre del año que viene, se presentarán contra Mortonson y saldrán derrotados. Creo que, se presente quien se presente, Mortonson va a ganar las

elecciones por un margen tan amplio como el de Nixon en 1972.

—Eso creo yo también.

—Me refiero por tanto al 2004 —aclaró Quinn—. Mortonson no podrá presentarse a la reelección y los republicanos no tienen ninguna figura de su misma talla. El que consiga la nominación del Nuevo Partido Demócrata se hará con la presidencia, ¿no?

—Correcto, Paul.

—Kane no tendrá una segunda oportunidad. Nunca la tienen los que han salido derrotados por un margen amplio. ¿Y quién hay más? ¿Keats? Para entonces tendrá más de sesenta años. ¿Powell? No es un tipo que dure, para entonces habrá caído en el olvido. ¿Randolph? No puedo verle nada más que como aspirante a la vicepresidencia en la candidatura de alguien.

—Socorro estará todavía en candelera —señalé.

—Sí, Socorro. Si juega bien sus cartas durante la campaña del año que viene, quedará en buen lugar por dura que sea la derrota de la candidatura Kane-Socorro. Como ocurrió con Muskie en 1968 y con Shriver en 1972. Lew, he pensado mucho en Socorro durante todo este verano. Le he visto avanzar como un cohete desde que se murió Leydecker. Es precisamente por eso por lo que he decidido dejarme de posturas tímidas y empezar a intentar ya que me nominen. Tengo que adelantarme a Socorro. Porque, si obtiene la nominación para el 2004, ganará, y si gana, permanecerá en la presidencia durante dos mandatos, con lo cual yo me quedaría en la cuneta hasta el 2012 —me lanzó una de aquellas famosas miradas suyas, que me traspasó hasta hacerme temblar—. En el 2012 tendré cincuenta y un años, Lew. No quiero tener que esperar tanto. Si tiene que pasarse doce años esperando su oportunidad, un candidato en potencia se desgasta mucho. ¿No crees?

—Creo que tu previsión es totalmente correcta —repliqué.

Quinn asintió con la cabeza.

—*Okey*. Estos son los plazos que Haig y yo hemos estado elaborando durante los dos últimos días. Nos pasamos lo que queda de 1999 y la primera mitad del año que viene limitándonos a poner la infraestructura. Pronuncio unos cuantos discursos por todo el país, conozco mejor a los grandes líderes del partido, me hago amigo de un montón de pececillos que, para el 2004, se habrán convertido en grandes peces dentro del partido. El año que viene, cuando Kane y Socorro hayan sido nominados, realizo una campaña nacional en su apoyo, poniendo un especial énfasis en el Nordeste. Hago todo cuanto esté en mi mano para que el Estado de Nueva York les vote. ¡Qué demonios, supongo que van a ganar en seis o siete de los grandes estados industriales y, en ese caso, que ganen también en el mío si, a cambio de eso, aparezco como un dinámico líder del partido;

Mortonson los va a hacer añicos en todo el Sur y en las zonas campesinas. En el 2001 paso a un segundo plano y me concentro en la reelección para alcalde, pero, una vez que la haya conseguido, reanudo mis giras de discursos por todo el país y, tras las elecciones para el Congreso del 2002, anuncio mi candidatura. Esto me proporciona todo el 2003 y el 2004 para ir asegurándome delegados, y para cuando se celebren las primarias tendré asegurada la nominación. ¿Correcto?

—Me gusta, Paul. Me gusta mucho.

—Bien. Tú vas a ser mi hombre-clave. Quiero que te concentres todo el tiempo en averiguar cuáles van a ser las pautas futuras de la política nacional, de forma que puedas trazar planes dentro de la estructura general que te acabo de esbozar. Olvídate de los temas locales, de la ciudad de Nueva York. Mardikian puede ocuparse de mi campaña para la reelección sin demasiada ayuda. Tú te ocupas de lo importante, me dices qué creen que quieren los de Nebraska, Ohio y Hawai, lo que es probable que quieran dentro de cuatro años. Lew, tú vas a ser el hombre que me lleve a la presidencia.

—Seguro que sí —respondí.

—Tú vas a ser los ojos que escruten el futuro por mí.

—Cuenta conmigo.

Nos estrechamos la mano.

—¡Hacia el 2004! —gritó.

—¡Washington, espéranos, que ya vamos! —respondí, también gritando.

Fue un momento algo estúpido, pero también emocionante. Me veía ya en la vanguardia de la marcha hacia la Casa Blanca, en primera línea, llevando la bandera y batiendo el tambor. Me sentí tan embargado por la emoción, que casi comencé a informar a Quinn de que debía renunciar a la ceremonia del Banco de Kuwait. Pero entonces me pareció ver por un momento el triste rostro de Carvajal flotando entre las motas de polvo que bailaban en el haz de luz que entraba por la ventana del despacho, y me contuve. No dije, pues, ni una palabra, y Quinn asistió a la ceremonia y metió la pata hasta el corvejón con un par de gruesos chistes acerca de la situación política en el Próximo Oriente. («Me he enterado de que, la semana pasada, el rey Abdullah y el premier Eleazar estaban jugando al póquer en el casino de Eilat, y que el rey se apostó tres camellos y un pozo de petróleo, mientras que el premier le subió la apuesta en cinco cerdos y un submarino, con lo que el rey…» Oh, no, es demasiado imbécil como para repetirlo.) Naturalmente, las palabras de Quinn fueron repetidas por todas las cadenas de televisión aquella misma noche, y al día siguiente el Ayuntamiento se vio inundado por una avalancha de iracundos telegramas. Mardikian me telefoneó para contarme que

alrededor del edificio había piquetes del B'nai B'rith, del United Jewish Appeal, de la Liga de Defensa Judía, y que toda la Casa de David estaba que echaba humo. Me dirigí allí, deslizándome discretamente entre la multitud de ofendidos hebreos, y deseando pedir perdón a todo el cosmos por haber permitido con mi silencio que ocurriera todo aquello. Lombroso se encontraba allí con el alcalde. Nuestras miradas se cruzaron. Sentí una cierta sensación de triunfo —¿acaso no había predicho Carvajal el incidente a la perfección?—, pero al mismo tiempo avergonzado y atemorizado. Lombroso me hizo un rápido guiño, que podía significar una docena de cosas distintas, pero que yo interpreté como señal de ánimo y perdón.

Quinn no parecía perturbado. Golpeó con el pie la gigantesca caja llena de telegramas y dijo con voz oblicua:

—De esta forma comenzamos nuestra caza del votante norteamericano. No es un comienzo muy brillante, ¿no es así, muchacho?

—No te preocupes —le respondí con un fervor en la voz propio de un *boy-scout*—. Es la última vez que va a ocurrir una cosa como ésta.

25

Telefoneé a Carvajal.

—Tengo que hablar con usted —le dije. Nos encontramos en el Hudson Promenade, cerca de la Calle Diez. El tiempo era ominoso, nublado, húmedo y caluroso; el cielo tenía un amenazante tono amarillo-verdoso, con tormentosas nubes ribeteadas de negro que se acumulaban sobre New Jersey, y una abrumadora sensación de apocalipsis inmediata lo impregnaba todo. Rayos de fiero sol, más gris-azulados que amarillos, se abrían paso entre el filtro de las lóbregas nubes apiladas como una manta arrugada en medio del cielo. Era un tiempo absurdo, como de ópera, como un telón exagerado y ruidoso para nuestra conversación.

Los ojos de Carvajal tenían un brillo antinatural. Parecía más alto, más joven, mientras caminaba a saltitos por el paseo apoyándose más en las puntas que en los talones de los pies. ¿Por qué parecía encontrarse cada vez mejor en cada uno de nuestros encuentros?

—¿Y bien? —me preguntó.

—Quiero ser capaz de *ver*.

—Hágalo, pues. Yo no se lo impido, ¿no?

—Hable en serio —le supliqué.

—Siempre lo hago. ¿En qué puedo ayudarle?

—Enséñeme a ver.

—¿Acaso le he dicho en alguna ocasión que es algo que se puede enseñar?

—Usted dijo que todo el mundo posee el don, pero que muy pocos saben cómo utilizarlo. Está bien. Enséñeme a utilizarlo.

—Quizá se pueda aprender a utilizarlo —dijo Carvajal—, pero no es algo que se pueda enseñar.

—¿Por favor?

—¿Por qué lo desea tanto?

—Quinn me necesita —le dije abyectamente—. Deseo ayudarle a llegar a la presidencia.

—¿Y?

—Quiero ayudarle. Necesito *ver*.

—¡Pero usted puede pronosticar muy bien las tendencias, Lew!

—No es suficiente. No es suficiente.

La tormenta estalló sobre Hoboken. Un viento húmedo y frío, procedente del Oeste, empujó las abigarradas nubes. El escenario de la Naturaleza se estaba haciendo grotesco, casi cómicamente, excesivo.

—Supongamos que le pido que me entregue el control total de su propia vida —dijo Carvajal—. Supongamos que le pido que me deje tomar todas las decisiones por usted, conformar todos sus actos a mis

directrices, que deje su existencia absolutamente en mis manos; y que le digo que, si lo hace, habrá una oportunidad de que aprenda a *ver*. Pero sólo una oportunidad. ¿Qué contestaría usted?

—Diría que se trata de una propuesta a tomar en consideración.

—El ver puede no ser tan maravilloso como cree, ¿sabe? Ahora mismo lo considera como la llave mágica que le abrirá todas las puertas. Pero ¿qué ocurrirá si demuestra no ser nada más que una carga y un obstáculo? ¿Y si se trata de una maldición?

—No creo que lo sea.

—¿Y cómo lo sabe?

Me encogí de hombros.

—Correré el riesgo. ¿Ha sido una maldición para usted?

Carvajal se detuvo y me miró, y sus ojos buscaron los míos. Este era el momento más adecuado para que los relámpagos cruzasen el cielo, para que sonaran horrísonos truenos a todo lo largo del Hudson, y para que una lluvia tempestuosa azotara el paseo. Pero no ocurrió nada de eso. Absurdamente, las nubes que había directamente encima de nosotros se abrieron y una suave y dulce luz amarillenta se derramó sobre nuestros rostros contraídos y tensos. ¡Qué hábil director de escena puede llegar a ser la naturaleza!

—Sí —respondió Carvajal tranquilamente—. Una maldición. Si ha sido algo es eso, una maldición, una maldición.

—No le creo.

—¿Y qué me importa?

—Aun en el caso de que hubiese sido una maldición para usted, no tiene por qué serlo para mí.

—Muy valiente, Lew. O muy necio.

—Las dos cosas a la vez. No obstante, quiero ser capaz de ver.

—¿Está dispuesto a convertirse en mi discípulo?

—¡Qué palabra tan extraña y chirriante! Y eso, ¿qué significa? —pregunté.

—Ya se lo he dicho. Se tiene usted que entregar a mí sobre la base de no hacer preguntas y de que no le garantizo los resultados.

—¿Y cómo me ayudará eso a ver?

—No haga preguntas —respondió—. Simplemente, entréguese a mí, Lew.

—De acuerdo.

Estallaron los relámpagos. Los cielos se abrieron y, con increíble furia, se abatió sobre nosotros un descomunal chaparrón.

26

Un día y medio después.

—Lo peor de todo —dijo Carvajal— es *ver* tu propia muerte. Entonces es cuando te abandona la vida, no en el momento de la muerte real, sino cuando tienes que *verlo*.

—¿Es ésa la maldición de la que me habló?

—Sí. Esa es la maldición. Eso es lo que me mató, Lew, mucho antes de que llegase mi hora. La primera vez que lo ví tenía casi treinta años. Desde entonces lo he *visto* en muchas ocasiones. Conozco la fecha, la hora, el lugar y las circunstancias; he pasado por ese trance una y otra vez: el comienzo, el medio, el final, la oscuridad, el silencio. Y una vez que lo *ví*, la vida se convirtió para mí en una estúpida representación de marionetas.

—¿Y qué fue lo peor de todo? —pregunté—. ¿Saber el cuándo, saber cómo?

—Saberlo —respondió.

—¿Que se va a morir?

—Sí.

—No lo comprendo. Quiero decir que sí, que debe ser molesto verse a uno morir, ver uno su propio fin como en una película, pero en eso no hay nada esencialmente sorpresivo, ¿no? Quiero decir que la muerte es inevitable y que todos lo sabemos desde nuestra más tierna infancia.

—¿Usted cree?

—Claro que si.

—¿Usted cree que se va a morir, Lew?

Parpadeé un par de veces.

—Naturalmente.

—¿Está absolutamente convencido de ello?

—No le entiendo. ¿Quiere dar a entender que me hago la ilusión de ser inmortal?

Carvajal sonrió serenamente.

—Todo el mundo se la hace, Lew. Cuando es uno niño y se le muere un pez de color, o un perro, y se dice a sí mismo: «Bien, los peces de colores no viven siempre, los perros no viven siempre», está esquivando su primera experiencia, su primer contacto con la muerte. Es algo que no le concierne a él. El chico de la casa de al lado se cae de la bicicleta y se fractura el cráneo. Bien, se dice, ocurren accidentes, pero eso no *prueba* nada; alguna gente es más descuidada que otra, y yo pertenezco al grupo de los cuidadosos. Se le muere su abuela. Era vieja y llevaba muchos años enferma, se dice a sí mismo, tenía exceso de grasas, creció en una generación en la que la medicina

preventiva era todavía muy primitiva, no sabía cómo cuidar su propio cuerpo. Pero eso no me ocurrirá a mí, a mí no.

—Mis padres han muerto. También se me murió mi hermana. Tuve una tortuga que se murió. En mi vida la muerte no es algo tan remoto e irreal. No, Carvajal, creo en la muerte. Acepto el hecho de la muerte. Sé que voy a morir.

—No. No de verdad.

—¿En qué se basa?

—Conozco a las personas. Sé cómo era yo antes de verme a mí mismo morir, y en qué me convertí después. No muchos han tenido esa experiencia, ni han visto cambiar sus propias vidas como yo. Quizá soy el único que haya habido jamás. Escúcheme, Lew. Diga lo que diga, nadie cree de forma real y plena que se va a morir. Usted puede aceptarlo aquí arriba, en la cabeza, pero nunca al nivel celular, nunca hasta llegar al nivel del metabolismo y la mitosis. Su corazón no ha dejado de latir ni un solo instante durante treinta años, y sabe que nunca ocurrirá. Su cuerpo continúa alegremente como una factoría de tres turnos fabricando de manera continua corpúsculos, linfa, semen, saliva, y, por lo que alcanza a conocer, seguirá así siempre. Y su mente se percibe a sí misma como el centro de una gran obra teatral cuya estrella no es otra que Lew Nichols, mientras que el universo no es nada más que una gigantesca colección de apoyos o puntales; todo lo que ocurre gira alrededor suyo, ocurre en relación a usted, usted es el pivote y el punto de apoyo de la palanca. Si va a una boda, el título de la escena no es *Dick y Judy se casan,* sino *Lew va a la boda de alguien*; si un político sale elegido, no es *Paul Quinn alcanza la presidencia,* sino *Lew ve cómo Paul Quinn alcanza la presidencia*; si una estrella estalla, el titular no será *Betelgeuse pasa al estado Nova*, sino *El Universo de Lew pierde una estrella*; y así con todo, lo mismo para todo el mundo, todo el mundo es el héroe del gran drama de la existencia, Dick y Judy, cada uno en un papel estelar dentro de sus propias cabezas; Paul Quinn, y puede que incluso Betelgeuse, y cada uno de nosotros, sabe que, si muere, el universo entero se apagará como una luz cuando se oprime el conmutador, que eso no es posible y que, por tanto, no va a morir nunca. Cada uno piensa que es la excepción a la regla. Que lo que hace que todo siga en marcha es la continuación de su propia existencia. Y uno se da cuenta, Lew, de que todos los demás van a morir, seguro, pero son sólo actores secundarios, los que salen sosteniendo las lanzas; el texto exige que todos ellos desaparezcan, pero no uno mismo. ¡Oh no, uno mismo jamás! ¿No es así en realidad, Lew; no es así en lo más profundo de su alma, en esos niveles misteriosos a los que accede sólo de cuando en cuando?

No tuve más remedio que esbozar una sonrisa.

—Puede que sí, que después de todo sea así. Pero…

—Lo es. Es igual para todo el mundo. También lo fue para mí. Bien, la gente se muere, Lew. Algunos a los veinte y otros a los ciento veinte, pero su muerte constituye *siempre* una sorpresa. Se encuentran allí viendo cómo se abre ante ellos la inmensa negrura, y según van cayendo en el agujero, se dicen: ¡Dios mío, después de todo estaba equivocado, después de todo me va a ocurrir a mí también, incluso *a mí*! ¡Qué golpe representa, qué golpe tan terrible para el ego, descubrir que uno no es la excepción que creía! Pues, hasta que llegue el momento, resulta sumamente reconfortante aferrarse a la idea de que a lo mejor se escapa uno; de que, de una forma u otra, escapará a su destino. Todo el mundo tiene esa migaja de esperanza a la que aferrarse, Lew. Todo el mundo menos yo.

—¿El *verle* parece así de terrible?

—Me destruyó. Me arrebató esa gran ilusión, Lew, esa secreta esperanza de inmortalidad que nos hace seguir adelante. Por supuesto, yo tuve que hacerlo durante treinta años o más, porque pude ver que no iba a ocurrir hasta mi vejez. Pero ese conocimiento puso como una muralla alrededor de mi vida, una frontera, un sello inquebrantable. Apenas había dejado de ser un muchacho y me encontraba ya con el resumen de lo que me aguardaba, con el plazo de tiempo y la sentencia final. A diferencia de lo que los demás creen, yo no podía apoyarme en la idea de gozar de la eternidad. Lo único con que contaba era con treinta extraños años más que seguir viviendo. El saber eso de uno mismo limita mucho tu vida, Lew. Limita tus opciones.

—No me resulta fácil comprender por qué tiene que provocar ese efecto.

—Ya lo comprenderás.

—Puede que no ocurra así en mi caso cuando llegue el momento.

—¡Ah! —exclamó Carvajal—. ¡Todos creemos ser la excepción!

27

La siguiente vez que nos vimos me contó cómo iba a ocurrir su muerte. Le quedaba menos de un año de vida, afirmó. Su muerte acaecería en la primavera, en algún momento comprendido entre el 10 de abril y el 25 de mayo; aunque manifestó conocer la fecha exacta, incluyendo el momento del día, se mostró reacio a concretar más.

—¿Por qué ocultármelo a mí? —le pregunté.

—Porque no quiere verme abrumado por sus tensiones y presentimientos privados —me respondió Carvajal tajantemente—. No quiero que ese día aparezca sabiendo que ha llegado el momento y en un estado de confusión emocional impropia.

—¿Voy a estar presente? —le pregunté atónito.

—Seguro.

—¿Y me puede decir dónde va a ocurrir?

—En mi apartamento —dijo—. Usted y yo estaremos discutiendo qué hacer en relación con un problema que le preocupará en esos momentos. Sonará el timbre de la puerta. Yo iré a abrir e irrumpirá en la casa un hombre de pelo rojo y armado, quien…

—Un momento. En cierta ocasión me dijo que en aquel barrio nadie le había molestado nunca y que nadie lo haría.

—Nadie *que viva allí* —respondió Carvajal—, pero este individuo será un extraño. Alguien le habrá dado mi dirección por error, tendrá anotado un número erróneo de apartamento, e irá allí esperando recoger un paquete de drogas, algo que utilizan los drogadictos. Cuando le diga que no tengo drogas, se negará a creerme; pensará que se trata de algún tipo de doble juego, y comenzará a ponerse violento, a esgrimir la pistola, a amenazarme.

—¿Y qué voy a hacer yo mientras todo esto ocurre?

—Mirará.

—¿Miraré? ¿Me limitaré a estarme quieto, de brazos cruzados, como un espectador?

—Se limitará a observar —dijo Carvajal—, como un espectador —su voz adoptó un tono duro, como si estuviese transmitiéndome una orden—. *Usted no hará nada durante toda esta escena. Se mantendrá al margen, a un lado, como un simple espectador*.

—Podría golpearle con una lámpara. Intentar quitarle la pistola.

—No lo hará.

—Está bien —dije—. ¿Y qué ocurre luego?

—Alguien llama a la puerta. Es uno de mis vecinos, que ha oído el ruido y se siente preocupado por mí. El pistolero se asusta. Cree que se trata de la policía, o puede que de una banda rival. Dispara tres veces,

luego rompe una ventana y desaparece por la escalera de incendios. Las balas me dan en el pecho, el brazo y en un lado de la cabeza. Duro más o menos un minuto. No hay últimas palabras. Usted resulta totalmente indemne.

—¿Y luego?

Carvajal se rió.

—¿Luego? ¿Luego? ¿Cómo voy a saberlo? Ya se lo he dicho, *veo* como a través de un periscopio, el periscopio alcanza hasta ese momento, pero nada más. Para mí la percepción termina entonces. ¡Con qué tranquilidad lo decía!

—¿Es eso lo que *vio* el día que comimos juntos en el Merchants and Shippers Club? —dije.

—Sí.

—¿Estaba usted allí, viendo cómo le mataban a tiros, y un momento después pudo pedir tranquilamente la carta?

—La escena no era nueva para mí.

—¿Cuántas veces la ha visto? —pregunté.

—Ni idea. Veinte, cincuenta, puede que cien veces. Es como un sueño que se repite.

—Una pesadilla que se repite.

—Uno se acostumbra a ello. Tras la primera media docena de veces o así deja de afectar mucho emocionalmente.

—¿Y para usted no es nada más que algo así como una película, como una vieja película de James Cagney que ponen en el último programa de televisión?

—Sí, algo sí —dijo Carvajal—. La escena en sí se convierte en algo trivial, aburrido, sin interés, previsible. Aunque los detalles han perdido su importancia, lo que permanece, lo que no pierde nunca su impacto sobre mí, son las implicaciones.

—Se limita a aceptarlo. Cuando llegue el momento no intentará darle al tipo con la puerta en las narices. No me permitirá que me esconda detrás de la puerta y que le deje inconsciente de un golpe. No le pedirá a la policía que le ponga una guardia especial ese día.

—Por supuesto que no. ¿De qué serviría nada de eso?

—Como experimento…

Apretó los labios. Pareció molesto por mi tozuda insistencia en un tema que le resultaba absurdo.

—Lo que *veo* es lo que va a ocurrir. El momento de los experimentos fue hace cincuenta años, y fracasaron. No, no intervendremos, Lew. Interpretaremos nuestros papeles obedientemente, tanto usted como yo. Sabe que así lo haremos.

28

Según mi nuevo régimen de vida, hablaba con Carvajal todos los días, algunas veces en varias ocasiones, normalmente por teléfono, y le transmitía las últimas informaciones políticas internas, las estrategias a seguir, los nuevos procesos, nuestras conversaciones con líderes políticos de fuera de la ciudad, las proyecciones de datos, todo lo que pudiese parecer pertinente, aunque fuese de refilón, para lograr que Paul Quinn llegase a la Casa Blanca. La razón de meter toda esta información en la mente de Carvajal era el efecto de periscopio: no podía *ver* nada que, de una forma u otra, no afectase a su consciencia, y si no podía verlo, ¿cómo iba a poder transmitírmelo luego a mí?

Lo que estaba haciendo, pues, era telefonearme mensajes a mí mismo, mensajes procedentes del futuro y retransmitidos a través de Carvajal. Por supuesto, las cosas que yo le contaba ahora carecían de valor para este fin, ya que mi yo-presente las conocía ya; pero lo que le diría dentro de un mes podría resultar valioso para mí hoy, y como la información debía entrar en el sistema en un momento u otro, comencé aquí la labor de insumo o «input», alimentando a Carvajal ahora con datos que había visto hacía ya meses o incluso años. A lo largo del año de vida que le quedaba, Carvajal habría de convenirse en un depósito único de acontecimientos políticos futuros. (De hecho lo era ya, pero yo debía continuar asegurándome de que recibía la información que ambos sabíamos iba a recibir. En todo esto se encierran numerosas paradojas, pero prefiero no examinarlas demasiado a fondo.)

Y, día a día, Carvajal me iba proporcionando datos, fundamentalmente de cosas relacionadas con la conformación a largo plazo de los destinos de Quinn. Luego yo se los pasaba a Haig Mardikian, aunque algunos de ellos correspondían al campo de George Missakian, los medios de comunicación de masas; y algunos, que tenían que ver con temas financieros, iban a parar a Lombroso. Unos cuantos eran transmitidos a Quinn por mí personalmente. Las notas que tomaba después de mis conversaciones con Carvajal en una semana normal y corriente incluían apartados como los siguientes:

Invitar a comer al Comisario de Desarrollo Comunitario, Spreckels. Sugerir la posibilidad de un puesto de juez.

Asistir a la boda del hijo del senador Wilkon, de Massachusetts.

Decirle a Cond Ed, confidencialmente, que no hay esperanzas de aprobación de la planta de fusión propuesta en Flatbush.

Denunciar al hermano del gobernador ante las autoridades de Triboro. Difundir por adelantado el tema del nepotismo, incluyendo algunos chistes al respecto en la rueda de prensa.

Visitar al «speaker» de la Asamblea, Feinberg, durante la Convención de Nueva York-Massachusetts-Conneticut, y mostrarse amistoso con él.

Redactar artículos de toma de posición sobre: bibliotecas, drogas, traslados de población de un estado a otro.

Recorrer la zona histórica con el nuevo cónsul general israelí. Incluir en el grupo a Leibman, Berkowitz, la señora Weisbard, el rabino Dubin, y también a los señores O'Neill.

Algunas veces comprendía por qué mi yo-futuro recomendaba a Quinn que actuase de determinada manera, mientras que otras veces me sentía totalmente desconcertado. (¿Por qué, por ejemplo, decirle que vetase una inocua propuesta del Ayuntamiento de reabrir una zona prohibida para el aparcamiento al sur de Canal Street? ¿En qué le podía servir eso para alcanzar la presidencia?) Carvajal no me ofrecía ayuda alguna para descifrarlo. Se limitaba a pasarme las visiones que obtenía de mi yo de dentro de ocho o nueve meses. Como estaría muerto antes de que ninguno de estos hechos pudiese manifestar sus últimas implicaciones, no tenía la menor idea de cuáles podrían ser sus repercusiones, y no le importaban en lo más mínimo. Me lo transmitía todo indicándome suavemente o-lo-tomas-o-lo-dejas. No intentes razonar el porqué. Ajústate al guión, Lew; ajústate al guión.

Y yo me ajustaba al guión.

Mis ambiciones políticas ocultas estaban comenzando a adquirir el carácter de una misión divina: utilizando el don de Carvajal y el carisma de Quinn, podría transformar el mundo en un lugar mejor, de un carácter vagamente ideal. Sentí en mí los vibrantes hilos del poder. Mientras que antes había visto la llegada de Quinn a la presidencia como una meta valiosa por sí misma, ahora mis planes para un mundo guiado por la capacidad de ver el futuro me convirtieron en prácticamente un soñador utópico. Ya no pensaba en términos de manipulación, de reordenamiento de las motivaciones, de maquinaciones políticas, a menos que estuviesen al servicio del objetivo de orden superior por el que creía estar trabajando.

Día tras día hacía llegar mis notas a Quinn y a sus hombres. Mardikian y el alcalde daban por sentado que el material que ponía a su disposición era el resultado de mis propios análisis y proyecciones, el producto del trabajo de mis encuestadores, mis ordenadores electrónicos y mi sagaz cerebro. Como mi curriculum de intuiciones estocásticas había sido excelente durante un montón de años, hacían lo que yo les decía. Sin dudas ni preguntas. De cuando en cuando, Quinn se reía, y decía: «Muchacho, para mí esto no tiene ni pies ni cabeza»; pero le respondía: «Ya lo tendrá, ya lo tendrá», y entonces seguía mis recomendaciones. Lombroso, sin embargo, debía darse

cuenta de que muchas de estas informaciones procedían de Carvajal. Pero no me dijo nunca ni una sola palabra, ni tampoco, creo, a Quinn o a Mardikian.

De Carvajal recibí también instrucciones de carácter más personal.

—Es hora de que se corte el pelo —me dijo a comienzos de septiembre.

—¿Quiere decir que me lo deje corto?

—Al cero.

—¿Me está diciendo que debo afeitarme la cabeza?

—Sí, exactamente.

—No —respondí—. Si hay una moda estúpida que detesto es precisamente…

—No importa. A partir de este mes usted empezó a llevar el pelo así. Hágalo mañana mismo, Lew.

—No me haría nunca un corte de pelo así —le objeté—. No se ajusta en absoluto a…

—Lo hizo —respondió Carvajal sin más—. ¿Cómo puede oponerse a ello?

¿Qué sentido tenía discutir? Me había *visto* con la cabeza rapada; debía ir por tanto y hacer que me la afeitaran. No haga preguntas, me había dicho en el momento de subir a bordo, limítese a ajustarse al guión.

Me puse en manos del peluquero. Salí como un Erich von Stroheim en grande, sólo que sin monóculo ni cuello duro.

—¡Tienes un aspecto maravilloso! —gritó Sundara al verme—. ¡Qué delicia!

Pasó suavemente las manos por mi rapado cráneo. Era la primera vez en dos o tres semanas que se había producido una cierta comunicación entre nosotros. Evidentemente, el dejarme rapar de aquel modo encajaba a la perfección en las enloquecidas teorías del Tránsito. Para ella representaba un indicio de que todavía había posibilidades de «recuperarme».

Recibí también otras órdenes.

—Pase un fin de semana en Caracas —me dijo Carvajal—. Alquile un bote de pesca. Capturará un pez espada.

—¿Por qué?

—Hágalo —dijo implacable.

—No veo qué sentido tiene que vaya a…

—Por favor, Lew. Se está poniendo usted en plan difícil.

—¿No quiere por lo menos explicármelo?

—No hay explicación. Tiene que ir a Caracas.

Era absurdo. Pero me fui a Caracas. Bebí demasiados «margaritas» con algunos abogados de Nueva York que no sabían que era la mano

derecha de Quinn, y que se dedicaron a atacarle y a hablar una y otra vez de los buenos tiempos anteriores, cuando Gottfried mantenía a la gentuza a raya. Fascinado, alquilé un bote de pesca y capturé de hecho un pez espada, estando a punto de partirme ambas muñecas en el intento. Con enormes trabajos, conseguí izar a bordo aquel maldito animal. Comenzó a ocurrírseme que quizá Carvajal y Sundara se habían aliado para volverme loco, o puede que para empujarme en los brazos del más próximo ministro del Credo del Tránsito. (¿No eran ambas cosas lo mismo?) Pero era imposible. Era mucho más probable que Carvajal se estuviese limitando a darme un curso acelerado sobre cómo ajustarse o seguir el guión: «Acepta cualquier dictado que te llegue desde el mañana, no hagas nunca preguntas».

Y acepté los dictados.

Me dejé barba. Me compré ropas extravagantes. Me enrollé en Times Square con una hosca dieciseisañera con tetas de vaca, la llené de ron en uno de los locales de Hyatt Regency, alquilé en él una habitación por dos horas y forniqué de mala manera con ella. Me pasé tres días en el Columbia Medical Center como cobaya voluntario para investigaciones de sonopuntura, y salí de allí con los huesos machacados. Me dirigí a la oficina de apuestas de mi barrio y aposté mil pavos al 666, perdiendo, pues el número ganador aquel día fue el 667. Me quejé amargamente de ello a Carvajal: «No me podía haber dicho por lo menos el número correcto?» Sonrió enigmáticamente y me respondió que me había dicho el número *correcto*. Supongo que *tenía que perder*. Al parecer, todo aquello formaba parte de mi preparación, o entrenamiento. Masoquismo existencial, el enfoque Zen al juego. Muy bien. No haga nunca preguntas. Una semana después me dijo que apostara otros mil pavos al 333, y gané una fortuna nada desdeñable. Aquello tenía, pues, sus compensaciones.

Ajústate al guión, chaval. No hagas preguntas.

Me ponía aquellas ropas disparatadas. Me hacía afeitar el cráneo con regularidad. Soporté los picores de mi incipiente barba y, al cabo de un tiempo, dejó de molestarme. Envié al alcalde a un montón de almuerzos y cenas con un fantástico conjunto de políticos que habrían de convertirse en muy influyentes… ¡Que Dios me ayude!, pensé, y me dediqué a ajustarme al guión.

A principios de octubre, Carvajal me dijo:

—Y ahora, solicite el divorcio.

29

El divorcio, dijo Carvajal un terso y brillante miércoles de octubre; un día en el que, arrastradas por un duro viento del Oeste, caían las primeras amarillentas hojas de arce. Y ahora solicite el divorcio, disponga el final de su matrimonio. El miércoles 6 de octubre de 1999, justo ochenta y seis días antes de que acabara el siglo, a menos que fuese uno un purista e insistiera, armado de lógica, pero no de justicia emocional, que el nuevo siglo no comenzaría en realidad hasta el 1 de enero del 2001. En cualquier caso, quedaban ochenta y seis días hasta el cambio de cifra. *Cuando cambie la cifra*, había dicho Quinn en su más famoso discurso, *borremos la pizarra y comencemos desde cero*, *recordando pero no repitiendo los errores del pasado*. ¿Había sido mi matrimonio con Sundara uno de los errores del pasado? Y ahora solicita el divorcio, me había dicho Carvajal; y, más que dictarme una orden imperiosa, me informaba de manera impersonal de cómo iban a ocurrir las cosas todavía por venir. Así es cómo el inflexible e inesquivable futuro devora indefectiblemente al presente. A Orville y Wilbur Wright les llegó el momento de Kitty Hawk; a John F. Kennedy el de Lee Harvey Oswald; a Lew y Sundara Nichols les llegaba ahora el momento del divorcio, asomando su punta, como un iceberg, sobre el océano de los meses por venir; pero ¿por qué, por qué, para qué, con qué fin? ¿*Por qué*[6], *pourquoi*, *warum*? Todavía la amaba.

Sin embargo, nuestro matrimonio había ido evidentemente agravándose durante todo el verano, y la eutanasia constituía ya una prescripción razonable. Había desaparecido ya todo lo que nos uniera antes, se había derrumbado ruinosamente; ella estaba engolfada en los ritmos y rituales del Tránsito, totalmente entregada a sus «sagrados» disparates, y yo sumido en mis sueños de un poder visionario. Aunque compartíamos un apartamento y una cama, no compartíamos nada más. Lo que mantenía aún en marcha nuestra relación era el más flojo de todos los combustibles, la pálida gasolina de la nostalgia, eso y el débil impulso que puede proporcionar la pasión recordada.

Creo que, en aquel último verano, hicimos el amor tres veces. ¡*Hicimos el amor*! Absurdo eufemismo de joder, un eufemismo casi tan lamentable como el más grotesco de todos, *dormir juntos*. Lo que Sundara y yo hicimos en aquellos tres furtivos contactos carnales no podía llamarse amor; hicimos sudor, sábanas arrugadas, una respiración jadeante, incluso orgasmos; pero ¿amor? ¿Amor? El amor estaba allí, embotellado, contenido dentro de mí, y quizá incluso dentro de ella también, elaborado desde hacía mucho tiempo y depositado en una recóndita bodega como el vino del *premier cru*;

como un valioso tesoro que se oculta a los demás; y cuando nuestros cuerpos se encontraron en la oscuridad de aquellas tres viscosas noches estivales, no estábamos haciendo el amor, sino agotando las existencias de un depósito cada vez más exhausto, viviendo de las rentas.

¡Tres veces en tres meses! No hacía muchos meses, y en el plazo de cinco días, conseguimos alcanzar puntuaciones mejores, pero eso había sido antes de que, inesperadamente, se hubiese interpuesto entre nosotros aquella barrera de vidrio. La culpa era probablemente mía; ahora no la buscaba ya nunca, y ella, obedeciendo quizá algún mandamiento del Tránsito, se sentía feliz no buscándome a mí. Su cuerpo grácil y voluptuoso no había perdido nada de su belleza a mis ojos, ni tampoco me sentía ponzoñosamente celoso de algún otro amante, pues ni tan siquiera el episodio de la licencia para ejercer la prostitución había repercutido para nada en mi deseo de ella; para nada, en absoluto. Lo que pudiera hacer con otros, incluso eso, se reducía siempre a nada en el momento en que la tenía entre mis brazos. Pero aquellos días me parecía que el contacto sexual entre Sundara y yo era irrelevante, inadecuado, un intercambio obsoleto hecho con una moneda devaluada. Ahora no teníamos nada que ofrecernos el uno al otro, salvo nuestros cuerpos; y, habiéndose erosionado todos los demás niveles de contacto entre nosotros, el de cuerpo con cuerpo se había convertido en menos que insignificante.

La última vez que hicimos el amor, dormimos juntos, realizamos el acto; en una palabra, jodimos. Fue seis días antes de que Carvajal dictara su sentencia de muerte a nuestro matrimonio. Entonces no supe que se trataba de la última vez, aunque supongo que, de haber sido la mitad de profeta de lo que la gente creía, debería haberlo sabido. Pero ¿cómo podía haber detectado los matices apocalípticos, la sensación de representación a punto de acabar? No hubo ni siquiera relámpagos que cruzasen los cielos. El jueves, 13 de septiembre, fue un día templado y suave, justo en la transición entre el verano y el otoño. Aquella noche habíamos salido con viejos amigos, el grupo de tres de los Caldecott, Tim, Beth y Corinne. Cena en el Bubble, y luego un *show* al aire libre. Tim y yo habíamos pertenecido hacía tiempo al mismo club de tenis, y en cierta ocasión ganamos un torneo de dobles mixtos, lo que representó un lazo lo suficientemente fuerte como para mantenernos en contacto ya para siempre; tenía las piernas muy largas y buen carácter, era enormemente rico y del todo apocalíptico, lo que hacía que su compañía me resultase especialmente agradable en aquellos días de abrumadoras responsabilidades municipales. Nada de especulaciones o elucubraciones acerca de los antojos del electorado, nada de sugerencias encubiertas que hubiese que hacer llegar luego a Quinn, nada de análisis de las tendencias del momento, sino

simplemente diversión y bromas. Bebimos mucho, nos pasamos algo con la droga y pusimos en práctica un juguetón coqueteo que, durante algún tiempo, pareció a punto de conducirme a la cama con dos cualquiera del trío Caldecott, probablemente Tim y la rubia Corinne, mientras que Sundara se quedaría con el tercer miembro del grupo. Pero según fue avanzando la velada, detecté potentes señales que emanaban hacia mí desde Sundara. ¡Sorpresa! ¿Habría fumado tanto que se había olvidado de que era sólo su marido? ¿Estaría iniciando uno de aquellos imprevisibles procesos del Tránsito? ¿O habría pasado tanto tiempo desde nuestro último polvo que le parecía una tentadora novedad? No lo sé, no lo sabré nunca. Pero el calor de sus repentinas miradas encendió una especie de luz entre nosotros que se hizo rápidamente incandescente; gozosamente, y con delicadeza, nos disculpamos ante los Caldecott, quienes están dotados de una sensibilidad tan naturalmente aristocrática que no se lo tomaron a mal, y no dieron en absoluto a entender que se sentían rechazados; logramos despedirnos airosamente, hablando de volver a vernos pronto otra vez, y Sundara y yo nos marchamos a casa. Todavía ilusionados, todavía incandescentes.

No ocurrió nada que rompiese aquel mágico estado de ánimo. Nos despojamos de las ropas, nuestros cuerpos se aproximaron. Aquella noche no venían a cuento los elaborados rituales previos del *Kama-Sutra;* ella estaba caliente y yo también; como animales, nos lanzamos el uno contra el otro. Cuando la penetré, soltó un extraño y tembloroso suspiro, un sonido ronco que pareció tocar varias notas a la luz, un sonido como el de uno de esos instrumentos medievales indios que parecen estar afinados sólo para tocar en claves menores y producen tristes salmodias en vibrantes tonos modales. Quizá ella sabía ya que aquél iba a ser el último encuentro entre nuestros cuerpos. Me moví contra ella con la seguridad de que no podía hacer nada equivocado; si en alguna ocasión me limité a ajustarme al guión, fue en aquélla, sin premeditación, sin cálculo, sin separación entre mi yo y los hechos, era como un punto que se desplazase sobre el continuum tiempo-espacio, figura y fondo fundidos e indiferenciables, perfectamente a tono con las vibraciones del instante. Estaba echado sobre ella, estrechándola entre mis brazos, en la clásica posición occidental que, con nuestro amplio repertorio de variaciones orientales, rara vez adoptábamos. Sentía mi espalda y mis caderas tan fuertes como acero toledano y tan flexibles como el más polimerizado de los plásticos, y me columpiaba de arriba a abajo, de arriba a abajo, de arriba a abajo, con movimientos fáciles y confiados, elevándola hasta niveles cada vez más altos de sensación; y, no de pasada, elevándome yo mismo hasta ellos. Para mí fue un polvo perfecto, nacido del cansancio, de la desesperación, la intoxicación y la

confusión, una cópula derivada de ese estado de ánimo de «ya-no-me-queda-nada-que-perder». No había ninguna razón por la que no hubiese podido continuar hasta el alba. Sundara se aferraba estrechamente a mí, respondiendo a la perfección a todos mis movimientos. Tenía las rodillas levantadas hasta casi la altura de los pechos, y según deslizaba mis manos sobre el terciopelo de su piel, encontraba, una y otra vez, el frío metal del emblema del Tránsito abrazando su muslo; no se lo quitaba ya nunca, *nunca*, pero ni tan siquiera eso dañó la perfección del acto. No obstante, no se trató por supuesto de un acto de amor, sino más bien de un acontecimiento simplemente atlético, de dos discóbolos que se movían en tándem siguiendo los rituales prescritos y ordenados de antemano de su especialidad. ¿Qué tenía que ver el amor con todo aquello? En mí quedaba todavía amor por ella, sí, un amor desesperado, de los de temblar, morder y arañar, pero no había ya forma de expresarlo ni dentro ni fuera del lecho.

Recogimos, pues, nuestras medallas de oro olímpicas en salto y trampolín, en levantamiento de peso y en patinaje artístico, en salto de pértiga y 400 metros valla, y, mediante movimientos y suspiros cada vez más potentes, nos pegamos el uno al otro cada vez más estrechamente hasta llegar al momento definitivo. Lo alcanzamos finalmente y, durante un intervalo de tiempo casi interminable, nos disolvimos en la fuente de la creación; luego el intervalo terminó y nos separamos el uno del otro, sudorosos, pegajosos y exhaustos.

—¿Te importaría acercarme un vaso de agua? —preguntó Sundara pasados unos minutos.

Y así fue como terminó.

Y ahora solicita el divorcio, me dijo Carvajal seis días después.

30

El trato fue: entrégate a mí, sin preguntas, sin garantías. Hasta ahora no había hecho preguntas, pero en esta ocasión no me quedaba más remedio que preguntar. Carvajal me estaba empujando a una decisión que no podía adoptar sin algún tipo de explicación.

—Me prometió no hacer preguntas —dijo sombriamente.

—A pesar de ello, o me da alguna clave o rompo el trato.

—¿Va en serio?

—Totalmente.

Intentó anularme con la mirada. Pero, por alguna razón, aquellos ojos vacíos suyos, en algunas ocasiones irresistibles, no me intimidaron en ésta. Mi capacidad de intuición me decía que debía seguir adelante, presionarle, exigirle conocer la estructura de los acontecimientos en que me estaba adentrando. Carvajal se resistió. Se retorció, sudó y me dijo que con ese inadecuado estallido de inseguridad estaba haciendo retroceder mi proceso de formación en semanas, o incluso meses. Tenga fe, me instó, ajústese al guión, haga lo que se le dice y todo saldrá bien.

—No —respondí—. La quiero, e incluso hoy en día el divorcio no es cosa de broma. No puedo hacerlo por capricho.

—Su proceso de formación…

—Al infierno con él. ¿Por qué debo separarme de mi esposa, simplemente porque no nos hemos llevado muy bien durante los últimos tiempos? Romper con Sundara no es como cambiar de estilo de corte de pelo, ¿sabe?

—Por supuesto que sí.

—¿Cómo?

—A la larga todos los acontecimientos se reducen a lo mismo —respondió.

Solté un bufido.

—No diga tonterías. Actos distintos tienen consecuencias distintas, Carvajal. El que yo me deje el pelo largo o corto no repercute gran cosa sobre lo que me rodea. Pero los matrimonios dan a veces origen a niños, los niños son constelaciones genéticas únicas, y los niños a los que, si así lo decidiéramos, daríamos origen Sundara y yo serian distintos de los que podríamos tener con otras parejas, y las diferencias… ¡Dios! Si rompemos yo puedo casarme con alguna otra y convertirme en el tatarabuelo del próximo Napoleón, mientras que si sigo a su lado… Bien, ¿cómo puede afirmar que, a la larga, todos los acontecimientos se reducen a lo mismo?

—Es muy lento en comprender —dijo Carvajal con tristeza.

—¿Qué?

—Yo no me refería a consecuencias, sino simplemente a acontecimientos. Lew, todos los acontecimientos son iguales *en sus probabilidades*, lo que quiere decir que es totalmente probable que se produzca cualquier acontecimiento que se va a producir.

—¡Eso es tautología!

—Sí. Pero tanto usted como yo nos ocupamos de temas tautológicos. Le digo que le *veo* divorciándose de Sundara, exactamente igual que le ví cortándose el pelo de esa forma, y, por tanto, ambos acontecimientos tienen las mismas probabilidades.

Cerré los ojos. Me quedé inmóvil durante un buen rato.

—Explíqueme *por qué* me divorcio de ella —dije finalmente—. ¿No hay ninguna esperanza de salvar nuestra relación? No nos peleamos. No tenemos desacuerdos graves en lo referente al dinero. Pensamos de forma parecida con respecto a casi todo. Sí, hemos perdido contacto el uno con el otro, pero eso es todo. Estamos simplemente deslizándonos hacia esferas distintas. ¿No cree que si ambos hiciéramos un esfuerzo sincero podríamos volver a sentirnos unidos?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué no intentarlo en lugar de…?

—Usted tendría que hacerse fiel del Tránsito —respondió.

Me encogí de hombros.

—Creo que, si no tuviese más remedio, podría soportarlo. Si la otra alternativa fuese la de perder a Sundara…

—No podría. Es algo extraño a usted, Lew. Se opone a todo aquello en lo que cree y a todo por lo que ha venido trabajando.

—Pero para conservar a Sundara…

—Ya la ha perdido.

—Sólo en el futuro. Sigue siendo mi mujer.

—Lo que se ha perdido en el futuro está perdido ya.

—Me niego a…

—¡No tiene más remedio! —gritó—. Es todo uno, Lew, ¡es todo uno! ¿Ha llegado conmigo hasta aquí y todavía no se da cuenta?

Lo vi. Conocía todos los argumentos que él estaba a punto de esgrimir y creía en todos ellos, y mi fe no era algo que viniera desde fuera, sino algo intrínseco, algo que había crecido, y extendiéndose dentro de mí durante todos aquellos meses. Y, sin embargo, me resistía. Y, sin embargo, seguía buscando escapatorias. Seguía buscando un clavo ardiendo al que agarrarme, aun en el momento de mi caída.

—Termine de contármelo —dije—. ¿Por qué es necesario e inevitable que deje a Sundara?

—Porque el destino de ella está en el Tránsito, mientras que el suyo está lo más alejado posible de dicha fe. Ellos propenden a la falta

de certeza, usted a la certeza. Ellos intentan minar, destruir; usted construir. Se trata de un abismo filosófico básico que se hará cada vez más ancho y profundo y que no se puede salvar. Por tanto, ustedes dos tienen que separarse.

—¿Cuándo?

—Se quedará solo antes de que finalice el año —me dijo—. Le he visto varias veces en su nueva casa.

—¿No vivirá una mujer conmigo?

—No.

—El celibato no me va nada. Apenas lo he practicado.

—Tendrá mujeres, Lew; pero vivirá solo.

—¿Y Sundara se queda con el apartamento?

—¿Con las pinturas, las esculturas, el…?

—No lo sé —respondió Carvajal, con aspecto de aburrirse—. En realidad no he prestado la menor atención a detalles como ése. Ya sabe que no me interesan.

Me dejó marchar. Caminé unas tres millas en dirección a la parte alta de la ciudad, sin ver nada, sin oír nada, sin pensar en nada. Era como si flotase en el vacío, como si fuese un miembro de la nada total. En la esquina de no-sé-qué-calle, con sólo-Dios-sabe-qué-avenida, encontré una cabina telefónica, deposité una moneda en la ranura y marqué el número del despacho de Haig Mardikian; luego conseguí abrirme camino entre la férrea protección de varios recepcionistas, hasta que el propio Mardikian se puso al aparato.

—Me voy a divorciar —le dije, y, durante un buen rato, escuché el silencioso rugido de su sorpresa que zumbaba a través de la línea telefónica como las olas del mar durante una tormenta—. No me preocupa el lado financiero de la cuestión —añadí al cabo de un rato —. Sólo quiero una ruptura limpia. Dime el nombre de algún abogado en el que confíes, Haig. Alguien que lo haga rápido y sin herirla.

31

Cuando sueño despierto me imagino un tiempo en el que seré verdaderamente capaz de *ver*. Mi visión rompe la lóbrega cortina invisible que rodea todo, y penetro en el reino de la luz. He estado dormido, he estado prisionero, he estado ciego, y ahora, ahora que la transformación se ha iniciado, es como si despertase finalmente. Mis cadenas se han esfumado; mis ojos se han abierto. A mi alrededor se mueven inciertas figuras en sombras, ciegas y dando traspiés, con los rostros grises de asombro e incertidumbre. Esas figuras sois vosotros. Y bailo entre vosotros y alrededor vuestro, con los ojos luminosos y el cuerpo encendido por la alegría de una nueva percepción. Ha sido como vivir bajo el mar, oprimido por una terrible presión y alejado de la deslumbradora luminosidad por esa membrana, flexible, pero impenetrable, que constituye la superficie entre mar y cielo; y ahora la he roto, he llegado a un lugar donde todo brilla y reluce, donde todo está rodeado por un radiante halo, resplandeciente en oros, violetas y escarlatas. Sí, sí. Finalmente, *veo*.

¿Qué es lo que *veo*?

Veo la suave y tranquila Tierra, escenario de nuestros dramas. *Veo* las sudorosas luchas de los ciegos y sordos, golpeados según van avanzando hacia un destino incomprensible. *Veo* los años desplegándose como las largas y tersas hojas de los helechos de primavera, con las puntas de un verde intenso, alejándose de mí hacia el infinito. En deslumbrantes *flashes* de iluminación intermitente, *veo* las décadas transformándose en siglos y los siglos en eones y épocas. *Veo* el lento desfile de las estaciones, la sístole y diástole del invierno y el verano, de la primavera y el otoño, el ritmo delicadamente sobrepuesto del calor y el frío, de la sequía y las lluvias, del sol y la niebla y la oscuridad.

No hay límites a mi visión. Aquí están los laberintos de las ciudades del mañana, levantándose, decayendo y volviéndose a levantar. Nueva York con su crecimiento lunático, rascacielos sobre rascacielos, los viejos cimientos transformándose en los cascotes sobre los que se levantan los nuevos, capa sobre capa como las mezcladas estratificaciones de la Troya de Schliemann. Por retorcidas calles circulan extraños, vestidos con ropas desconocidas y hablando una jerga ininteligible para mí. Hay máquinas que caminan sobre piernas articuladas. Por encima de mi cabeza revolotean pájaros mecánicos, gorjeando como puertas mal engrasadas. Todo está en continuo flujo y reflujo. ¡Mira, el océano se retira, y resbalosas bestias de color marrón yacen sobre el desnudo lecho marítimo, encalladas e intentando fatigosamente respirar! ¡Mira, el océano retorna, rozando con sus olas

las antiguas autopistas que rodeaban la ciudad! ¡Mira, el cielo está verde! ¡Mira, la lluvia es negra! ¡Mira, aquí hay cambio, transformación, aquí están los antojos o caprichos del tiempo! ¡Y yo lo veo todo!

Estos son los eternos movimientos de las galaxias, sombríos e inescrutables. Estos son los equinoccios precedentes, éstas son las arenas movedizas. El sol calienta mucho. Las palabras se han convertido en afiladas como agujas. Capto rápidas visiones de grandes entidades que surgen, florecen, decaen y mueren. Estos son los límites del imperio de los sapos. Este muro señala el lugar donde comienza la república de los insectos de largas patas. El propio ser humano cambia. Su cuerpo se transforma numerosas veces, se hace tosco, luego puro y refinado, luego más tosco que nunca; desarrolla extraños órganos que tiemblan como tentáculos salidos de las protuberancias de su encallecida piel; carece de ojos, es inconsútil desde los labios a la nuca, tiene muchos ojos, está cubierto de ojos, ha dejado de ser varón y hembra y funciona como una especie de sexo intermedio; es delgado, grueso, líquido, metálico; salta por los espacios siderales, se amontona en húmedas cavernas, inunda el planeta con legiones de su propia especie; por decisión propia, se reduce luego a unas pocas docenas, agita el puño amenazante contra un henchido cielo rojo, canta terroríficas canciones en un zumbido nasal, concede su amor a monstruos, declara abolida la muerte, descansa al sol como una gigantesca ballena en el mar, se convierte en una horda de afanosos trabajadores, como zumbantes abejas, levanta su tienda en las arenas de desiertos deslumbrantes como diamantes, se ríe con el sonido de tambores, yace junto a dragones, escribe poemas de hierba, construye naves de aire, se transforma en un dios, se transforma en un demonio, lo es todo, no es nada. Los continentes se deslizan pesadamente, como hipopótamos que bailasen una regia polca. La luna se hunde en los cielos, mirando por encima de su propia frente como una dolorosa ampolla blanca, y se hace añicos con un maravilloso sonido de vidrio, con un ¡*ping*!, que reverbera durante años y años. El mismo sol se aleja en sus amarras, pues en el universo todo está en constante movimiento y los caminos son infinitamente variados. Le veo alejarse poco a poco en la oscuridad de la noche, y espero que retorne, pero no lo hace, y una capa de hielo se desliza sobre la negra piel del planeta, y los que viven en esa era se convierten en seres de la noche, amantes del frío, autosuficientes. Y sobre el hielo aparecen bestias de dificultosa respiración que arrojan niebla por las fauces; y de debajo del hielo surgen flores de cristal azulado y amarillo; y en el cielo resplandece una nueva luz que no sé de dónde procede.

¿Qué es lo que *veo,* qué es lo que *veo*?

Estos son los nuevos líderes de la humanidad, los nuevos reyes y

emperadores, con sus cetros en la mano y atizando el fuego desde las cumbres de las montañas. Estos son los dioses todavía inimaginables. Estos son los hechiceros y los brujos. Y éstos los cantantes, estos los poetas, estos los creadores de imágenes. Estos son los nuevos ritos. Estos los frutos de la guerra. ¡Mira: amantes, asesinos, soñadores, videntes! ¡Mira: generales, sacerdotes, exploradores, legisladores! ¡Mira! Hay continentes desconocidos por descubrir. Hay manzanas no probadas por comer. ¡Mira! ¡Locos! ¡Cortesanos! ¡Héroes! ¡Víctimas! *Veo* los planes. *Veo* los errores. *Veo* los logros asombrosos, que hacen brotar de mis ojos lágrimas de orgullo. Esta es la hija de la hija de tu hija. Este es el hijo de una inacabable sucesión de hijos. Estas son naciones todavía desconocidas; estas otras, naciones recién resucitadas. ¿Qué es este idioma, todo de chasquidos y silbidos? ¿Qué es esta música, toda de bufidos y chirridos? Roma caerá nuevamente. Habrá una segunda Babilonia, que extenderá sus tentáculos por todo el mundo como un enorme pulpo. ¡Qué asombrosos son los tiempos todavía por venir! ¡Todo lo que puedas imaginar ocurrirá, y más, mucho más, y yo lo veo todo!

¿Son éstas las cosas que *veo*?

¿Están todas las puertas abiertas para mí? ¿Se transforman los muros en ventanas?

¿Miro al príncipe asesinado y al salvador recién nacido, a los fuegos del imperio destruido ardiendo en el horizonte, a la tumba del señor de señores, a los viajeros de dura mirada atravesando el dorado mar que amplía el vientre del mundo transformado? ¿Inspecciono el millón de millones de mañanas de la especie humana, lo asumo y convierto en mía propia la carne del futuro? ¿Los cielos que caen? ¿Las estrellas que colisionan? ¿Qué son estas constelaciones desconocidas que se forman una y otra vez según las contemplo? ¿Quién se oculta tras estos rostros enmascarados? ¿Qué representa este ídolo de piedra, alto como tres montañas? ¿Cuándo se transformarán en rojo polvo las orgullosas colinas que amurallan el mar? ¿Cuándo descenderá el hielo polar como una noche inexorable sobre los campos de rojas flores? ¿Quién posee estos fragmentos? ¡Oh! ¿Qué es lo que *veo*, qué es lo que veo?

Todo el tiempo, todo el espacio.

No. Por supuesto que no será así. Todo lo que *veré* será lo que pueda enviarme a mí mismo desde mis propios escasos mañanas. Mensajes breves y sosos, como las vagas transmisiones de los teléfonos que hacíamos de pequeños con latas vacías; nada de esplendores épicos, nada de apocalipsis barrocos. No obstante, aun estos sonidos confusos y ahogados son mucho más de lo que podría haber esperado cuando estaba dormido como vosotros, cuando era una de esas figuras ciegas y tambaleantes deslizándose en torpes y lentos bandazos por el

reino de sombras que es este mundo.

32

Mardikian encontró un abogado. Se trataba de Jason Komurjian, otro armenio, por supuesto; uno de los socios de la empresa del propio Mardikian, el especialista en divorcios, un hombre grande, con ojos pequeños y extrañamente tristes enmarcados en un rostro grueso y atezado. Había sido compañero de colegio de Haig, y debía tener por tanto más o menos mi misma edad, pero parecía mayor, mucho mayor, de edad casi indefinida, un patriarca que se había echado sobre sí mismo los traumas de miles de esposos contumaces. Sus rasgos eran juveniles, pero rodeados de un aura de vejez.

Hablamos en su despacho, situado en el piso noventa y cinco del Edificio Martin Luther King, un despacho oscuro y cargado de olor a incienso, que rivalizaba con el de Bob Lombroso en pompa y esplendor, un lugar casi tan rica y pesadamente ornamentado como la capilla imperial de una catedral bizantina.

—El divorcio —dijo Komurjian como entre sueños—; desea obtener un divorcio, sí, terminar de una vez, una separación definitiva —añadió, haciendo girar el concepto en los abovedados recintos de su conciencia, como si se tratase de un sutil tema teológico, como si estuviese hablando de la consustancialidad del Padre y el Hijo o de la doctrina de la sucesión apostólica—. Sí, podríamos conseguírselo. ¿Viven ya separados?

—Todavía no.

Pareció descontento. Sus pesados labios se aflojaron, su rostro bovino adoptó una expresión más seria.

—Hay que hacerlo —dijo—. La continuación de la cohabitación pone en peligro la plausibilidad de cualquier petición de divorcio. Aun hoy en día; aun hoy en día. Fijen domicilios distintos. Establezcan economías separadas. Demuestre cuáles son sus intenciones ¿eh? — alcanzó un barroco crucifijo cubierto de joyas que tenía sobre la mesa, lleno de rubíes y esmeraldas, y jugueteó con él, deslizando sus gruesos dedos sobre la desgastada superficie; y, durante un buen rato, pareció sumirse en sus propios pensamientos. Me imaginé los tonos de un órgano invisible, contemplé una procesión de sacerdotes barbudos y engalanados recorriendo los coros de su mente. Casi le podía oír susurrándose a sí mismo en latín, no en un latín eclesial, sino de abogado, toda una letanía de trivialidades. *Magna est vis consuetudinis*, *falsus in uno, falsus in ómnibus, eadem sed aliter*, *res ipsa loquitor*. Huius huius, huius, hunc haec hoc. De repente me miró, atravesándome con una mirada inesperadamente fija y penetrante—. ¿Los motivos?

—No, no se trata de ese tipo de divorcio. Queremos simplemente terminar, irnos cada uno por nuestro propio camino, un sencillo final.

—Por supuesto, lo habrá discutido ya con la señora Nichols y habrán llegado a un acuerdo preliminar…

Me sonrojé.

—¡Ah, no, todavía no! —dije, algo molesto.

Komurjian se mostró desaprobador.

—Se dará cuenta de que, antes o después, tendrá que sacar el tema a colación. Su reacción será probablemente tranquila. Luego su abogado y yo nos reuniremos y resolveremos el asunto —alcanzó un bloc de notas—. En cuanto a la división de las propiedades…

—Puede quedarse con todo lo que quiera.

—¿*Con todo*? —pareció sorprendido.

—No deseo la menor disputa con ella sobre ningún tema.

Komurjian extendió sus manos ante mí por encima de la mesa del despacho. Llevaba más anillos que el mismo Lombroso. ¡Estos levantinos, estos ostentosos levantinos!

—¿Y qué pasará si lo pide todo? —preguntó—. ¿Son todos los bienes comunes? ¿Lo aceptaría sin oponerse?

—Ella no hará eso.

—¿No pertenece al Credo del Tránsito?

—¿Cómo lo sabe? —dije muy sorprendido.

—Como puede suponer, Haig y yo hemos discutido ya el caso.

—Ya veo.

—Y los fieles del Tránsito son imprevisibles.

Conseguí proferir una risita ahogada.

—Sí, mucho.

—Puede darle el capricho de pedir todos los bienes —dijo Komurjian.

—O el de no pedir ninguno —respondí.

—O ninguno, es cierto. Nunca se sabe. ¿Me está dando usted instrucciones para que acepte cualquier postura que pueda adoptar?

—Esperemos y ya veremos qué pasa —respondí—. Creo que se trata de una persona esencialmente razonable. Tengo la impresión de que no formulará ninguna exigencia descabellada sobre la división de propiedades.

—¿Y sobre los ingresos? —preguntó el abogado—. ¿No exigirá que le siga usted pasando dinero? Ustedes tienen un contrato estándar de grupo de dos, ¿no?

—Sí. Su terminación significa también el final de toda responsabilidad financiera.

Komurjian comenzó a canturrear muy bajito, tanto que casi no podía oírle. Casi. ¡Qué rutinario debía parecerlo todo esto, esta anulación de lazos sacramentales!

—Así pues, no habrá problemas, ¿no? Pero, antes de seguir adelante, debe comunicarle sus intenciones a su mujer, señor Nichols.

Así lo hice. Sundara estaba ya tan ocupada con sus diversas actividades del Tránsito: sus sesiones de proceso, sus círculos de volatilidad, sus ejercicios diarios de anulación del ego, sus deberes de misionera y todo lo demás, que pasó casi una semana antes de poder hablar tranquilamente con ella en casa. Para entonces, yo había ensayado la escena en mi cabeza más de mil veces, por lo que las frases estaban ya más que desgastadas; si ha habido alguna vez un ejemplo de ajustarse estrictamente al guión, éste sería uno. Pero ¿me daría ella las réplicas adecuadas?

Casi apologéticamente, como si el hecho de pedirle el privilegio de conversar con ella fuese como una intrusión en su vida privada, le dije una noche que deseaba hablarle de algo importante; y luego la informé, como me había visto hacer tantas veces, de que iba a pedir el divorcio. Mientras se lo decía, comprendí lo que debía representar para Carvajal la capacidad de ver, pues en mi imaginación había reproducido esta escena tantas veces que me parecía ya como un acontecimiento del pasado.

Sundara me miraba pensativamente, sin decir nada, sin mostrar emoción ni sorpresa, ni disgusto, ni hostilidad, ni entusiasmo, ni decaimiento, ni desesperación.

Su silencio me desconcertó.

Al cabo de un rato, dije:

—He contratado a Jason Komurjian como abogado. Es uno de los socios de Mardikian. Se reunirá con tu abogado, cuando lo tengas, y lo resolverán todo. Sundara, me gustaría que nos separásemos de manera civilizada.

Sonrió. Como una Mona Lisa de Bombay.

—¿No tienes nada que decir? —pregunté.

—Realmente, no.

—¿Te parece el divorcio una minucia?

—El divorcio y el matrimonio no son sino aspectos de la misma ilusión, amor mío.

—Creo que este mundo me parece más real que a ti. Esta es una de las razones por las que no parece sensato que sigamos viviendo juntos.

—¿No habrá una lucha confusa por la división de lo que poseemos? —dijo ella.

—Ya te dije que me gustaría que nos separásemos de manera civilizada.

—Muy bien. A mí también.

Me desconcertó la facilidad con que lo aceptaba todo. Nuestro contacto mutuo había sido tan deficiente en los últimos tiempos, que no habíamos llegado nunca a discutir las crecientes lagunas de comunicación entre nosotros; pero existen numerosos matrimonios

que se mantienen así durante años y años, dejándose llevar plácidamente, sin que ninguna de las partes ponga los puntos sobre las íes. Ahora yo me estaba disponiendo a echar nuestro matrimonio a pique, y ella no tenía nada que decir al respecto. Ocho años de vida en común, recurro de repente a un abogado divorcista y Sundara no formula el menor comentario. Llegué a la conclusión de que su imperturbabilidad reflejaba simplemente el cambio operado en ella por el Credo del Tránsito.

—¿Todos los fieles del Tránsito aceptan estas conmociones en sus vidas con la misma tranquilidad? —pregunté.

—¿Se trata de una conmoción?

—Así me lo parece a mí.

—A mí me parece sólo la ratificación de una decisión adoptada hace ya mucho tiempo.

—He pasado por malos momentos —reconocí—. Pero incluso en los peores me decía continuamente a mí mismo que era sólo una fase, algo transitorio, que todos los matrimonios atraviesan momentos así, y que, antes o después, volveríamos el uno al otro.

Mientras hablaba, me encontré a mí mismo convenciéndome de que todo eso seguía siendo verdad, de que Sundara y yo podríamos todavía salvar la continuación de nuestra relación como los seres humanos básicamente razonables que éramos. Y, sin embargo, le estaba pidiendo que se buscase un abogado. Recordé a Carvajal diciéndome «*Ya la ha perdido*» con una inexorable resolución en su voz. Pero se había referido al futuro, no al pasado.

—Y ahora crees que no hay solución, ¿no? —dijo ella—. ¿Qué es lo que te ha hecho cambiar de idea?

—¿Qué?

—¿Has cambiado o no de idea?

No respondí.

—No creo que desees realmente el divorcio, Lew.

—Sí —insistí con ronca voz.

—Eso es lo que dices.

—No te estoy pidiendo que me adivines el pensamiento, Sundara, sino simplemente que cumplas todas las jerigonzas legales que tenemos que cumplir para ser libres de vivir nuestras propias vidas por separado.

—No quieres el divorcio, pero al mismo tiempo lo quieres. ¡Qué raro, Lew! ¿Sabes?, una actitud como ésa encaja perfectamente en las teorías del Tránsito, es lo que denominamos una situación clave, una situación en la que uno mantiene posturas opuestas simultáneamente e intenta reconciliarlas. Hay tres posibles salidas. ¿Te interesa conocerlas? Una posibilidad es la esquizofrenia. Otra es el autoengaño, cuando uno finge abrazar ambas alternativas a la vez sin hacerlo

realmente. Y la tercera es la condición de iluminación conocida en el Tránsito como…

—Por favor, Sundara.

—Creí que te interesaría saber…

—Me temo que no.

Me estudió durante un buen rato. Luego sonrió.

—Todo este asunto del divorcio tiene que ver con tu don de precognición, ¿no? En realidad, y aunque no nos estamos llevando muy bien, no quieres el divorcio ahora, pero sin embargo crees que debes comenzar a obtenerlo porque has tenido el presentimiento de que, en un futuro próximo, te vas a divorciar. ¿Me equivoco, Lew? Vamos, dime la verdad, te prometo no enfadarme.

—Te has aproximado bastante —respondí.

—No estaba segura. Y bien, ¿qué vamos a hacer ahora?

—Decidir los términos de nuestra separación —respondí sombríamente—. Búscate un abogado, Sundara.

—¿Y si me niego?

—¿No querrás decir que vas a oponerte?

—Nunca he dicho eso. Simplemente que no deseo hacerlo a través de un abogado. Resolvámoslo nosotros mismos, Lew. Como personas civilizadas.

—Tendré que consultárselo a Komurjian. Esa forma puede ser civilizada, pero no la más inteligente.

—¿Crees que te voy a engañar?

—No creo ya nada de nada.

Se aproximó a mí. Sus ojos resplandecían; de su cuerpo emanaba una palpitante sensualidad. Me sentí indefenso ante ella. Podía obtener de mí lo que quisiera. Inclinándose, Sundara me besó en la punta de la nariz, y ronca y algo teatralmente, dijo:

—Querido, si quieres el divorcio, tendrás el divorcio. Lo que tú quieras. No me pondré en tu camino. Deseo que seas feliz. Ya sabes que te quiero —sonrió maliciosamente. ¡Ah, aquellas travesuras del Tránsito!—. Lo que tú quieras —repitió.

33

Alquilé un apartamento para mí solo en Manhattan, una vivienda amueblada de tres habitaciones en lo que debió ser lujoso edificio en la Calle Sesenta y tres cerca de la segunda Avenida, en una barriada vieja y anteriormente rica, todavía no gravemente afectada por el proceso de degradación. El *pedigree* del edificio quedaba demostrado por la serie de dispositivos de seguridad, que se remontaba a los años sesenta, con algunas incursiones de comienzos de los noventa. Había de todo, desde cerrojos de seguridad y mirillas ocultas a los primeros modelos de filtros-laberintos y pantallas de velocidad. Los muebles eran sencillos y de estilo indefinido, venerables y utilitarios a la vez; había sofás, sillones, una cama, mesas, estanterías para libros y cosas de ese tipo, todas tan anónimas que parecían invisibles. Yo también me sentí invisible una vez instalado, después de que los transportistas y el superintendente del edificio se hubiesen marchado, dejándome solo en mi nueva vivienda como un embajador llegado de ninguna parte para hacerse cargo de su residencia en el Limbo. ¿Cuál era este lugar, y cómo había podido llegar a encontrarme viviendo en él? ¿Qué sillas son éstas? ¿De quién esas huellas sobre las desnudas paredes, pintadas de azul?

Sundara dejó que me llevara algunas de nuestras esculturas y de nuestros cuadros, y los distribuí por aquí y por allá; en el lujoso contexto de nuestra mansión de Staten Island habían resultado espléndidos, pero aquí parecían extraños y antinaturales, como pingüinos en un baile. Aquí no había focos de luz ni una astuta decoración a base de solenoides y reóstatos; no había pedestales lujosamente forrados, sino sólo techos bajos, paredes sucias, ventanas sin pantallas de opacidad. No obstante, el encontrarme allí no me hizo sentir autocompasión, sino sólo confusión, vacío, extrañamiento. Me pasé el primer día desempaquetando, organizando, deteniéndome con mucha frecuencia a pensar sobre nada en particular. No salí ni siquiera a comprar; en vez de ello, formulé un pedido telefónico por valor de cien dólares al mercado de la esquina como forma de ir llenando la despensa. La cena fue un trámite solitario y desangelado, en el que ingerí porquerías sintéticas, preparadas sin prestar atención y rápidamente engullidas. Dormí solo y, para mi sorpresa, muy bien. Por la mañana telefoneé a Carvajal y le conté lo que estaba pasando.

Gruñó su aprobación y dijo:

—¿Disfruta desde la ventana de su dormitorio de una vista de la Segunda Avenida?

—Sí. Y desde la del salón, de la Calle Sesenta y tres. ¿Por qué? —respondí.

—¿Las paredes están pintadas de azul claro?

—Sí.

—¿Y hay un sofá oscuro?

—Sí. ¿Por qué desea saber todo esto? —dije.

—Estoy sólo comprobando —me dijo—. Asegurándome de que ha encontrado el lugar adecuado.

—¿Se refiere a que he encontrado el que usted ha estado *viendo*?

—Exactamente.

—¿Había acaso alguna duda? —pregunté—. ¿Ha dejado de confiar en las cosas que *ve*?

—Ni por un instante. ¿Y usted?

—Confío en usted. Confío en usted. ¿De qué color es el lavabo de mi cuarto de baño?

—No lo sé —respondió Carvajal—. No me he fijado nunca. Pero su frigorífico es marrón claro.

—Ya está bien. Me deja impresionado.

—Así lo espero. ¿Está listo para tomar notas?

Encontré un bloc.

—Adelante —dije.

—Martes, veintiuno de octubre. Quinn volará a Louisiana la semana que viene para reunirse con el gobernador Thibodaux. Después hará una declaración expresando su apoyo al Proyecto Plaquémines. Cuando vuelva a Nueva York despide al comisario Ricciardi y le traspasa el cargo a Charles Lewisohn. Ricciardi pasa a otro departamento. Y luego…

Lo fui anotando todo, moviendo la cabeza como era habitual y mientras escuchaba a Quinn decir: «¿Qué tengo que ver con Thibodaux? ¿Qué demonios me importa el proyecto de pantano de Plaquémines? En cualquier caso, yo creía que los pantanos se habían quedado anticuados. Y Ricciardi está haciendo un trabajo bastante bueno, si tenemos en cuenta su limitada inteligencia; ¿no se ofenderán los italianos si le echo así, de una patada?», etcétera, etcétera. En aquellos días había acudido a Quinn cada vez más frecuentemente con estratagemas extrañas, inexplicables y poco plausibles; pues ahora el canal de información de Carvajal fluía libremente desde el futuro inmediato, trayéndome consejos que transmitir a Quinn sobre la mejor forma de maniobrar y manipular; y Quinn aceptaba todas las sugerencias que le formulaba, aunque, en ocasiones, me resultaba difícil que hiciese las cosas que le pedía. Algún día de aquellos rechazaría una de mis ideas, que no pondría en práctica; y, en ese caso, ¿qué pasaría con el inalterable futuro de Carvajal?

Al día siguiente me dirigí a la hora acostumbrada al edificio del Ayuntamiento. Me sentí raro cogiendo un taxi por toda la Segunda Avenida en lugar de capsulizarme desde Staten Island, y hacia las

nueve y media tenía ya preparado mi último lote de notas para el alcalde. Se las envié. Poco después de las diez sonó mi interfono, y una voz dijo que el alcalde delegado Mardikian deseaba verme.

Iba a haber problemas. Lo sentí intuitivamente según bajaba al vestíbulo, y tan pronto entré en su despacho, pude verlo en la cara de Mardikian. Parecía incómodo, violento, descentrado, tenso. Sus ojos brillaban demasiado y se mordía la comisura de los labios. Mis últimos memorándums aparecían diseminados sobre la mesa de su despacho en forma de diamante. ¿Adonde había ido a parar el suave, elegante y refinado Mardikian? Había desaparecido. Y, en su lugar, aparecía frente a mí aquel tipo aturdido y excitado.

Mirándome con dureza, dijo:

—Lew, ¿qué demonios es esta tontería sobre Ricciardi?

—Resulta aconsejable quitarle del puesto que desempeña actualmente.

—Ya sé que es aconsejable. Acabas de aconsejárnoslo. Pero *porqué* es aconsejable?

—Porque lo dicta la dinámica a largo plazo —dije, intentando «echarme un farol»—. No puedo darte ninguna razón convincente y concreta, pero tengo la sensación de que no resulta razonable mantener en el cargo a una persona tan estrechamente identificada con la comunidad italo-americana de aquí, especialmente con los intereses de bienes inmuebles de dicha comunidad. Lewisohn es una figura neutral, con pocas posibilidades de «quemarse», y que debería ocupar ese cargo el año que viene, cuando nos aproximemos a las elecciones para la alcaldía, y además…

—Déjalo ya, Lew.

—¿Cómo?

—Que no sigas. No me estás diciendo nada, eso es pura verborrea. Quinn cree que Ricciardi ha venido haciendo un trabajo bastante bueno, se siente irritado por tus notas, y cuando te pido que me des los datos en los que te basas, te encoges de hombros y dices que es un presentimiento. Así pues…

—Mis presentimientos siempre han…

—Espera —dijo Mardikian—. Pasemos a este asunto de Louisiana. ¡Dios santo! Thibodaux es la antítesis de todo lo que intenta representar Quinn. ¿Por qué debería el alcalde perder el culo y bajar hasta Baton Rouge para abrazar a un beato antediluviano, y apoyar un proyecto de pantano inútil, controvertido y ecológicamente peligroso? Quinn tiene las de perder y nada que ganar en todo ello, a menos que eso le ayudara a conseguir el voto de los reaccionarios en el 2004, y que ese voto es vital para él, en cuyo caso, Dios nos coja confesados. ¿Y bien?

—No puedo explicarlo, Haig.

—¿Que no puedes explicarlo? ¿Que no puedes explicarlo? Le das al alcalde unas directrices tan sumamente explícitas como éstas, o como las relativas al asunto de Ricciardi, algo que ha tenido que ser evidentemente el resultado de un montón de reflexiones muy elaboradas, ¿y dices que no sabes por qué? Si tú no sabes el porqué, ¿cómo vamos a saberlo nosotros? ¿Dónde está la base racional de nuestras acciones? ¿Deseas que el alcalde vaya de un lado a otro como un sonámbulo, como una especie de *zombie*, haciendo lo que tú le digas y sin saber por qué? ¡Vamos, chaval! Un presentimiento es un presentimiento, pero te hemos contratado para que formules proyectos racionales e inteligibles, no para que te comportes como un sacamuelas.

Tras una pausa penosa y prolongada, dije tranquilamente:

—Haig, en los últimos tiempos he pasado por situaciones muy malas, y no me queda mucha reserva de energía. No deseo discutir contigo ahora. Lo único que te pido es que aceptes por fe que las cosas que propongo tienen su lógica.

—No puedo.

—¡Por favor!

—Mira, me doy cuenta de que el hecho de que tu matrimonio se haya roto te ha destrozado, Lew, pero es precisamente por eso por lo que me niego a aceptar lo que nos has presentado hoy. Durante meses y meses nos has venido diciendo que hagamos todos esos viajes disparatados, algunas veces los has razonado de forma convincente y otras no, algunas veces nos has dado las razones más desvergonzadamente incongruentes para algún tipo de actuación y, sin la menor excepción, Quinn ha hecho siempre todo lo que le aconsejabas, con frecuencia en contra de su propio criterio, mucho más acertado. Y tengo que admitir que, hasta ahora, todo ha salido sorprendentemente bien. Pero ahora, ahora… —me miró y sus ojos parecieron barrenar los míos—. Francamente, Lew, estamos empezando a concebir algunas dudas sobre tu estabilidad mental. No sabemos si debemos confiar en tus sugerencias tan ciegamente como lo hemos venido haciendo.

—¡Dios mío! —grité—. ¿Crees que el romper con Sundara me ha hecho perder el seso?

—Creo que, en cierta medida, sí —respondió Mardikian hablando en tono algo más amable—. Tú mismo has sido el que ha hablado de que no te queda mucha reserva de energía. Sinceramente, Lew, creemos que te encuentras sometido a una gran tensión, que estás fatigado, agotado, *groggy*, que te has excedido en los últimos tiempos y que te vendría bien un descanso. Y nosotros…

—¿Quiénes sois vosotros?

—Quinn. Lombroso. Yo.

—¿Qué ha dicho Lombroso acerca de mí?

—Fundamentalmente, que está intentando que te tomes unas vacaciones desde el mes de agosto.

—¿Y qué más?

Mardikian pareció desconcertado.

—¿Qué quieres decir con y qué más? ¿Qué crees que haya podido decir? Por Dios, Lew, de repente hablas como si fueras un paranoico irrecuperable. Bob es amigo tuyo, ¿lo recuerdas? Está de tu parte. Estamos todos de tu parte. Te dijo que te marchases a cazar a la residencia de no sé quién, pero te negaste. Está preocupado por ti. Todos nosotros lo estamos; y ahora nos gustaría poder decírtelo de manera más enérgica. Creemos, Lew, que necesitas un descanso, y queremos que te lo tomes. El Ayuntamiento no va a derrumbarse si te marchas durante unas cuantas semanas.

—Está bien. Me iré de vacaciones. Seguro que me sentarán bien. Pero antes una cosa.

—Dila.

—El asunto Thibodaux y el asunto Ricciardi. Quiero que los defiendas y que consigas que Quinn haga lo que le digo.

—Si me dieses alguna justificación plausible.

—No puedo, Haig —de repente me encontré cubierto de sudor—. No puedo decirte nada que suene convincente. Pero es importante que el alcalde siga estas recomendaciones.

—¿Por qué?

—Lo es. Muy importante.

—¿Para ti o para Quinn? Fue un golpe bajo, y me afectó de lleno. *Para mí*, pensé, *para mí*, *para Carvajal*, *para toda la pauta de fe y creencias que he venido levantando*. ¿Habría llegado finalmente el momento de la verdad? ¿Le habría dado a Quinn unas instrucciones que se negaría a cumplir? ¿Qué pasaría en ese caso? Las paradojas derivadas de tal decisión negativa me hicieron sentir mareos. Me sentí enfermo.

—Para todo el mundo —respondí—. Te lo ruego, hazlo como un favor. Hasta ahora no le he dado ningún consejo equivocado, ¿no?

—Se muestra hostil a todo esto. Necesita saber algo de la estructura proyectiva de estas sugerencias.

Casi aterrorizado, le dije:

—No me empujes, Haig. Estoy justo al borde del precipicio. Pero no estoy loco. Agotado sí, puede ser, pero no loco, y los materiales que os he pasado esta mañana tienen sentido, lo *tendrán*, todo quedará claro dentro de tres meses, de cinco, de seis, de los que sean. Mírame. Mírame a los ojos. Me tomaré esas vacaciones. Pero antes quiero que me hagas ese favor, Haig. ¿Querrás ir allí y decirle a Quinn que haga lo que le recomiendo en estas notas? Hazlo por mí. Por todos los años

en que nos hemos conocido. Te aseguro que estas notas son de primera calidad —me detuve. Estaba diciendo tonterías, lo sabía, y cuanto más hablara, menos probabilidades habría de que Haig me tomase en serio. ¿Me veía ya como un lunático peligrosamente inestable? ¿Estarían esperando en el pasillo los hombres de la bata blanca? ¿Qué oportunidades había realmente de que nadie hiciese caso a las notas de aquella mañana? Sentí que las columnas se derrumbaban, que el cielo se venía abajo.

Luego, sorprendentemente, Mardikian dijo, sonriendo amistosamente:

—Está bien, Lew. Es una locura, pero lo haré. Sólo por esta vez. Ahora te marchas a Hawai o adonde prefieras y te tumbas en la playa un par de semanas. Y yo iré a ver a Quinn y le convenceré de que despida a Ricciardi, de que haga una visita a Louisiana y de todo lo demás. Creo que se trata de consejos disparatados, pero me arriesgaré teniendo en cuenta tu curriculum vitae —se levantó de la mesa y vino hacia mí, dominándome desde su altura y, de manera abrupta y torpe, me atrajo hacia sí y me dio un abrazo—. Me preocupas mucho, chaval —susurró.

34

Me tomé unas vacaciones; pero no en las playas de Hawai, con demasiada gente, demasiado vulgares y lejanas, ni tampoco en el refugio de caza de Canadá, pues las nieves de finales del otoño estarían cayendo ya allí; me marché a la dorada California, a la California de Carlos Socorro, al magnífico Big Sur, donde otro amigo de Lombroso poseía una aislada casa de campo de madera sobre un acre de terreno en lo alto de una colina que dominaba el océano. Durante diez inquietos días viví en aquella rústica soledad, con las boscosas laderas de las montañas de Santa Lucía, oscuras, misteriosas y pobladas de helechos a mis espaldas y el vasto océano Pacífico frente a mí, quinientos pies más abajo. Me aseguraron que aquél era el mejor tiempo del año en el Big Sur, la idílica estación que separa las nieblas del verano de las lluvias del invierno, y así fue de hecho; los días eran cálidos y llenos de sol, las noches frescas y estrelladas, y todos los atardeceres se producía un asombroso crepúsculo de púrpuras y oros. Paseé en bicicleta por los callados bosques de pinos gigantes, nadé en helados y veloces arroyos de montaña, empujé hasta la playa y hasta el turbulento oleaje rocas cubiertas por exuberante y lustrosa vegetación. Observé las comidas de los cormoranes y de las gaviotas, y una mañana, a una divertida nutria marina nadando con el vientre para arriba hasta unos cincuenta metros de la orilla mientras mascaba un cangrejo. No leí periódicos, no hice ni una sola llamada telefónica. No escribí ningún memorándum.

Pero la paz se me escapaba. Pensé mucho en Sundara, preguntándome desconcertada y contrariadamente cómo había llegado a perderla; rumié lúgubres asuntos políticos que, en un marco de tan asombrosa belleza, cualquier hombre cuerdo habría desterrado de su mente; me inventé complicadas catástrofes entrópicas que podrían ocurrir en caso de que Quinn no fuese a Louisiana. A pesar de vivir en un paraíso, conseguí estar todo el tiempo contraído, tenso e incómodo.

Sin embargo, poco a poco fui sintiéndome algo más relajado. Lentamente fue imponiéndose en mi alma atormentada y confusa la magia de aquella espléndida costa, milagrosamente conservada durante todo un siglo en el que prácticamente todo lo demás se había visto gravemente degradado.

Posiblemente, cuando *ví* por primera vez fue mientras me encontraba en el Big Sur.

No estoy seguro. Los meses de proximidad a Carvajal no habían producido todavía ningún resultado concreto. El futuro no me envió ningún mensaje que me fuese dado descifrar. Conocía ya los trucos

que empleaba Carvajal para inducir el estado de ánimo necesario, los síntomas de una visión inminente; me sentí seguro de que, antes de que transcurriese mucho tiempo, me encontraría *viendo*, pero carecía de la más mínima experiencia visionaria cierta, y cuanto más intentaba alcanzar una, más distante aparecía mi meta u objetivo. Pero ya a punto de finalizar mi estancia en Big Sur se produjo uno de esos extraños momentos. Había estado en la playa, y ahora, cuando acababa la tarde, ascendía rápidamente el empinado camino que conducía a la casa, cansándome pronto, respirando a fondo, disfrutando de la especie de mareo que me iba embargando mientras sometía mi corazón y mis pulmones a los máximos esfuerzos. Interrumpiendo mi rápida subida en zigzag, me detuve un instante, y me volví para mirar hacia atrás y abajo; y entonces, el resplandor del sol que se ocultaba y reverberaba sobre la superficie del mar me golpeó de repente y me deslumbró, de forma que me tambaleé y temblé y tuve que agarrarme a un arbusto para no caerme. Y, en aquel momento, me pareció, digo me pareció, pues fue sólo una ilusión transitoria, un breve fogonazo subliminal, que estaba mirando a través del dorado fuego de la puesta de sol a un tiempo todavía por venir, que contemplaba una gran bandera rectangular y verde ondeando sobre una enorme plaza de hormigón, y que el rostro de Paul Quinn me contemplaba desde el centro del estandarte, un rostro poderoso y dominador; la plaza estaba llena de gente, miles y miles de personas apelotonadas, cientos de miles que agitaban los brazos, gritaban enloquecidos, saludaban al estandarte; una multitud, una inmensa entidad colectiva arrastrada por la histeria, por la adoración a Quinn. Podía fácilmente haberse tratado de Nuremberg, 1934, sólo que con un rostro distinto en el estandarte, un rostro de iluminados ojos hipertiroidales y rígido bigote negro, y lo que estaban gritando podía fácilmente haber sido: ¡*Sieg*! ¡*Heil*! ¡*Sieg*! ¡*Heil*! Di una boqueada y caí sobre mis rodillas, derribado por el mareo, el miedo, el asombro o el horror, no sé por qué; gemí y me cubrí el rostro con las manos y, entonces, la visión desapareció, la brisa de la tarde hizo que el estandarte y la multitud se esfumasen de mi cerebro, y ante mí no quedó nada, salvo el inmenso Pacífico.

¿*Ví* realmente? ¿Se corrieron ante mí los velos del tiempo? ¿Era Quinn el próximo *führer*, el *duce* de mañana? ¿O no habría conspirado mi cansada mente con mi agotado cuerpo para provocar un breve relámpago de paranoia, una enloquecida imaginación y nada más? No lo sabía. Todavía no lo sé. Tengo mi propia teoría, y mi teoría es que *ví*, pero nunca más he vuelto a *ver* ese estandarte, nunca más he vuelto a oír la terrible resonancia de los gritos de aquella multitud en éxtasis y, hasta el día en que el estandarte reine sobre nosotros, no sabré realmente la verdad.

Finalmente, tras decidir que ya me había secuestrado suficientemente a mí mismo en los bosques como para restablecer mi status en el Ayuntamiento como asesor estable y digno de confianza, me dirigí a Monterrey, tomé la «cápsula» costera hasta San Francisco, y desde allí volé a Nueva York, hasta mi polvoriento y descuidado apartamento de la calle Sesenta y tres. Pocas cosas habían cambiado. Los días eran más cortos, pues estábamos ya en noviembre, y las nieblas del otoño habían dejado paso a las primeras heladas ráfagas del inminente invierno, que atravesaban la ciudad desde un río a otro. *Mirabile dictu*, el alcalde había estado en Louisiana y, para la indignación de los editorialistas del *New York Times,* se había pronunciado a favor de la construcción del más que dudoso pantano de Plaquemines, dejándose fotografiar abrazando al gobernador Thibodaux. Quinn parecía amargamente decidido, sonriendo como alguien a quien se ha contratado para abrazar un cactus.

La siguiente cosa que hice fue dirigirme a Brooklyn a visitar a Carvajal.

Pasó sólo un mes desde la última vez que le ví, pero aparentaba haber envejecido mucho más de lo que corresponde a un mes, pues ofrecía un aspecto lívido y encogido, con los ojos empañados y llorosos y un extraño temblor en las manos. Desde nuestro primer encuentro en el despacho de Lombroso, en el mes de marzo, nunca me había parecido tan desgastado y acabado; era como si le hubiera abandonado todo el vigor que había adquirido durante la primavera y el verano, toda aquella repentina vitalidad que había extraído quizá de su relación conmigo. No quizá, con toda seguridad. Pues, minuto a minuto, y mientras estábamos sentados y charlando, el color fue volviendo a él, y en sus rasgos reapareció un destello de energía.

Le conté lo que me había ocurrido en la ladera de la colina de Big Sur. Puede que sonriera.

—Se trata posiblemente de un comienzo —dijo suavemente—. Antes o después tiene que empezar. ¿Por qué no allí?

—Pero, si *ví*, ¿qué significa la visión? ¿Quinn con estandartes? ¿Quinn agitando a las masas?

—¿Cómo voy a saberlo yo? —preguntó Carvajal.

—¿No ha *visto* nunca nada parecido a eso?

—El verdadero tiempo de Quinn va después del mío —me recordó.

Sus ojos me lo reprocharon amablemente. Sí, a aquel hombre le quedaban menos de seis meses de vida, y lo sabía a la perfección, sabía la hora y el minuto.

—Posiblemente podrá recordar usted la edad que aparentaba Quinn en su visión. El color de su pelo, las arrugas de su cara… —dijo Carvajal.

Intenté recordar. Quinn tenía ahora sólo treinta y nueve años. ¿Qué edad tendría el hombre cuyo rostro llenaba aquel enorme estandarte? Le había reconocido al instante como Quinn y, por tanto, los cambios no podían haber sido grandes. ¿Con el mentón más pronunciado que el del Quinn actual? ¿Con el rubio cabello más gris en las sienes? ¿Más profundamente marcadas las arrugas nacidas del férreo rictus de su sonrisa? No lo sé. No me había dado cuenta. Puede que hubiese sido sólo una fantasía. Una alucinación provocada por la fatiga. Me disculpé ante Carvajal; prometí que la próxima vez lo haría mejor, si es que había una próxima vez. Me aseguró que así sería. Me dijo firmemente que *vería*, animándose al hacerlo. Cuanto más tiempo transcurría, más fuerte y vigoroso parecía. *Vería*, no había duda de ello.

Luego dijo:

—Pasemos a los negocios. Nuevas instrucciones para Quinn.

Esta vez sólo había un asunto que transmitir: el alcalde debía empezar a buscar pronto un nuevo comisario general de policía, pues el comisario general Sudakis estaba a punto de dimitir. Aquello me sorprendió. Sudakis había sido uno de los mejores nombramientos de Quinn; era eficaz y popular, lo más parecido a un héroe con que había contado el Departamento de policía de Nueva York en un par de generaciones; un hombre firme, fiable, incorruptible y personalmente valeroso. En su primer año y medio al frente del Departamento, había llegado a parecer inamovible; era como si hubiese desempeñado siempre aquel cargo, como si siempre lo fuese a desempeñar. Había hecho un estupendo trabajo transformando la Gestapo en que se había llegado a convertir la policía bajo el alcalde Gottfried en una fuerza guardiana de la paz; pero la tarea no se había aún completado; hacía sólo un par de meses que había podido escuchar a Sudakis explicarle al alcalde que necesitaría otro año y medio para terminar su labor de limpieza. ¿Que Sudakis estaba a punto de dimitir? Sonaba a falso.

—Quinn no lo creerá —dije—. Se me reirá en mi cara.

Carvajal se encogió de hombros.

—A primeros de año, Sudakis no será ya comisario general de Policía. El alcalde debería tener listo al sustituto adecuado.

—Puede que sí. Pero ¡resulta tan terriblemente increíble…! Sudakis parece tan firme como el peñón de Gibraltar. No puedo dirigirme al alcalde y decirle que está a punto de dimitir, aunque sea verdad. Hubo tanto jaleo con todo lo relativo a Thibodaux y Ricciardi, que Markidian insistió en que me tomase una cura de reposo. Si me presento con una información tan disparatada, puede llegar incluso a despedirme.

Carvajal me miró con fijeza, imperturbable, implacablemente.

Entonces dije:

—Déme al menos algunos de los datos en los que se basa. ¿*Por qué* piensa Sudakis dimitir?

—No sé.

—No sabe. No sabe. Y tampoco le importa, ¿no? Todo lo que sabe es que planea marcharse. Lo demás le parece algo trivial.

—Ni tan siquiera sé eso, Lew. Sólo que se *marchará*. Puede que ni él mismo lo sepa todavía.

—¡Ah! Muy bien. Si se lo cuento al alcalde, éste hará llamar a Sudakis. Sudakis lo niega todo, porque de momento no piensa así, y…

—La realidad se conserva siempre —dijo Carvajal—. Sudakis dimitirá. Ocurrirá muy de repente.

—¿Y tengo que ser yo quien se lo cuente a Quinn? ¿Qué pasará si no le digo nada? Si la realidad se conserva siempre, Sudakis dimitirá haga yo lo que haga. ¿No es así? ¿No?

—¿Desea que cuando eso ocurra el alcalde no esté preparado?

—Mejor que hacerle creer que me he vuelto loco.

—¿Le da miedo prevenir a Quinn de esta dimisión?

—Sí.

—¿Qué piensa que le va a ocurrir?

—Me encontraré en una situación sumamente embarazosa —respondí—. Se me pedirá que justifique algo que no tiene ni pies ni cabeza para mí. Tendré que recurrir a decir que se trata de un presentimiento, sólo de un presentimiento, y si Sudakis niega que vaya a dimitir, perderé mi influencia con Quinn. Puedo incluso perder mi empleo. ¿Es eso lo que desea?

—Yo no deseo nada en absoluto —dijo Carvajal, distantemente. —Y, aparte de todo eso, Quinn no permitirá que Sudakis dimita.

—¿Está seguro?

—Totalmente. Le necesita demasiado. No aceptará su dimisión. Diga lo que diga Sudakis, seguirá en su puesto, y ¿cómo afectará eso a la conservación de la realidad?

—Sudakis no se quedará —dijo Carvajal con indiferencia.

Me marché y reflexioné sobre todo aquello. Mis objeciones a recomendar a Quinn que comenzara a buscar un sucesor para Sudakis me parecieron lógicas, razonables, plausibles e indiscutibles. No estaba dispuesto a ponerme en una situación tan comprometida, justo cuando acababa de volver, cuando era todavía vulnerable al escepticismo de Mardikian acerca de mi salud mental. Por otro lado, si algún giro imprevisible de los acontecimientos obligaba a Sudakis a dimitir, me habría mostrado negligente con mis obligaciones, no previniendo al alcalde de ello. En una ciudad siempre al borde del caos, aun unos pocos días de confusión acerca de la autoridad del Departamento de policía podrían provocar una situación de anarquía en las calles; y si había algo que pudiese perjudicar a Quinn como

aspirante a la presidencia era un resurgimiento, por breve que fuese, de la falta de orden que tan frecuentemente había arrasado la ciudad antes de la represiva administración de Gottfried y durante la del débil alcalde DiLaurenzio. Y, en tercer lugar, hasta ahora nunca me había negado a ser el vehículo de las directrices de Carvajal, y me preocupaba mucho la posibilidad de enfrentarme con él ahora. Imperceptiblemente, las teorías de Carvajal sobre la conservación de la realidad habían llegado a ser asumidas por mí; imperceptiblemente, había ido aceptando su filosofía hasta tal punto que me atemorizaba la posibilidad de entrometerme en el inevitable desenvolvimiento de lo inevitable. Sintiéndome un poco como alguien que se estuviese montando sobre un bloque de hielo arrastrado por la corriente hacia las cataratas del Niágara, y a pesar de. todas mis aprensiones, me decidí a contar a Quinn el asunto de la dimisión de Sudakis.

Pero dejé que pasara una semana, esperando que la situación se resolvería de un modo u otro sin mi intervención, y luego una semana más; podría haber dejado pasar así lo que quedaba del año, pero sabía que me estaba engañando a mí mismo. Así pues, redacté un memorándum, y se lo envié a Mardikian.

—No pienso enseñarle esto a Quinn —me dijo dos horas más tarde.

—Tienes que hacerlo —dije, sin gran convicción.

—¿Sabes qué ocurrirá si lo hago? Que te mandará a la mierda, Lew. Tuve que bailarle el agua durante medio día para convencerle de lo de Ricciardi y del viaje a Louisiana, y las cosas que dijo Quinn sobre ti no fueron muy agradables. Teme que estés perdiendo el seso.

—Eso es lo que pensáis todos vosotros. Pues bien, no es así. Me he tomado unas vacaciones estupendas en California y en mi vida me he sentido mejor. Y antes del próximo enero, esta ciudad va a necesitar un nuevo comisario general de Policía.

—No, Lew.

—No.

Mardikian gruñó ásperamente. Me toleraba, me seguía la corriente; pero al mismo tiempo estaba harto de mí y de mis predicciones. Lo sabía. Luego me dijo:

—Nada más recibir tu nota, hice llamar a Sudakis y le conté que había oído el rumor de que estaba a punto de dimitir. No dije de dónde procedía. Le dejé que creyese que me había llegado a través de uno de los chicos de la prensa. Tendrías que haberle visto la cara, Lew. Fue como si le hubiese dicho que su madre era turca. Juró por setenta santos y cincuenta ángeles que sólo abandonaría su puesto en caso de que el alcalde le despidiese. Normalmente, me doy cuenta cuando alguien está fingiendo, y Sudakis era la persona más sincera que haya visto en toda mi vida.

—A pesar de ello, Haig, va a dimitir dentro de un mes o dos.

—¿Cómo puede ser?

—Siempre surgen circunstancias imprevistas.

—¿Cómo cuáles?

—Cualquiera. Razones de salud. Un repentino escándalo en el Departamento. Una oferta de trabajo espléndidamente pagado desde San Francisco. No sé cuál va a ser la razón exacta. Me limito a decirte…

—Lew, cómo demonios vas a saber lo que va a hacer Sudakis en enero, cuando no lo sabe ni tan siquiera él mismo?

—Lo sé —insistí.

—Pero ¿cómo?

—Es un presentimiento.

—Un presentimiento. Un presentimiento. No sabes decir otra cosa. Son ya demasiados presentimientos, Lew. Tus habilidades están relacionadas con la interpretación de las tendencias, no con predicciones individuales; y, sin embargo, nos vienes cada vez más frecuentemente con estos apuntes aislados, con estas adivinaciones de bola de cristal, con estas…

—Haig, ¿ha resultado alguna de ellas equivocada?

—No estoy seguro.

—Ninguna. Ni una sola. Muchas de ellas no se han visto todavía demostradas, pero no hay ni una que se haya visto contradicha por acontecimientos posteriores, ni una sola línea de actuación recomendada por mí que haya resultado una imprudencia, ni una…

—A pesar de ello, Lew. Ya te lo dije la última vez, aquí no creemos en los sacamuelas. Atente a proyecciones generales de tendencias futuras, ¿quieres?

—Actúo únicamente en beneficio de Quinn.

—Seguro. Pero creo que deberías empezar a preocuparte algo más por ti mismo.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—Que, a menos que tu trabajo aquí adopte…, bien, un tono algo menos anticonvencional, el alcalde puede decidir prescindir de tus servicios.

—Tonterías, Haig. Me necesita.

—Está empezando a no pensar así. Está empezando a pensar que constituyes incluso un aporte negativo.

—Entonces es que no se da cuenta de todo lo que he hecho por él. Ahora está mil kilómetros más cerca de la Casa Blanca de lo que habría estado de no ser por mí. Escucha, Haig, tanto si Quinn y tú creéis que estoy loco como si no, a comienzos de enero esta ciudad se va a despertar una mañana sin comisario general de Policía, y el alcalde debería iniciar una búsqueda personal de sustituto esta misma

tarde, y quiero que se lo hagas saber.

—No lo haré. Por tu propio bien —dijo Mardikian.

—No seas testarudo.

—¿Testarudo? ¿Yo testarudo? Estoy intentando salvar tu cabeza.

—¿En qué puede perjudicar a Quinn empezar a buscar sigilosamente un nuevo comisario? Si Sudakis no dimite, Quinn puede olvidarse de todo el asunto, y nadie se enterará. ¿O acaso tengo que acertar todas las veces? Estoy seguro de acertar con respecto a Sudakis; pero, aun en el caso de que no sea así, ¿qué? Se trata de una información potencialmente útil, lo que ofrezco es muy importante si demuestra ser verdad, y…

—Aquí nadie dice que tienes que acertar al cien por cien —dijo Mardikian—; y, por supuesto, no hay nada malo en iniciar una sigilosa búsqueda de nuevo comisario, por si las moscas… El mal que estoy intentando evitar es el que te puedes hacer a ti mismo. Quinn me ha dicho ya que, si apareces con otra disparatada profecía de magia negra, te trasladará al Departamento de Sanitación o a algo peor, y está dispuesto a hacerlo, Lew, está dispuesto… Puede que hayas tenido muchísima suerte sacándote todas esas cosas de la manga, pero…

—No se trata de suerte, Haig —le dije tranquilamente.

—¿Cómo?

—No estoy empleando en absoluto procesos estocásticos. No estoy operando mediante cálculos y conjeturas. Digo sólo las cosas que *veo*. Puedo escrutar el futuro y oír conversaciones, leer titulares, observar acontecimientos. Puedo dragar todo tipo de datos del porvenir —se trataba sólo de una pequeña mentira, por la que me atribuía a mí mismo los poderes de Carvajal. Fuese quien fuese el receptor de las visiones, los resultados eran los mismos—. Por eso es por lo que no puedo dar los datos en los que se apoyan mis memorándums —dije—. Miro al mes de enero, *veo* a Sudakis dimitiendo, y eso es todo; no se por qué, todavía no percibo la estructura de causa y efecto, sólo el hecho en sí. Es algo distinto de la proyección de tendencias, algo que no tiene absolutamente nada que ver con ella, más disparatado, muchísimo menos plausible, pero más fiable, fiable al cien por cien. ¡Al cien por cien! Porque puedo verlo que va a ocurrir.

Mardikian permaneció callado durante un buen rato.

Finalmente, con voz ronca y algodonosa, dijo:

—Lew, ¿estás hablando en serio?

—Totalmente.

—Y si traigo a Quinn aquí, ¿le dirás exactamente lo mismo que a mí? ¿Exactamente lo mismo?

—Sí.

—Espera aquí —dijo.

Esperé. Procuré no pensar en nada. Dejando mi mente en blanco, intenté que fluyesen mis poderes estocásticos: ¿no habría cometido un gravísimo error, no me habría pasado? No lo creía. Creía que había llegado el momento de revelar algo de lo que realmente estaba haciendo. Para que resultase más plausible, evité mencionar el papel realmente desempeñado por Carvajal en todo aquel proceso; pero, por lo demás, no me había reservado nada, y me sentí libre de tensiones; sentí en mí una cálida corriente de alivio, pues, finalmente, me había despojado de mi máscara.

Al cabo de unos quince minutos, volvió Mardikian. El alcalde estaba con él. Dieron unos cuantos pasos por el despacho y se detuvieron uno al lado del otro junto a la puerta, formando una pareja extrañamente incongruente: Mardikian moreno y absurdamente alto; Quinn rubio, más bajo y robusto. Parecían terriblemente solemnes.

—Lew, cuéntale al alcalde lo que acabas de decirme —dijo Mardikian.

Repetí alegremente mi confesión de una segunda visión, empleando las mismas frases en la medida de lo posible. Quinn me escuchó imperturbable. Cuando terminé, me preguntó:

—Lew, ¿cuánto tiempo llevas trabajando conmigo?

—Desde comienzos del noventa y seis.

—Casi cuatro años. Y ¿cuánto tiempo hace que tienes conexión directa con el futuro?

—No desde hace mucho. Sólo desde la primavera. ¿Recuerdas cuando te insté a que consiguieras que el Ayuntamiento aprobara el Decreto sobre Obligatoriedad de Congelación del Petróleo, justo antes de que se produjesen las mareas negras de Texas y California? Fue aproximadamente entonces. No se trataba de conjeturas. Y luego, las otras cosas, las que parecían tan disparatadas…

—Como leídas en una bola de cristal —dijo Quinn pensativamente.

—Sí. Sí. ¿Recuerdas, Paul, el día en que me contaste que habías decidido presentarte para la Casa Blanca en el 2004? ¿Recuerdas lo que me dijiste? Me dijiste: Tú vas a ser los ojos que escruten el futuro para mí. ¡No sabías hasta qué punto era verdad!

Quinn se rió. No era una risa alegre.

Luego dijo:

—Lew, creí que si te ibas a descansar durante un par de semanas, volverías a ser el mismo de antes. Pero ahora veo que el problema es mucho más grave.

—¿Cómo?

—Has sido un buen amigo y un valioso asesor durante cuatro años. Jamás infravaloraré la valía de la ayuda que me has proporcionado. Puede que sacaras tus ideas de un buen análisis

intuitivo de las tendencias, de ordenadores electrónicos o de un genio que te las dictaba el oído; pero, fuera de donde fuese, me estabas dando consejos de gran utilidad. Sin embargo, ahora, después de lo que he oído, no puedo arriesgarme a conservarte entre mi personal. Si se corre la voz de que las decisiones clave de Paul Quinn las toma por él una especie de gurú, de visionario, de clarividente Rasputín, de que no soy nada más que una marioneta que manejan desde la oscuridad, estaré acabado, estaré muerto. Te concederemos un despido a partir de la fecha de hoy, con plenos derechos a seguir cobrando tu sueldo hasta finales del año fiscal, ¿vale? Eso te dará más de siete meses para reconstruir tu antiguo negocio privado de asesoría antes de dejar de cobrar de la nómina municipal. Supongo que, con tu divorcio y todo eso, te encontrarás en una difícil situación financiera, y no pretendo empeorarla. Y hagamos un trato: yo no haré ninguna declaración pública sobre las razones de tu dimisión, ni tú formularás ninguna reclamación abierta sobre el supuesto origen de las informaciones que me proporcionabas. ¿Te parece justo?

—¿Me estás despidiendo? —musité entre dientes.

—Lo siento, Lew.

—¡Puedo convertirte en presidente, Paul!

—Me temo que tendré que conseguirlo yo solo.

—Crees que estoy loco, ¿no? —dije.

—Esa es una palabra algo fuerte.

—Pero lo crees, ¿no? Crees que has venido recibiendo consejos de un lunático peligroso, y que no importa que los consejos de ese lunático hayan sido acertados; que ahora tienes que librarte de él, pues causaría una mala impresión, sí, una impresión pésima el que la gente empezara a pensar que tienes entre tu personal a una especie de brujo, y…

—Por favor, Lew —dijo Quinn—. No me lo pongas aún más difícil —cruzó el despacho y tomó mi fláccida y fría mano en un fervoroso apretón. Su rostro estaba muy próximo al mío. Y una vez más, la última, me dispensó el famoso tratamiento Quinn. En tono firme y perentorio, me dijo:

—Créeme, te voy a echar de menos. Como amigo, como asesor. Puede que esté cometiendo un gravísimo error. Y me resulta muy doloroso tener que hacer esto. Pero tienes razón, Lew. No puedo arriesgarme.

35

Después de la hora de la comida, recogí mis cosas del despacho y me fui a mi casa, a lo que se suponía era mi casa; y, durante el resto de la tarde, me paseé por las raídas y medio vacías habitaciones, intentando comprender lo que había ocurrido. ¿Despedido? Sí, despedido. Me había despojado de mi máscara, y no les gustó lo que vieron debajo de ella. Había dejado de aparentar métodos científicos y reconocido que utilizaba la brujería; le había contado a Mardikian toda la verdad, y ahora ya no volvería nunca al Ayuntamiento a sentarme entre los poderosos, no guiaría y conformaría ya el destino del carismático Paul Quinn, y cuando, al cabo de cinco años, hiciese su juramento como presidente, en el esplendor de la ciudad de Washington, yo contemplaría la escena en un lejano televisor, sería el hombre olvidado, rehuido, el leproso de la Administración. Me sentí tan desesperado que ni tan siquiera podía llorar. Sin esposa, sin trabajo, sin metas, vagué por mi sombrío apartamento durante horas y horas, y, cansándome también de eso, permanecí en pie al lado de una ventana durante algo más de una hora, contemplando cómo el cielo se tornaba plomizo y cómo caían los imprevistos copos de nieve de la primera ventisca de la estación, viendo cómo la fría noche descendía sobre Manhattan.

La ira reemplazó a la desesperación y, enfurecido, telefoneé a Carvajal.

—Quinn ya sabe —le dije— lo de la dimisión de Sudakis. Entregué el memorándum a Mardikian y éste lo discutió con el alcalde.

—¿Sí?

—Y me despidieron. Creen que estoy loco. Mardikian lo comprobó con Sudakis, quien afirmó no tener la menor intención de dimitir, y Mardikian me dijo que tanto él como el alcalde estaban preocupados por mis disparatadas predicciones de bola de cristal; querían que volviese a mi antiguo sistema de proyecciones, y entonces les hablé de la capacidad de *visión*. No le mencioné a usted para nada. Dije que yo era capaz de hacerlo, y que de ahí era de donde había sacado informaciones tales como la visita a Thibodaux y la dimisión de Sudakis, y Mardikian me hizo repetir todo ante Quinn. Este dijo que le resultaba demasiado peligroso mantener a un lunático como yo en su equipo. Bueno, lo dijo con términos algo más suaves. Estoy de vacaciones hasta el treinta de junio; y, a partir de entonces, dejo de cobrar de la nómina municipal.

—Ya veo —dijo Carvajal. No parecía preocupado, ni tampoco compadecido de mí.

—Usted sabía que iba a ocurrir todo esto.

—¿Sí?

—Tiene que haberlo sabido. No juegue usted conmigo, Carvajal. ¿Sabía usted que si le informaba al alcalde de que Sudakis iba a dimitir en enero me quedaría sin empleo?

Carvajal no dijo nada.

—¿Lo sabía o no?

Estaba gritando.

—Lo sabía —respondió.

—Lo sabía. ¡Claro que lo sabía! Usted lo sabe todo. Pero no me dijo nada.

—No me lo preguntó —replicó inocentemente.

—No se me ocurrió hacerlo. Vaya usted a saber por qué, pero no se me ocurrió. ¿No me podía haber advertido? ¿No podía haberme dicho: mantenga la boca cerrada, está en una situación más difícil de lo que cree, si no tiene cuidado le van a echar de una patada en el culo.

—Lew, ¿cómo puede usted formular una pregunta así a estas alturas?

—¿Así que estaba usted dispuesto a quedarse tranquilo y dejar que se arruine mi carrera?

—Reflexione —dijo Carvajal—. Yo sabía que iban a despedirle, lo mismo que sé que Sudakis va a dimitir. Pero ¿qué podía hacer yo al respecto? Recuerde que para mí su despido era algo que ya había ocurrido. Algo que no se podía impedir.

—¡Dios mío! ¿Otra vez con la conservación de la realidad?

—Por supuesto. ¿Cree de verdad, Lew, que yo le iba a prevenir contra algo que pudiera estar en su poder cambiar? ¡Qué inútil sería eso! ¡Qué estúpido! No podemos cambiar las cosas, ¿no?

—No, no podemos —repliqué con amargura—. Nos apartamos a un lado y dejamos amablemente que ocurran. Si hace falta, las ayudamos a que ocurran. Incluso si eso representa la destrucción de una carrera, incluso si implica la ruina de un intento por estabilizar la suerte política de este triste país, tan mal gobernado, guiando hasta la presidencia a un hombre que… ¡Oh, Dios santo! ¡Usted, Carvajal, me ha ido trayendo directamente hasta aquí! ¡Usted me ha ido preparando para todo esto! Y ahora no le importa un comino. ¿Es así o no? ¡Que ahora no le importa un comino!

—Hay cosas peores que perder el empleo, Lew.

—Pero ¡todo lo que estaba construyendo, todo lo que estaba intentando hacer…! ¿Cómo demonios voy a ayudar a Quinn ahora? ¿Qué voy a hacer? ¡Usted me ha destruido!

—Lo que ha pasado es lo que tenía que pasar —replicó.

—¡Al infierno con usted y con su piadosa resignación!

—Creí que usted había llegado a compartirla.

—No comparto nada —le dije—. Debí estar loco cuando acepté relacionarme con usted. Por su culpa he perdido a Sundara, he perdido mi puesto al lado de Quinn, mi salud y mi cordura. He perdido todo aquello que me importaba, y ¿para qué? ¿*Para qué*? ¡Para alcanzar un breve atisbo del futuro que puede no haber sido nada más que una consecuencia del cansancio! ¡Para encontrarme con la cabeza llena de una morbosa filosofía fatalista y de crudas teorías acerca del transcurso del tiempo! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Ojalá no hubiese sabido nunca de su existencia! ¿Sabe lo que es usted, Carvajal? ¡Una especie de vampiro! ¡Un vampiro chupasangre que me ha arrancado toda mi vitalidad y energía, que me ha utilizado como fuerza de apoyo mientras se deja arrastrar hacia el final de su vida inútil, estéril, sin motivación y sin sentido.

Carvajal no pareció en absoluto afectado.

—Lew, siento que esté tan trastornado —dijo suavemente.

—¿Qué más me está ocultando? ¡Vamos, cuénteme todas las malas noticias! ¿Resbalo sobre el hielo por Navidad y me rompo la crisma? ¿Agoto mis ahorros y caigo muerto de un disparo intentando atracar un banco? ¿Me voy a convertir en un adicto a las drogas? ¡Vamos, dígamelo! ¡Dígame qué es lo que me espera ahora!

—Por favor, Lew.

—¡Dígamelo!

—Debería intentar tranquilizarse.

—¡Dígamelo!

—No le oculto nada. Este no va a ser un invierno agitado para usted, sino un período de transición, de meditación y cambio interior, sin acontecimientos externos dramáticos. Y luego…, luego… no puedo decirle nada más, Lew. Ya sabe que no puedo *verlo* que va a ocurrir a partir de la próxima primavera.

Estas últimas palabras me golpearon como un rodillazo en el vientre. Por supuesto. ¡Por supuesto! Carvajal iba a morir. Una persona que no podía hacer nada para impedir su propia muerte no iba tampoco a intervenir porque alguna otra, aunque fuese su único amigo, marchase serenamente hacia la catástrofe. Si creía que un empujón era lo correcto, podía incluso empujar al amigo al borde del precipicio. Había sido muy ingenuo creyendo que Carvajal podía hacer algo para protegerme de un mal aunque lo hubiese visto de antemano. Era un pájaro de mal agüero, y me había preparado para la catástrofe.

Entonces le dije:

—Queda anulado cualquier trato que haya podido existir entre nosotros. Me da usted miedo. No quiero tener nada más que ver con usted, Carvajal. No volverá a saber de mí.

Se quedó callado. Quizá se estaba riendo en silencio. Casi seguro que se reía silenciosamente.

Su silencio socavó la fuerza melodramática de mi breve discurso de despedida.

—Adiós —dije, sintiéndome como un idiota, y colgué de golpe.

36

El invierno cayó sobre la ciudad. Algunos años no nevaba hasta enero o incluso febrero, pero aquél tuvimos un blanco Día de Acción de Gracias, y, en las primeras semanas de diciembre, hubo continuas ventiscas de nieve. La ciudad contaba con sofisticados equipos de limpieza, cables de calefacción enterrados en las calles, camiones cisternas con líquidos descongelantes, un verdadero ejército de gigantescas palas, sistemas de desagüe, rastrillos y mecanismos de arrastre, pero ningún aparato podía hacer frente a una estación que dejaba caer diez centímetros de nieve el miércoles, doce el viernes, quince el lunes y medio metro el sábado. De cuando en cuando teníamos un respiro entre tormenta y tormenta, lo que permitía que se ablandara la parte superior de los montones de nieve y que se fuese derritiendo lentamente en dirección a las alcantarillas; pero luego volvía el frío, aquel frío asesino, y lo que se había derretido volvía a transformarse en hielo duro y cortante. En la congelada ciudad quedó interrumpida toda actividad. Reinaba un extraño silencio. Yo me quedé en casa, al igual que todo el mundo que no tenía razones muy poderosas para salir a la calle. El año 1999, todo el siglo veinte, parecía despedirse con helada cautela.

En este sombrío periodo no tuve contacto con nadie, salvo con Bob Lombroso. El financiero me telefoneó cinco o seis días después de mi despido para expresarme su condolencia.

—Pero ¿por qué —me preguntó— decidiste contarle a Mardikian la historia verdadera?

—Pensé que no tenía más remedio. Tanto él como Quinn habían dejado de tomarme en serio.

—¿Y creíste que te tomarían más en serio si afirmabas ser capaz de ver el futuro?

—Aposté. Y perdí.

—Para tratarse de un individuo con un sexto sentido tan extraordinario, abordaste la situación de un modo sorprendentemente torpe.

—Lo sé. Lo sé. Supongo que creí que Mardikian tenía una imaginación más flexible. Puede que sobrevalorase también a Quinn.

—Haig no ha llegado a donde está gracias a su imaginación —dijo Lombroso—. En cuanto al alcalde, está apostando muy fuerte y no se siente inclinado a correr riesgos innecesarios.

—Pero yo soy un riesgo necesario, Bob. Puedo ayudarle mucho.

—Si piensas en la posibilidad de que te llame de nuevo, olvídala. Quinn está aterrorizado de ti.

—¿Aterrorizado?

—Bien, puede que la expresión sea algo fuerte. Pero le haces sentirse profundamente incómodo. Medio sospecha que podrías ser realmente capaz de hacer esas cosas que dices. Creo que eso es lo que le asusta de ti.

—¿El haber despedido a un auténtico vidente?

—No, lo que le asusta es el hecho de que puedan existir auténticos videntes. Dijo, y esto es algo absolutamente confidencial, Lew, me perjudicará mucho si se entera de que tú lo sabes, que la idea de que la gente pueda ser realmente capaz de ver el futuro le oprime como una mano alrededor de su garganta. Que le hace sentirse un paranoico, que limita sus opciones, que hace que el horizonte se cierre a su alrededor. Estoy repitiendo frases suyas. Odia la idea del determinismo; cree ser un hombre que ha conformado siempre su propio destino, y siente una especie de terror existencial cuando se enfrenta con alguien que afirma que el futuro es algo fijo, como un libro que podemos abrir y leer a voluntad; pues eso le convertiría en una especie de marioneta que sigue unas pautas fijadas de antemano. Hace falta mucho para empujar a Paul Quinn a la paranoia, pero creo que tú lo has conseguido. Y lo que más le molesta es la idea de que fue él quien te contrató, quien te hizo miembro de su equipo, quien te mantuvo tan cerca de él durante cuatro años sin darse cuenta de la amenaza que representabas para él.

—No he representado nunca una amenaza para él, Bob.

—El piensa de otro modo.

—Está equivocado. En primer lugar, el futuro *no ha sido* como un libro abierto para mí durante todos los años en que he trabajado con él. Hasta hace muy poco tiempo me he atenido a métodos estocásticos, justo hasta enredarme con Carvajal. Ya lo sabes.

—Sí, pero Quinn no.

—¿Bien y qué? Es absurdo que se sienta amenazado por mí. Mira, mis sentimientos hacia Quinn han sido siempre una mezcla de espanto y admiración, de respeto y… bien, de amor. De amor. Incluso ahora. Creo que es un gran ser humano y un gran dirigente político; deseo llegar a verle en la presidencia, y aunque hubiese preferido que no se asustara de mí, no le guardo rencor por ello. Puedo comprender cómo, desde su punto de vista, puede haberle parecido necesario librarse de mí. Pero, a pesar de todo, sigo queriendo hacer por él todo cuanto esté en mi mano.

—No te readmitirá, Lew.

—Lo acepto. Pero puedo seguir trabajando en su favor sin que él lo sepa.

—¿Cómo?

—A través de ti —repliqué—. Puedo formularte sugerencias que transmitas a Quinn como si te hubiesen ocurrido a ti mismo.

—Si le voy con las mismas cosas que tú —dijo Lombroso—, me pondrá de patitas en la calle tan rápido como a ti. Puede que incluso más rápido.

—No se tratará del mismo tipo de cosas, Bob. En primer lugar, porque ahora yo sé lo que resulta peligroso para contarle; en segundo, porque no tengo ya mi fuente de información. He roto con Carvajal. ¿Sabes? Nunca me previno que iba a quedar despedido. Me cuenta el futuro de Sudakis, pero no el mío propio. Creo que deseaba mi despido. Carvajal no me ha proporcionado nada más que disgustos, y no voy a volver a él para seguir teniéndolos. Pero todavía puedo ofrecer mis propias capacidades intuitivas, mi habilidad estocástica. Puedo analizar las tendencias y formular la estrategia a seguir, y lo que puedo hacer es transmitirte a ti mis intuiciones, ¿no? Lo dispondremos todo de tal forma que Quinn y Mardikian no descubran jamás que tú y yo estamos en contacto. No puedes permitir que me derrumbe, Bob. No mientras haya trabajos que hacer para Quinn. ¿Estás de acuerdo?

—Podemos intentarlo —dijo Lombroso cautelosamente—. Supongo que sí, que podemos hacer un intento. Está bien. Seré tu portavoz, Lew. Siempre que me concedas la opción de decidir lo que deseo transmitir a Quinn y lo que no. Recuerda que ahora soy yo y no tú quien se juega el pescuezo.

—Claro que sí —le dije.

Si no podía prestar personalmente mis servicios a Quinn, lo haría por persona interpuesta. Por primera vez desde mi despido me sentí vivo y esperanzado. Aquella noche ni siquiera nevó.

37

Pero nuestra estratagema no funcionó. Lo intentamos y fracasamos. Me dediqué a repasar los periódicos diligentemente y a ponerme al día de lo que había ocurrido; una semana fuera de órbita había bastado para que le perdiese la pista a media docena de nacientes pautas o modelos. Luego efectué un peligroso desplazamiento a través de la helada ciudad hasta la oficina de Lew Nichols Associates, empresa todavía en funcionamiento, aunque de forma débil e intermitente, y deposité algunas de mis previsiones en los ordenadores. No queriendo correr el riesgo del teléfono, transmití mis resultados a Bob Lombroso por medio del correo. Lo que le proporcioné no era nada especialmente importante, sólo un par de verborreicas sugerencias acerca de la política laboral de la ciudad. A lo largo de los días siguientes le fui pasando una serie de ideas igualmente digeribles. Entonces Lombroso me llamó para decirme:

—Puedes dejarlo. Mardikian nos ha descubierto.

—¿Qué ha ocurrido?

—Les he ido pasando tus informaciones; ya sabes, poco a poco. Anoche cené con Haig y, cuando llegamos a los postres, me preguntó de repente si tú y yo estábamos en contacto.

—¿Y le contestaste la verdad?

—Intenté no contarle nada —dijo Lombroso—. Estaba amedrentado, pero supongo que no lo suficiente. Haig es muy agudo, ya sabes, y lo adivinó todo. Me dijo: «Sé que sí. Toda ella lleva su impronta». No reconocí nada. Haig se limitó a darlo por supuesto, y tenía razón. Muy amistosamente me dijo que cortase, que si Quinn sospechaba lo que estaba ocurriendo se debilitaría mi posición ante él.

—¿Entonces Quinn no lo sabe todavía?

—Al parecer no. Y Mardikian no tiene intención de irle con el cuento. Pero no puedo correr el menor riesgo. Si Quinn empieza a sospechar de mí, estoy perdido. Cada vez que alguien menciona el nombre de Lew Nichols a su alrededor se vuelve absolutamente paranoico.

—¿Hasta ese extremo han llegado las cosas?

—Hasta ese extremo.

—Así pues, me he convertido en un enemigo —dije.

—Me temo que sí. Lo siento, Lew.

—Yo también —dije, con un suspiro.

—No te voy a llamar más. Si necesitas ponerte en contacto conmigo, hazlo a través de mi despacho a Wall Street.

—Lo siento. No deseo crearte problemas, Bob.

—Lo siento —repitió.

—*Okey*.
—Si pudiera hacer algo por ti…
—*Okey*, *okey*, *okey*.

38

Dos días antes de Navidad se produjo una tormenta terrible, una ventisca espantosa con durísimos vientos, temperaturas subárticas y una pesada descarga de nieve seca, dura y áspera. Se trataba del tipo de tormenta que desesperaría a un habitante de Minnesota y haría incluso llorar a un esquimal. A lo largo de todo el día, mis ventanas temblaron en sus antiguos marcos mientras verdaderas cataratas de nieve arrastrada por el viento las golpeaban como puñados de guijarros; y yo temblaba con ellas, pensando que todavía nos quedaba que soportar el mal tiempo de enero y febrero y, posiblemente, un marzo también de nieves. Me acosté pronto y me desperté temprano, en medio de una mañana asombrosamente soleada. Después de las tormentas de nieve suelen ser corrientes los días despejados y fríos, pero había algo extraño en la calidad de la luz, que no tenía el tono amarillo, duro y quebradizo propio de un día de invierno, sino más bien el suave y dulce tono dorado de la primavera; y, al conectar la radio, pude escuchar al locutor hablando de un drástico cambio en el tiempo. Al parecer, una masa de aire cálido procedente de las Carolinas se había desplazado hacia el Norte durante la noche y la temperatura había alcanzado los improbables niveles de finales de abril.

Abril siguió acompañándonos. Día tras día, un calor impropio de aquella estación del año acariciaba la ciudad ahíta de invierno. Por supuesto que, al principio, se produjo una gran confusión según los montones de nieve reciente fueron ablandándose, derritiéndose y corriendo en furiosos arroyos hasta las alcantarillas; pero, para mediados de aquella semana de fiestas, lo peor había pasado ya, y Manhattan, seco y engalanado, adoptó un desconocido aire de limpieza y pulcritud. Las lilas y los gladiolos empezaron a echar capullos de repente, meses antes de su época. Una ola de alegría pareció pasar sobre Nueva York; desaparecieron los gorros y las pesadas ropas de invierno, las calles se poblaron de hombres y mujeres contentos y sonrientes, vestidos con ligeras túnicas y justillos; grupos de personas desnudas y semidesnudas, pálidas pero deseosas de tomar el sol, yacían por los soleados malecones de Central Park; todas las fuentes del centro de la ciudad se vieron rodeadas de su complemento de músicos, juglares y danzantes. La atmósfera de Carnaval se intensificó según el viejo año iba acercándose a su fin, y se mantenía aquel asombroso buen tiempo, pues estábamos en 1999, y lo que se despedía era no sólo un año, sino todo un milenio. (Los que insistían en que el siglo veintiuno y el tercer milenio no empezarían realmente hasta el 1 de enero del 2001 eran considerados como unos

aguafiestas y unos pedantes.) La llegada de abril en pleno diciembre lo trastocó todo. La inesperada dulzura del tiempo siguiendo con tanta rapidez a los anteriores fríos, asimismo antinaturales, el misterioso resplandor del sol muy bajo sobre el horizonte, la extraña y suave textura primaveral de la atmósfera, dotaban a todos aquellos días de un raro aire apocalíptico, de forma que cualquier cosa parecía posible, y no hubiese extrañado contemplar cometas en los cielos nocturnos o violentos cambios en las constelaciones. Me imagino que todo aquello recordaba a la Roma de antes de la invasión de los bárbaros, o al París en vísperas del Terror. Fue una semana alegre, pero al mismo tiempo oscuramente preocupante y terrorífica; disfrutamos de aquel milagroso calor, pero lo tomamos simultáneamente como un portento, un presagio de alguna sombría confrontación todavía por venir. Según se iba aproximando el último día de diciembre se fue creando un extraño, pero perceptible, aumento de la tensión. El estado de ánimo de alegría y regocijo seguía en todos nosotros, pero con un matiz de miedo en él. Lo que sentíamos era la desesperada alegría de los que, sobre una cuerda tensa, caminan sobre un abismo sin fondo. A pesar de las previsiones del servicio meteorológico de que continuaría el buen tiempo, había los que, disfrutando cruelmente con las predicciones funestas, afirmaban que el Año Nuevo se vería asolado por repentinas tormentas de nieve, maremotos y tornados. Pero el día de Nochevieja fue templado y soleado, como los siete que le habían precedido. Hacia mediodía nos enteramos de que había sido el 31 de diciembre más caluroso del que se guardaba recuerdo en Nueva York, y la aguja del termómetro siguió subiendo durante toda la tarde, por lo que pasamos de un pseudo abril a una desconcertante imitación de junio.

Durante todo ese tiempo yo me había mantenido aislado, abrumado por mis sombrías preocupaciones y, supongo, compadeciéndome de mí mismo. No llamé a nadie, ni a Lombroso, ni a Sundara, ni a Mardikian, ni a Carvajal, ni a ninguno de los restantes restos y fragmentos de mi anterior existencia. Todos los días salía unas cuantas horas a recorrer las calles —¿quién podía resistirse a aquel sol?—, pero no hablaba con nadie ni daba la menor facilidad a los que pretendían hablar conmigo. A la caída de la tarde me encontraba ya en casa, solo; leía un poco, bebía algo de brandy, oía música sin escucharla realmente, y me acostaba pronto. Mi aislamiento parecía privarme de la menor capacidad para las proyecciones estocásticas; vivía totalmente en el presente, como un animal, sin la menor noción de lo que podía ocurrir al día siguiente, sin intuiciones, sin la vieja sensación de pautas y tendencias agrupándose y conformándose mutuamente.

En Nochevieja sentí la necesidad de salir a la calle. En una noche

como aquélla me parecía intolerable atrincherarme en mi propia soledad, pues, entre otras cosas, era la víspera de mi treinta y cuatro cumpleaños. Pensé en telefonear a algún amigo, pero no, me habían abandonado las energías sociales; como el califa Harun-el-Raschid de Bagdad, recorrería de incógnito y en solitario las calles de Manhattan. No obstante, me puse mi traje más deslumbrante, ajustado, como de pavo real, un traje de verano en escarlata y oro con resplandecientes hilos, me recorté la barba, me afeité el cráneo, y me lancé alegremente a la calle a ver cómo enterraban el siglo.

La oscuridad había caído ya a primeras horas de la tarde; dijera lo que dijera el termómetro, estábamos aún en los días más cortos del año, y las luces de la ciudad resplandecían. Aunque eran sólo las siete, las fiestas y reuniones habían comenzado evidentemente antes; pude escuchar cantos, risas distantes, gritos, el chasquido de cristales rotos. Cené parcamente en un pequeño restaurante automatizado de la Tercera Avenida y caminé sin rumbo fijo hacia el oeste y hacia el sur.

Normalmente, después del crepúsculo nadie pasea así por Manhattan. Pero aquella noche las calles estaban tan repletas de gente como si fuese de día. Había personas por todas partes, riendo, mirando los escaparates, saludando con la mano a los extraños, dándose alegres empellones, y todo aquello me hizo sentirme seguro y confiado. ¿Era éste verdaderamente Nueva York, la ciudad de los rostros torvos y los ojos recelosos, la ciudad de navajas brillando en oscuros y sombríos callejones? Sí, sí, sí, Nueva York, pero un Nueva York transformado, un Nueva York en trance de pasar el milenio, un Nueva York en la noche de una Saturnalia decisiva.

Pues esto es lo que era, una Saturnalia, una lunática algazara, un frenesí de espíritus exaltados. Todas las drogas de la farmacopea más psicodélica se vendían en cada esquina, y las ventas parecían alcanzar niveles óptimos. Según aumentaba el grado de alegría, se escuchaban sirenas ululando en todas partes. No tomé ninguna droga, salvo la más antigua de todas, el alcohol, pero la tomé copiosamente, yendo de taberna en taberna. Una cerveza aquí, una copa del más horroroso brandy allí, algo de tequila, de ron, un martini, incluso un espeso y oscuro jerez. Me sentí mareado pero no rendido; de un modo u otro conseguía mantenerme derecho y hablar más o menos coherentemente, y mi cerebro funcionaba con lo que parecía su lucidez habitual, observando y tomando nota de todo lo que veía.

Cada hora que pasaba era mayor el desmadre generalizado. En los bares la desnudez seguía siendo algo infrecuente antes de las nueve; pero a las nueve y media podía verse sudorosa carne desnuda por todas partes, pechos temblorosos, culos ondulantes, agarrar de manos y roces de piernas, todo el mundo se agrupaba en círculos. Antes de las nueve y media no ví a nadie jodiendo en la calle, pero a las diez la

fornicación en público era ya algo corriente. Toda la noche había estado presente una soterrada violencia: rotura de ventanas, disparos contra las farolas de la calle…, pero después de las diez la violencia experimentó un rápido incremento: empezaron las peleas a puñetazos, algunas medio en broma, otras totalmente en serio, y en la esquina de la calle Cincuenta y seis y la Quinta Avenida se produjo una batalla multitudinaria, algo así como cien hombres y mujeres golpeándose con porras en lo que parecía una pelea fortuita; los motoristas disputaban chillonamente en todas partes, y me pareció ver que algunos automovilistas hacían chocar sus coches deliberadamente con otros por el puro placer de destruir. ¿Hubo asesinatos? Con toda probabilidad. ¿Violaciones? A miles. ¿Mutilaciones y otras monstruosidades? No me cabe la menor duda.

Y ¿dónde estaba la policía mientras tanto? Los ví por aquí y por allá, algunos intentando desesperadamente contener la creciente marea del desorden, otros cediendo y uniéndose a él; ví a policías con rostros encendidos y mirada febril uniéndose a las disputas callejeras y transformándolas en fieros combates; a policías comprando drogas a vendedores callejeros; a policías desnudos de cintura para arriba abrazados a muchachas desnudas en los bares; a policías rompiendo rudamente los parabrisas de los coches con sus porras. La locura general se hizo contagiosa. Tras toda una semana de lento incubamiento de aquel ambiente apocalíptico, de grotesca tensión, nadie podía aferrarse demasiado a su sentido de cordura.

La medianoche me cogió en Times Square. La vieja costumbre, desde hacía mucho tiempo abandonada en aquella ciudad decrépita: miles, cientos de miles de personas, una enorme multitud apiñándose entre las calles Cuarenta y seis y Cuarenta y dos, cantando, gritando, besándose, tambaleándose. De repente sonó la hora. En el cielo se encendieron deslumbrantes antorchas. Las cúpulas de los rascacielos resplandecientes de luz. ¡El año 2000! ¡El año 2000! ¡Había llegado mi cumpleaños! ¡Feliz cumpleaños! ¡Feliz, feliz, feliz!

Estaba borracho. Había perdido la cabeza. Aquella historia generalizada me arrastraba. Me encontré buscando con mis manos los pechos de alguien, apretándolos, oprimiendo mi boca contra otra boca, y sentí un cuerpo húmedo y cálido contra el mío. La marea humana se embraveció, y nos vimos arrastrados el uno lejos del otro; me desplacé en medio de aquella marea, abrazando, riendo, intentando no perder el aliento, dando saltos, cayéndome, trastabillando, viéndome casi pisoteado por mil pares de pies.

—¡Fuego! —gritó alguien; y, de hecho, vimos llamas que danzaban en lo alto de un edificio de la calle Cuarenta y cuatro. ¡Tenían un tono naranja tan bello! Comenzamos todos a jalear y a aplaudir. Aquella noche nos sentíamos todos como Nerón, pensé, y me

ví arrastrado hacia adelante, en dirección sur. No podía ver ya las llamas, pero el olor a humo inundaba toda la zona. Sonaron sirenas. Más sirenas ululantes. Era el caos, el caos, el caos. Entonces sentí una sensación como la de un puño que me golpease en la nuca, caí de rodillas en un espacio abierto, mareado, y me cubrí el rostro con las manos como para defenderme del siguiente golpe, pero no hubo golpe alguno, sólo una catarata de visiones. Sí, visiones. Un asombroso torrente de imágenes corrió tumultuoso por mi cerebro. Me ví a mí mismo viejo y desgastado, tosiendo en una cama de hospital, totalmente rodeado de una brillante celosía compuesta por aparatos médicos; me ví nadando en una clara laguna de montaña; me ví golpeado y levantado por el oleaje de una playa tropical. Vislumbré el misterioso interior de un enorme, incomprensible y cristalino mecanismo. Me encontraba de pie al borde de un campo de lava, contemplando la tierra que hervía y burbujeaba a mis pies como en el primer día de la creación. Me asaltó una cascada de colores. Oí voces que me susurraban, que me hablaban en fragmentos, en trocitos pulverizados de palabras y finales de frase. Esto es un «viaje», me dije a mí mismo, un «viaje», un «viaje», un «viaje» pésimo; pero aun el peor de los «viajes» termina alguna vez; entonces me agaché, temblando, intentando no oponerme, dejando que aquella pesadilla me dominase y luego fuese esfumándose poco a poco. Pudo haber durado horas y horas, puede que sólo un minuto. En un momento de claridad me dije a mí mismo: «Esto es *ver*», así es como empieza, como una fiebre, como un ataque de locura. Me recuerdo a mí mismo diciéndome precisamente eso.

Me recuerdo también vomitando, echando lejos de mí aquella espantosa combinación de licores en espasmos rápidos y potentes, y luego revolviéndome en mi propio charco de pestilencia, débil, tembloroso, incapaz de incorporarme. Y entonces, como la ira de Júpiter, vinieron los truenos, majestuosos e innegables. Después de la primera y aterradora descarga, se produjo un gran silencio. En toda la ciudad se interrumpió aquella dantesca Saturnalia, según sus habitantes se iban quedando quietos y levantaban los ojos llenos de asombro y terror hacia los cielos. ¿Qué iba a ocurrir ahora? ¿Una tormenta en una noche de invierno? ¿Iba la tierra a abrirse y tragarnos a todos? ¿Se elevaría el mar, convirtiendo nuestros campos de juegos en una nueva Atlántida?

Unos minutos después del primero se escuchó un segundo trueno, pero sin ir acompañado de relámpagos; luego, tras otra pausa, un tercero, y entonces empezó a caer la lluvia, al principio suavemente, luego de manera torrencial, una templada lluvia primaveral, que nos daba la bienvenida al año 2000. Me puse en pie con grandes dificultades, y a pesar de haber permanecido castamente vestido

durante toda la noche, me despojé ahora de mis ropas y, completamente desnudo, me eché sobre el asfalto en la esquina de Broadway y la calle Cuarenta y dos, boca arriba, dejando que aquella auténtica catarata de agua arrastrase lejos de mí el sudor, las lágrimas y el cansancio, dejando que me llenase la boca, que me librara del desagradable sabor a vómito. Fue un momento mágico. Pero de repente me quedé helado. Mi sexo tembló y mis hombros se hundieron. Temblando, busqué mis mojadas ropas y, ya sobrio, empapado, triste, amedrentado, imaginándome truhanes y atracadores acechándome en todas las esquinas, comencé mi lento y largo periplo a través de toda la ciudad. La temperatura parecía descender cinco grados cada diez manzanas de casas que recorría; cuando llegué al East Side, sentí que me estaba quedando congelado, y cuando crucé la calle Cincuenta y siete me di cuenta de que la lluvia se había transformado en nieve, y de que la nieve iba cuajando, formando una fina capa que iba recubriendo las calles, los automóviles y los derribados cuerpos de los inconscientes y los muertos. Cuando llegué a mi apartamento, estaba nevando con plena malevolencia invernal. Eran las cinco de la madrugada del 1 de enero del año 2000 después de Cristo. Dejé caer la ropa sobre el suelo y me desplomé desnudo en el lecho, dando diente con diente, dolorido y magullado; apreté las rodillas contra el pecho y me arrebujé, esperando morir antes del alba. Pasaron catorce horas antes de que me despertase.

39

¡Qué mañana la del día siguiente! ¡Para mí, para vosotros, para todo Nueva York! ¡Hasta empezar a caer la noche de aquel primero de enero no resultó evidente todo el impacto de los locos acontecimientos de la noche anterior, cuántos cientos de ciudadanos habían perecido como consecuencia de la violencia, por alguna estúpida desventura o simplemente de frío; cuántas tiendas habían sido saqueadas, cuántos monumentos públicos destruidos, cuántas carteras robadas, cuántas personas violadas. ¿Había conocido ciudad alguna una noche como aquélla desde el saqueo de Bizancio? El populacho había perdido las riendas, y nadie intentó frenar la furia desencadenada, nadie, ni siquiera la policía. Los primeros informes explicaban que la mayoría de los funcionarios de la ley se habían unido a la algazara y, según fueron avanzando las investigaciones a lo largo de todo el día, fue saliendo a la luz lo que había ocurrido realmente: que, en lugar de contener el caos, los hombres de azul lo habían en muchos casos azuzado y dirigido. Las últimas noticias informaron que, aceptando su responsabilidad personal por el desastre, el Comisario jefe de la policía, Sudakis, había dimitido. Lo ví en la pantalla, con el rostro contraído, los ojos enrojecidos, conteniendo a duras penas la ira que le embargaba; habló entrecortadamente de la vergüenza que sentía, de la ignominia; se refirió al derrumbamiento de la moralidad, incluso a la decadencia de la civilización urbana; parecía no haber dormido en toda una semana; ofrecía la lastimosa imagen de un hombre confundido, vencido, que farfullaba y tosía continuamente; y rogué silenciosamente que los de la televisión terminasen pronto y pasaran a otro tema. La dimisión de Sudakis me reivindicaba, pero no me proporcionó el menor placer, al menos mientras, desde la pantalla, me miraba aquel rostro contrito y asolado. Finalmente, cambió la escena y pudimos contemplar los restos de toda una manzana de cinco edificios en Brooklyn que había ardido hasta los cimientos como consecuencia de la negligencia de los bomberos. Sí, sí, Sudakis había dimitido. Por supuesto. La realidad ha quedado preservada, la infalibilidad de Carvajal demostrada una vez más. ¿Quién podía haber previsto que los acontecimientos iban a dar aquel giro? Ni yo, ni el alcalde Quinn, ni tan siquiera el propio Sudakis; pero Carvajal sí.

Esperé unos cuantos días, mientras la ciudad iba recuperando lentamente la normalidad, y entonces telefoneé a Lombroso, a su despacho de Wall Street. Por supuesto, no se encontraba allí en aquel momento. Por el contestador automático le dije que me llamase tan pronto como pudiera. Todos los altos funcionarios de la ciudad se encontraban reunidos con el alcalde en la Gracie Mansión las

veinticuatro horas del día. Los incendios ocurridos en prácticamente todos los barrios habían dejado a miles de personas sin hogar; los hospitales estaban totalmente repletos de víctimas de la violencia y los accidentes; las querellas por daños y perjuicios contra el Ayuntamiento de la ciudad, fundamentalmente por su incapacidad para ofrecer una adecuada protección policial, ascendían ya a billones de dólares y se elevaban continuamente. Había que resolver además el problema del perjuicio causado a la imagen pública de la ciudad. Desde su investidura, Quinn se había esforzado denodadamente por devolver a Nueva York la reputación de que había gozado a mediados de siglo como la ciudad más animada, vital y estimulante de la nación, como la verdadera capital del planeta y el centro de todo lo interesante, como una ciudad excitante y al mismo tiempo segura para los turistas y visitantes. Y todo aquello había quedado destruido en sólo una noche orgiástica que respondía más a la visión generalizada que se tenía de Nueva York como un zoo brutal, enloquecido, feroz y sucio. Así pues, no tuve noticias de Lombroso hasta mediados de enero, cuando las aguas empezaron a volver a su cauce; y cuando me llamó, yo ya había renunciado a volver a oírle.

Me contó lo que estaba ocurriendo en el Ayuntamiento: el alcalde, preocupado por las posibles repercusiones del motín sobre sus esperanzas de llegar a la presidencia, estaba preparando un paquete de medidas absolutamente drásticas, casi como las de Gottfried, para mantener el orden público. Se aceleraría la reorganización de la policía; el tráfico de drogas se limitaría casi tan severamente como antes de las liberalizaciones de la década de los ochenta; entraría en vigor un sistema de pronta alarma para prevenir los tumultos públicos en los que participasen más de dos docenas de personas, etcétera, etcétera.

A mí todo aquello me parecía totalmente descaminado, una respuesta apresurada y dictada por el temor a un acontecimiento único y no representativo; pero mis consejos no eran ya bien recibidos, y me guardé mis pensamientos para mí mismo.

—¿Y qué pasa con Sudakis? —pregunté.

—Definitivamente fuera de juego. Quinn se negó a aceptar su dimisión y se pasó tres días enteros intentando convencerle de que siguiese en el cargo, pero Sudakis se considera desacreditado a perpetuidad por todo lo que hicieron aquella noche los hombres a sus órdenes. Ha aceptado un empleo en una pequeña ciudad de Pennsylvania y se ha marchado ya.

—No me refiero a eso. Me refiero a si la exactitud de mi predicción sobre Sudakis ha repercutido en la actitud de Quinn hacia mí.

—Sí —dijo Lombroso—. Con toda seguridad.

—¿Está reconsiderando su postura?

—Cree que eres un brujo. Cree que puedes haber vendido tu alma al diablo. Y lo cree literalmente. *Literalmente*. A pesar de toda su sofisticación no olvides que, en el fondo, sigue siendo un católico irlandés. Y, en tiempos difíciles, eso sale a la superficie. En el Ayuntamiento te has convertido en algo así como el Anticristo, Lew.

—¿Se ha vuelto tan loco que no puede darse cuenta de lo útil que le sería contar con alguien que pueda prevenirle de cosas como la dimisión de Sudakis.

—No hay la menor esperanza, Lew. Desecha la idea de trabajar para Quinn. Aléjala completamente de tu mente. No pienses en él, no le escribas cartas, no intentes telefonearle, no tengas nada que ver con él. Deberías ir pensando incluso en marcharte de la ciudad.

—¡Dios santo! ¿Porqué?

—Por tu propio bien.

—¿Qué significa eso? Bob, ¿pretendes decirme que corro peligro a causa de Quinn?

—No pretendo decirte nada —replicó, y su voz reveló nerviosismo.

—Sea lo que sea, no estoy en peligro. Me niego a creer que Quinn me tema tanto como tú piensas, y descarto totalmente la idea de que pueda emprender cualquier tipo de acción en mi contra. No resulta creíble. Le conozco. Durante cuatro años fui prácticamente su otro yo, y…

—Escúchame, Lew —dijo Lombroso—, tengo que colgar. No te puedes ni imaginar la cantidad de trabajo que se me está acumulando…

—Está bien. Gracias por contestar a mi llamada.

—Y… Lew…

—¿Sí?

—Creo que sería una buena idea que no me llamaras. Ni tan siquiera al número de Wall Street. Por supuesto, salvo en caso de emergencia muy grave. Mi propia situación con respecto a Quinn resulta algo delicada desde que intenté hacerle llegar tus informaciones, y ahora…, ahora, bueno, ya me entiendes, ¿no? Estoy seguro de que lo comprendes.

40

Lo comprendí y le he ahorrado a Lombroso los posibles peligros que pudieran derivarse de nuevas llamadas telefónicas. Desde aquella conversación han pasado casi once meses, y durante ese tiempo no he hablado con él para nada; ni una palabra con el hombre que había sido mi mejor amigo durante todos los años pasados en el equipo de Quinn. Tampoco he tenido el menor contacto con éste, ni directo ni indirecto.

41

En febrero comenzaron las visiones. Había tenido ya un presagio en aquella colina de Big Sur y otro en Times Square en Nochevieja, pero ahora formaban parte rutinaria de mi vida cotidiana. *Nadie puede rasgar el amplio velo oscuro e incierto* —dijo el poeta—, *pues detrás de él no hay luz alguna*. Pero, sí, sí, sí, sí, la luz existe. E iluminó mis días invernales. Al principio las visiones me asaltaban con una frecuencia no superior a una cada veinticuatro horas, y llegaban sin que yo lo deseara, como ataques de epilepsia, normalmente a últimas horas de la tarde o justo antes de la medianoche, anunciándose con un resplandor por detrás de mi cráneo, una cierta tibieza, un cosquilleo que se negaba a desaparecer. Pero pronto comprendí cuáles eran las técnicas necesarias para invocarlas, y pude hacerlo a voluntad. Pero, incluso entonces, no era capaz de *ver* más de una vez al día, necesitando luego un prolongado periodo de recuperación. No obstante, al cabo de unas cuantas semanas me hice capaz de entrar en trance de visión con mayor facilidad, dos o incluso tres veces al día, como si aquel poder fuese como un músculo que se desarrollase con el uso. Finalmente, el intervalo necesario para la recuperación se convirtió en mínimo. Ahora, si así lo deseo, puedo entrar en trance cada quince minutos. Una vez, a comienzos de marzo, y a modo de experimento, lo intenté una y otra vez, de manera constante durante varias horas, quedándome exhausto, pero sin que por ello disminuyese la intensidad de mis visiones.

Si no evoco las visiones al menos una vez al día, son ellas las que vienen a mí de todas formas, asaltándome a su voluntad, derramándose irrefrenables en mi cerebro.

42

Veo una casita cubierta de rojas tejas en un prado campestre. Los árboles, completamente florecidos, tienen un tono verde oscuro; debe ser finales del verano. Me encuentro al lado de la puerta de entrada. Mi pelo es todavía corto e irregular, pero está creciendo ya; la escena no debe distar mucho en el futuro, pertenece probablemente a este mismo año. Me acompañan dos hombres jóvenes, uno de cabellos oscuros y delgado, el otro pelirrojo y más corpulento. No tengo la menor idea de quiénes son, pero me veo a mí mismo relajado y confiado en mi trato con ellos, como si fuesen compañeros íntimos. Se trata, pues, de amigos a los que aún tengo que conocer. Me veo sacando una llave del bolsillo. «Os voy a enseñar el sitio», les digo. «Creo que es más o menos lo que necesitamos para sede del Centro.»

Cae nieve. Los automóviles que circulan por las calles tienen forma de bala, el morro chato, son muy pequeños, y me resultan extraños. Por encima de mi cabeza retumba un helicóptero. Cuelgan de él tres extensiones a modo de remo, y en el extremo de ellas hay un altavoz. De los tres altavoces surge, al unísono, un sonido triste y lastimero, agudo y suave al mismo tiempo, emitido durante un período de unos dos segundos separados por intervalos de silencio de unos cinco segundos. El ritmo es perfectamente constante, los blandos balidos se producen con regularidad y se abren paso sin esfuerzo entre los densos remolinos de copos de nieve. El helicóptero vuela lentamente por la Quinta Avenida hacia arriba, a una altitud inferior a los quinientos metros, y según se va abriendo paso hacia el norte con su constante ulular, la nieve va derritiéndose a su paso, dejando expedita una zona de la anchura exacta de la avenida.

Sundara y yo nos reunimos para tomar un cóctel en un deslumbrante salón que, como los jardines de Nabucodonosor, cuelga de la parte superior de un gigantesco rascacielos que domina la ciudad de Los Ángeles. Supongo que se trata de Los Ángeles, pues muy por debajo del ventanal puedo divisar las plumosas copas de las palmeras que delinean las calles; la arquitectura de los edificios que nos rodean es claramente la típica del sur de California, y a través de la neblina se adivina el vasto océano hacia el oeste y las montañas hacia el norte. No tengo ni idea de qué estoy haciendo en California, ni de cómo he llegado a encontrarme aquí con Sundara; resulta plausible que ella haya vuelto a su ciudad natal para quedarse a vivir en ella, y que yo, en un viaje de negocios, le haya pedido que nos viéramos. Los dos hemos cambiado. Sus cabellos tienen ahora algunos mechones blancos, y su rostro parece más afilado, menos voluptuoso; los ojos brillan como siempre, pero el resplandor que hay en ellos refleja unos

conocimientos y una experiencia duramente conquistados y no simplemente travesura. Yo llevo el pelo largo, y está ya algo gris; voy vestido con casta austeridad en una túnica negra y sin adornos; parezco tener unos cuarenta y cinco años, y me doy a mí mismo la impresión de una persona tensa, rígida, impresionante, de ser como una especie de ejecutivo dominador, tan poseído de mi propia valía que me infundo pavor a mí mismo. ¿Hay alrededor de mis ojos señales de ese trágico agotamiento, de esa asolada devastación que dejó marcado a Carvajal tras tantos años de visiones? No lo creo; pero quizá mi segunda visión no resulta lo suficientemente intensa como para registrar tales detalles. Sundara no lleva anillo de casada, ni resulta visible en ella ninguna de las insignias del Tránsito. Mi ser en trance de visión desea formular mil preguntas. Deseo saber si se ha producido una reconciliación, si nos vemos con frecuencia, si somos amantes, si estamos quizá viviendo juntos de nuevo. Pero carezco de voz, y soy incapaz de hablar a través de los labios de mi futuro yo; me resulta totalmente imposible dirigir o modificar sus acciones; lo más que puedo hacer es limitarme a observar. El y Sundara piden unas copas; entrechocan los vasos, sonríen, intercambian comentarios banales sobre la puesta de sol, el tiempo, la decoración del local. Luego la escena desaparece y no he conseguido enterarme de nada.

Por los cañones de Nueva York avanzan soldados en fila de a cinco, mirando escrutadoramente a todas partes. Yo les observo desde la ventana de un piso alto. Llevan extraños uniformes de color verde, con cintas rojas y llamativos gorros amarillos y rojos; llevan también galones en los hombros. Portan armas parecidas a ballestas: unos recios tubos de metal de un metro de longitud, que se abren en forma de abanico en la punta, parecen tener algo así como unos bigotes laterales formados por brillantes rollos de alambre, y las llevan con el extremo más ancho columpiándose del antebrazo izquierdo. El yo que les observa es un hombre de al menos sesenta años, de blancos cabellos, delgado y magro, con profundas arrugas verticales en las mejillas; soy evidentemente yo mismo, pero me resulto sin embargo extraño. En la calle surge una figura de un edificio, que corre alocadamente hacia los soldados gritando consignas, agitando los brazos. Un soldado muy joven levanta el brazo derecho y de su arma surge silenciosamente una luz verde; la figura que se aproxima se detiene, se vuelve incandescente y desaparece. Sí, desaparece.

El yo que *veo* es todavía juvenil, pero mayor de lo que soy ahora. Digamos que tiene unos cuarenta años; será, por tanto, el año 2006 más o menos. Se encuentra echado sobre una cama deshecha al lado de una mujer joven y atractiva de largos y negros cabellos; aparecen ambos desnudos, sudorosos, desgreñados; han estado evidentemente haciendo el amor. El pregunta: «¿Oíste el discurso del presidente

anoche?»

«¿Para qué voy a malgastar el tiempo escuchando a ese hijo de puta asesino y fascista?» —replica ella.

Una fiesta. Se oye una música chillona y desconocida; de botellas de doble cuello cae copiosamente en los vasos un extraño vino dorado. El aire está cargado de humo azulado. Yo me encuentro en un rincón del salón lleno de gente, hablando en tono perentorio con una mujer joven, rellenita y con pecas y con uno de los hombres jóvenes que me acompañaban en la casita con las tejas rojas. Pero mi voz se ve anulada por la ronca música y percibo únicamente restos y fragmentos de lo que estoy diciendo; cojo palabras tales como *cálculo equivocado*, *sobrecarga*, *manifestación y distribución alternativa*, pero siempre anegadas por el ruido ambiente, por lo que la conversación me resulta en último extremo ininteligible. La forma de vestir resulta extraña; todo el mundo lleva atavíos sueltos e irregulares, cubiertos con tiras y trozos de tejidos mal emparejados. En medio del salón, unos veinte invitados bailan con enfebrecida intensidad, agitándose en un círculo imperfecto, cortando fieramente el aire con bruscos movimientos de los codos y las rodillas. Están completamente desnudos; han recubierto sus cuerpos con una especie de tinte brillante y de color púrpura; tanto los hombres como las mujeres carecen totalmente de vello, van depilados desde la cabeza a los pies, por lo que, si no fuese por sus oscilantes órganos genitales y ondulantes pechos, podría tomárseles fácilmente por maniquíes de plástico moviéndose frenéticamente en una espasmódica parodia de vida.

Una húmeda noche de verano. Un sonido distante de estampido, luego otro y otro. Sobre las orillas del Hudson y recortándose contra el negro cielo hacen explosión los fuegos artificiales. Los cohetes iluminan los cielos con el llamado «fuego fatuo», rojo, amarillo, verde, azul, con resplandecientes líneas y estrellas, flores que se abren, un ciclo tras ciclo de ardiente belleza acompañada de terroríficos silbidos, explosiones, rugidos y golpes, clímax tras clímax; y luego, cuando uno da ya por sentado que aquel esplendor desaparecerá definitivamente para dejar paso al silencio y la oscuridad, se produce una sorprendente apoteosis pirotécnica, que culmina en una doble figura de gigantescas dimensiones: una bandera norteamericana que ondea espectacularmente sobre nosotros, y en la que se puede discernir hasta la última estrella y, surgiendo del centro de la misma, la cara de un hombre dibujada en tonos de piel asombrosamente realistas. El rostro es el de Paul Quinn.

Me encuentro a bordo de un gigantesco aeroplano, un avión cuyas alas parecen extenderse desde China hasta Perú, y a través de la ventanilla diviso un vasto mar gris azulado en cuyo seno los reflejos del sol brillan con una deslumbradora y fiera claridad. Llevo puesto el

cinturón de seguridad, en espera del aterrizaje, y ahora puedo distinguir ya cuál es nuestro punto de destino: una enorme plataforma hexagonal que surge abruptamente del mar, una isla artificial de ángulos tan simétricos como los de un copo de nieve visto al microscopio, una isla de hormigón en la que hay incrustados aplastados edificios de ladrillo rojo, y dividida en su mitad por la larga flecha blanca de un campo de aterrizaje; una isla totalmente aislada en medio de este inmenso océano, con miles de kilómetros de vacío alrededor de cada uno de sus seis lados.

Manhattan. Un frío otoño, el cielo oscuro, luces en las ventanas de los edificios. Delante de mí tengo un colosal rascacielos que surge justo donde ahora está la venerable biblioteca pública de la Quinta Avenida. «El más alto del mundo», dice alguien tras de mí; se trata de un turista hablando con otro en el gangoso acento del oeste. Debe serlo realmente. El monstruoso rascacielos llena el cielo totalmente. «Es todo de oficinas gubernamentales», sigue diciendo el turista. «¿Te lo imaginas? Doscientos pisos y todos ellos de oficinas del gobierno. Con un palacio para Quinn en lo alto de todo, o eso dicen. Para cuando viene a la ciudad. Un maldito palacio, como el de un rey.»

Lo que más temo cuando se agolpan estas visiones en mi mente es la confrontación con la escena de mi propia muerte. Me pregunto si me destruirá del mismo modo que a Carvajal, si la visión de mis últimos instantes me despojará como a él de toda energía, interés y objetivo en la vida. Espero, preguntándome todo el tiempo cuándo la tendré, temiéndola y deseándola al mismo tiempo, anhelante por asimilar de una vez ese aterrador conocimiento y acabar para siempre con la incertidumbre; y, cuando me llega, no es sino un anticlímax, una cómica desilusión. Lo que veo es un anciano marchito y desgastado en una cama de hospital, un viejo esquelético y acabado, de quizá setenta y cinco años, o puede que ochenta o incluso noventa. Está rodeado de un brillante conjunto de aparatos para mantenerlo con vida; a su alrededor, agujas en forma de brazos se arquean y contorsionan como colas de escorpión inyectándole enzimas, hormonas, anticoagulantes, estimulantes, todo tipo de productos. La he visto ya antes, brevemente, durante aquella noche de borrachera en Times Square, mientras me encontraba acurrucado, completamente deslumbrado y lleno de asombro, asaltado por un torrente de voces e imágenes; pero ahora la visión dura algo más que aquella otra, de forma que, en este futuro, me percibo no simplemente como un hombre enfermo, sino como un anciano moribundo que se va yendo, yendo, sin que todo aquel vasto y maravilloso conjunto de aparatos médicos sea capaz de seguir manteniendo el débil latido de la vida. Puedo sentir cómo le va abandonando el pulso. Se va, se va muy lentamente. Fundiéndose con la oscuridad. Hacia la paz. Está muy

tranquilo. Todavía no ha muerto, pues de lo contrario cesarían mis percepciones de él. Pero casi, casi. Ya. Ya no hay más datos. Sólo paz y silencio. Sí, una buena muerte.

¿Es eso todo? ¿Estaré verdaderamente muerto dentro de cincuenta o sesenta años, o simplemente se ha interrumpido la visión? No puedo estar seguro. Si pudiese *ver* más allá de ese momento de quietud, sólo una ojeada por detrás de la cortina; si pudiera contemplar las rutinas de la muerte, los inexpresivos celadores desconectando tranquilamente el sistema de aparatos médicos, la sábana cubriendo mi rostro, el cadáver conducido hasta el depósito… Pero no hay forma de prolongar la imagen. El filme termina justo con ese último parpadeo de luz. Sí, estoy seguro de que será así. Me siento aliviado y casi ligeramente desilusionado. ¿Eso es todo? ¿Simplemente irse esfumando lentamente a una edad muy avanzada? No hay nada que temer en ello. Pienso en Carvajal con la mirada enloquecida sencillamente por haberse visto morir demasiadas veces. Pero yo no soy Carvajal. ¿En qué puede dañarme ese conocimiento? Admito la inevitabilidad de la muerte; los detalles son simples acotaciones. Luego la escena se repite unas cuantas semanas más tarde, y luego otra vez, y otra, y otra. Siempre la misma. El hospital. La estructura en forma de araña de los aparatos destinados a prolongarme la vida, el irse deslizando lentamente hacia la oscuridad. Así pues, no hay nada que temer de las visiones. Ya he *visto* lo peor de todo y no me ha afectado.

Pero, luego, una sombra de duda cae sobre todo ello y mi recuperada confianza se tambalea. Me *veo* nuevamente en el gigantesco aeroplano, que se aproxima a la isla artificial en forma de hexágono. Una ayudante de cabina corre rauda por el pasillo, aturdida, llena de alarma, y la sigue una gran vaharada de humo negro. ¡Fuego a bordo! Las alas del avión se inclinan de manera terrorífica. Gritos. Voces ininteligibles a través de los altavoces. Instrucciones confusas e incoherentes. La presión clava mi cuerpo contra el asiento; estamos cayendo al océano. Más bajo, cada vez más bajo; y, finalmente, chocamos con un horrísono impacto y la nave se parte en dos; todavía sujeto por el cinturón de seguridad, me hundo como el plomo, boca abajo, en las frías y oscuras profundidades. El mar se me traga y no veo nada más.

Los soldados avanzan por las calles en siniestras columnas. Se detienen ante el edificio en que vivo; hablan unos con otros; luego un destacamento irrumpe en la casa. Les oigo subir las escaleras. No tiene sentido intentar ocultarme. Abren la puerta gritando al mismo tiempo mi nombre. Les saludo con las manos en alto. Sonrío y les digo que les acompañaré sin oponer resistencia. Pero entonces, sin saber por qué, uno de ellos, un soldado muy joven, de hecho todavía un muchacho,

se adelanta repentinamente encañonándome con su extraña arma en forma de ballesta. Sólo tengo tiempo de tragar saliva. Entonces surge la radiación verde y luego la oscuridad.

«¡Este es!» —grita alguien, mientras levanta una porra por encima de mi cabeza y la deja caer con terrible fuerza.

Sundara y yo contemplamos el crepúsculo cayendo sobre el Pacífico. Ante nosotros los destellos de las luces de Santa Mónica. Tanteando, con timidez, tomo su mano en la mía. Y, en ese momento, siento un penetrante dolor en el pecho, sufro espasmos, me revuelco, pateo frenéticamente derribando la mesa. Golpeo con los puños la gruesa alfombra. Lucho por mi vida. En mi boca hay sabor a sangre. Lucho por vivir, pero resulto vencido.

Me encuentro junto a la barandilla de una terraza ochenta pisos por encima de Broadway. Con un movimiento rápido y seguro, salto hacia el fresco aire primaveral. Floto, hago graciosos movimientos como de natación con los brazos mientras caigo rauda y serenamente contra el suelo.

«¡Mirad!» —grita una mujer muy próxima a mí—. ¡Lleva una bomba!»

El oleaje es muy fuerte hoy. Grandes olas grises se elevan y rompen, se elevan y rompen. Y, sin embargo, me echo a nadar, me voy abriendo camino entre la espuma del oleaje, nado con frenética energía hacia el horizonte, hendiendo el oscuro mar como si estuviese intentando batir un récord de resistencia, sin parar de nadar a pesar del latido de mis sienes y de los golpes en la base de mi garganta; el mar se hace cada vez más tempestuoso, su superficie se hincha y eleva, incluso aquí, a tanta distancia de la playa. El agua me golpea en el rostro y me hundo, tosiendo, intentando volver a la superficie; pero el agua me vuelve a golpear una vez, y otra, y otra, y otra…

«¡Este es!» —grita alguien.

Me *veo* a mí mismo en el gigantesco avión; estamos descendiendo hacia la isla artificial en forma de hexágono.

«¡Mirad!» —grita una mujer muy próxima a mí.

Los soldados avanzan por las calles en siniestras columnas. Se detienen ante el edificio en que vivo.

El oleaje es muy fuerte hoy. Grandes olas grises se elevan y rompen, se elevan y rompen. Y, sin embargo, me echo a nadar, me voy abriendo paso entre la espuma del oleaje, nado con frenética energía hacia el horizonte.

«¡Este es!» —grita alguien.

Sundara y yo contemplamos el crepúsculo cayendo sobre el Pacífico. Ante nosotros, los destellos de las luces de Santa Mónica.

Me encuentro junto a la barandilla de una terraza ochenta pisos por encima de Broadway. Con un movimiento rápido y seguro, salto

hacia el fresco aire primaveral.

«¡Este es?!»—grita alguien.

Y así una y otra vez. La muerte llegándome de varias maneras distintas. Las escenas repitiéndose invariables, contradiciéndose y anulándose mutuamente. ¿Cuál es la visión verdadera? ¿Qué pasa con ese anciano que fallece pacíficamente en su cama de hospital? ¿Qué es lo que debo creer? Me encuentro desbordado por una sobrecarga de datos; voy tambaleándome de un lado para otro en una especie de esquizofrénico enfebrecimiento, viendo más de lo que puedo abarcar, sin asimilar nada; y, de manera constante, mi incansable cerebro me va anegando con imágenes y escenas. Me estoy empezando a derrumbar. Me arrebujo en el suelo, cerca de mi cama, tembloroso, esperando a que nuevas confusiones se apoderen de mí. ¿Cómo pereceré la próxima vez? ¿En el potro de tortura? ¿De una epidemia de botulismo? ¿De una puñalada en un oscuro callejón? ¿Qué significa todo esto? ¿Qué me está ocurriendo? Necesito ayuda. Desesperado, aterrorizado, corro a ver a Carvajal.

43

Hacía meses que no le veía, medio año, desde finales de noviembre hasta abril; y, evidentemente, había experimentado cambios. Parecía más pequeño, casi como un muñeco, una miniatura de su ser anterior; había desaparecido de él todo lo superfluo, tenía la piel rígidamente pegada a los huesos de la cara y había adquirido un peculiar tono apergaminado y amarillento, como si se estuviese transformando en un viejo japonés, en uno de esos ancianos diminutos, como disecados, vestidos con sus trajes azules y sus corbatas que todavía puede verse sentados tranquilamente en la Bolsa, al lado de los indicadores automáticos de las cotizaciones. A Carvajal le rodeaba también una desconocida calma oriental, una especie de tranquilidad de Buda, que parecía indicar que había alcanzado un lugar más allá de todas las tormentas, una paz que, afortunadamente, era contagiosa, pues momentos después de llegar, lleno de pánico y confusión, sentí que la carga de tensión me abandonaba. Amablemente, me pidió que me sentara en su destartalada sala de estar; y, con la misma amabilidad, me trajo el acostumbrado vaso de agua.

Esperó a que yo tomase la palabra.

¿Cómo empezar? ¿Qué podía decirle? Decidí hacer como si nuestra última conversación no hubiese tenido jamás lugar, dejándola al margen, sin hacer la menor mención a mi ira, a mis acusaciones, al repudio que había hecho de él.

—He estado teniendo *visiones* —proferí.

—¿Sí? —dijo, enigmático, en absoluto sorprendido, ligeramente aburrido.

—He *visto* cosas preocupantes.

—¿Ah?

Carvajal me estudió sin curiosidad, simplemente esperando, esperando. ¡Qué tranquilo resultaba, qué autosuficiente! Como una figura tallada en marfil, bella, pulida, inmóvil.

—Extrañas escenas. Melodramáticas, caóticas, contradictorias, disparatadas. Ya no sé distinguir la clarividencia de la esquizofrenia.

—¿Contradictorias? —preguntó.

—Algunas veces no puedo fiarme de lo que *veo*.

—¿Qué clase de cosas?

—Quinn, por ejemplo. Se me aparece casi todos los días. Imágenes de Quinn como un tirano, un dictador, una especie de monstruo que manipula a toda la nación, no como un presidente, sino como un generalísimo[7]. Su rostro aparece por todo el futuro. Quinn por aquí, Quinn por allá, todo el mundo habla de él, todo el mundo le

teme. No puede ser real.

—Todo lo que ve es real.

—No. Ese no es el verdadero Paul Quinn, sino una fantasía paranoica. Yo conozco a Paul Quinn.

—¿Sí? —preguntó Carvajal, con una voz que parecía llegarme desde una distancia de cincuenta mil años luz.

—Escuche. He estado consagrado a su servicio. En cierto sentido le amaba. Y amaba todo lo que él defendía. ¿Por qué me llegan esas visiones de él como un dictador? *¿Por qué he llegado a sentirme asustado de él*? El no es así, sé que no lo es.

—Todo lo que ve es real —repitió Carvajal.

—¿Va a haber, pues, en este país una dictadura de Quinn?

Carvajal se encogió de hombros.

—Quizá. Muy probablemente. ¿Cómo voy yo a saberlo?

—¿Y yo? ¿Cómo puedo creer lo que veo?

Carvajal sonrió y tendió una de sus manos hacia mí, con la palma hacia arriba.

—Crea —me instó en el tono fastidiado y algo burlón de un viejo sacerdote mexicano que estuviese aconsejando a un jovencito atormentado que tuviese fe en la bondad de los ángeles y en la piedad de la Virgen—. Deseche sus dudas. Crea.

—No puedo. Son demasiadas contradicciones —dije, negando fieramente con la cabeza—. No sólo con respecto a las visiones acerca de Quinn. He estado *viendo* también mi propia muerte.

—Sí, era de esperar.

—Muchas veces. De muchas maneras distintas. Un accidente aéreo. Un suicidio. Un ataque al corazón. Ahogándome. Y más…

—Y lo encuentra extraño, ¿no?

—¿Extraño? Lo encuentro absurdo. ¿Cuál de esas muertes es la real?

—Todas ellas lo son.

—¡Eso es una locura!

—Lew, existen muchos niveles de realidad.

—No pueden ser todas reales. Eso contradice cuanto me ha venido usted contando acerca de un futuro fijo e inalterable.

—Hay un futuro que es el que *debe* ocurrir —dijo Carvajal—. Y hay otros muchos que no. En las primeras etapas de *visión*, la mente está como desenfocada y la realidad se ve contaminada por alucinaciones, el espíritu se ve bombardeado por datos externos y fuera de lugar.

—Pero…

—Quizá es que existen muchas líneas de tiempo —continuó Carvajal—. Una verdadera y otras muchas que no son sino líneas potenciales, abortivas; líneas que tienen su existencia sólo en las

desdibujadas fronteras de la probabilidad. Algunas veces, las informaciones procedentes de estas líneas de tiempo se agolpan en la mente de uno si ésta resulta ya lo suficientemente abierta, lo suficientemente vulnerable. Yo también he experimentado cosas así.

—Nunca me lo mencionó.

—No deseaba confundirle, Lew.

—Pero ¿qué debo hacer? ¿Hasta qué punto es válida la información que estoy recibiendo? ¿Cómo puedo distinguir las visiones reales de las imaginarias?

—Tenga paciencia. Las cosas se irán clarificando.

—¿Cuándo?

—Cuando se *vea* a sí mismo morir —respondió—. ¿Ha visto alguna vez la misma escena repetida.

—Sí.

—¿Cuál de ellas?

—He tenido cada una de las visiones al menos dos veces.

—Pero ¿no ha tenido ninguna más veces que las otras?

—Sí —dije—. La primera. La de mí mismo como un anciano en un hospital con un montón de complicados equipos médicos a mi alrededor. Es la que me viene con frecuencia.

—¿Con una intensidad especial?

Asentí con la cabeza.

—Confíe en ella —dijo Carvajal—. Las otras son imaginaciones. Muy pronto dejarán de molestarle. Las imaginarias van unidas a una sensación transitoria, como de fiebre. Sus contornos fluctúan y se desdibujan. Si las contempla atentamente, su mirada conseguirá taladrarlas y vislumbrar el vacío que hay tras ellas. Pronto se desvanecerán. Lew, hace ya treinta años que ese tipo de cosas dejaron de atormentarme.

—¿Y las visiones de Quinn? ¿Son también fantasmas salidos de alguna otra línea de tiempo? ¿He contribuido a dejar el país al arbitrio de un monstruo o estoy simplemente sufriendo pesadillas?

—No hay modo de que yo pueda responder a esa pregunta. No tendrá más remedio que esperar y ver qué ocurre; aprender a refinar su capacidad de visión, mirar nuevamente y sopesar las evidencias.

—¿No puede darme alguna sugerencia algo más exacta que ésa?

—No —dijo—. No es posible…

Entonces sonó el timbre de la puerta.

—Discúlpeme —dijo Carvajal.

Salió de la habitación. Cerré los ojos y dejé que el oleaje de algún desconocido mar tropical me fuese lavando el cerebro, que un tibio y salado baño borrase todas las memorias y todos los dolores, alisando las aristas y durezas. En ese momento percibí el pasado, el presente y el futuro como igualmente irreales, como mechones de niebla,

desdibujados rayos de blanda luz, unas risas distantes, voces confusas pronunciando frases fragmentarias. En algún lugar estaba representándose una obra de teatro, pero yo no me encontraba ya sobre el escenario, ni tampoco entre el público. El tiempo quedó como en suspenso. Y, eventualmente, comencé quizá a *ver*. Creo que ante mí revolotearon los rasgos marcadamente serios de Quinn, bañados por deslumbrantes focos azules y verdes, y pude haber incluso *visto* al anciano en la cama del hospital y a los hombres armados avanzando por las calles; y tuve fugaces visiones de mundos más allá de los mundos, de imperios todavía nonatos, de la incansable danza de los continentes, de las indolentes criaturas que, al final de los tiempos, se arrastran sobre el gran planeta cercado por una costra de hielos. Entonces escuché voces que provenían del vestíbulo, a un hombre que gritaba, a Carvajal explicándose y negando pacientemente. Era algo relativo a drogas, a un doble juego, airadas acusaciones. ¿Cómo? ¿Cómo? Luché por salir de las nieblas que me rodeaban. Allí estaba Carvajal, junto a la puerta, enfrentándose a un individuo bajito, con el rostro lleno de pecas, enfebrecidos ojos azules y un descuidado pelo rojo como las llamas. El extraño empuñaba una pistola, una curiosa pistola antigua con el cañón negro-azulado, que agitaba excitadamente de un lado para otro. «El embarque, gritaba, ¿dónde está el embarque, qué estás intentando hacer?» Y Carvajal se encogía de hombros, sonreía, negaba con la cabeza y repetía una y otra vez, muy suavemente: «Se trata de un error, simplemente de un error». Carvajal parecía radiante. Era como si toda su vida hubiese ido siendo conducida y conformada para este momento de gracia, para esta especie de epifanía, para este diálogo confuso y divertido en el pasillo de su casa.

Di un paso hacia adelante, dispuesto a interpretar mi papel. Me inventé las frases que debía decir: *Tranquilo, amigo, deje de agitar ese arma. Se ha equivocado de sitio. Aquí no hay drogas.* Me ví a mí mismo avanzando confiadamente hacia aquel extraño, sin dejar de hablar: *¿Por qué no se tranquiliza, aparte el arma, telefonee a su jefe y aclare las cosas*? *Pues, de lo contrario, se encontrará usted con graves problemas, y…* Todavía hablando, me inclinaría dominante hacia el pequeño pistolero con el rostro lleno de pecas, tomaría calmosamente el arma, se la arrancaría de la mano, le empujaría contraía pared…

Pero no era ése el texto. El verdadero texto me exigía que no hiciese nada. Lo sabía y no hice nada.

El pistolero me miró a mí, luego a Carvajal, a mí nuevamente. No había esperado que yo surgiera de la sala de estar y no estaba seguro de cómo debía reaccionar. Entonces sonaron unos golpecitos en la puerta de afuera. Se oyó la voz de un hombre en el descansillo preguntándole a Carvajal si tenía algún problema. Los ojos del

pistolero arrojaron destellos de miedo y asombro. De un salto, se alejó de Carvajal, encogiéndose sobre sí mismo. De manera casual, casi incidental, sonó un disparo. Carvajal comenzó a caer, pero apoyándose en la pared. El pistolero pasó corriendo cerca de mí, en dirección a la sala de estar. Se detuvo allí, temblando, medio acurrucado. Disparó nuevamente. Un tercer disparo. Luego saltó rápidamente hacia la ventana. Oí el ruido de cristales al romperse. Había permanecido todo el tiempo de pie, inmovilizado, como congelado; pero ahora, finalmente, me puse en movimiento. Demasiado tarde; el intruso había salido por la ventana, bajado la escalera de incendios y desaparecido en la calle.

Me volví hacia Carvajal. Había caído y yacía muy cerca de la entrada a la sala de estar, inerte, en silencio, con los ojos abiertos, respirando todavía. La pechera de su camisa estaba manchada de sangre; a lo largo de su brazo izquierdo corría otro reguero de sangre; tenía además una tercera herida, extrañamente exacta y pequeña, en uno de los lados de su cabeza, justo al lado del pómulo. Corrí hacia él, le sostuve entre mis brazos y pude ver en sus ojos un extraño destello; me pareció que se reía hasta en el último momento, que emitía una casi imperceptible risita ahogada, pero puede que aquello no formase parte del guión, que hubiese sido introducido por mí, a modo de pequeña acotación teatral. Así pues, todo había acabado. ¡Qué tranquilo había estado! ¡Cómo lo había aceptado! ¡Qué alegría había mostrado al acabar de una vez! La escena tantas veces ensayada y finalmente representada.

44

Carvajal murió el 22 de abril del año 2000. Esto lo escribo a comienzos de diciembre, coincidiendo con el auténtico comienzo del siglo veintiuno y separado sólo por unas cuantas semanas del inicio del nuevo milenio. La llegada del milenio me encontrará en esta modesta casa de esta ciudad no especificada del norte de New Jersey, dirigiendo las actividades, todavía apenas iniciadas, del Centro de Procesos Estocásticos. Llevamos aquí desde el mes de agosto, cuando se abrirá el testamento de Carvajal y se verá que yo he sido designado como único heredero de todos sus millones.

Por supuesto que aquí, en el Centro, no nos entretenemos mucho con los procesos estocásticos. El nombre es intencionadamente engañoso; no actuamos estocásticamente, sino más bien postestocásticamente, pues dejamos atrás la manipulación de las probabilidades para adentrarnos en las certidumbres de la segunda visión. Pero consideré prudente no mostrarnos excesivamente ingenuos y abiertos a este respecto. Lo que estamos llevando a cabo es una especie de brujería, más o menos, y una de las grandes lecciones a extraer del recién finalizado siglo veinte, es la de que si deseas practicar la brujería lo mejor que puedes hacer es practicar bajo otro nombre. El término *estocástico* posee una agradable resonancia pseudocientífica, que proporciona el disfraz adecuado, pues evoca la imagen de pelotones de pálidos investigadores jóvenes introduciendo datos en gigantescos ordenadores.

Hasta ahora somos sólo cuatro. Pero habrá más. Aquí avanzamos gradualmente. Encuentro nuevos discípulos según los voy necesitando. Conozco ya el nombre del próximo, y sé cómo le convenceré de que se una a nosotros, así como el momento en que lo hará, al igual que me ocurrió con los tres anteriores. Hace sólo seis meses eran extraños para mí; ahora son mis hermanos.

Lo que estamos levantando aquí es una sociedad, una cofradía, una comunidad, un sacerdocio; si lo preferís, una banda de *videntes*. Estamos ampliando y perfeccionando nuestra capacidad de visión, eliminando las ambigüedades, afinando nuestra percepción. Carvajal tenía razón: todo el mundo posee el don. Puede ser despertado en cualquiera. En ti, o en ti. Y así conseguiremos salir de nuestro pequeño círculo, dándonos la mano unos a otros. Difundiendo lentamente el evangelio postestocástico, multiplicando silenciosamente el número de los que *ven*. Será un proceso lento, no exento de peligros y persecuciones. Se aproximan tiempos duros, y no sólo para nosotros. Tenemos todavía que atravesar la era de Quinn, una era que me resultaba ya tan familiar como cualquier otra de la Historia, a pesar de

no haberse iniciado aún: para su elección faltan todavía cuatro años de futuro. Pero yo *veo* más allá, veo las conmociones que siguen, los disturbios, el llanto y el dolor. No importa. Sobreviviremos al régimen de Quinn, como sobrevivimos a los de Asurbanipal, Atila, Gengis-Khan y Napoleón. Las nubes que ocultan la visión se apartan ante nosotros, y *vemos* ya más allá de las tinieblas un tiempo de recuperación y consuelo.

Lo que estamos levantando aquí es una comunidad consagrada a la abolición de la incertidumbre, a la eliminación absoluta de la duda. Conseguiremos finalmente conducir a la Humanidad a un Universo en el que nada sea aleatorio, en el que nada sea desconocido, en el que todo sea previsible a todos los niveles, desde el microcósmico al macrocósmico, desde la contracción de un electrón a los desplazamientos de las nebulosas galácticas. Enseñaremos a la Humanidad a saborear la dulce comodidad de lo dispuesto de antemano. Y, de ese modo, nos transformaremos en dioses.

¿En dioses? Sí, en dioses.

Escuchad, ¿sintió Jesús temor cuando los centuriones de Pilato llegaron a prenderle? ¿Lloriqueó porque iba a morir; se lamentó del acortamiento de su tiempo de ministerio? No, no, se encaminó tranquilamente hacia su muerte, sin mostrar miedo, amargura ni sorpresa, limitándose a ajustarse al guión, interpretando el papel que se le había asignado, serenamente consciente de que lo que le estaba ocurriendo formaba parte de un plan prefijado, necesario e inevitable. ¿Y qué decir a Isis, la joven Isis, amando a su hermano Osiris, sabiendo incluso de niña todo lo que les aguardaba a ambos, que Osiris sería descuartizado, que ella habría de buscar su cuerpo desmembrado en el fango del Nilo, que, a través de ella, volvería a restaurarse y que de sus entrañas surgiría el potente y poderoso Horus? Isis vivió con dolor, sí, y vivió también el conocimiento previo de una pérdida terrible, sabiendo todas estas cosas desde el primer momento, pues se trataba de una diosa. Y actuó como tenía que actuar. A los dioses no se les concede capacidad de elección; ése es el precio y lo maravilloso de su deidad. Y los dioses no conocen el miedo, la autocompasión o la duda, ya que para eso son dioses y no pueden elegir otro camino que el verdadero. Muy bien, seremos como dioses, todos nosotros como dioses. Yo ya he superado el tiempo de las dudas, he sufrido y sobrevivido los ataques y asaltos de las confusiones y los terrores, me he adentrado en un reino en que todas esas cosas están superadas, pero sin la parálisis que afligió a Carvajal; me encuentro en una situación más avanzada, que puedo transmitiros a vosotros. *Veremos*, comprenderemos, abarcaremos la inevitabilidad de lo inevitable, aceptaremos cualquier giro del guión alegremente y sin el menor remordimiento. Viviremos envueltos en Belleza, sabiendo

que constituimos sólo aspectos de un gran Plan.

Hace aproximadamente cuarenta años, el científico y filósofo francés Jacques Monod escribió: «El ser humano sabe finalmente que se encuentra solo en la indiferente inmensidad del Universo, de la que ha surgido por casualidad».

Eso es lo que yo creía antes. Eso es lo que podéis creer vosotros ahora.

Pero, examinemos la frase de Monod a la luz de una observación formulada en cierta ocasión por Albert Einstein, quien dijo: «Dios no juega a los dados».

Una de estas dos afirmaciones está equivocada. Creo saber cuál.

FIN

notes

Notas

1

Referencia a la famosa empresa de encuestas. *(N. del T.)*

2

En español en el original. *(N. del T.)*

3

WASP, siglas de WHITE, ANGLOSAXON, PROTESTANT (Blanco, Anglosajón y Protestante, sin duda el grupo de presión más importante de Estados Unidos). *(N. del T.)*

4

Referencia a un conocido proverbio inglés que dice: «Cada familia guarda un muerto en el armario», refiriéndose a que en toda familia hay siempre un secreto inconfesable. *(N. del T.)*

5

En castellano en el original. *(N. del T.)*

6

En español en el original. *(N. del T.)*

7

En español en el original. *(N. del T.)*